

CRÍTICA

A photograph of two men standing in a rural, dusty environment. The man on the left is of East Asian descent, wearing a dark blue polo shirt and light blue jeans, standing with his hands behind his back. The man on the right is of African descent, shirtless, wearing dark trousers, and carrying a large, full, light-colored sack on his shoulder. In the foreground, there is a large, empty wheelbarrow on the left and several large, full sacks on the right. The background shows some trees and a simple building under a clear sky.

LA SILENCIOSA CONQUISTA CHINA

UNA INVESTIGACIÓN POR 25 PAÍSES PARA COMPRENDER CÓMO LA
POTENCIA DEL SIGLO XXI ESTÁ FORJANDO SU FUTURA HEGEMONÍA

★★★★

JUAN PABLO CARDENAL
HERIBERTO ARAÚJO

Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Agradecimientos

Introducción

1. Los mingongs¹ se globalizan

2. La nueva Ruta de la Seda

3. Aromas del salvaje oeste en las minas chinas

4. La ofensiva china por el oro negro

5. Los cimientos del mundo chino

6. Las nuevas víctimas de la fábrica del mundo

7. El milagro chino desafía al planeta

8. La pax sínica del Imperio del Centro

Epílogo

Notas

Créditos

de Heriberto:

*Para mi madre, mi padre y mi hermana, a quienes este libro espero
repare el vacío causado por mi espíritu de trotamundos.
A Julie C. y al resto de la familia Calderón Gómez, para quienes necesitaría
una obra enciclopédica para agradecerles todo lo que me han
aportado a lo largo de mi vida.*

de Juan Pablo:

*A Cristina, por elegirme. Y por todos estos años.
A nuestros hijos, Jimena y Bosco, por su magia.*

Observar y analizar con calma, asegurar nuestra posición, hacer frente a los asuntos con tranquilidad, ocultar nuestras capacidades y esperar el momento oportuno, ser bueno en mantener un perfil bajo, nunca liderar la reivindicación, llevar a cabo operaciones de carácter modesto.

La estrategia de los 28 caracteres,¹ pronunciada por Deng Xiaoping a principios de 1990, poco después de la masacre de Tiananmen, para hacer frente a los cambios. Hoy, sigue dominando la estrategia internacional china.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin la ayuda y apoyo de Keiko Aoki, Gustavo Ayala, Ombretta Borgia, Lito Cardenal, Angelo Carella, Ricardo Córdido, José Luis Díaz, Jesús Egusquiza, João Feijó, Montserrat Galdo, Alicia García Herrero, Antonio Hidalgo, Ainur Kulzhanova, Rosana Lake, Guaicaipuro Lamedá, Anatoly Lebedev, Iván Máñez, Marieta, Eduardo Morcillo, Gamble Nelkin, Awad Nubia, Mark O'Neill, Christian Phong, Hkanhpa Sadan, Luis Tolosa, José Toro Hardy, Jason G. Tower, Aliya Tshai, Mariano Turzi, Harry Verhoeven y Jumpei Yoshioka. A todos ellos, gracias por la inestimable ayuda, apoyo logístico, entusiasmo y tiempo invertido.

Maddalena Simoncelli merece una mención muy especial por su paciencia, esfuerzo, apoyo y cariño. Jamás se olvidará.

Agradecemos también a Liu Guijin, representante especial del Gobierno chino para los asuntos africanos, su buena disposición a concedernos una entrevista. El embajador Liu ha sido la cara más amable de un Gobierno al que, en vano, hemos recurrido constantemente en busca de respuestas.

También nuestra gratitud a las alrededor de 500 personas entrevistadas para este libro, y a muchas otras anónimas que, sobre el terreno, han accedido desinteresadamente a explicarnos sus historias y las claves de lo que está pasando, aportando valor a nuestra investigación. No nos olvidamos tampoco de toda esa gente que a lo largo de los últimos años ha contribuido a nuestro conocimiento de la realidad china. Y mención especial para los cientos de chinos que, en los 25 países y en China, nos han abierto las puertas de sus vidas y nos han ayudado a entender mejor las claves del mundo chino.

Gracias también a Félix Balanzó, Nicholas Bequelin, Enrique Criado, Geoffrey Crothall, Michael Elleman, Ángeles Espinosa, Josh Gordon, Fraser Howie, Susana Moreira, William Nee, Alek Nomi, Nicolás de Pedro, Xulio Ríos,

José Manuel Seage y Víctor Torres por sus comentarios, correcciones y sugerencias en la revisión de los capítulos. Su aportación ha sido muy valiosa y la responsabilidad de cualquier error es sólo nuestra.

Nuestro reconocimiento también a los compañeros de *Notimex* y *El Economista de España* por la comprensión que han mostrado cuando las correspondencias de Pekín y Hong Kong se han quedado vacías mientras parte del proyecto se llevaba a cabo. Una mención especial para Sergio Uzeta, Miguel Ángel Sola y Salvador Borja. También para Alejandro Valente, Alexandra Pineda y el resto de excelentes profesionales de la redacción en español de *Radio Francia Internacional*.

Gracias a nuestra editora, Carmen Esteban, por creer en este proyecto desde sus inicios. Y a nuestra agente, Felicity Bryan, por convertir este libro en global.

Una mención especial para nuestro amigo y gran fotógrafo Luis de las Alas, a quien embarcamos para que nos acompañara por el *paradisíaco* viaje por África. En la parte que le toca, este proyecto es también suyo.

Y el más afectuoso de los agradecimientos para Wu Ye por su inestimable esfuerzo en la documentación, organización de entrevistas con chinos, traducciones, logística y, en general, en solventar los entuertos de la parte más ingrata de la investigación periodística desde China. Todo ello es extendible a nuestro amigo y gran aventurero H.S., clave para acceder a los proyectos y emigrantes chinos que están conquistando —silenciosamente— el mundo. Sobre el terreno llegamos gracias a él más lejos de lo que jamás habríamos podido. Sus nombres verdaderos han sido, por desgracia, aquí omitidos por las consecuencias que podrían afrontar en China.

Introducción

«A los chinos no se les ve... pero están por todas partes»

Comentario de un tendero egipcio de
El Cairo al referirse a los emigrantes chinos

Para la mayoría de los mortales esa fecha quizá ya no signifique nada, pero el 8 de agosto de 2008, a las 20:08 y 8 segundos exactamente,¹ la Historia cambió su curso. En ese preciso instante comenzaba la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Pekín, la primera cita de este tipo que se celebraba en un país en desarrollo. El evento venía envuelto en dudas y polémica. A la incertidumbre que suscitaba la inexperiencia de los organizadores, se sumaba la politización de la competición deportiva, consecuencia de la enésima represión en el Tíbet acontecida meses antes y, en general, por la naturaleza dictatorial del régimen de Pekín.

Sin embargo, dieciocho días después, los Juegos concluían con la misma pompa con la que habían comenzado. China pasó la reválida: la organización fue notable y por primera vez se convirtió en la potencia deportiva de referencia, al superar en el medallero a Estados Unidos. Sin embargo, la gran victoria no se fraguó en la pista de atletismo del imponente Estadio del Nido de Pájaro o en la piscina olímpica en forma de cubo. El triunfo supremo se plasmó en las televisiones de los más de 2.000 millones de personas que siguieron el acontecimiento, a quienes llegó a través de la pequeña pantalla la imagen fresca y amable de un país moderno y confiado en sus propias fuerzas. La imagen de la China del siglo XXI.

Para el régimen chino, Pekín 2008 supuso una campaña de relaciones públicas impagable. Sirvió para legitimarse ante su pueblo y, a la vez, para hacerse acreedor a un prestigio internacional que borró de un plumazo el trágico recuerdo de los tanques en Tiananmen, el derrame de sangre en el Tíbet o el pisoteo diario de los derechos humanos. Jefes de Estado y de Gobierno que meses antes amenazaban con boicotear la cita olímpica, rendían ahora más pleitesía que nunca a sus homólogos mandarines. En los periódicos, China ya sólo interesaba en clave económica, mientras las historias sociales, de injusticia o de represión pasaron, sorprendentemente, a un segundo plano. De la noche a la mañana, parecía que China se había convertido en *uno de los nuestros*.

Para quienes, como nosotros, vivíamos en el país asiático y, desde nuestra atalaya periodística, éramos testigos a diario de los abusos, excesos y miserias del régimen, la *esterilización* de la mayor dictadura del planeta se veía con una mezcla de estupor y angustia. Una tendencia que sólo hizo que aumentar en los meses siguientes: no se habían apagado los ecos de los Juegos Olímpicos que pusieron al gigante asiático en un pedestal, cuando Lehman Brothers, el cuarto mayor banco inversor de Estados Unidos, anunció su quiebra. Fue el 15 de septiembre de 2008, apenas tres meses después de la conclusión de la cita olímpica, fecha que marcó el inicio de la crisis que ha puesto en jaque el sistema financiero occidental.

Los estragos que el colapso provocó en Estados Unidos y Europa, que incluyó el rescate de bancos, el cierre masivo de empresas y el despido de millones de personas, siguen siendo hoy no sólo ampliamente visibles, sino que tendrán que pasar varios años antes de su cicatrización definitiva. En Pekín, sin embargo, la crisis pasó casi como un suspiro, gracias a un sistema financiero intervenido que evitó el contagio y a un Gobierno que reaccionó rápidamente para esquivar la recesión. Y no sólo eso: mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor, el coloso asiático —con su creciente demanda e infinitas reservas de divisas— emergía como tabla de salvación de los desaguizados occidentales, comprando deuda aquí y allá, concediendo préstamos por doquier. En poco más de un año, el prestigio y encaje de China en el exterior dio un vuelco de 180 grados. De pérfida dictadura a redentora de la economía mundial.

Estaba claro que el centro de gravedad del poder mundial había empezado a virar hacia Oriente. En noviembre de 2009 asistíamos atónitos a la comparecencia conjunta de Hu Jintao y Barack Obama durante la primera visita oficial de éste al país asiático. El perfil bajo del presidente estadounidense al

abordar temas tradicionalmente incómodos —como los derechos humanos— para Pekín, que hasta entonces tenían reservado un papel preponderante en la agenda diplomática de sus predecesores, dio buena cuenta de la emergencia y creciente influencia de China en la escena internacional. Semanas antes, el nuevo inquilino de la Casa Blanca había propuesto a China crear un G-2, un eje Washington-Pekín, para comandar los asuntos mundiales. Pekín le había dicho no. ¿Por qué aliarse con Estados Unidos cuando el liderazgo mundial está al alcance de la mano?

Con los bolsillos llenos y el prestigio renovado, el gigante se sentía fuerte. Así que en medio de las oportunidades que ofrecían las turbulencias, lanzó su red de arrastre. Millonarias inversiones, contratos de suministro a largo plazo de materias primas y adquisiciones de activos por todo el planeta certificaban que la conquista china del mundo se convertía en una realidad que, acomodados en nuestra oficina pekinesa, sonaba incontestable. La magnitud del fenómeno pronto nos fascinó: ¿cómo era esa expansión de China que, a diferencia del músculo militar de otras potencias, basaba su estrategia en el *silencio* del dinero? ¿Estaba el país asiático colonizando África? ¿Cuán estrechos eran los lazos militares, económicos y nucleares entre Pekín y Teherán? ¿Estaba el coloso arrasando realmente los bosques de Mozambique? ¿Cómo sobrelleva su vecino ruso la irrupción de China? ¿Llegaban sus tentáculos hasta América Latina?

Esas y otras preguntas aguijoneaban, una tras otra, nuestra curiosidad sin que lográramos encontrar respuestas basadas en hechos. Al mismo tiempo, escribir cotidianamente acerca del PIB y demás variables macroeconómicas chinas se antojaba una rutina casi insoportable mientras comprobábamos, delante de nuestros propios ojos, que la Historia cambiaba su curso en los pozos petrolíferos de Angola, en las minas de hierro de Perú o en los mercados del *Made in China* de Asia Central. «Volvamos al periodismo de verdad. Metamos la nariz en todo eso», nos dijimos, convencidos de que este libro sólo tenía sentido si investigábamos sobre el terreno. Había que ir allá donde la huella del gigante es más evidente: al mundo en desarrollo. Esto es, recorrer Asia, África y América Latina para ver, tocar y respirar cómo China está convirtiéndose en una potencia global.

Se apagaba el verano de 2009 cuando empezó una investigación que iba a requerir dos años de dedicación en cuerpo y alma. Comprender el *nuevo mundo chino* fue primero una apuesta. Pero pronto se convirtió en pasión, con intercambio de e-mails repletos de ideas, la mayoría descabelladas, a horas

intempestivas de la noche. A medida que avanzábamos e íbamos entendiendo las claves y los secretos del fenómeno, la investigación fue poco a poco obsesionándonos. Por suerte, no éramos los únicos obstinados: la consultora de análisis mediático estadounidense *The Global Language Monitor* aseguraba en diciembre de 2009 que «la emergencia de China» fue la noticia más seguida en prensa, radio, televisión e Internet desde inicios de siglo, por delante del 11-S de Nueva York o la elección de Obama. Para dos periodistas no podía haber nada más apasionante que ir tras la «noticia de la década».

Este interés mundial por la nueva China no es más que la consecuencia de su creciente influencia en el mundo en desarrollo, donde su avance está libre y expedito. Ahora bien, a largo plazo la vocación de China es global. Estamos, sin duda, ante un fenómeno que llevará al gigante a asaltar los mercados occidentales, donde compra ya deuda soberana, rescata marcas de automóviles en quiebra y construye infraestructuras en Europa del Este. Nos hallamos, por tanto, ante una conquista de largo recorrido destinada a cambiar nuestras vidas —la de todos nosotros— y que, probablemente, está sentando las bases del nuevo orden mundial del siglo XXI. El de un mundo bajo patrón chino.

El reto de investigar este proceso exigía una preparación minuciosa: había que indagar en todas esas operaciones millonarias que, a diario, escupían los teletipos y que certificaban el resurgir de China. ¿Dónde ir? ¿Qué países escoger? ¿A quién entrevistar? ¿Qué pistas seguir?, nos preguntábamos ante la evidencia de que no hay rincón del mapamundi donde el país asiático no haya penetrado. Siguieron meses de documentación intensiva, múltiples entrevistas con expertos en Pekín e interminables horas de comprobación y clasificación de la información disponible. Ello nos dio una visión global de un fenómeno que, tiempo después, pudimos corroborar sobre el terreno: que el mundo chino ya está aquí. Las cifras disponibles dan hoy cuenta de ello: entre 2005 y junio de 2011 las empresas chinas invirtieron 378.500 millones de dólares en todo el mundo, 266.700 de los cuales (el 70 por ciento del total) los desembolsaron en el mundo en desarrollo.²

Mientras Occidente sufre las consecuencias de la crisis, China extiende sus tentáculos. Desde un contrato por 6.000 millones de dólares en la República Democrática del Congo bajo la fórmula «minerales por infraestructuras», a la inestimable contribución china a la motorización de la Cuba de los Castro, país que sufría desabastecimiento de sal, leche en polvo y arroz en los días en que visitamos la isla; desde la venta de satélites a Venezuela, a una ofensiva sin

precedentes de las empresas estatales chinas para garantizar su suministro de *oro negro*, incluida la inversión de 48.000 millones de dólares en activos petrolíferos entre 2009 y 2010.³ A ello acompaña un flujo exportador sin parangón que ha ido fraguándose en la última década, tras la adhesión de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC). En tan sólo diez años el gigante asiático ha multiplicado por seis sus intercambios con el resto del mundo, pasando de 510.000 millones de dólares en 2001 a 2,97 billones en 2011.⁴

Si la crisis ha proporcionado un inestimable viento de cola para el avance chino por medio mundo, no puede deslindarse su irrupción de las virtudes que atesora el pueblo chino, ni de las fortalezas de su Estado y sistema. Por un lado, la expansión de China no sería lo que es si detrás no tuviera a millones de personas anónimas emprendiendo negocios en los lugares más inverosímiles del globo, desafiando la xenofobia, los prejuicios y la inseguridad; una legión de seres humanos admirables que, con una capacidad de sacrificio sin límites y con sus sueños de prosperidad como único impulso, se aventuran por un mundo desconocido para acabar conquistando mercados imposibles que los occidentales nunca se atrevieron a abordar o que, si lo hicieron, fracasaron.

Al empuje del sector privado chino hay que añadir, por otro lado, la eficacia de un modelo chino que pone su fabulosa pegada financiera al servicio de los objetivos estratégicos nacionales. La financiación casi ilimitada que ofrecen los «bancos de desarrollo» chinos (*policy banks*, en inglés), como el Exim Bank y el China Development Bank (CDB), suponen una ventaja comparativa de incalculable valor en una época dominada por arcas vacías y mercados secos de liquidez. De entrada, sus préstamos sirven para que las empresas estatales de sectores extractivos compren activos estratégicos, cierren acuerdos de suministro a largo plazo o desarrollen proyectos para la explotación de recursos naturales; o, también, para que sus constructoras vayan a las licitaciones de obras internacionales con el paquete financiero más tentador del mercado.

Además, los fondos del Exim Bank y del CDB son recurrentes para conceder a países como Irán, Ecuador, Venezuela, Angola o Kazajistán, entre muchos otros, créditos millonarios casi siempre garantizados con petróleo y bajo condiciones habitualmente clasificadas como confidenciales. A pesar de la crisis, Pekín se convirtió en 2009-2010 en el primer prestamista del planeta al conceder en esos dos años más de 110.000 millones en créditos, superando al Banco Mundial. El arma financiera no puede ser más letal: ser el *banquero del mundo* sirve al gigante asiático para apuntalar su diplomacia e influencia

internacionales, pero también para dar a *China S.A.* —el triunvirato formado por Estado-Partido, bancos y empresas estatales— la munición necesaria para desbancar, como hemos comprobado en un sinnúmero de países, a sus competidores. Todo ello sin rendir cuentas a nadie.

Esa cuestión nos martilleaba. ¿De dónde sacan el Exim Bank y el CDB sus ilimitados recursos? ¿Por qué razón es China, un país en desarrollo, capaz de exhibir semejante músculo financiero mientras el resto del mundo se desangra económicamente? ¿Dónde está el secreto de su fórmula mágica?, nos preguntábamos. La respuesta al enigma se halla en el corazón mismo de la dictadura: en última instancia, es el pueblo chino quien paga —quiera o no— los sueños de grandeza y ambiciones del Estado chino. ¿Por qué? Por un lado, el Exim Bank y el CDB se financian con emisiones de bonos que compran los bancos comerciales chinos, desembolso que respaldan los depósitos de 1.300 millones de chinos que —ante la ausencia de Estado social— economizan más de un 40 por ciento de lo que ganan, la mayor tasa de ahorro del mundo. Por otro, esa ingente cantidad de depósitos se conjuga con lo que los economistas llaman la *represión financiera*, que en el sistema chino supone que los depositantes son forzados a perder dinero con sus ahorros.

Ello es así porque reciben por sus depósitos rendimientos negativos, consecuencia de la intervención de unos tipos de interés que son a menudo más bajos que la inflación. Lo más importante, con todo, es que pese a la pérdida de valor de sus ahorros, éstos no pueden desertar el sistema en busca de mayores beneficios porque lo impiden los estrictos controles a la salida de capitales. Las opciones de inversión a nivel doméstico son limitadas y los estrictos controles de capitales impiden a los ahorradores invertir en el extranjero en opciones más rentables. De esta forma, el menoscabo financiero que sufre la población china sirve cabalmente a las necesidades de *China S.A.*, que usa ese dinero al que *de facto* paga cero intereses para conceder a las empresas estatales financiación barata para acometer su conquista del mundo. Si se levantaran las restricciones, los depósitos huirían hacia otras opciones inversoras, saldrían del sistema y, por tanto, se acabaría el capital barato.

Por tanto, la varita mágica de su financiación ilimitada la pagan —a precio de oro— los ahorradores chinos, mientras los competidores comerciales del país asiático acusan de desleal esa capacidad crediticia preferencial. Toda esa estrategia, en cualquier caso, sirve para que China lance una ofensiva internacional que —fundamentalmente— acontece en el mundo en desarrollo,

que es donde encuentra las materias primas que necesita para alimentar su economía y, a la vez, mercados vírgenes con mínima competencia para los productos *Made in China*. La expansión china en África, Asia o América Latina es, por tanto, una cuestión estratégica que debe interpretarse en clave interna: China necesita crecer al menos al ocho por ciento anual para mantener la estabilidad social y, para ello, es imperativo un suministro constante de materias primas para que la fábrica del mundo y la urbanización —dos de los motores económicos— no queden estrangulados. Para Pekín, lo que está en juego es demasiado importante como para dejarlo en manos del mercado.

A nivel local, esta expansión está provocando una profunda transformación. Es en África, por su carencia crónica de infraestructuras, donde quizá más visible es la huella. Sólo en ese continente el gigante asiático ha contribuido a la construcción de 2.000 kilómetros de ferrocarril, 3.000 kilómetros de carreteras, decenas de estadios de fútbol y 160 escuelas y hospitales, entre otras. A ello hay que sumar más de 250 presas que construye o financia por todo el mundo, los miles de kilómetros de estratégicos oleoductos y gasoductos en lugares como Sudán, Kazajistán o Birmania, la construcción de viviendas en países asolados por la guerra como Angola o los proyectos ferroviarios en Argentina o Venezuela. Los planes para transformar el planeta tienen además vocación de futuro: Pekín habría propuesto la construcción de un «canal seco» de 200 kilómetros a través de Colombia que supondría una alternativa al Canal de Panamá. Y otro proyecto similar aspira a unir el Pacífico y el Atlántico a través del río Amazonas.

La esencia de todo este poderío pudimos comprobarla ya en nuestro primer viaje, en noviembre de 2009, cuando volamos a la estación balnearia egipcia de Sharm El Sheikh para pulsar el estado de cosas de la última cumbre China-África. Allí, entre los previsibles discursos que ensalzaban la amistad sino-africana, el primer ministro Wen Jiabao anunció la concesión de 10.000 millones de dólares en créditos blandos para el continente. Lo verdaderamente valioso, sin embargo, aconteció al concluir la rueda de prensa ofrecida por el *número dos* del Gobierno chino. Casi sin quererlo, el líder salió de una sala atestada con más de medio centenar de periodistas africanos y chinos como un auténtico torero: esto es, en medio de una entusiasta ovación, regalando sonrisas y haciéndose fotos con los reporteros que pugnaban por acercarse para darle un apretón de manos al

nuevo Mesías. Nos quedamos estupefactos: ¡periodistas aplaudiendo al poder! «¿Tan bien lo está haciendo China en África?», nos preguntábamos. A juzgar por lo que acababa de pasar, parecía que sí.

Así que empezamos a viajar, embarcándonos en una fabulosa aventura repleta de desafíos por más de 25 países para comprobar si había motivo para tanto aplauso. El propósito era comprender cómo ejecuta el gigante asiático su actual expansión y qué impacto tiene todo ello a nivel local y regional. Desde las minas de cobre de la República Democrática del Congo al desierto rico en gas de Turkmenistán, desde los bosques de Siberia a las presas en la Amazonía ecuatoriana, nuestra filosofía fue siempre la misma: ver con nuestros propios ojos qué sucede, dar voz a los actores principales y aportar nuestra experiencia como periodistas en China para descifrar esa nueva realidad. La decisión de autofinanciar el proyecto era una auténtica locura en términos financieros, pero un alivio en cuanto a nuestra independencia periodística.

El trabajo de campo fue exhaustivo, para evitar caer en la anécdota. Subimos a 80 aviones para volar 220.000 kilómetros, cruzamos once fronteras terrestres y pusimos nuestras vidas bajo serio peligro durante los 15.000 kilómetros que recorrimos por temibles carreteras y pistas de tierra. En este sentido, el safari por el *mundo chino* tiene una fecha para el recuerdo que da cuenta de las exigencias: el 22 de agosto de 2010. Ese día, a las seis de la mañana volábamos de Luanda a Cabinda, pequeño enclave angoleño junto a la frontera de la República Democrática del Congo, después de hacer —la noche anterior— el *check in* durante varias horas en un aeropuerto sin equipos informáticos y envuelto en el caos de un apagón general. Atravesar esa frontera, una de las más peligrosas de África, fue especialmente estresante teniendo en cuenta que estaba cerrada por ser festivo, que varios militares que la custodiaban estaban ebrios y drogados, y que llevábamos cuatro ordenadores portátiles, siete cámaras de fotos y cinco discos duros.

Ya en Muanda, la primera población congoleña después de dejar atrás la frontera, una ciudad sin ley y de pobreza extrema, fuimos detenidos varias horas antes de que la intervención consular española nos liberara de las garras del jefe de la policía local, que se frotaba las manos ante la perspectiva de una *mordida* reglamentaria. Los 400 kilómetros hasta Kinshasa, capital congoleña, fueron un sufrimiento constante por una estrecha carretera socavada por enormes boquetes, coches accidentados en las cunetas y camiones que venían de frente sin luces, a toda velocidad. Pasada la medianoche, llegamos al hotel de Kinshasa que, al caer

la noche, reunía a la fauna más diversa alrededor del alcohol, los decibelios, el desenfreno y las armas de fuego. Por 100 euros la noche, Internet y agua corriente eran lujos imposibles. Dormir, una batalla constante con los mosquitos. Y así una jornada tras otra, al filo de la navaja.

Algunas de las 500 entrevistas realizadas para este proyecto acontecieron, también, bajo contextos difíciles, sobre todo en países poco amables periodísticamente hablando como la Venezuela de Hugo Chávez, el Irán de los ayatolás o la Birmania de los generales. En este último país, por ejemplo, fracasamos en nuestro primer intento a causa de la estrecha vigilancia de las autoridades y por el riesgo que nuestra presencia suponía para nuestras fuentes, así que decidimos abandonar para no ponerlos en peligro. Seguíamos la pista al jade imperial en el conflictivo estado de Kachín, al norte del país, donde los empresarios chinos se han aliado con la Junta Militar birmana para saquear los recursos naturales de la región, con dramáticas consecuencias sociales y medioambientales.

Por ello, no podíamos tirar la toalla. Contactamos con decenas de periodistas, académicos, activistas y expertos de toda índole con experiencia en Birmania, dentro y fuera del país. Diez meses después, recogíamos los frutos: «hemos contactado con nuestra gente *dentro* y están dispuestos a ayudaros. Os esperan en Myitkyina [capital de Kachín] durante el Festival Manao, la festividad de los kachín. Comportaos como turistas. Alojaos en el hotel *** y esperad a que os contacten. Irán a buscaros», escribió nuestro contacto en el país de los militares. Un año después del primer intento fallido, a bordo de un tren desde Mandalay que nos ayudaría a pasar desapercibidos, llegábamos por fin a nuestro destino para entrevistar a empresarios del jade, prostitutas y mineros adictos a la heroína, sacerdotes, líderes locales y activistas de organizaciones sociales. El drama que acontece en ese rincón olvidado, en el que China tiene una responsabilidad indudable, no habría podido plasmarse en este libro de no haber llegado hasta allí.

Superar esos obstáculos, perseverar, ha sido fundamental para que cientos de personas nos abrieran las puertas de sus vidas para contarnos, a través de su pequeño mundo, los matices de la expansión china por el planeta. Emprendedores chinos que dejaron atrás su patria y su familia para convertirse en millonarios; emigrantes y sus descendientes que conservan su ADN chino como si fuera un tesoro; y obreros de empresas estatales chinas que —a cambio de multiplicar su sueldo— acometen disciplinadamente proyectos de

infraestructuras en lugares inhóspitos. También jefes que se embarcan en esos mismos proyectos por lealtad a la empresa y a China; víctimas de los excesos laborales y medioambientales que acompañan a la inversión china; y políticos, activistas y académicos que descifran las claves de los préstamos o dan credibilidad a las sospechas de corrupción.

Muchas veces los chinos nos recibían para enseñarnos sus negocios o proyectos, para contarnos los detalles de su esfuerzo titánico en un país imposible, para demostrar que incluso el máximo representante local de una empresa estatal china en África duerme en un cuartucho con poco más que una litera con mosquitera. Pero, sobre todo, nos recibían por su admirable sentido de la hospitalidad, como hizo Fan Hui Fang, un chino de Shandong que produce 1.400 toneladas de verduras anuales en una granja agrícola en las afueras de Jartum, la capital de Sudán. Esas citas siempre acababan arrojando revelaciones, frases y detalles que reflejaban, de la mejor manera, cómo ven los chinos su llegada al *nuevo mundo*. Confesiones que, como esa noche de agosto de 2010 en Jartum, requerían antes de una atmósfera de confianza a la que contribuía nuestra experiencia preliminar en China.

«Cortesía de la embajada china», nos dijo, al exhibir una botella de licor de arroz (*baijiou*), un auténtico tesoro en el país islámico, en cuanto dio comienzo la succulenta cena en su casa. Gong, uno de sus amigos sentados a la mesa, responsable de logística en la refinería que Sinopec tiene en las afueras de la capital, degustaba los tragos iniciales casi extasiado. Los continuos brindis pronto derivaron en conversaciones más sinceras como ésta que reproducimos:

«Estoy orgulloso de que China esté desarrollando Sudán. Si no estuviéramos aquí, los sudaneses no tendrían futuro», dijo Fan, solemnemente.

«Hace ocho años, cuando llegamos a Jartum, el edificio más alto tenía sólo tres pisos», apuntó Gong, mientras echaba por la boca una amplia bocanada de humo.

«Sí, en estos años he visto cómo se desarrollaban. No tenían nada. Ni carreteras ni coches. China ha sido decisiva en ese cambio», agregó Fan.

«Los sudaneses querían desarrollarse y pidieron ayuda a los occidentales, pero éstos se negaron. Así que fuimos nosotros quienes se la dimos. Ahora los occidentales tienen envidia de China al ver los beneficios que estamos sacando», acusó el trabajador de Sinopec.

Fan recogió instintivamente el guante: «mientras los americanos vienen aquí a tirar bombas», dijo en referencia al ataque con misiles lanzado en 1998

por Estados Unidos contra un laboratorio sudanés, «nosotros estamos en Sudán para construir carreteras y levantar edificios y hospitales. Estamos aquí para traer la felicidad a los sudaneses».

Mucho hay de verdad en las palabras de Fan acerca del bien que hace a terceros países la expansión de China. Sin embargo, muchas otras veces, la actuación de China es ciertamente discutible, cuando no abiertamente polémica. De hecho, más allá del discurso oficial de Pekín, que suele vestir los intereses chinos por medio mundo —sin duda legítimos— con el disfraz de la retórica *ganador-ganador*, muchos de los proyectos que el coloso asiático está desarrollando por esos países carecen de una explicación consistente. No es sólo que su endémica falta de transparencia, que emana del propio sistema político chino, sea un error estratégico en términos de relaciones públicas en lugares donde su presencia no siempre es bienvenida; es que además la opacidad se nos pegó a la piel como una lapa cuando tratamos de profundizar en las condiciones contractuales, impacto medioambiental o estándares laborales.

En ese sentido nos impusimos como regla fundamental dar voz prioritaria, junto a los demás actores, a los distintos estamentos del Estado chino, por ser éstos quienes mueven los hilos de su expansión. Pretendíamos que fuera la China oficial la que nos explicara su lógica y motivaciones detrás de su actuación. Queríamos que contestaran formalmente a las preguntas que responde este libro: ¿cómo asegura China su petróleo? ¿Qué impacto medioambiental provocan sus inversiones? ¿Por qué apoya Pekín a dictaduras de todo el mundo? ¿Cuál es su estrategia diplomática? ¿Cómo conquista mercados imposibles su sector privado? ¿Cómo maniobran los chinos entre tanta corrupción? ¿Qué condiciones laborales ofrecen sus empresas? ¿Cuál es la magnitud de la emigración del país más poblado del planeta? ¿Qué hay detrás de los estadios de fútbol, carreteras y presas que levantan por todo el mundo? ¿Quién aprovecha las oportunidades que ofrece la inversión china? ¿Qué movimientos tectónicos provoca la irrupción del gigante?

Desafortunadamente, la nula colaboración y secretismo de la China oficial ha dificultado nuestro compromiso de dar derecho a réplica al poder chino. Sus embajadas pocas veces respondieron a nuestras llamadas, las principales empresas petroleras chinas —CNPC, Sinopec, CNOOC— denegaron una vez tras otra, en Pekín y por el resto del mundo, la concesión de entrevistas, y los ministerios respondieron con silencio o evasivas. Con todo, gracias a la

perseverancia y la inestimable ayuda de nuestros asistentes chinos —magos en la creación de *guanxi*— pudimos colmar este vacío con información sobre el terreno de primera mano, como en Turkmenistán o en Argentina.

Hubo, por supuesto, algunas excepciones a esta opacidad oficial, como por ejemplo la cita con Liu Guijin, diplomático de gran solvencia y enviado del Gobierno chino para asuntos africanos. Su entrevista demostró que incluso dentro del Ejecutivo chino hay gente abierta que se hace preguntas y lucha por mejorar las cosas. Pero incluso quienes sí se prestaron a contar la versión china, ya fueran diplomáticos, académicos, dirigentes de empresas estatales o expertos próximos al poder, optaron muchas veces por seguir escrupulosamente, al pie de la letra, el discurso oficial del régimen de Pekín.

El 9 de octubre de 2010, por ejemplo, nos las prometíamos muy felices cuando el Exim Bank chino, la entidad financiera china más politizada y clave en la estrategia internacional del país asiático, nos concedía, por fin, una entrevista. Habíamos realizado gestiones durante un año con el envío de una decena de faxes en mandarín y más de medio centenar de llamadas telefónicas para, finalmente, poder sentarnos en la sede de la institución, en el número 30 de la calle Fuxingmen, en el distrito financiero de Pekín. Sin embargo, nuestro entusiasmo inicial se disipó enseguida. Los tres ejecutivos de perfil técnico que nos atendieron en una imponente sala se dedicaron, durante la hora que duró la entrevista, a echar balones fuera. Por momentos fue surrealista: cuando el jefe de la delegación susurró al oído de uno de sus compañeros, como si fuera un niño, que no revelara qué activos y recursos naturales adquiriría China en el mundo en desarrollo, como si fuera secreto de Estado que Pekín compra petróleo y minerales; o cuando negó que existiera una estadística que reagrupe los créditos que el banco concede a otros países o a sus empresas.

Todo ello antes de que, en la batería final de preguntas, nuestro interlocutor, muy tenso, dibujara una sonrisa forzada —que se mantuvo durante varios minutos— como única respuesta a nuestras demandas. Ingenuos, creímos que el *muñeco de cera* que teníamos enfrente, que no mediaba palabra, no entendía nuestras preguntas. Cerrado en banda, zanjó la conversación con varios «no lo sé» como única respuesta. Atónitos, nos preguntábamos: ¿Por qué desaprovechaba la ocasión de contar todas sus contribuciones al desarrollo en Asia, América Latina y África? ¿Había acaso algo que ocultar? Después de una hora, no nos había dado ningún dato relevante, pero la entrevista fue muy reveladora en cuanto a la importancia que Pekín concede a la transparencia de

sus operaciones en el extranjero. Quizá nuestras preguntas fueran difíciles de contestar, basadas como estaban en la experiencia adquirida durante todos nuestros viajes.

O quizá es que simplemente «no eran equilibradas», como nos sugirió — para nuestra sorpresa— una experta occidental en las relaciones chinas con África. Es cierto que el gigante asiático es fuente habitual de un acalorado debate, pero al contrario que otros observadores de la ofensiva internacional de China que optan por priorizar los aspectos positivos de ésta, minimizando o incluso ignorando los efectos secundarios, nuestra intención es exponer la conquista silenciosa de China por todo el planeta con sus luces y sus sombras. No hemos olvidado que nuestra obligación como periodistas no es poner la linterna debajo del foco, sino alumbrar los rincones oscuros. El resultado es este libro sobre historias humanas y hechos, no sobre teorías de salón.

RUTA POR 25 PAÍSES SEGUIDA DURANTE
LA INVESTIGACIÓN



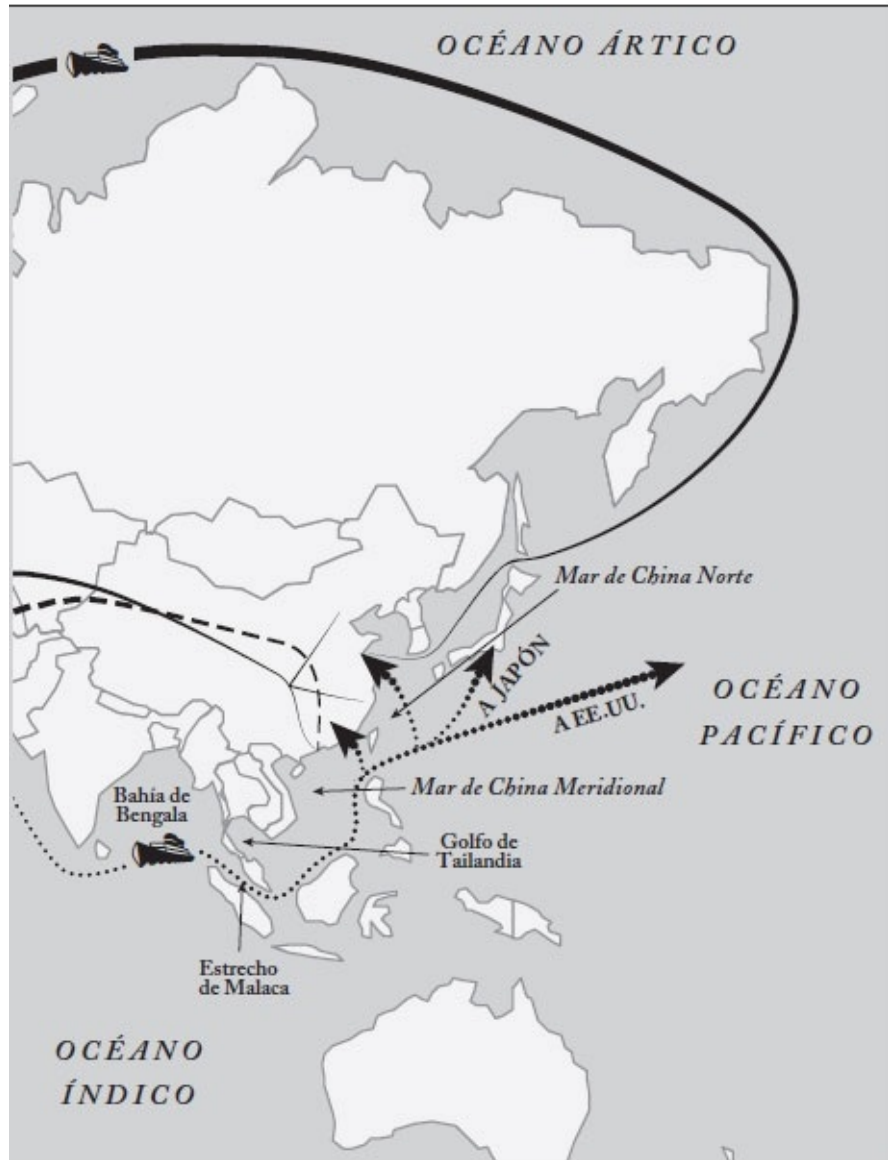


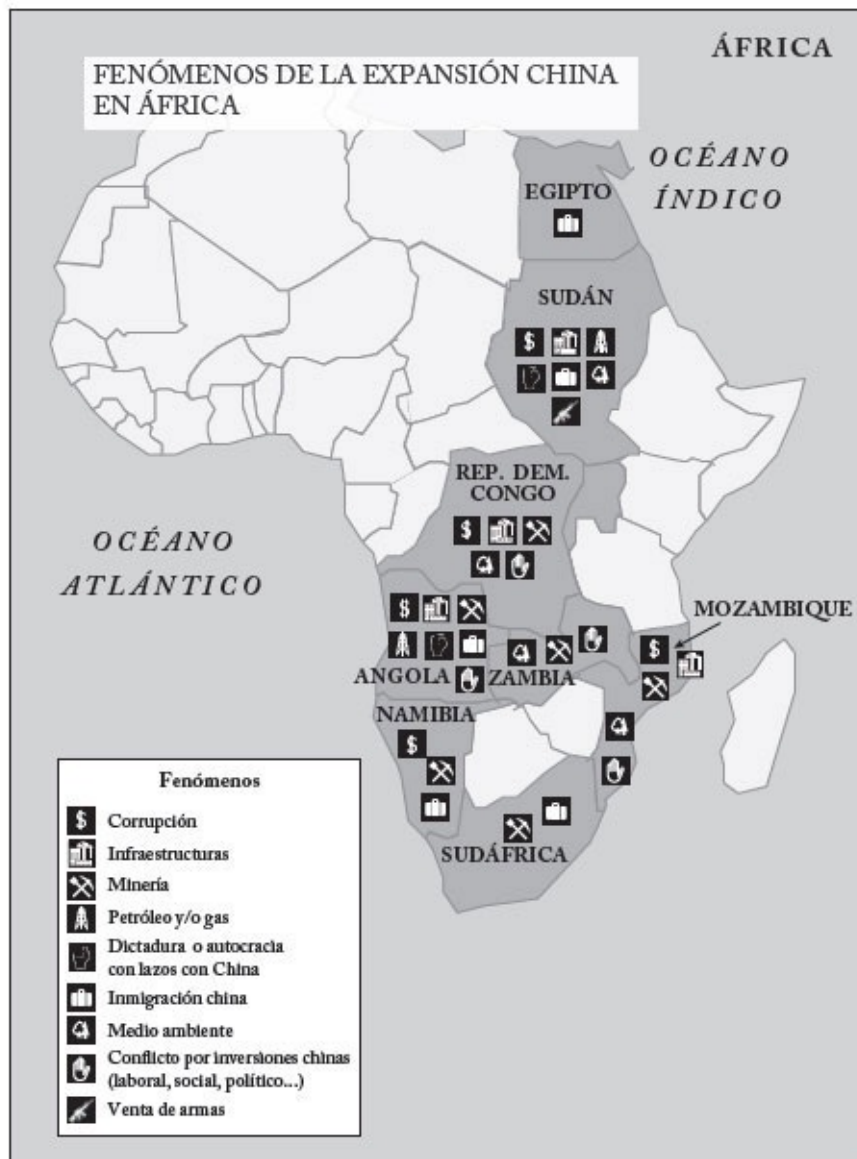
RUTAS DE LA EXPANSIÓN CHINA

OCEANO
ATLANTICO

- Ruta comercial por el Ártico desde China a Europa
- - - - - Vieja Ruta de la Seda
- Nueva Ruta de la Seda
- Ruta del petróleo









FENÓMENOS DE LA EXPANSIÓN CHINA EN ASIA CENTRAL

ASIA CENTRAL

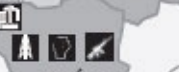
RUSIA



KAZAJISTÁN



TURKMENISTÁN



IRÁN



INDIA



OCEANO
INDICO

Fenómenos

- \$ Corrupción
- Infraestructuras
- Minería
- Petróleo y/o gas
- Dictadura o autocracia con lazos con China
- Inmigración china
- Medio ambiente
- Conflicto por inversiones chinas (laboral, social, político...)
- Venta de armas



Los mingongs¹ se globalizan

«Si un chino se pusiera a competir en una carrera de bicicletas, como el Tour de Francia, quedaría el último en la clasificación. ¿Sabe usted por qué? Porque durante la carrera no dejaría de mirar a un lado y a otro de la carretera, en pueblos y ciudades, con el mismo objetivo: ¿dónde puedo poner un negocio?»

Empresario chino en San José de Costa Rica

Serpenteando entre los *niqab* y los tenderos que ofrecen cordero y té, la figura pálida de Lan Xing emerge como una aparición. Avanza decidida y enérgica, dejando tras ella la estela de la pesada carreta que arrastra a trompicones sobre el arenoso asfalto del barrio cairota de Ain Shams, en el noreste de la capital egipcia. Es viernes, festivo y día de culto en el mundo árabe; el pueblo se ha echado a la calle para fumar *sissha* en los bares y ver pasar la vida al ralentí. Los hombres ven fútbol en televisiones improvisadas en plena calle. Jóvenes empapados en sudor reparan, soplete en mano, vehículos de otra época, de otro siglo, averiados por el calor y los atascos. Las panaderías exponen brioches de dátiles y pan de sésamo recién salidos del horno, cuyos aromas se mezclan con la humedad y la contaminación.

A Lan la ha traído hasta aquí un destartado taxi negro, el mismo que la recoge de madrugada para llevarla a su domicilio, que comparte junto a otros cuatro paisanos. Si las cosas se tuercen, recurrirá al pedazo de papel donde figura su dirección en árabe, que guarda como un tesoro en el bolsillo. Ésa es su

única vía de enlace entre el guirigay árabe y su mundo, entre la realidad que la rodea y la suya. Con su melena al descubierto y sus ojos rasgados, Lan es una extraña en este rincón tradicional y popular del viejo Cairo. El suyo ha sido un salto al vacío de más de 8.000 kilómetros, un intento de volver a empezar después de cumplir los cuarenta. Nada, sin embargo, que su determinación por prosperar no logre aplacar.

Llegó a Egipto junto a su esposo hace 17 meses, procedente de su natal Liaoning, provincia del noreste de China fronteriza con Corea del Norte, para hacer fortuna. Dejaron atrás a un hijo de 14 años, educado desde entonces por sus abuelos, a pesar de que, como ella misma confiesa, «es un adolescente problemático». Desde entonces, esa carretilla cargada con sendos fardos con 25 kilos de ropa, desde pijamas hasta *hiyabs*, que Lan pasea por toda la capital egipcia en busca de un cliente, se ha convertido en su obsesión. A ella le dedica una decena de horas cada día: las que pasa, hipnotizada, subiendo y bajando escaleras en las entrañas de viejos y oscuros edificios, tocando en las puertas con la esperanza de obtener un puñado de libras egipcias por la venta de una bata de algodón o unas sábanas de falsa seda.

Como ella, varios miles de hombres y mujeres chinos integran los llamados «shanta sini», los «chinos bolsa» en árabe egipcio. Un ejército de emigrantes llegados de las zonas más pobres de China, la mayoría de ellos convertidos en irregulares en cuanto les caducó el visado, que han logrado conquistar el sector textil minorista del país africano sin más propulsión que sus urgencias por salir de la pobreza y un espíritu emprendedor encomiable. Combinan la retahíla de virtudes que convierten a la emigración china en una de las más emprendedoras del planeta desde hace más de tres siglos: sacrificio, olfato para los negocios, adaptabilidad al medio y talento para reducir costes, además de capacidad de ahorro, discreción y una exclusiva red de contactos intra-chinos. Su pegada se extiende hoy desde Alejandría hasta el corazón de las pirámides egipcias, adonde llegan, con sus petates a la espalda, en busca de consumidores potenciales.

La joven Yu, cuya edad ronda los veinte años, juega con su pelo en un café de moda frente a la Universidad Americana de El Cairo. Bella y avispada, se diría que es ajena a las miserias de los «shanta sini». Sin embargo, los conoce a la perfección. «Bajan del avión hoy y mañana están vendiendo mercancía puerta a puerta por las calles de Egipto. No hablan una sola palabra de árabe», explica la sobrina de uno de los pioneros chinos que identificó el nicho hace década y media y que, desde entonces, ha amasado una fortuna de más de cuatro

millones de euros. Aquel emigrante sin educación que huyó de la pobreza en China es hoy un empresario de éxito con ocho fábricas y 60 almacenes desplegados por todo el país. Para comprender cómo los chinos han logrado hacerse un hueco en un país de tradición textil, que exporta algodón a toda Europa, hay que embarcarse en un viaje de miles de kilómetros desde Cantón, el corazón industrial de China, dice Yu.

Es allí, en plena desembocadura del Río de la Perla, donde los emprendedores chinos adquieren las telas y ponen en marcha un negocio que terminan por controlar verticalmente. Sedas, poliésteres y lanas salen en contenedores con destino a Libia, país con el cual Egipto comparte frontera y tratado aduanero. Los chinos han comprendido que, en un mundo globalizado, para levantar un imperio es necesario exprimir los márgenes; no es sólo que lleven haciéndolo durante siglos, es que esa habilidad está grabada a sangre y fuego en el código genético del pueblo chino. Por eso, relata Yu, exportan a Libia, que grava el textil chino con menores impuestos que Egipto. Ya en suelo africano, las telas son reexportadas, con la ayuda de un intermediario egipcio, al país de los faraones para alimentar los talleres clandestinos instalados en apartamentos situados en el extrarradio de El Cairo.

No es fácil visitar una de esas pequeñas factorías secretas. Fracasamos durante nuestra primera estancia en la capital egipcia, cuando un empresario se negó, tras cerrar una cita, a recibirnos; un segundo nos limitó el acceso al recibidor del apartamento. La tarea fue igualmente difícil en nuestro segundo viaje a la capital egipcia, pese a que íbamos de la mano de varios chinos que operan en el sector. La razón no es otra que la desconfianza que suscita que un extranjero husmee en sus negocios, más aún cuando éstos se apoyan en ilegalidades para desbancar a la competencia local. La opacidad será una de las constantes a lo largo de todos nuestros viajes por todo el universo chino.

Sin embargo, la presencia de un amigo chino junto a nosotros dio finalmente sus frutos cuando Ding Tao, un modesto empresario con una década de recorrido en el país, nos abrió de par en par su centro de operaciones: un taller improvisado en un apartamento de cuatro habitaciones en un barrio con edificios decrepitos y coches desguazados en las esquinas. En su interior, las tareas se distribuyen por salas: en una, un joven y dos mujeres, ambas ataviadas con *yihab*, cortan telas y se sirven de seis máquinas de coser para la confección; en otra, se plancha la ropa y se empaqueta en cajas; un quinto empleado hace números en el despacho.

Pese a la preferencia de los chinos por emplear a sus compatriotas, mucho más disciplinados, los patronos utilizan costureros egipcios porque son más baratos. «Si fueran chinos tendría que pagarles el doble, ya que son más productivos. Ése es el precio del mercado», sentencia la esposa de Ding Tao, que se defiende en árabe. Les pagan entre 250 y 300 euros al mes por trabajar diez horas al día, seis días a la semana. Unos sueldos al límite y una calidad de producción bajo mínimos garantizan un producto final con precio arrollador. Al salario de miseria se suma la precariedad, porque no hay contrato de por medio ni seguro médico, lo que provoca una rotación de personal constante, una situación similar a la que acaece en los epicentros manufactureros de China, como Wenzhou o Shenzhen, donde en dos años una fábrica puede llegar a renovar la totalidad de su plantilla. Los egipcios desestiman la posibilidad de reclamar mejores condiciones, ante la certeza de que la policía conoce los zulos pero los tolera a cambio de sobornos. En un país económicamente estancado y con el 16,7 por ciento de la población viviendo por debajo del umbral de la pobreza,² con una revolución a sus espaldas que derrocó a la tiranía que se aferró al poder durante tres décadas, es esto o nada.

Pero ¿por qué querrían los egipcios comprar ropa en sus casas, pudiendo ir a los comercios tradicionales? Yu, que habla como si estuviera narrando un relato, despeja la incógnita. «En Egipto, las mujeres comen muchos dulces y muchas están muy gordas, así que prefieren comprar la ropa en sus propias casas. De esta forma, evitan la vergüenza de tener que enseñar sus cuerpos fuera de sus hogares.» De ello, de ahorrarles el mal trago, se encargan emigrantes como Lan en el crepúsculo de las tardes egipcias, al finalizar la oración, cuando abordan a sus clientes en las puertas de sus casas. «¿*Aiz haga?*» («¿quieren algo?»), les espetan en los descansillos de las escaleras. En ocasiones les responden con un portazo, otras veces tienen más suerte y venden alguna prenda o la mujer de la casa pide que le tomen medidas para la bata que los «shanta sini» entregarán en su domicilio al cabo de unos días.

Esta vida sacrificada y miserable que consiste en recorrer, entre el calor y la soledad, las callejuelas de todo Egipto, toca un día a su fin. El emigrante chino, por lo general ignorante y explotado por su patrón, pero astuto y ahorrador, decide un día subir un peldaño en la cadena productiva piramidal. Deja entonces de repartir la mercancía y se convierte, tras invertir los ahorros de meses o años de trabajo, en productor y empresario. Inicialmente, con un taller y una zona de distribución. Posteriormente, extendiendo su red, a la vez que —con frecuencia

— se embarca en otros negocios. Bordeando la legalidad, incluso sobrepasándola cuando se trata de silenciar a las autoridades, y haciendo uso de una red de contactos chinos que actúa a la vez como conductora de oportunidades y como malla de protección, obtienen una progresión rápida: entre chinos se efectúan, en cascada, los acuerdos entre importador y fábrica textil, entre taller y distribuidor. El apego de los chinos por sus compatriotas va más allá de la corteza nacional. En numerosas ocasiones las transacciones entre emigrantes —no sólo en Egipto, sino en las dos docenas de países recorridos— se limitan a los oriundos de un pueblo o una región concreta. Ello tiene que ver con la pluralidad de etnias y lenguas que se hablan en China, así como con la importancia que los chinos conceden a los lazos familiares. La confianza y garantía de fidelidad que proporciona compartir origen y lengua constituyen los factores que explican, por ejemplo, que tanto los empresarios privados como las empresas estatales del gigante asiático que operan allende fronteras importen mano de obra china procedente exclusivamente de una sola localidad.

«Si todos los trabajadores en una obra proceden del mismo pueblo es mucho más difícil para un individuo actuar en contra del patrón o de la ley. Sus compañeros, con quienes le unen relaciones personales o familiares, sirven al mismo tiempo de vigilantes. Ningún chino quiere que su familia tenga mala reputación en su lugar de origen. Nadie quiere ser acusado de ladrón o gandul.» Las palabras de un joven chino con varios años de residencia en África comentando esta particularidad resuenan como un eco del maoísmo, cuando el estado de paranoia permanente se instaló en los campos de trabajo a los que fueron enviados a la fuerza decenas de millones de chinos. El compañero se veía obligado entonces a cumplir las tareas de *buen camarada*, siendo a la vez vigilante y vigilado, delator y delatado, en la fábrica o en el campo, en la escuela o bajo la aparente intimidad del hogar. Nadie podía escapar al ojo de la atalaya.

Negocios turbios

Por tanto, los más emprendedores no dudan en embarcarse en nuevas aventuras, en ocasiones muy lucrativas aunque rocen los límites de la ética, para ofrecer a esta bolsa de emigrantes servicios de todo tipo. Después de poner en marcha su red textil por todo Egipto, la familia de Yu —la jovencita coqueta— ha comenzado a llevar emigrantes chinos a Egipto aprovechando el descontrol

migratorio y los cantos de sirena por una vida mejor que, en medio de la ausencia de oportunidades, calan profundamente en la China que no logró subirse al tren del progreso. Se sirven de la licencia de la empresa que, según confiesa Yu, se obtiene fácilmente a través de sobornos, para solicitar visados que venderán por 5.000 yuanes (520 euros), aunque el precio varía en función del grado de relación o parentesco del solicitante. Los familiares y conocidos hacen correr la voz en sus lugares de origen, sobre todo en las provincias del noreste del país, donde la privatización de las industrias pesadas heredadas de la época maoísta causó una oleada de entre 30 y 40 millones de desempleados en poco más de una década.³ El efecto llamada corre como la pólvora en esas zonas donde la apertura económica desmanteló a finales de siglo las improductivas fábricas maoístas, llevándose por delante el sustento de millones de familias y provocando daños cuyas secuelas siguen siendo hoy visibles. «La gente no se muere de hambre, pero apenas hay opciones para prosperar», justifica Yu.

Esta situación obligó al Estado a romper con siglos de reticencia a la salida de sus nacionales, para pasar a facilitarla —incluso incentivarla—⁴ como vía de escape para sus desempleados. «China se ha desvinculado de la tarea que supone el control de la migración de sus nacionales y ha transferido la responsabilidad a los Estados receptores, éstos en ocasiones muy débiles, como algunos países africanos, donde la corrupción y la incapacidad administrativa hacen relativamente fácil la llegada de los chinos»,⁵ explica el experto en migración china Antoine Kernén, de la Universidad suiza de Lausana. «Existe hoy una facilidad para la migración en China que antes no existía», agrega este investigador que ha seguido el fenómeno en China y en países africanos francófonos.

La estrategia es imbatible para Pekín y los gobiernos locales: con la salida del emigrante se combate el desempleo, desactivando la tensión social que aflora en las zonas donde el paro es grave. Al término de la experiencia del emigrante en el exterior, el problema no reaparece, ya que el trabajador suele retornar con una importante cantidad de capital bajo el brazo que, por lo general, invierte en la educación de sus descendientes o en el negocio que le dé la seguridad de la que nunca antes ha disfrutado.⁶ De algún modo, se puede decir que China exporta mano de obra y, en contraprestación, obtiene capital que será reinvertido y generará crecimiento económico (y más trabajo) en su territorio.

Por tanto, el negocio textil puerta a puerta de los «shanta sini» no es más que la repetición, en Egipto, de lo que ha ocurrido durante tres décadas de

milagro chino en el gigante asiático: la prosperidad de unos descansa sobre las espaldas de otros. Si el combustible de la *fábrica del mundo* ha sido durante estas tres décadas el enorme contingente de emigrantes que acumulan hasta 14 horas diarias de duro trabajo por míseros sueldos, en suelo africano el negocio textil se alimenta también con el sacrificio de esos mismos emigrantes pobres. Su esfuerzo individual, al final, redunda también en la prosperidad colectiva. La razón de que los emigrantes opten hoy por la República Democrática del Congo o Venezuela en lugar de España o Canadá es fundamentalmente porque el mundo en desarrollo, inexplorado y virgen, ofrece al emigrante muchas más oportunidades que Occidente, con sus estrictas regulaciones y mercados mucho más competitivos. Yu estima que habría 15.000 chinos viviendo en Egipto del negocio de la venta ambulante, muy superior a los 5.000 que la embajada china en El Cairo aporta para cifrar la totalidad de sus ciudadanos en el país africano. «No hay rincón de Egipto donde no lleguen los shanta sini», asegura. La prensa egipcia ha llegado a estimar que el ejército de los «chinos bolsa» estaría integrado por entre 60.000 y 100.000 chinos,⁷ una cifra que los medios del país asiático sitúan entre los 20.000 y 30.000.⁸

El negocio no se limita sólo a introducirlos en Egipto —de hecho, muchos entran con visado de turista desde Tailandia y se quedan en el país durante meses—, sino que los más oportunistas también sacan partido a las necesidades cotidianas de los recién aterrizados. Cuando llegan a El Cairo alquilan para ellos un apartamento, les enseñan cómo funciona el negocio, qué áreas de la ciudad deben cubrir y cómo es la división monetaria de la libra egipcia. También los llevan a los almacenes, donde compran la mercancía por la que los intermediarios reciben una pequeña comisión. Con todo, la *fiebre del oro* lleva a otros, como a la señora Lan Jie, a plantearse actividades aún más turbias, como el proxenetismo. Otro nicho de lo más lucrativo, aunque también arriesgado. Ajena a la sensibilidad que suscita la cuestión en un país de corte tradicional, en el cual el 90 por ciento de los 80 millones de habitantes son fieles al Islam sunita, Lan busca la fórmula para abrir un prostíbulo en la capital. Quiere diversificar sus negocios, que hasta la fecha se agotan en el comercio textil y —por decirlo así— el trapicheo más o menos encubierto de emigrantes. «Ahora hay demasiada competencia. Hay muchos “shanta sini” y no se gana tanto dinero como antes», dice en un restaurante chino de la capital. Así que ha decidido importar bellas prostitutas chinas.

De hecho, ya ha empezado con los ensayos: durante la cena recibe la

llamada de un cliente, al que responde con un «la chica no está hoy en casa». Descarada, sin nada que reprocharse, no repara en detalles acerca de su negocio. «Cada vez que un cliente se va con una chica, paga 600 libras egipcias (unos 75 euros). Mi comisión son 200», explica. Con la oferta y la demanda garantizadas, su única preocupación es no tener en nómina a la policía, clave para un negocio así. «¿Sabes tú cómo podría sobornar a la policía?», pregunta a nuestro amigo chino, quien se desentiende del asunto. Ella no se rinde: «si te pasas por nuestra casa seguro que cambias de opinión», insiste entre risas. Lan Jie no es la única compatriota lanzada al negocio de la prostitución fuera de China, un país donde los burdeles proliferan desde lujosos karaokes donde las meretrices cantan desnudas, hasta insalubres peluquerías de neones rosas donde el masaje acaba en «final feliz». En ocasiones, el patrón también se reproduce en el exterior. La llegada de empresarios y expatriados chinos por todo el planeta ha estimulado la demanda de una serie de servicios, desde restaurantes y clínicas de medicina tradicional china a casas de masajes y acupuntura. Aunque no puede atribuirse exclusivamente a los chinos, la prostitución figura como uno de los negocios estrella.

Encubierta bajo forma de karaokes, casas de masajes o peluquerías, el proxenetismo en África provocó la primera intervención fuera de las fronteras chinas de la célula policial contra el tráfico de mujeres, un grupo dependiente del Ministerio de Seguridad Pública creado en 2007. Un grupo de 10 policías chinos aterrizó en noviembre de 2010 en Kinshasa con órdenes de dismantelar una red de tráfico de mujeres chinas oriundas de la castigada región de Sichuán, al oeste del país, las cuales supuestamente eran forzadas a prostituirse en la capital de la República Democrática del Congo. Publicado por la prensa china, el asunto terminó, para sorpresa de los policías chinos, con la negativa de las mujeres a abandonar el país, donde con su asistencia carnal en las cosas del amor podían ganar 50 dólares por servicio. Una fortuna en comparación con el sueldo medio de apenas 300 dólares al mes en la citada provincia china.⁹

Dependencia y miedo del vecino ruso

El tren abandona Pekín de noche y a las pocas horas enfile el corazón de la China desangelada. Pese a la proximidad geográfica entre China y el extremo oriental de Rusia, llegar hasta Vladivostok por tierra no es fácil. Manchuria,

tierra de sufrimiento y crueldades (japonesas, rusas, chinas), se abre a nuestros ojos, con sus maneras rudas y sus paisajes áridos, hasta llegar a la mañana siguiente a Suifenhe, una ciudad fronteriza de 100.000 habitantes. Es la primera etapa en nuestro periplo para seguir la pista del emigrante chino en una región que los comerciantes asiáticos frecuentan desde el siglo xv, cuando se aprovisionaban de ginseng y pescado a cambio de sus excedentes de té y soja. En la estación espera, para nuestra sorpresa, Jiou Peng a bordo de un Porsche Cayenne. Menudo, amable y bonachón, nos vino a recoger siguiendo órdenes de su jefe, Liu Desheng —a quien conocimos en Pekín e íbamos a ver a Rusia—, para ayudarnos con la logística hacia Vladivostok. Nos ofrece desayuno en el hotel insignia de la ciudad, no sin antes darnos una vuelta por esta urbe en expansión que se ha hecho rica al calor de una industria maderera que se alimenta de los bosques de Siberia.

La ciudad exhibe el ritmo frenético y la estética habitual de las urbes chinas desarrolladas a toda velocidad. Los centros comerciales, con altavoces callejeros que escupen turbo-pop chino, echan humo desde primera hora de la mañana. Turistas rusos se agolpan en los comercios y supermercados para adquirir todo lo que no hallan al otro lado de la frontera, o para comprar más barato lo que sí encuentran. En el Holiday Inn varias parejas rusas desayunan copiosamente después de un fin de semana de compras y ocio. «Tengo tarjeta VIP. No hace falta pagar», insiste Jiou Peng cuando hacemos ademán de abonar la cuenta. Sus zapatillas Birkenstein, polo Jeep, reloj Cartier y anillo de oro blanco Bulgari, además de su Cayenne, revelan que no le ha ido demasiado mal en la vida. Jiou encarna a la perfección la figura del nuevo rico chino: convertidos en millonarios en apenas una década y residentes en ciudades terciarias sin glamour ni lujo, derrochan su dinero en el último grito en marcas occidentales. Cuestión de estatus en una sociedad jerarquizada que exige marcar distancias con los de abajo.

Con el sello ruso estampado en nuestros pasaportes, comienza un viaje por carreteras que, de camino a Vladivostok, nos trasladan a otro tiempo y a otro universo humano. Sorprende el corte casi clínico —se diría que con bisturí— en lo referente a la raza: los rostros rudos del norte de China dan paso, súbitamente, a figuras estilizadas, teces blanquecinas y melenas rubias de la raza caucásica. Cruzar de un país a otro supone asimismo un salto al pasado: las autopistas de

dos carriles, los rascacielos y los puentes del lado chino dejan paso a un paisaje pobre, rural y vetusto. El tiempo se ha parado aquí en las tinieblas de la época soviética.

Liu Desheng espera en un céntrico café de Vladivostok. Le conocimos en Pekín, durante una comida en la que ejerció su cargo de representante de los empresarios chinos en la ciudad portuaria más importante de Rusia en el Pacífico. Nos explicó las dificultades a las que se enfrentan los inversores en una región azotada por una corrupción endémica. «Durante los primeros años, un chino que se asocia con un ruso debe cederle todos o casi todos los beneficios. De eso hablamos cuando hablamos de mafia. La mafia no es un ente separado, autónomo. Está en todas partes. Pero tras establecer una relación de confianza, todo mejora.» Nacido en 1973, Liu personifica el sueño americano llevado a su versión china. En 1995 decidió abandonar su trabajo como cocinero y se asoció con sus dos hermanos para desarrollar el negocio de la venta al por menor de productos chinos en Vladivostok.

Sus hermanos fueron los pioneros: en 1992, los dos mayores viajaron a la ciudad para trabajar en la construcción por un sueldo equivalente a 120 euros al mes. Tras medio año, volvieron a su pueblo y convencieron a la familia para comerciar con productos chinos, tras identificar un gran potencial de negocio. Criado en el seno de una familia pobre de campesinos, había recibido hasta entonces educación primaria y un curso de cocina. Se ganaba la vida en un restaurante y posteriormente en una fábrica de cerveza. No dudó en dejarlo todo y se sumó a la aventura de sus hermanos. «Fue un 28 de octubre de 1995 cuando crucé por primera vez la frontera con Rusia», explica en la cafetería de un hotel de cinco estrellas, sentado entre su asistente y su chófer, quien nos recogió en uno de los pocos modernos Mercedes que recorren la ciudad. «Me puse a vender botas fabricadas en Helionjiang y en 58 días hice mi primera fortuna: 24.000 rublos, unos 500 euros», recuerda, con una sonrisa. «Por entonces, dormía en el mismo sitio donde guardaba mi mercancía, para ahorrar dinero, mientras mi hermano se encargaba de abastecer el negocio. Empezamos a crecer y montamos nuestra primera tienda. Después, adquirimos el local adyacente, tiramos una pared y ampliamos el negocio», prosigue este padre de tres hijos de once, seis y tres años. Familia y allegados jugaron, asegura, un papel clave. Hoy más de 120 personas de su entorno están involucradas en un negocio que se extiende por toda Rusia y emplea a miles de personas: cuatro centros comerciales en Vladivostok, dos en Jabarovsk y varios locales en Moscú.

Con su mirada incisiva y su complexión fibrosa, Liu ejerce con soltura esa figura tan característica en China de jefe de clan o líder, en este caso de sus paisanos empresarios. «Mi familia es una de las más influyentes de Vladivostok. Si tienes cualquier problema, enseña mi tarjeta a cualquier chino, en un autobús o en la calle, y te ayudará. Saben quién soy.» Ganarnos su confianza exigió varias citas en restaurantes chinos que le ceden sus mejores salas privadas. Hubo que brindar por la amistad sino-española, manejar con soltura los palillos y recomendar, de memoria y en mandarín, algunos platos de la gastronomía china del norte. No fue la primera vez que constatamos que la mesa es el mejor campo de batalla para doblegar la suspicacia china. «Rusia grava un 50 por ciento las importaciones de productos procedentes de China. Por eso, muchos optan por hacerlo ilegalmente. Se lleva un camión a la frontera y se soborna a la parte rusa de las Aduanas. Pasado el camión, es conveniente que no circule por carreteras principales o que haga movimientos sospechosos, porque otro control encarece la mercancía, ya que hay que volver a sobornar al oficial.» Liu intercala los brindis con licor de arroz y bocados de cerdo agri dulce con comentarios acerca de la fórmula secreta de los negocios chinos en Rusia. Paulatinamente nos adentrábamos en el corazón del fenómeno migratorio chino en Rusia para comprender por qué suscita tanto temor entre los locales. «Si los rusos no quieren que entremos mercancías de contrabando, que bajen sus aranceles a nuestros productos.»¹⁰

Las tasas se aplican, nos explicaron posteriormente los oficiales rusos, para proteger la diezmada industria local, pero eso a Liu le parecía una aberración. «Los rusos no pueden vivir sin los productos chinos. Cuando la policía molesta a los empresarios chinos y quieren cerrarles el negocio por ilegal, los empresarios vienen y me dicen que deberíamos irnos y no venderles nada. ¡A ver cómo vivirían entonces!», remata. Se refiere a la dependencia que de China tienen los territorios orientales de Rusia para su abastecimiento de productos agrícolas y bienes de consumo.¹¹ Una dependencia que queda claramente contrastada durante la visita al mayor mercado de Vladivostok, propiedad de Liu y un verdadero espectáculo visual en 4.000 metros cuadrados, mil tiendas y 2.000 empleados. De un lado, en la parte bajo techo, la distribución de los negocios se basa en la procedencia de los comerciantes chinos que regentan la casi totalidad de los comercios. El pasillo de los «zapateros de Yunnan» colinda con el de los «sastres de Jilin», mientras los oriundos de Hebei venden baratijas, juguetes y bisutería. En la zona al aire libre, hay desplegado un mercadillo interminable

donde contenedores de barco han sido reconvertidos en tiendas comerciales. Rusos, vietnamitas, centroasiáticos y sobre todo chinos se agolpan para vender especies, linternas, camisetas, pan, dulces, conservas y todo cuanto se le pase a uno por la imaginación. Más del 80 por ciento de los productos proceden de China y, como denuncian los funcionarios locales, el impacto en cuanto al empleo local generado es limitado, porque dos de cada tres comerciantes son chinos. Una tendencia que se puede extrapolar al resto del país de los zares: el 83 por ciento de los extranjeros que trabajan en los mercados de la Siberia rusa son chinos, una cifra que alcanza el 61 por ciento si se toma como base el resto del país.¹²

El éxito de miles de chinos que comercian en Siberia contrasta con el declive que padece el otrora hermano mayor soviético, hoy en guardia ante la emergencia de Pekín. Mientras en las ciudades fronterizas chinas —como Suifenhe— se progresa sin mirar atrás, en las calles de Jabarovsk respiramos, en cuanto nos apeamos del Transiberiano, un ambiente de dulce decadencia, de nostalgia por los tiempos pasados. La ciudad, por donde los viejos Lada que se resisten a morir son aún mayoría, conmemora por todo lo alto el 152 aniversario de su fundación, lo que ha empujado a las calles a familias enteras, a abuelos y nietos vestidos de domingo, a marineros de la mano de jovencitas con tacones altos y aspecto retro. Abarrotan el paseo peatonal, junto al río, agradeciendo el sol primaveral tras el largo invierno, divirtiéndose en un parque de atracciones sacado de una película de espías de la Guerra Fría. La comparación es inevitable. A este lado del río Amur, celebran, ríen, bailan y beben ajenos a que, en la otra orilla, sus vecinos de toda la vida han puesto la directa hacia el desarrollo.

Chinos y rusos son viejos conocidos que, durante siglos, se han hecho la guerra y mordido mutuamente pedazos de un territorio con ingentes reservas, desde oro y petróleo hasta agua dulce y madera noble. La migración china se ha convertido en una cuestión muy sensible que ha generado un clima de permanente miedo a una invasión silenciosa¹³ que, comprobamos, se extiende también a Asia Central, la región colindante con China que formó parte de la Unión Soviética y que, aunque en declive, sigue hoy, en gran medida, bajo la órbita de Moscú.¹⁴ Los rusos no olvidan que en 1881 los mercaderes chinos suponían el 13 por ciento de la población local en sus territorios orientales, una región que Moscú considera estratégica.¹⁵ Algunos expertos y políticos ven la situación actual con preocupación, sobre todo por lo que deja entrever en un futuro: las cuatro provincias del norte de China fronterizas con Rusia (Mongolia

Interior, Heilongjiang, Jilin y Liaoning) cuentan con una población de 132 millones de personas¹⁶ y unos recursos naturales —agua, madera, petróleo, suelo fértil— cada vez más limitados. Del otro lado del Amur, se extiende un territorio ingente, desde Irkutsk hasta Vladivostok, donde apenas viven seis millones de personas y yacen los recursos y materias primas que China necesita. Todo ello conjugado con el impacto psicológico que provoca el hecho de que el gigante asiático, símbolo de pobreza hace apenas tres décadas en medio del derrumbe del maoísmo, se haya hecho rico. Para un pueblo orgulloso como el ruso, acostumbrado al papel de potencia y a mirar por encima del hombro a su vecino, no es fácil asumir —ni digerir— que ahora las aguas de la Historia han cambiado su curso. Que ha llegado, por fin, la hora de China.

Con todo, pese a la ansiedad que despierta en Siberia una eventual penetración sigilosa del vecino del sur, Pekín es también percibido por muchos como la única alternativa económica en una región aún por desarrollar, olvidada por Moscú y en pleno declive demográfico. «En 2020 la población en Rusia oriental pasará de los seis millones actuales a poco más de cuatro millones. Entonces no tendremos alternativa: necesitaremos la llegada de la mano de obra china y las inversiones chinas para generar crecimiento», asegura Vladimir Kucheryavenko, experto de la Academia Rusa de Ciencias del Instituto de Investigaciones Económicas de Jabarovsk. Otros, como Mijail Tersky, director del centro de Desarrollo Estratégico en el Pacífico de la Universidad de Vladivostok, han tirado incluso la toalla al asegurar que el destino de Rusia pasa necesariamente por la colaboración con China. «No tenemos futuro si no es con China. Es de locos enfrentarse a un ciclón. Si China nos considera su enemigo, será mucho peor para Rusia, así que mejor colaborar. La cuestión es buscar fórmulas para tener las mínimas pérdidas posibles.»

La historia se repite

Disecionar el negocio de los «shanta sini» y pasear por los mercados de Liu sirve de ejemplo para comprender la estrategia de los emigrantes chinos, su necesidad de abandonar su país por razones económicas y, más importante aún, cómo su expansión por el planeta tiene un impacto regional notable. En primer lugar para el empresario local, que de la noche a la mañana ve cómo pierde terreno ante una competencia mejor organizada e imbatible en cuestión de

costes.¹⁷ Más adelante veremos cómo la emigración china vehicula también sus valores y estándares laborales o medioambientales. No se puede, sin embargo, comprender la diáspora china por el mundo sin tener en cuenta el flujo migratorio que desde hace décadas se produce dentro de las fronteras del gigante asiático. Al menos 200 millones de personas han abandonado el campo desde la apertura económica en busca de oportunidades en las ciudades, y los expertos cifran en otros 300 millones el número de personas adicionales que realizarán el mismo trayecto en los próximos años. A este dinamismo de la movilidad ciudadana en China —fomentado por el crecimiento económico—, acompaña un flujo de chinos que salen del Imperio del Centro para emprender una nueva vida, conquistando mercados a su paso desde Nigeria hasta Argentina y desde Papúa Nueva Guinea hasta Canadá, acelerando una tendencia que comenzó hace siglos pero que hoy tiene una magnitud, escala, velocidad y trascendencia mucho mayores.

Los chinos llevan emigrando desde hace cientos de años, huyendo del hambre y la guerra, de la represión (antes incluso de la llegada de los comunistas al poder) y los conflictos sociales. Todo ello les ha convertido en la mayor población emigrante de la historia, con unos 35 millones de ciudadanos de etnia china, mayormente *Han*,¹⁸ repartidos por todo el planeta.¹⁹ En algunas regiones de Asia, la migración china se remonta al siglo XII, cuando el Imperio del Centro comenzaba a erigirse en la potencia naval en la que se convirtió en el siglo XV de la mano del almirante Zheng He, apodado por algunos el Cristóbal Colón chino. A él se le atribuye capitanear, por mandato del emperador Yongle, de la dinastía Ming, una serie de expediciones que, mucho antes de que Colón descubriera América en 1492, llevó a China hasta el Golfo de Adén, en las costas de la hoy Somalia. Las siete misiones navales en las que se embarcó desde 1405 hasta su muerte en 1433 tenían el objetivo de extender el sistema tributario de una nación que, por aquel entonces, no tenía parangón en cuanto a desarrollo tecnológico y dominio de los mares.

Con navíos cuatro veces mayores que la *Santa María* que el almirante Colón llevó a las Indias Occidentales, los viajes de Zheng He —un eunuco de origen musulmán que se ganó el respeto de los emperadores Ming por su bravía en el campo de batalla— lograron transportar hasta 27.000 hombres en varias naves.²⁰ Sus viajes marcaron el inicio de la época de esplendor del comercio en el sudeste asiático, fomentando las transacciones de especies y artesanías, y dotaron a lugares como Malaca de la importancia que tienen hoy en las rutas

marítimas.²¹ El comercio, impulsado por las mejoras en la navegación, fue el verdadero trampolín para la salida paulatina de millones de chinos por todo el continente asiático, cuyos descendientes constituyen hoy el grueso de las poblaciones en varios países regionales: la Academia China de Ciencias Sociales estima que hay 28 millones de ciudadanos de etnia china repartidos por toda Asia que integran poblaciones muy importantes en países como Singapur, Malasia, Tailandia o Indonesia.²²

El tráfico de esclavos también fomentó la llegada de esclavos chinos a las colonias que Occidente mantenía en América y África. Pero no es hasta la abolición de la trata, a lo largo del siglo XIX, cuando la emigración china se hace global, aterrizando en los cultivos peruanos, las minas sudafricanas o, incluso, en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial en los que Gran Bretaña, Francia y Rusia emplearon hasta 150.000 chinos para labores como cavar trincheras o enterrar a los muertos de guerra a cambio de retribuciones míseras.²³ Eran décadas en las que China estaba en pleno derribo. La agitación política, penurias económicas y caos generalizado culminaron en una cruenta guerra civil y la invasión japonesa, estableciéndose el caldo de cultivo que, antes de la fundación de la República Popular en 1949, sentó las bases del proceso migratorio contemporáneo. Oleadas de chinos de provincias como Fujian y Cantón no dudaron en endeudarse para conseguir el pasaje de barco que les alejara de la miseria y, en épocas de invasión extranjera, les llevara a una nueva tierra de oportunidades.

¿Qué fue de ellos? ¿Lograron su objetivo? Tuvieron que hacer frente a sacrificios tremendos, mayores incluso a los de los “shanta sini” de nuestros días, pero la recompensa para muchos de ellos, algunos de los cuales conocimos durante nuestros viajes, es hoy perfectamente visible. Abandonaron China para prosperar, se hicieron ricos y nunca regresaron. Hoy, sus hijos, nietos y bisnietos han dejado de ser emigrantes y constituyen las nuevas generaciones de chinos de ultramar.

Para Fung Xi Mao, por ejemplo, dejar atrás su Cantón natal en 1947 supuso no volver a ver nunca más a su padre. Tenía apenas 18 años cuando se embarcó en el viaje que le llevó a la tierra prometida, Venezuela, adonde llegó tras una semana sobrevolando el Pacífico, desde Hong Kong a Manila y Honolulu, y de allí a San Francisco, Managua y Caracas. Sentado en su oficina de Maracay, a 110 kilómetros al oeste de la capital venezolana, nadie diría hoy que, a su llegada y durante sus primeros años en el país, tuviera que dormir en el cafetín en el que

trabajaba 12 horas al día a cambio de 100 bolívares al mes, unos 15 euros. Las paredes del cuartel general desde el que dirige, con sus hijos, su pequeño imperio, están salpicadas de galardones concedidos como reconocimiento a sus éxitos empresariales y de fotografías en las que sale estrechando la mano de viejos amigos, como los ex presidentes venezolanos Carlos Andrés Pérez o Rafael Caldera, entre otras personalidades. Aunque a decir verdad, en aquellos primeros días de dificultades jamás creyó que acabaría codeándose con la flor y nata venezolana.

«En 1957 me instalé en Maracay. En Venezuela vivían únicamente 3,5 millones de personas. Era tierra de oportunidades», recuerda.²⁴ Habla de forma pausada, en un español con acento sudamericano del que todavía colean rastros fonéticos que delatan su origen. Como el emprendedor Liu, amo de los mercados de la Siberia rusa, o tantos otros, Fung Xi Mao progresó en base a su espíritu ambicioso, su capacidad de sacrificio y su audacia frente al riesgo. Y también gracias a la ayuda financiera de sus compatriotas, todos ellos oriundos de su misma localidad natal, Enping. «Un amigo me prestó 12.000 bolívares (casi 2.000 euros, al cambio actual). Con ese dinero monté una quincallería y luego una distribuidora de mercancía china. No había competencia. Importaba 100 contenedores al año desde Hong Kong y mi margen era del 30 por ciento.» Sus ganancias le catapultaron: con ellas abrió una fábrica de juguetes, luego una cadena de supermercados, fue director de un banco durante 10 años, fundó un canal de televisión y un periódico, y se metió en el lucrativo negocio de la construcción. El otrora emigrante pobre se convirtió en millonario.

Muchos compatriotas siguieron sus pasos, como prueba el elenco de calles del centro de Maracay que, atestadas de gente, están hoy literalmente tomadas por comercios chinos. No hay negocio de productos del hogar, ferretería, electrónica o quincallería diversa que no esté en manos de emigrantes de Enping, como atestigua que en una mayoría de comercios el apellido «Fung» —típico de la región— preside la entrada. A esa expansión ha contribuido decisivamente Fung Xi Mao, respetado jefe del clan, quien desde que se hizo rico no ha cejado en su empeño de ayudar a sus paisanos. «Durante todos estos años muchos chinos me han pedido dinero prestado para arrancar sus negocios. Siempre lo han devuelto, ni uno solo me ha fallado. Con la palabra basta. En China la palabra es como un documento», afirma.

Los expertos estiman que, como Fung Xi Mao, entre tres y siete millones de chinos salieron de su país entre los siglos XVII y XX en busca de oportunidades.²⁵

Otros escaparon de la represión o se vieron inmersos en la guerra ideológica de la Guerra Fría.²⁶ Esta diáspora silenciosa, paulatina y a escala mundial ha dejado una cicatriz imborrable en muchos países, sobre todo en el sudeste asiático, pero también en África.²⁷ Así, los chinos son el grupo étnico mayoritario en lugares como Singapur (76,8 por ciento del total) y constituyen una parte destacable de la composición social en Malasia (25,7 por ciento), Tailandia (11 por ciento) o Brunei (29,3 por ciento).²⁸ El factor clave de la importancia de estas comunidades en las sociedades de acogida reside, sin duda, en su poder económico. Esto queda reflejado en su participación en las economías domésticas, que va desde un 4,5 por ciento del PIB en Vietnam hasta el 80 por ciento en Singapur. Incluso en lugares como Indonesia, donde los descendientes chinos suponen apenas el 3 por ciento del total de la población, su peso en la economía doméstica es notable: según las fuentes, oscila entre el 10 y el 80 por ciento del PIB. Algunas estimaciones se aventuran incluso a cuantificar cuál es hoy la fortuna amasada durante siglos por los chinos de ultramar: 1,5 billones (con b) de dólares.²⁹

Esta opulencia se debe indiscutiblemente a la idiosincrasia china, como hemos visto. Desde luego, la capacidad de esfuerzo, ahorro y visión para los negocios se transmite casi genéticamente, de generación en generación. Pero no es éste el único factor. El éxito se explica también por las conexiones que «la gran logia china»³⁰ proporciona: allá donde haya un chino dispuesto a hacer negocios habrá otro que, por lazos de sangre o raza, le prestará dinero o le dará el apoyo necesario para conseguir un visado o un permiso. «Se trata de una característica particular de los emigrantes chinos. Aunque otras naciones de cultura confucionista también muestran aspectos similares, esta solidaridad es mucho más fuerte en las comunidades chinas de ultramar», explica el experto en migración Zhuang Guotu. Este reconocido académico subraya que todo ello se debe, además del «sentimiento de grupo» que en contraposición al «individualismo occidental» domina la tradición oriental, a que muchos emigrantes proceden de las zonas costeras del país (Fujian, Cantón). «La fuerza de cohesión de la familia y el regionalismo es muy importante para los chinos de ultramar.»

De esta forma, se refuerzan los lazos intra-chinos pese a salir del Imperio del Centro: en la Gran China, todo queda en casa.³¹ Este apego a las costumbres, lengua y cultura chinas explica seguramente su inicial desinterés por la integración o —incluso— la adaptación en las sociedades de acogida, donde los

chinos mantienen por lo general un perfil social bajo y con poco contacto —más allá del económico— con los locales.³² Aunque en las generaciones venideras ese sentimiento de pertenencia al grupo de iguales va, en cierto modo, diluyéndose, la conciencia de ser depositario de un legado y de unos valores que es obligado transmitir a la siguiente generación sigue perfectamente viva. La lengua y el matrimonio son los vehículos que garantizan la transmisión de la herencia que les ancla a sus raíces.

«En la época de mi abuelo, te enfrentabas a una gran oposición si decidías casarte no ya con alguien de otro origen o raza, sino incluso con alguien de otro pueblo. Ahora las cosas no son tan rígidas como antes, pero en la generación más joven aún predomina la sensación de que deben casarse con alguno de los suyos», explica Bonnie Pon, nieto de un emigrante cantonés que desembarcó en Sudáfrica a finales del siglo XIX. Bonnie, cuya familia sigue regentando, más de 100 años después, el comercio de ultramarinos que abrió su abuelo en el corazón del llamado *First Chinatown* de Johannesburgo, forma parte de un tronco genealógico común de 56 miembros repartidos sobre todo por Sudáfrica, pero que se ha ramificado también a Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Singapur. «De todos ellos, sólo dos matrimonios se produjeron con personas de origen no chino», afirma. A esa mentalidad tradicional de la *vieja sociedad china* que hacía a su abuelo rechazar los matrimonios mixtos, se sumó casi medio siglo de segregación racial en Sudáfrica, donde los chinos eran considerados «no blancos», esto es, «negros» a todos los efectos. «Se hacía alusión a la cuestión racial constantemente. Casarnos entre nosotros era lo natural.»

Tiempo después de dismantelarse el régimen de *apartheid*, su hijo Erwin continuó con la costumbre de la familia: se casó con una taiwanesa, quien recientemente alumbró a una hija que «aprenderá las lenguas oficiales en el colegio —inglés y afrikáans— y cantonés y mandarín en casa», asegura. «Tuvimos la suerte de que nuestros padres nos obligaron a aprender nuestra lengua materna.» Bonnie, quien nació en Sudáfrica y reconoce estar «en muchos sentidos occidentalizado», concede gran importancia a sus raíces y esencia chinas pese a que, a la vez, se desmarca de los valores que emanan de la China actual. «Cuando me miro al espejo veo una cara china. Pero he nacido en Sudáfrica y he estado aquí toda la vida. Voy a China por trabajo una vez al año, pero no me acostumbro al modo de vida allí. En China no estoy en casa, me incomoda la forma en que hacen las cosas. Nuestra familia es más tradicional que esos jóvenes comunistas chinos», remata. En una familia que lleva cinco

generaciones en Sudáfrica, el país africano con mayor comunidad de ciudadanos de origen chino,³³ Bonnie y los suyos guardan su ADN chino como un pequeño tesoro. Como el código que revela quiénes son y de dónde vienen.

Descendientes de Sun Yat-Sen en Ecuador

Con su figura menuda, los ojos ligeramente en forma de almendra y un bigote fino que le contornea el labio superior, no es difícil ver en Harry Sun Soria un descendiente de chinos. La historia de este ex alcalde de la ciudad ecuatoriana de Guayaquil, la capital económica del país latinoamericano, es diferente sin embargo de la del resto de peruanos, brasileños o ecuatorianos cuyos abuelos o bisabuelos llegaron al continente para construir el ferrocarril o trabajar en las plantaciones de azúcar en el siglo XIX. Él es descendiente directo de Sun Yat-Sen, fundador de la República de China en 1911 y primer presidente de China. Por sus venas corre sangre de la estirpe que acabó con milenios de tradición imperial en China.

Habla con un ritmo pausado, casi hipnotizante, característico de la gente educada y con capacidad de llegar a las masas. Ello le permitió ser, además de regidor, diputado nacional en 2002. Hoy, retirado parcialmente de los negocios, este arquitecto y padre de dos hijas dedica su fortuna y tiempo a dirigir la Fundación Ecuatoriana Sun Yat-Sen, de la que es presidente. Cuatro generaciones le separan de su bisabuelo Sun Kun Sang, hermano de Sun Yat-Sen, artífice de la China moderna, pero la lealtad a sus orígenes suena inquebrantable: «Yo me siento chino. A los ecuatorianos los quiero y los respeto. Nos dieron una identidad que no teníamos. Pero me siento chino», sentencia, en una entrevista en su despacho, situado en la zona noble de Guayaquil. No hace falta escucharle para creer lo que dice: luce un traje tradicional chino confeccionado con seda cantonesa marrón y tocado con bordados negros que desentona en esta ciudad a orillas del Océano Pacífico.

Su bisabuelo llegó a Ecuador en 1881, huyendo del caos que azotaba China por entonces. «Era un campesino. Al principio se dedicó a la agricultura y poco después empezó con sus negocios, como la exportación de cacao y café», recuerda. «A principios de siglo, el emperador dictó sentencia de muerte contra él y su familia por las actividades que llevaban a cabo para poner fin al imperio. Eso hizo por ejemplo que Sun Yat-Sen visitara Ecuador en 1907», explica. Su

bisabuelo se casó entonces con una ecuatoriana y de esta forma el abolengo de los Sun echó raíces en este país latinoamericano, pero sin desatender los vínculos con la «madre patria». «Hace 27 años que viajo a China. Mi hija está estudiando desde hace tres en Pekín. Ella tiene un compromiso. Más de 100 años después de que nuestra familia huyera de China, volvemos. Hay que enseñar a todos los descendientes de chinos a querer a China», dice.

«Yo me identifico con la revolución de Sun Yat-Sen y con la de Mao Zedong. ¿Por qué? Porque antes no éramos [se refiere a China] nada. Todas las potencias del mundo nos invadieron, se apoderaron de China, la utilizaron como botín político. Enseñaron a los chinos a consumir opio para compensar la balanza comercial, porque China les tenía inundados de porcelana, de seda, de inventos... Corrompieron a los chinos con la droga. Francia e Inglaterra mantuvieron su opulencia a costa de la sangre de China. ¿Cómo no voy a querer la revolución?»³⁴ Harry Sun habla con la mirada fija en los ojos de su interlocutor mientras repite, casi palabra por palabra, el discurso oficial del Partido Comunista de China acerca de la cicatriz que dejó el zarpazo occidental en el Imperio del Centro. Sobre estas bases patrióticas discurre su argumentación sobre la identidad y el valor de ser chino.

Su fundación se encarga, como él mismo dice, de «hacer que en Ecuador se sepa que somos una cultura de 5.000 años. De acabar con el mito sobre que los chinos son sólo comerciantes de textil y zapatos», insiste, siempre en primera persona del plural. Además de esa función didáctica, también ofrece asistencia a los chinos que viven en la ciudad, cuyo número ha crecido exponencialmente como consecuencia de la inmigración ilegal y las corruptelas de las autoridades migratorias ecuatorianas. «Damos amparo a los chinos. Si hay que apoyarlos en los negocios, espiritualmente o económicamente, se hace. Cuando un chino cae preso nos organizamos para que alguien esté a su lado.» De la figura de Harry Sun se desprende una característica propia de los chinos de ultramar, visible desde Mozambique a Cuba y desde Sudáfrica a Ecuador: su apego a la madre patria. Aunque legalmente son ciudadanos poseedores de la nacionalidad del país de acogida, estas comunidades siguen manteniendo estrechos lazos con el gigante asiático, aunque sus padres o abuelos tuvieran que huir por la represión maoísta o la miseria en la época imperial.

Este sentimiento de pertenencia a China, de orgullo de sentirse chino pese a haber nacido en otra nación, explica por ejemplo las cuantiosas donaciones que los chinos de ultramar han hecho al gigante asiático durante todo el siglo xx. En

los años 20 y 30 costearon carreteras, puentes, universidades y vías férreas como la de Xinning, que con sus 138 kilómetros une el pueblo cantonés de Enping con el Río de la Perla. Esa inercia se ha mantenido hasta nuestros días. El enésimo y quizá más paradigmático ejemplo se produjo con motivo de los Juegos Olímpicos de Pekín de 2008, cuando las donaciones voluntarias de 350.000 chinos residentes en 102 países sirvieron para sufragar la mayor parte de los 100 millones de euros que costó la piscina olímpica, conocida como el *Cubo de Agua*. «Lo hicimos para mandar un mensaje al mundo: nosotros también formamos parte de China», explica Sun, quien aportó parte de su fortuna para que la segunda infraestructura más emblemática de las Olimpiadas pekinesas — tras el estadio *Nido de Pájaro*— fuese una realidad. Con todo, las donaciones son sólo un pequeño porcentaje de la fabulosa contribución que los chinos de ultramar han hecho en favor del resurgir de la República Popular de China.

Ellos han sido el principal soporte financiero del desarrollo industrial chino desde el proceso de apertura y reforma, cuando el *pequeño timonel* Deng Xiaoping maniobró decisivamente en 1979 para sacar al país del caos en el que lo sumió el maoísmo. Se estima que, de los 500.000 millones de dólares de Inversión Extranjera Directa (IED) acumulada hasta 2003, un 65 por ciento procedía de los chinos de ultramar, sobre todo de Hong Kong, Taiwán y el sudeste asiático.³⁵ Consciente del valor que supone tener una comunidad culturalmente afín y pletórica de recursos repartida por todo el mundo, el Gobierno comunista —que despreció a los chinos de ultramar con especial desdén durante la Revolución Cultural—³⁶ ha estado muy activo desde la década de los 80 en recomponer los lazos. Si durante buena parte de la mitad del siglo xx fueron repudiados por Pekín, el Gobierno se echó en brazos de su diáspora para rehacer el país, aprobando incluso leyes que les otorgaba mayores privilegios fiscales que al resto de inversores extranjeros.³⁷ Con la estrategia «salir a fuera para invitar a venir» (走出去-引进来), Pekín ha enviado miles de delegaciones por todo el mundo para atraer capital o cortejar a los inversores extranjeros de origen chino. Sólo en la ciudad fujianesa de Fuqing, donde viven en torno a un millón de habitantes, se estima que «los chinos de ultramar han donado más de 140 millones de euros, invertido en unos 900 negocios y aportado más de 4.000 millones de euros en IED».³⁸

Hoy todo ello ha evolucionado hacia un nacionalismo transfronterizo que, aunque con matices, encuentra en la patria y la cultura chinas un elemento aglutinador para millones de ciudadanos que, paradójicamente, viven en extremos opuestos del planeta. A ojos del occidental, acostumbrado a medir las cosas por el patrón del Estado-nación, este rasgo característico del pueblo chino sorprende o, en el peor de los casos, asusta. El español, el británico o el francés sienten —llegado el caso— un apego por su país que está delimitado por unas fronteras y caracterizado por una cultura y una lengua comunes. Cuando éstos emigran —por ejemplo a México, Australia o Argelia— y echan raíces, esos vínculos desaparecen paulatinamente en las siguientes generaciones, que rápidamente se identifican con el país de acogida y sus costumbres. En pocas palabras, el hijo de español ya no es «de origen español», sino mexicano.

Esto no sucede por lo general con los chinos. El periodista y académico Martin Jacques argumenta que tiene que ver con la propia naturaleza de China como país: no es un Estado-nación, sino un Estado-civilización. Por consiguiente, el sentimiento de pertenencia a una cultura, unas tradiciones y una Historia que oficialmente tienen más de 5.000 años de existencia no desaparece con la migración del individuo, pese a que pasa a habitar en otro territorio y a vivir otra realidad social y cultural. La civilización es el hilo que une el collar de perlas formado por la gran comunidad china, el elemento aglutinador. El chino, dentro o fuera de sus fronteras naturales, está inmerso en esta corriente civilizadora, donde tradiciones, creencias, lengua, costumbres y cultura se transmiten de padres a hijos. Uno jamás puede dejar de ser chino por muy lejos que esté del Imperio del Centro.

En este sentido, el Estado chino ha jugado desde siempre el rol de garante de esta civilización con miles de años de historia. El Imperio primero, con su élite de mandarines y funcionarios, y el Gobierno comunista, después, se han atribuido a lo largo del tiempo el papel de guardián y gestor de esta herencia, donde confluyen desde las ideas de Confucio hasta el respeto por los ancestros y la familia. En la época contemporánea, esto desemboca en un marcado nacionalismo que juega un importante papel. Especialmente después de que el derrumbe del comunismo dejara sin anclaje ideológico al régimen, Pekín no ha dejado de blandir un discurso nacionalista centrado no sólo en la confianza en sus propias fuerzas, sino también en un mensaje subliminalmente antioccidental y marcadamente antijaponés. En los tiempos de Mao todo ello tenía el objetivo de combatir el capitalismo y las posiciones burguesas, de un modo similar a

como hace hoy Corea del Norte. Pero en la fase de apertura económica y con la posterior irrupción del capitalismo rojo —es decir, actualmente—, el nacionalismo sirve para desactivar, con un discurso *ad hoc* que cala fácilmente entre la población, la posibilidad de que en China impere una democracia liberal de corte occidental.³⁹

Quizá el ejemplo más reciente e ilustrativo se produjera durante el recorrido mundial de la llama olímpica de los Juegos de Pekín de 2008, cuando decenas de miles de jóvenes chinos salieron a las calles de Buenos Aires, París, Londres y Sydney para contrarrestar las manifestaciones en favor del Tíbet o los derechos humanos. Aunque el rol jugado por las embajadas chinas para orquestar estas protestas es innegable, no hay que subestimar la iniciativa propia como factor clave a la hora de sacar a la calle a los estudiantes para proteger la llama olímpica de los saboteadores occidentales.⁴⁰

Este nacionalismo que Pekín fomenta entre su población, y que en ocasiones deviene recalcitrante, se filtra también a las comunidades chinas en el exterior y se torna transfronterizo. No escasean los ejemplos que, como el de Harry Sun, reflejan esta defensa a capa y espada de la madre patria por parte de los chinos de ultramar. Ello no significa que la diáspora china forme parte de un ente monolítico que, siguiendo los dictados del partido-Estado chino, haga causa común contra el rival occidental. Este razonamiento es demasiado simple. Pero no cabe duda de que los chinos de ultramar se han beneficiado de su alianza económica con el régimen de Pekín, enriqueciéndose y aprovechando la entrada de China en el sistema económico mundial. En este escenario lleno de oportunidades de inversión y negocio, de ascenso económico y geopolítico a toda velocidad, las prioridades de los chinos de ultramar no pasan por forzar un cambio político. Así, la presión para poner fin a la hegemonía del Partido Comunista al frente del poder, o al menos para influir en él para una mayor apertura, ha quedado olvidada. El tiempo dirá si momentáneamente o para siempre.

La nueva Ruta de la Seda

«Annam es adyacente a Champa y a los cien bárbaros, con quienes debemos mantener nuestras fronteras para que no haya invasión o transgresión. Asimismo, ni los civiles ni los soldados deben cruzar la frontera o embarcarse al mar y comerciar con los países bárbaros».

Emperador Zhu Di (1403-1424),
edicto de 1407 para limitar el contacto chino con el
exterior.¹

Desde Urumqi, catorce horas de tortura sobre una escuálida litera tocan a su fin en cuanto el autobús de larga distancia enfila la semivacía arteria principal de Horgos. Nada más bajar, invaden aromas de cráneo de cordero que hierve desde quién sabe cuántas horas en una olla cercana. Mujeres y niños abordan al viajero con cestas de fruta, dulces, patas de gallo hervidas en conserva y otras lindezas del repertorio gastronómico local, apto sólo para paladares audaces. Los rostros barbudos y ataviados con los tradicionales *dopa*, los coloridos gorros de la minoría uigur, corroboran que nos hallamos en la provincia del lejano y conflictivo Xinjiang, cuyo nombre significa «la nueva frontera» en mandarín. De cicatriz musulmana, esta región dominada por impresionantes montañas y desiertos cubre una extensión equivalente a la sexta parte del territorio chino. La provincia cobija un 25 por ciento de las reservas nacionales de petróleo y gas además del 40 por ciento del carbón y abundantes yacimientos minerales.

Xinjiang nos recibe con un cielo azul intenso, rabiosamente centroasiático, y una luz esplendorosa que, en la China industrializada donde predominan el color gris metalizado y los cielos tristes, están ya irremediablemente extinguidos.

Los rótulos y carteles, en mandarín y en uigur, cuyo alfabeto toma del árabe, dan cuenta de una coexistencia dramática de dos culturas —la china y la uigur— que no han dejado de repelerse desde que la expansionista dinastía Qing se hiciera con el control de la región en el siglo XVIII.² El choque de dos mundos irreconciliables, el uigur, fiel a sus tradiciones fuertemente arraigadas y a unas raíces musulmanas que se remontan al siglo X, y el chino, ávido de desarrollo económico y sin más credo que el Partido Comunista, ha suscitado recelos mutuos y hostilidad, represión y sangre. Hoy, ambas etnias viven de espaldas: una habita al sur del temible desierto del Taklamakán y practica el Islam sunita en mezquitas, una actividad de la que Pekín desconfía; la otra, se concentra en las urbes del norte y, a golpe de ordenanza y excavadora, arrasa barrios históricos para que afloren en su lugar bancos, centros comerciales y karaokes en edificios acristalados. Así se escenifica el pulso que tradición y modernidad mantienen en este enclave histórico de la Ruta de la Seda utilizado como lanzadera para los objetivos estratégicos de China en Asia Central.

En este sentido, Horgos está llamado a jugar un papel decisivo: ser puerta de entrada al corredor centroasiático. Ciudad contigua a Kazajistán, hoy no es más que una inhóspita y a la vez tranquila urbe de poco más de 20.000 habitantes en medio del fin del mundo. Sin embargo, el futuro está ya construyéndose allí a toda velocidad: «si volvéis en 10 o 15 años, veréis Horgos lleno de rascacielos y hoteles», advierte Wang Yanjiang, emprendedor y vicepresidente de la asociación local de empresarios. A bordo de su todoterreno, Wang explica orgulloso que la ciudad ha sido oficialmente catalogada como Zona Económica Especial (ZEE),³ lo que garantiza una oleada de infraestructuras y un marco jurídico irresistible para atraer inversión. Objetivo: convertirla en un centro manufacturero y logístico de primer orden. «En la próxima década la población de Horgos se multiplicará por diez hasta los 200.000 habitantes. Lo mismo sucederá con las empresas, cuyo número alcanzará las 10.000», asegura Wang.

Un vistazo al papel desempeñado por las ZEE en el portentoso desarrollo económico experimentado por China en los últimos treinta años no deja dudas acerca de su empuje, ni de la capacidad de los chinos para acometer proyectos de semejante envergadura. Ofreciendo suelo barato o incluso regalándolo,

facilitando el crédito y eximiendo de ciertos impuestos, Pekín quiere reproducir en Horgos el hito de Shenzhen,⁴ inicialmente una pequeña población pesquera junto a Hong Kong, que, tres décadas después de haber sido elegida como una de las primeras ZEE, es hoy una deslumbrante urbe de 15 millones de habitantes repleta de rascacielos e inmensas avenidas. Gracias a la ingente inversión en infraestructuras, Shenzhen es hoy la ciudad más próspera del país, alumbrando una clase media urbana que la ha llenado de centros comerciales, campos de golf, coches de lujo y barrios residenciales. Si en el pasado el este y sureste de China fueron prioritarios, la misma fórmula se reproduce ahora para desarrollar el empobrecido Gran Oeste chino.

Mientras el vehículo avanza hacia la frontera, Wang hace referencia a los tres grandes centros comerciales que jalonan la calzada, donde cientos de pequeñas tiendas exponen todo tipo de productos, de lavadoras y baratijas a *matrioskas*, electrónica y peluches, que los kazajos adquieren aquí por su menor coste. En la divisoria de ambos países, somos testigo de cómo Horgos se prepara para ser el próximo Shenzhen. Varios autobuses con potenciales inversores chinos procedentes de otras provincias recorren los 5,2 kilómetros cuadrados habilitados por China y Kazajistán para albergar la futura zona de libre comercio que, sin las trabas burocráticas y fiscales actuales, asfaltarán la exportación del *Made in China* hacia los mercados de Asia Central y de allí, quizá, hasta las puertas de Europa. El plan de desarrollo económico orquestado por Pekín para su *provincia rebelde* ha resucitado, con la misma vitalidad de la que hizo gala siglos atrás, la histórica Ruta de la Seda.⁵

La disposición de mano de obra barata y abundante supone también una gran ventaja para la conquista china de los mercados centroasiáticos. «Producir algo en Kazajistán cuesta cinco veces más que en China a causa de los impuestos y los salarios. Un empleado chino gana unos 18.000 yuanes (2.000 euros) anuales en Horgos, un kazajo quiere 1.200 euros al mes. Eso ha llevado a muchos empresarios kazajos a perder sectores y mercado», advierte Wang. Basta con cruzar el paso fronterizo de Horgos para comprender el empuje del *Made in China* en la región. Una legión de camiones alineados con remolques repletos de té, reproductores DVD, vajillas, electrodomésticos y bicicletas chinas espera para someterse al control aduanero kazajo. Los camioneros —fornidos centroasiáticos en su mayoría— matan el tiempo fuera de las cabinas jugando a las cartas, bebiendo y fumando, mostrando a cada sonrisa sus dentaduras doradas típicas de la extinta Unión Soviética. Los burócratas miden, pesan y anotan las

mercancías, arrogantes en el trato, bajo la jerarquía que imponen sus uniformes grises. «Pasar un camión cuesta 20.000 dólares», asegura Wang, aludiendo a los elevados aranceles que, en vano, tratan de repeler una invasión que es ya imparable en medio del abismal diferencial de costes: en suelo kazajo contamos, a lo largo de varios kilómetros, casi tres centenares de camiones que, con sus cargas vacías, esperan en fila india en la cuneta para volver a abastecerse en China. Aquí, como en muchos otros lugares, no hay impuesto que resista el tirón del producto chino.⁶

El paso para peatones es también un desafío mayúsculo para el sentido común. Una turba multiétnica de unos 200 hombres, ladrones y militares se arremolina con sus gigantescos fardos y cajas en unos pocos metros cuadrados, a las puertas de un estrecho pasillo delimitado por unas verjas de hierro en cuyo final espera un militar chino para un control preliminar de pasaportes. La muchedumbre, sudorosa y vociferante, empuja despiadadamente sin más código que la ley de la selva; las arremetidas no cesan siquiera cuando resuenan los gritos desesperados de los oprimidos. Los más ansiosos y corpulentos cruzan los primeros en este lugar de navajeo y del *paso yo primero*; el resto de la tropa, compuesta por mujeres rollizas y ancianos de barba plateada, aguarda su turno: la selección natural darwiniana en estado puro. Entretanto, los chinos buscan oportunidades en medio del desconcierto, con el comprador compulsivo kazajo como cliente potencial. Les venden fundas para el pasaporte y otras nimiedades, u ofrecen sus carretillas para cargar sus compras —televisiones de plasma, secadoras, ropa— hasta el otro lado de la divisoria por unos pocos dólares. Artículos que podrán revender en su país a precio multiplicado.

Los 350 kilómetros que separan la frontera china de Almaty, la capital económica de Kazajistán, transcurren por una carretera que, sin rastro de pintura que divida la calzada y con frecuentes socavones, poco tiene que ver con la impecable autovía G-312 que nos había llevado, en territorio chino, desde Urumqi —la capital provincial de Xinjiang— hasta la fronteriza Horgos. Los peligrosos Audi y Mercedes de enésima mano, importados de Alemania tras ser jubilados por sus dueños europeos, a duras penas amortiguan los baches de una vía precaria que demuestra el poco interés que tiene Kazajistán por el comercio terrestre. Todo lo contrario a lo que acontece del otro lado de la frontera. Y es que lo único que Kazajistán vende a China —petróleo y gas, aparte de pieles de

animales y uranio— transita por debajo de ésta y, por tanto, mejorar las comunicaciones sólo serviría para fomentar la llegada de más productos chinos a los mercados kazajos.⁷

Esta impresión de cruzar el espacio y *el tiempo* a la vez, de saltar al pasado, es habitual cuando se sale por las fronteras terrestres del Imperio del Centro, debido sobre todo a la revolución que ha experimentado el gigante asiático en materia de infraestructuras.⁸ Puentes de dimensiones imposibles, autopistas impecables que atraviesan montañas y líneas férreas que conectan los cuatro puntos cardinales del país conforman el nuevo paisaje de un Estado que ha entendido desde siempre la importancia de invertir en su red de comunicaciones para afianzar la gobernabilidad.⁹ Los mandarines llegaron a los rincones más recónditos del territorio para garantizar su dominio. Hoy las infraestructuras sirven al mismo propósito que en la época del Imperio: mejorar la conexión y el comercio entre centros urbanos que, aún siendo chinos, están separados por miles de kilómetros. Sin embargo, en la actualidad las vías de comunicación juegan también un papel que los gobiernos imperiales habían limitado o incluso combatido explícitamente: el de expandir el comercio chino fuera de sus fronteras.¹⁰

Así, China ha roto con siglos de aislamiento y aversión al contacto con el exterior, incluso en cuestiones comerciales, por temor a las consecuencias que ello podía tener a nivel doméstico. Un ejemplo de esta actitud reacia —cuando no abiertamente opuesta— del Imperio del Centro hacia el resto del mundo quedó escenificada en la primera delegación comercial británica enviada por el rey Jorge III en septiembre de 1792. El grupo de diplomáticos, empresarios, soldados, científicos y pintores viajó a Macao, liderado por lord George Macartney, con la esperanza de obtener del emperador Qianlong un compromiso para que Gran Bretaña pudiera tener acceso a puertos chinos y Pekín rebajara los aranceles a sus manufacturas. Para impresionar al poseedor del *mandato del cielo* llevaban telescopios, barómetros y relojes, que transportaron cuidadosamente durante los cuatro meses que tardaron en cruzar China de sur a norte, desde Cantón, único puerto habilitado para los extranjeros, hasta la Ciudad Prohibida de Pekín. Tras un breve encuentro con el emperador, lord Macartney sólo obtuvo una breve y desesperanzadora respuesta por parte del Hijo del Cielo:

Nunca hemos valorado los artículos ingeniosos, ni tenemos la más mínima necesidad de las manufacturas de su país. Por eso, Su Alteza, respecto a su petición de enviar a alguien para que permanezca en la capital [china], al no estar en armonía con las regulaciones del Imperio Celestial, estimamos que no supone ventaja para su país.¹¹

Todos los caminos llevan a Asia Central

En ese contexto, el Gobierno ha previsto una oleada de inversiones millonarias durante el próximo lustro para desarrollar las infraestructuras de Xinjiang: en mayo de 2010 aprobó un presupuesto de entre 17.000 y 22.000 millones de dólares —el equivalente al PIB de Bolivia en 2009— con ese fin, lo que permitirá que los 15.000 kilómetros de asfalto actuales pasen a ser 80.000 en 2016.¹² A ello hay que sumar un ambicioso plan para extender la red ferroviaria, incluido el tren de alta velocidad.¹³ La mejora en la eficiencia del transporte no sólo multiplicará las rutas del *Made in China* hacia Asia Central, sino que, al coincidir con la rápida urbanización que acontece en el país asiático, servirá también para favorecer la creación de *ciudades-cluster* o grandes centros productores y logísticos como el que pronto será una realidad en Horgos.

Vista la magnitud del fabuloso plan previsto para la frontera noroccidental de China, la pregunta es obligada: ¿qué objetivos hay detrás de semejante despliegue de recursos? De entrada, no es muy difícil adivinar que, en clave doméstica, Pekín ha comprendido perfectamente el impacto que tiene el desarrollo económico en su estrategia de estabilizar a toda costa el turbulento Xinjiang. Sobre todo después de que en 2009 la región fuera el escenario del mayor brote de violencia desde la revuelta en 1989 de la Plaza de Tiananmen, con 197 muertos y más de 1.700 heridos por la violencia interétnica.

A la vez, en su vertiente comercial, las infraestructuras abren un sinfín de oportunidades en Asia Central y allende. Xin Guangcheng, experto en Asia Central de la Academia China de Ciencias Sociales, se refirió a ambos factores: «el Gobierno quiere crear en Xinjiang un nuevo Shanghai. Se trata de aprovechar la situación geográfica de la provincia, por donde transita más del 70 por ciento del comercio entre Asia Central y China. Para ello el principal reto es atraer capital humano e inversiones», explica, en una entrevista de dos horas en Pekín que fue cuidadosamente transcrita por un burócrata para someterla a la revisión de los comisarios del Partido Comunista.

Por tanto, a lo que Xin Guangcheng alude es a la perspectiva de una masiva

afluencia de chinos Han hacia la provincia musulmana, atraídos por las oportunidades que llegarán con la imponente inversión gubernamental y las políticas fiscales favorables. La llegada de miles de comerciantes, inversores y trabajadores Han tendrá una consecuencia inevitable y previsible: la dilución de la primacía demográfica de la etnia uigur dentro del panorama etnográfico que caracteriza a Xinjiang.¹⁴ Nada nuevo en la historia de un país cuyo Gobierno central —imperial y republicano— ya puso los desplazamientos de población al servicio de la conquista territorial y étnica de los Han.¹⁵ Una práctica en la que insistieron los comunistas al llegar al poder, sometiendo a las provincias díscolas de Xinjiang y Tíbet a un gradual y silencioso proceso de asimilación étnica y cultural que, hasta hoy, se alimenta con oleadas de emigrantes chinos Han procedentes de otras regiones.¹⁶ Queda claro, por tanto, que el progreso económico esbozado para la región tiene un calculado doble propósito: desactivar la resistencia uigur a través de la asimilación étnica, por un lado, y utilizar la provincia como lanzadera para conquistar nuevos mercados extranjeros, por otro.

Las consecuencias de todo ello son obvias para Xinjiang y los uigures, pero ¿qué huella deja el *Made in China* en sus vecinos? Al otro lado de la frontera, los planes de expansión chinos se perciben, a partes iguales, con ansiedad, desconfianza y resignación. Kazajistán, el país más importante de entre las ex repúblicas soviéticas de Asia Central, sufre ya —dolorosamente— en sus carnes el impacto de la *invasión* china. Aunque es difícil obtener datos fiables sobre el número de productos chinos en los mercados kazajos,¹⁷ los expertos estiman que la cifra se sitúa entre un 70 y un 80 por ciento¹⁸ del total y abarca desde bienes de primera necesidad, incluidos los alimentos, hasta maquinaria, materiales de construcción y electrónica. La competencia china ha ocasionado, más que un retroceso de la industria kazaja, su derrumbe definitivo. Con la independencia a principios de 1990, Kazajistán heredó un panorama industrial desolador de fábricas —cuando existían— improductivas y tecnología obsoleta. China, en cambio, recibía por entonces inversión extranjera directa a raudales, modernizaba sus sistemas productivos y erigía la potencia industrial en la que se ha convertido. Así que se impuso la lógica: China arrasó.

Kazajistán está hoy de alguna manera en manos de su vecino chino, de quien depende para su abastecimiento. «No tenemos alternativa. Si eliminamos los productos chinos, nos enfrentaríamos a un déficit de productos en el mercado», explica Konstantin Syroezhkin, experto de referencia sobre relaciones

sino-kazajas del Instituto de Estudios Estratégicos de Kazajistán en Almaty. Ni siquiera se plantea un dilema, desliza. «Si limitamos el comercio, nos haremos mucho daño. Hay 2,5 millones de pequeños empresarios en el país,¹⁹ de los cuales más del 50 por ciento comercia con China», apunta, dando a entender que la supervivencia de un sector tan importante en la economía kazaja depende de que las puertas de la compraventa con China sigan abiertas de par en par. «Es mejor que seamos buenos amigos de China. ¿Qué otra cosa podemos hacer si no tenemos industria productiva en nuestro país?», remata. Mucho antes de que Horgos —el próximo Shenzhen— se convierta en el cabeza de puente hacia Asia Central, el jaque mate parece estar servido.

Un paseo por el principal bazar de Almaty da cuenta de todo ello. Se diría que, a falta de bienes autóctonos, se ha creado una situación de total dependencia en la que China sirve como suministrador de todo. El nombre oficial del recinto es *baraholka* («mercado», en ruso), aunque sería más ajustado a la realidad utilizar el término chino, *shichang*. La mayoría de comerciantes son kazajos, rusos, uigures o turcos, pero la mercancía proviene casi en su totalidad de las fábricas del gigante asiático. «El 80 por ciento de los productos vienen de China», confirma Igor, gerente de una de entre dos docenas de empresas que alquilan espacio comercial en el gigantesco mercado. Éste abarca, pasillo a pasillo, una superficie formidable que acoge 60.000 contenedores de barco que, tras una mano de pintura, son reconvertidos en puntos de venta comerciales. Para entender la magnitud de un mercado que, además de sus ventas al detalle, sirve de eslabón en la cadena de distribución a Kazajistán y al resto de la región, Igor asegura que «alrededor de 30 camiones con contenedores de 40 toneladas entran a diario» sólo en su zona del mercado. De modo que, en números gruesos, podríamos estar hablando de miles de toneladas diarias de mercancía en todo el mercado, casi toda China.

Es por ello que algunos sectores de la sociedad civil kazaja y la prensa desconfían abiertamente de la capacidad del autocrático Gobierno del —primer y hasta la fecha único— presidente, Nursultan Nazarbayev, para hacer frente al tirón chino en el país. Le atribuyen la responsabilidad de vender la riqueza nacional que contiene el subsuelo sin sentar las bases de una política económica sostenible para las futuras generaciones. «La economía kazaja depende completamente del petróleo y el gas. No hay en absoluto industria en este país, aparte de la relacionada con la extracción de recursos. Ahora cambiamos el petróleo por los productos chinos, pero nadie entiende que en veinte años no

habrá crudo en este país y no quedará nada. El petróleo es nuestra maldición. Seríamos más felices si no tuviéramos», sentencia Serikzhan Mambetalin, vicepresidente de la Cámara de Comercio e Industria de Kazajistán y secretario general del Partido de los Verdes. El imparable desembarco comercial, la creciente presencia de China en su sector energético y los millonarios créditos concedidos por Pekín, son vistos con auténtico temor por una parte de la sociedad kazaja que cree que el siguiente avance de su poderoso vecino será territorial.²⁰

De esta forma, a través de su empuje comercial²¹ y voraz demanda de materias primas, China ha irrumpido en Asia Central, un territorio estratégico sobre el que Rusia ha ejercido históricamente una gran influencia. Inicialmente, Pekín se abrió paso en la región tras el desmembramiento de la Unión Soviética, al reconocer inmediatamente a las ex repúblicas soviéticas y aprovechar el hueco dejado por una Rusia que bastante tenía con capear su delicada situación interna. Ello permitió, desde luego, su entrada sigilosa en el sector energético kazajo, cuyo territorio alberga un modesto pero valioso 1 por ciento de las reservas mundiales de gas y el 3 por ciento de las de petróleo.²² Tres lustros después, los académicos coinciden en el decisivo rol que juega Pekín en la estabilidad regional, mayormente como consecuencia de que China considera que Asia Central es clave para sus intereses en materia de seguridad. Los 3.300 kilómetros de frontera común con las naciones de la región y la proximidad de los avisperos afgano y pakistaní son razones más que poderosas.

«Sin la cooperación de los países de Asia Central la situación en Xinjiang sería mucho más difícil de controlar», admitió Xin Guangcheng, de la Academia China de Ciencias Sociales, siempre bajo la atenta mirada del escriba que supervisó la entrevista. Se refería a la creación en 2001 de la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), un organismo concebido por Pekín con el objetivo de impulsar la cooperación militar y el intercambio de información entre los servicios secretos regionales.²³ China, cuya influencia no deja de crecer en la región, ha utilizado la OCS para imponer un férreo control dentro y fuera de su territorio con el fin de afianzar una frontera que, de otro modo, conferiría —por su porosidad— gran maniobrabilidad a los separatistas musulmanes de Xinjiang. Así ha conseguido Pekín estrangular el apoyo que el movimiento secesionista uigur pudo haberse labrado en el extranjero,²⁴ donde sus conexiones se extienden por toda Asia Central gracias a la presencia de comunidades de esta minoría en Kazajistán y otros países. Con el pretexto de la lucha contra el

terrorismo se ha fraguado un nuevo escenario geopolítico que supone una amenaza no sólo para las libertades y los derechos humanos de la comunidad uigur residente en el exterior,²⁵ sino también para su propia supervivencia.

Negocios entre mandarines y ayatolás

Acceder a Irán desde Turkmenistán acontece en un suspiro, entre el desinterés de los funcionarios de inmigración, una breve pero anárquica cola de camioneros y las referencias a la selección española de fútbol, cuyo póster a todo color comparte pared con los retratos de los ayatolás Jomeini y Jamenei. Llegar a Teherán desde Bajgiran, al norte del país, requiere transitar por un millar de kilómetros de carreteras solitarias que atraviesan un desierto montañoso y dejan atrás poblaciones remotas donde mujeres envueltas en su chador pasean bajo el sol plomizo. Una de ellas es la recóndita urbe de Sabzevar, de la que, en junio de 2010, se decía servía de escondite para Osama Bin Laden desde hacía cinco años. A través del pasillo centroasiático, devorando a toda velocidad un kilómetro tras otro rumbo a una estampa más reconocible de Oriente Medio, nos preguntamos si el influyente Irán, tercer productor mundial de petróleo, ha sucumbido también a los encantos comerciales de China.

La República Islámica es, a priori, un mercado atractivo gracias a sus 75 millones de habitantes con rentas medias de 3.382 euros anuales;²⁶ sin embargo, es también un mercado minado de obstáculos, consecuencia sobre todo de las sanciones internacionales que llevan castigando su economía desde la revolución islámica de 1979.²⁷ Antes del nuevo siglo, el comercio bilateral entre China e Irán era prácticamente anecdótico, casi inexistente, pero en la actualidad roza ya los 30.000 millones de dólares pese a las dificultades que entraña abrir una carta de crédito²⁸ con ese país y a los riesgos inherentes de un mercado cuyo entorno operativo para los negocios es de todo menos propicio.²⁹ Como ocurre en el sector petrolero, que veremos con detalle en el capítulo 4, China no está haciendo otra cosa en su comercio con Irán que llenar el hueco dejado por las empresas occidentales. Obligadas por ley, inducidas a ello para no comprometer sus intereses en Estados Unidos o por una simple cuestión de riesgos, las corporaciones occidentales han suspendido su comercio con el país islámico.

Moviéndose en el filo de la navaja, tratando de salvaguardar una imagen de responsabilidad en la arena diplomática pero aprovechando también las oportunidades empresariales que brinda hacer negocios con el régimen iraní, China vende de todo al país del Golfo Pérsico: desde productos de consumo, electrónica, textiles o alimentos a maquinaria diversa, cemento, plásticos, vehículos o componentes eléctricos. Un comercio que estimulan, casi en exclusiva, los acuerdos entre gobiernos, ya que la participación del sector privado se reduce a un exiguo 20 por ciento.³⁰ Ejemplo destacado de esa creciente relación comercial basada más en la política que en el mercado es, desde luego, el metro de Teherán, un calco exacto del de Shanghai —desde los andenes a las locomotoras o las señalizaciones—, si no fuera por los vagones «sólo para mujeres» que van repletos de féminas vestidas de negro de pies a cabeza. O, menos visible quizá pero acaso más sustancial, los estrechos vínculos entre las empresas estatales chinas y los Guardianes de la Revolución islámica, quienes dominan gran parte de la economía iraní.

Nuestra llegada a Teherán, a mediados de junio de 2010, coincide con el primer aniversario de las violentas protestas callejeras de 2009 contra el régimen del presidente Mahmud Ahmadinejad. Llegamos también en un momento caliente en las relaciones entre Teherán y Pekín: determinados círculos mediáticos y próximos al poder iraní encajan con cierto revuelo y decepción la reciente *traición* del amigo chino. Todo ello porque, apenas dos semanas antes, Pekín había dado su apoyo a la Resolución 1929 de la ONU —pese a su capacidad de veto en el Consejo de Seguridad—, lo que daba vigencia a una cuarta ronda de sanciones contra el régimen iraní.³¹ El objetivo de éstas es dar una nueva vuelta de tuerca al estrangulamiento económico iraní para forzar que Teherán abandone su programa nuclear.

En su céntrica oficina en la capital, Mehdi Fakheri, vicepresidente de la Cámara de Comercio, Industria y Minas iraní, alude a ello al rato de ofrecer té y pistachos. Después de esa maniobra «por la espalda», explica, «existe ahora cierta preocupación acerca de la conveniencia de tener todos los huevos en una única cesta. ¿Qué ocurriría si China se pone de lado de Estados Unidos y Europa en el tema del embargo a Irán?», razona en un perfecto español. «Muchos, tanto en el Gobierno como en el sector privado, se preguntan si no convendría revisar nuestras relaciones con China. China disfruta por razones políticas de un entorno para los negocios muy óptimo en Irán. Sin embargo, ahora nos sentimos traicionados. En consecuencia, si las relaciones económicas y comerciales

pueden expandirse por causas políticas, también pueden obstaculizarse o limitarse por causas políticas», continúa. Con todo, lo cierto es que el margen de maniobra de Teherán es limitado. Por un lado, su propio abastecimiento depende, cada vez más, del *Made in China*. Por otro, no hay país en el planeta que se oponga tan frontalmente como China a las sanciones unilaterales de Estados Unidos y Europa —distintas de las de la ONU—, al considerarlas inadmisibles por su extraterritorialidad. Aunque con reservas, el apoyo brindado por China concede, indudablemente, un oxígeno vital a Irán, sobre todo para su prioritario sector energético.

Esa creciente dependencia no pasa desapercibida para Asadollah Asgaroladi, presidente de la Cámara de Comercio China-Irán, quien apuesta por multiplicar el comercio entre los dos países con el refuerzo de las relaciones políticas. «Cuando fui a la Exposición Universal de Shanghai de 2010 me reuní con el primer ministro Wen Jiabao. Le dije que el comercio bilateral aumentará un 50 por ciento en los próximos cinco años. Podemos conseguir ese objetivo si la relación política es buena», advierte con distancia y cierta altanería desde el otro lado de la mesa, en su oficina de la capital iraní presidida por los retratos de los líderes de ambas autocracias.³² Para demostrar que las relaciones comerciales entre ambos países son fluidas pese al embargo, asegura que «un 40 por ciento de los 15.000 millones de dólares que mueve el comercio bilateral entre Irán y Emiratos Árabes Unidos es en realidad comercio con China. Eso son 6.000 millones de dólares más». Además del comercio, señala, el país asiático está invirtiendo en distintos sectores. La conversación se pone interesante, porque hace un amago de querer abordar el siempre opaco mundo de las inversiones chinas en Irán. Pero, ante nuestra insistencia, concluye que «sólo os digo que hay mucha inversión china en minería, pero no os voy a dar detalles ni decir dónde, porque no quiero verlo en los periódicos y poner a las empresas chinas en el punto de mira de Estados Unidos».

Nuestro interlocutor, empresario afín al régimen que se hizo millonario con la exportación de pistachos, comino, gambas y caviar y con la importación de azúcar y electrodomésticos,³³ entre otros negocios, se revuelve incómodo en su silla a medida que avanza la entrevista y ésta se adentra en el espinoso tema del embargo. De sus palabras y nerviosismo se desprende que está verdaderamente ansioso por trasladar un mensaje duro y contundente a los dos periodistas

occidentales, pero se esfuerza por contener su visceralidad. Hasta que, irremediablemente, acaba llevando la entrevista al límite del discurso antioccidental. Al preguntarle por el alcance del embargo, estalla:

—¡América es estúpida!³⁴ ¡Queremos tener relaciones con Occidente, pero Occidente es ahora totalmente estúpido! —vocifera con fuerza. El tono grave de sus gritos resulta audible, a través de la puerta abierta de su oficina, por toda la Cámara.

—¿Cuánto daño están haciendo las sanciones? —repetimos, dándole hilo a la cometa.

—Las sanciones no son efectivas, sólo hacen los negocios más caros. Puedo decir que Irán importa anualmente por valor de 60.000 millones de dólares y que cada año [esa cifra] crece. ¡Pero no os voy a decir cómo! ¡América es estúpida!

—¿Y qué papel juega China en todo esto...?

—No os voy a dar ningún detalle, sólo os voy a decir que la relación con China es muy buena...

Fuera de sí, Asgaroladi no cesa sus ataques al mundo occidental. Sus gritos y sus diatribas retumban por toda la estancia. Suena entonces el teléfono. El iraní escucha y responde con monosílabos. Un minuto después, cuelga. Parece que le han dado instrucciones. Nos mira directamente a los ojos y se pone en pie:

—¡Es suficiente por hoy! —exclama, dando por concluida la cita.

—Señor Asgaroladi, estamos aquí para saber qué está haciendo China en Irán y plasmar el punto de vista iraní acerca de...

—... La relación con China es muy buena. ¡Occidente es estúpido! ¡La alemana esa que está en Berlín [en referencia a Angela Merkel] y Sarkozy son dos estúpidos!

—Señor Asgaroladi, nosotros no estamos aquí en representación de ningún Gobierno...

—¡Se acabó la conversación!

Salimos de la Cámara de Comercio China-Irán con una caja de pistachos iraníes bajo el brazo, cortesía de la casa, una buena bronca en el zurrón y una patada en el trasero. Pero los treinta minutos de conversación dejaron una perla en boca de su gruñón presidente: la cifra mágica de 6.000 millones de dólares que China comercia con Irán a través de los Emiratos. Casi sin darse cuenta, Asgaroladi deslizó una clave de indudable valor en medio del escenario de sanciones, ya que viene a confirmar de forma más o menos oficial que China opta por que una parte de su comercio con el régimen de los ayatolás transite por un tercer país —el emirato de Dubái—, en vez de hacerlo directamente. La pregunta es obligada: ¿Por qué?

China y en el programa nuclear iraní

En el aeropuerto Mehrabad de Teherán se percibe sin mucho esfuerzo el impacto del embargo. En la pista maniobran ruinosos Boeing 727 y arcaicos Airbus, aunque son mayoría los temibles Tupolev rusos, aviones al alcance de la mano del régimen iraní que, sin embargo, tienen un tremendo historial de accidentes en el país. Aterrizar en Bandar Abbas, segunda ciudad y puerto principal iraní, nos sitúa en el epicentro de la ruta del contrabando que entra por aguas del Estrecho de Ormuz. Poner el pie sobre el asfalto es como colocarse bajo un secador de pelo gigante para, a continuación, entrar directamente en la sauna, lo que da buena cuenta de la hostilidad de su clima sofocante. La canícula del desierto y la humedad del océano envuelven la ciudad en una densa calima, dándole un aspecto fantasmagórico. Las calles solitarias, a tramos cubiertas de arena, descubren casas bajas de color ocre, comercios que no abren hasta las cinco de la tarde y una colección de sucursales de bancos que engrosaron la *lista negra* financiera de Washington y Bruselas. El termómetro marca 45 grados. El calor ahoga y no hay rastro de vida en Bandar Abbas.

Desde el malecón del hotel Homa, supuestamente uno de los más lujosos de la ciudad pese a su decadente trazo, se distingue a lo lejos el tráfico lento de petroleros que, uno tras otro, se prestan a negociar el Estrecho de Ormuz para entrar o salir de la zona más rica en petróleo del planeta. En la media distancia, pateras con amplio calado y motores fueraborda vuelan literalmente sobre las olas en dirección a la costa. Transportan mercancía diversa, toda ella de contrabando procedente de Dubai, que al alcanzar las playas es rápidamente descargada por una multitud que, en cuestión de minutos, hace que desaparezca: de la embarcación a los vehículos y de ahí a las calles y comercios de todo Irán. Dubái, donde residen 450.000 iraníes y hay registradas casi 5.000 empresas de la República Islámica, fue durante muchos años el coladero por el que entraba al país de los ayatolás toda mercancía que requiriera —para sortear las sanciones— un canal de distribución alternativo.

En palabras del presidente de la Cámara de Comercio China-Irán, todo sigue igual. Aunque, realmente, las cosas ya no son tan flagrantes como años atrás, cuando Dubái era el centro neurálgico comercial —incluido el clandestino— para todo Oriente Medio. Desde 2007 y, sobre todo, desde que el menos ortodoxo de los emiratos del Golfo Pérsico requirió el rescate financiero de Abu Dhabi para amortiguar la onda expansiva del estallido de su burbuja inmobiliaria, el emirato pobre en petróleo ha incrementado la cooperación con Estados Unidos y endurecido los controles en sus puertos. Ello ha llevado a

Teherán a poner los ojos en Oriente para garantizar su abastecimiento, donde aguardan socios que sí están dispuestos a involucrarse en el comercio prohibido que el embargo y las sanciones tratan de sepultar: el tráfico de tecnología nuclear y armamentística. Corea del Norte es uno de ellos, según confirmó un informe de la ONU de mayo de 2011³⁵; y China es el otro. Subterráneamente, la Ruta de la Seda se ramifica en su vertiente clandestina hasta el corazón del programa atómico iraní.

¿Está Pekín jugando a dos bandas? Aunque parezca contradictoria, China tiene respecto a Irán una posición calculada. Por un lado, cuestiona la dominación estadounidense en Oriente Medio y no se siente vinculada por las sanciones unilaterales impuestas por Washington, ya que considera la aplicación de la ley estadounidense fuera de su territorio no sólo la manifestación de una mentalidad arrogante y hegemónica, sino también una variante moderna de la extraterritorialidad que humilló a China durante el siglo que siguió a la Guerra del Opio.³⁶ Por otro lado, apoya los esfuerzos de Estados Unidos por impedir que Irán desarrolle un arsenal nuclear, ya que ello permite convencer al *Tío Sam* de que es un socio internacional responsable. Pekín es consciente de que no puede desafiar abiertamente a Estados Unidos en Oriente Medio sin que ello tenga un impacto muy negativo en las relaciones bilaterales y, por elevación, en su desarrollo económico doméstico.³⁷ Esto explica el respaldo de Pekín a las sanciones de la ONU, pero también que éste no sea incondicional. Como hemos visto, las sanciones se apoyan, pero retrasándolas y aguándolas al máximo.³⁸

Cubierto el flanco diplomático, ¿cómo se comporta China en la práctica? De entrada, un vistazo al comercio armamentístico confirma que China superó a Rusia en 2007 como primer suministrador de armamento de Irán.³⁹ Los analistas de Inteligencia occidentales convienen, por otro lado, en que China ha jugado durante años un continuado e «importante rol de asistencia» en las ambiciones de Teherán por desarrollar un misil balístico de medio alcance capaz de alojar una cabeza nuclear y llegar a Israel.⁴⁰ Ello coincide con las evidencias que demuestran que las compañías chinas no han cesado, incluso con el régimen de sanciones internacionales en vigor, de suministrar a Irán componentes, materiales y química para su programa balístico.⁴¹ A finales de 2010, por ejemplo, meses después de la aprobación de la Resolución 1929, Singapur y Corea del Sur se incautaron en sus aguas sendos barcos con destino a Irán cargados con aluminio en polvo y fósforo-bronce, los dos químicos de uso militar y cuyo comercio está prohibido por las sanciones. Ambos cargamentos

provenían de compañías chinas. Poco después, en mayo de 2011, un informe de uso interno del Consejo de Seguridad de la ONU confirmó que el comercio de tecnología de misiles entre Corea del Norte e Irán se realiza a través de un «tercer país vecino». En entrevista telefónica, un alto diplomático de la ONU vinculado al comité que supervisa las sanciones a Irán, identificó —a condición de restar en el anonimato— el país en cuestión: China.⁴²

Todo ello acontecía al mismo tiempo que Hong Kong, cuyo puerto es el tercero con más tráfico del planeta, se ofrecía a Irán como un centro re-exportador tan atractivo como en su día lo fue Dubái. Una veintena de navieras de la República Islámica, esenciales para poder circunvalar el embargo, llevan años operando en la ex colonia británica, que hoy está bajo soberanía china con la fórmula *un país, dos sistemas*. Lo hacen sin grandes contratiempos y cierto margen de maniobra, gracias a las amplias garantías que concede la ley hongkonesa y a lo que pareció cierta desidia —por parte de las autoridades de la isla— en aprobar la legislación necesaria para implementar el régimen de sanciones de la Resolución 1929.⁴³ La cuestión tiene especial trascendencia porque, gracias a acuerdos bilaterales firmados durante la época colonial británica, Hong Kong puede hoy importar la tecnología estadounidense de doble uso que países considerados por Washington menos rigurosos en los controles, como la China continental, no pueden adquirir.⁴⁴ La paradójica consecuencia de todo ello es que tecnología sensible estadounidense ha podido colarse hasta los puertos iraníes gracias a la triangulación con Hong Kong.⁴⁵

Muchos expertos coinciden en que la implicación del Estado chino en todo este comercio prohibido es, ciertamente, un misterio. ¿Se trata de una decisión estratégica y deliberada del Gobierno? ¿Estamos ante una aprobación tácita? ¿O son las grandes empresas estatales de la industria armamentística china las que comercian por su cuenta, al margen del Gobierno? ¿Cuánto esfuerzo y recursos está dispuesto a poner el Gobierno chino para frenar todo este comercio ilegal? A todas estas preguntas no hay de momento respuestas, aunque el anteriormente mencionado diplomático de la ONU confirmó que «se han descubierto armas y otras mercancías en este tipo de comercio que tienen marca de fabricación china».⁴⁶ Lo que sabemos, advierte Michael Elleman, experto en seguridad internacional del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos en Bahrein, es que «ese comercio existe y que China no ha querido o no ha podido cortarlo. En cualquier caso, parece que Pekín es reticente a convertir en una prioridad estratégica el fin de las exportaciones que contribuyen al programa de misiles

balísticos. Hay evidencias claras de ello». Por tanto, más allá del descafeinado apoyo diplomático que China brinda en la ONU contra la escalada nuclear iraní, en la práctica su ambigüedad es notoria. «China es uno de los principales problemas en cuanto a proliferación de armas de destrucción masiva se refiere, de eso no hay duda», concluye Elleman.

El ferry *Iran Hormuz 14* zarpa desde Bandar Abbas ya con noche cerrada. Entre el pasaje predominan los comerciantes y mano de obra barata para levantar los rascacielos de Dubái, además de familias enteras lideradas por mujeres cubiertas con el *niqab*. Tras una rigurosa separación por sexos para el trámite de inmigración y posterior acceso a bordo, empieza un *via crucis* para el pasajero. Cruzar las poco más de cien millas náuticas que, a través del estrecho, separan el puerto iraní del dubaití, requiere catorce horas miserables a bordo de una embarcación destartada, incómoda y lenta, invadida por un fuerte olor a gasoil. Del otro lado del Golfo Pérsico aguarda otra tierra prometida para el producto chino.

El empuje del dragón llega al corazón de Oriente Medio

«*Where do we go, m'dam?*», «*Shop. Speed*». Apenas Fei Zhen Xu mascula esas dos palabras, el Porsche Cayenne arranca enérgico y enseguida se desliza a 140 kilómetros por hora por la arenosa autovía dubaití. *Siji*, nombre dado por Fei a su chófer indio, agarra con una mano el volante de piel color vainilla, mientras con la otra sintoniza algo de música en las emisoras locales. La inmensidad de Dubái y sus formas arquitectónicas acristaladas y deshumanizadas, descritas brillantemente por Remment Koolhaas,⁴⁷ se reflejan mientras hablamos en sus oscuras gafas de sol. Fei, eléctrica, trajina con sus dos móviles y no deja de dar instrucciones por teléfono a sus empleados mientras observa a través de los vidrios tintados el enjambre de rascacielos. *Business good in Dubai*, dice, recostada en su asiento, esta mujer de voz rota e inglés deficiente que lleva una década haciendo negocios en un emirato que, siendo pobre en petróleo, ha sabido aprovechar su ubicación estratégica y estabilidad jurídica y política para posicionarse como centro financiero y logístico.

Desde el cielo, el Dragon Mart —al que Fei se refiere insistentemente como «shop»— se asemeja efectivamente, como su nombre indica, a la silueta de un reptil. Su docena de hangares plateados, con techos que representan las escamas

de un saurio, se alinean formando una sutil «S» que desemboca en la entrada principal, adoptando el contorno de la cabeza de la criatura. Con sus 1,2 kilómetros de largo y 150.000 metros cuadrados (el equivalente a tres veces la extensión total del estadio londinense de Wembley), el Dragon Mart es el mayor mercado de productos chinos del mundo fuera del Imperio del Centro. Un recinto que alberga 4.000 comercios chinos que venden todo cuanto se le pueda pasar a uno por la cabeza, desde reproducciones del Corán o la Biblia en formato llavero hasta césped artificial para combatir el ocre del desierto sobre el que se asienta Dubái. Frente al acceso principal, un monumento da cuenta del rol que aquí se espera de China: un fiero dragón abraza un dorado globo terráqueo.

En este *mundo chino*, Fei se mueve como pez en el agua. Regenta una zapatería, una tienda de bolsos y bisutería, y un restaurante en uno de los pasillos más transitados del establecimiento. «Llévate lo que quieras. Para tu madre o tu novia», dice, generosa, con su marcado acento de Wenzhou, cuna indiscutible de los emprendedores chinos más brillantes.⁴⁸ El recinto es un templo orientado al negocio: pasillos temáticos por tipos de productos, señalizaciones en varios idiomas, oficinas de cambio de divisas y aire acondicionado a máxima potencia. Productos, empresarios y la mayoría de empleados son aquí chinos. Si no fuera por las parejas de dubaitíes envueltos en aburridos atuendos bicolor —ellas con el negro *niqab*, ellos con el límpido blanco del *dishdasha*—, se podría pensar que el Dragon Mart es una simple y pura extensión de China en Oriente Medio.

Fei llegó a Dubái hace una década buscando oportunidades. En 2004, cuando el Dragon Mart abrió sus puertas, decidió invertir en este lugar estratégico situado a medio camino entre Asia y África. «Dubái es un gran lugar para los negocios porque es fácil conseguir visados y se pagan muy pocos impuestos», dice. Apenas un 5 por ciento de arancel de importación si el producto es vendido en los Emiratos, libre de impuestos si es re-exportado. A sus cuarenta años, vive sola y alejada de su hijo, que estudia ingeniería en Reino Unido, y de su esposo, que se encarga de dirigir las fábricas que la familia tiene en Wenzhou, la capital mundial del calzado, los mecheros y las gafas de sol, porque es allí donde se producen más del 70 por ciento del total mundial de estos productos. Viaja sólo dos veces al año a su país. «Una durante el Año Nuevo chino y la otra para controlar las factorías y comprar mercancía», dice en su oficina, donde no falta una reproducción de la deidad de la fortuna (Cai shen, 财神) y una escultura de jade verde y grisáceo. Dada la bonanza de sus negocios,

uno se pregunta por qué no deja que otros se ocupen de éstos mientras disfruta, con los bolsillos llenos, de su vida y su hijo. «Llego a las 8 de la mañana y termino de trabajar por la noche. No me tomo días de descanso. Lo mío es una causa profesional: me fascina hacer dinero. Y se trata también de contribuir a la grandeza de nuestro país», remata.

El ideólogo de este experimento llamado Dragon Mart que otros países como México se afanan por reproducir es Abdallá Lootah.⁴⁹ Este dubaití elegante, de barba rasurada, brillante inglés pronunciado con un leve seseo y dos décadas de experiencia en los negocios con China a sus espaldas es quien, en 2004, puso en marcha el centro de distribución que conecta a los compradores de Oriente Medio y el este de África con los productos chinos. De esta forma los comerciantes evitan tener que ir a Yiwu, el mayor mercado al por mayor del mundo situado el este de China y donde cada año viajan al menos 200.000 árabes para surtir sus negocios.⁵⁰ «Teníamos en mente la idea de desviar el comercio de productos entre Oriente Medio, África y China, y hacerlo transitar por Dubái. Al principio pensamos en un almacén, pero después vimos que era necesario tener también un mercado. La viceprimer ministra china Wu Yi visitó Dubái en 2003 y dijo que su Gobierno apoyaría nuestro plan. Formamos entonces un equipo integrado por dos árabes y 120 chinos para que todo arrancara. Así nació la idea de crear el Dragon Mart», recuerda, entre los constantes pitidos de su BlackBerry.

Unas 2.000 empresas —«todas chinas, eso es imperativo»— y 6.000 trabajadores y empresarios chinos se reparten el botín que supone ser un centro de distribución estratégico para llevar los productos chinos a los confines de la región. «Aquí vienen iraníes, omaníes, árabes, africanos, iraquíes... Acuden al Dragon Mart en lugar de viajar a China para su suministro de bienes. De esta forma tienen muchas más facilidades a nivel logístico y lingüístico», prosigue. El Dragon Mart, propiedad del Gobierno dubaití a través del fondo inversor Dubai World y su subsidiaria Nakheel, fue construido en apenas diez meses y menos de un año después había alquilado todo el espacio disponible para los expositores y comerciantes.

«A los chinos, por naturaleza, les gusta controlar los negocios verticalmente. Y hacer frente a eso fue un desafío. Porque al principio venían grupos de chinos y querían hacerse con el control, pero no funcionó. Les dijimos que todos eran iguales y que el proceso sería transparente. A diferencia de lo que sucede en Asia Central, como por ejemplo en Kazajistán, donde los chinos han

comprado las tiendas, aquí sólo pueden alquilar. De esta forma les marcamos cuáles son las líneas que no pueden cruzar.» Así, el Dragon Mart ha conseguido atraer a los comerciantes chinos y sus productos sin ceder el control: cada vendedor debe abonar un alquiler mínimo de 1.500 dólares por metro cuadrado por exponer sus productos, a lo que hay que sumar una serie de servicios —agua, luz, alojamiento, gestión de visados y licencias de negocios— cuyo beneficio va también al fondo soberano. La estatal china COSCO⁵¹ —la segunda mayor naviera del mundo— se encarga por su parte del transporte de las mercancías al cliente final desde el almacén de 40.000 metros cuadrados —otro estadio de Wembley suplementario— situado en uno de los laterales del Dragon Mart.

En este centro comercial conviven varios tipos de comerciantes, desde los que han dedicado los ahorros de toda una vida a levantar una tienda hasta los millonarios que controlan el negocio verticalmente, desde la fase de producción hasta la llegada de la mercancía a Dubái. Lootah, que rechaza dar cifras sobre el volumen de negocios que genera el Dragon Mart, explica sin embargo que todos los empresarios chinos comparten la misma forma de proceder. «Cuando abre el negocio, el inversor chino es al mismo tiempo propietario, porteador, cajero, chófer, vendedor... El chino es el *hombre-empresa*. Y lo hace para entender totalmente cómo funciona el negocio y, una vez contratados otros empleados, evitar que éstos le timen o le roben.» La perspicacia para los negocios está grabada en el ADN del pueblo chino, como corroboraremos durante todo nuestro periplo.

Pero el Dragon Mart y los miles de chinos que viven, invierten y trabajan en Dubái no son la única muestra del poderío del Imperio del Centro en esta región que es estratégica por sus reservas de petróleo. En las orillas dubaitíes del Golfo Pérsico, en una isla artificial creada a 280 metros de la costa, se erige el hotel más emblemático de la región y, con sus siete estrellas, el considerado por muchos como el más lujoso del mundo: el Burj Al Arab. Una estructura acristalada de 310 metros de alto en forma de vela de barco que cuenta con un helipuerto propio, una flota de Rolls Royce y 202 suites dúplex (no hay otro tipo de habitaciones) donde, en medio de una decoración *kitsch* dominada por los dorados y las televisiones de plasma, el huésped puede disfrutar de un *jacuzzi* de mármol italiano, las mejores alfombras árabes y los perfumes franceses más refinados. Lujos a granel, que no sofisticación, para los nuevos millonarios asiáticos.

Acceder a este icono de Dubái, la «Torre Eiffel del emirato», en palabras de

uno de sus promotores, no es una tarea baladí. Un primer control a 250 metros del edificio impide el paso a quien no esté invitado a la fiesta privada. El acceso al hotel sólo es posible si se ha reservado con antelación o, si el propósito es disfrutar únicamente de la oferta gastronómica, previo pago de 100 dólares por persona. En la recepción, un equipo de azafatas, botones y camareros que se desplazan con la armonía de un ballet ruso sirven té y frutos secos para dar la bienvenida al cliente. La música clásica resuena en el inmenso *hall* en el que una fuente escupe chorros de agua al compás de Bach o Mozart. Para nuestra sorpresa, un grupo de chinos se fotografía en la recepción antes de subirse a la limusina que les espera. «Los chinos se han convertido en los principales clientes del hotel. Hace poco hubo un grupo que reservó cincuenta habitaciones», explica una esbelta shanghaita que trabaja como azafata.

La crisis económica de 2008 cortó de cuajo las extravagancias de los ricos británicos y estadounidenses, que hasta entonces eran los mayores clientes. «Hace tres años los clientes chinos suponían apenas el 4 por ciento de la cifra de negocios del hotel. En 2010 la cifra se disparó hasta el 22 por ciento y esperamos que siga progresando en 2011 hasta el 25 por ciento», resume el francés David Loiseau, artífice de la estrategia comercial en China del grupo hotelero Jumeirah, propietario del Burj Al Arab. Durante el período vacacional chino, como en Año Nuevo Chino, la ocupación de los nuevos emperadores se dispara hasta el 60 por ciento. «12.000 clientes chinos visitaron el establecimiento en 2010, sobre todo procedentes de Cantón, Shanghai y Pekín. Tenemos una estrategia para desarrollar el resto de grandes ciudades al oeste. Es un gran mercado que apenas acaba de nacer y que en 2020 supondrá que 100 millones de chinos viajen al extranjero anualmente», dice, aludiendo a la mitológica cifra con la que sueña el sector del turismo.

Cada cliente chino desembolsa, únicamente en alojamiento, un mínimo de entre 2.200 y 4.000 dólares, dependiendo de la temporada, para pasar una o dos noches en esta oda al lujo y los excesos. Ante la demanda, el hotel ha tenido que responder a este giro en el perfil de la clientela con ciertos ajustes, como la formación de personal que habla mandarín o la contratación de chefs que dominen la cocina cantonesa y sichuanesa. El asalto de los consumidores chinos al sector del lujo es la antesala de lo que quizá ocurra en un futuro próximo: que el *Made in China* se sofisticará y llegará un día que los productos del gigante asiático dominarán los sueños de la clase pudiente mundial.

La estirpe de los Zhang (张) llega a África

Hay que telefonear dos veces a Zhang Qi antes de que aparezca, con un ligero retraso, a la cita en el Club Belge de Kinshasa. «Disculpas. He dormido dos horas siguiendo la bolsa de Hong Kong», se excusa, mientras acomoda su abultada figura en la terraza de este pequeño oasis destinado a la clase pudiente de la capital congoleña. Su presencia enseguida provoca un cierto revuelo y atrae a varios de los clientes que disfrutan de la piscina o de un gin-tonic en la barra del jardín. También se acercan los empleados. *Comment vas-tu, mon pot?*, espeta al camarero, poco antes de ir al encuentro del alcalde de la capital congoleña. «Un buen amigo», dice.

Y es que Zhang Qi es una institución en el mundo —chino y no chino— de la República Democrática del Congo (RDC), el país con el pasado colonial más turbulento de África y una de las mayores reservas naturales del planeta. Oriundo de Ningbo, lleva 25 años residiendo en esta nación a la que, recuerda, llegó «con 23 años, soltero, con un máster en finanzas bajo el brazo y sin conocer una palabra de francés». Por entonces, tan sólo había un centenar de compatriotas residiendo en el país, en su mayoría doctores enviados por Pekín como parte de los paquetes de ayuda que ofrece desde la década de 1960 al continente,⁵² y el personal de la embajada. Zhang recuerda que, por entonces, Zaire —antiguo nombre del país— ya era, como hoy, un lugar hostil para los negocios, con una burocracia laberíntica y una ley muy estricta. Por eso, su tío, el único de la familia Zhang que logró emigrar a Hong Kong con parte de la fortuna familiar antes de que en 1949 los comunistas se lo quitaran todo, le había enviado en 1986 para abrir una fábrica de ollas en la capital. Su cometido era controlar la producción y las ventas en el mercado local y en el vecino Congo-Brazzaville.

«Mi tío era el inversor, pero nunca estaba aquí. En 20 años de producción, sólo recuerdo que viniera una o dos veces. Yo me ocupé de todo. Teníamos 750 trabajadores locales y 28 chinos, que eran los técnicos y el cocinero. Funcionaba 24 horas al día y ganábamos 150.000 dólares al año», recuerda, mientras juega con los tres teléfonos móviles que le acompañan y que no dejan de sonar. «Al principio no sabía nada sobre cómo hacer negocios. Tenía que trabajar

20 horas al día, los siete días a la semana. En apenas tres meses perdí siete kilos. En poco menos de medio año ya hablaba algo de francés y empecé a comprender cómo funcionan las cosas en este país.»

Entender el mundo de los negocios en el Congo significa, por ejemplo, que no hay lucro posible si las autoridades no están involucradas. «Tuvimos que darle una parte de las acciones a uno de los hombres cercanos al presidente, porque en la década de 1990 la ley era muy complicada y estricta. Era prácticamente imposible tener beneficios por la vía legal. En otros negocios llegamos incluso a ser socios del presidente. Ellos por supuesto no hacían nada: ni aportaban capital, ni experiencia. Pero nosotros les dábamos un porcentaje y eso nos ayudaba», dice. Un *guanxi* —el término chino para hacer referencia a la red de relaciones— que mantiene hoy y que, según él, le ha llevado a ser «más importante que el embajador chino aquí». «Cuando tienen un problema en la embajada china me llaman. Conozco a todo el mundo, a todos los generales. Soy diferente porque siempre estoy rodeado de la élite aquí. Soy socio de alguien que, cuando le hablo, es como si le estuviera hablando al presidente del país. Y tengo buena relación con el hijo del presidente. Somos amigos, vamos a China juntos, vamos a la discoteca juntos. Eso me hace sentir libre.»

En 1991, al cumplir su primer lustro en el país, el joven Zhang, que por entonces tenía 27 años, contrae matrimonio, menester que en China se solventa rápido. Es entonces cuando él y su esposa, su mayor aliada en los negocios, se lanzan a conquistar el mercado congoleño. Aprovechan la oportunidad que, en septiembre de 1991,⁵³ les brinda el derrumbe económico que sigue al pillaje orquestado por los militares en Kinshasa y otras grandes ciudades del país. «Fue un período muy peligroso. La gente atacaba las casas de los blancos, se lo llevaban todo. No había visto nunca a los congoleños tan duros, tan terribles. Destrozaban los comercios, las casas, violaban a las mujeres blancas. Atacaban a todo el que no fuera negro: chino, indio, occidental», recuerda. «Por entonces ya conocía a todo el mundo en el país. Le pedí 250.000 dólares a un amigo chino y traje al Congo 52 contenedores: 50 llenos de zapatos y deportivas, en total tres millones de pares, y otros dos contenedores con productos textiles, sobre todo vestidos para mujeres.» Todo salido de la *factoría del mundo*.

Los pequeños inversores belgas y franceses se habían ido del país después de que sus supermercados y comercios fueran saqueados y, ante el vacío dejado en el sector, Zhang aprovechó la situación para ganar cuota de mercado. «Convertirme en el número uno» de la venta al por menor, recuerda. Multiplica

entonces sus viajes a China para comprar directamente a las fábricas de calzado y organizar la logística, con lo que comienza a hacer fortuna. Devuelve el dinero prestado —«fueron 250.000 dólares que en aquella época equivalían a dos millones de dólares hoy»— en apenas tres meses y continúa la expansión de sus actividades económicas por todo el país. En menos de un año duplica su negocio e importa 100 contenedores, mientras crea una red de tiendas con socios indios y portugueses para distribuir sus bienes por todo el país, desde Lubumbashi, en el extremo sur, a Kananga, en el interior del país. «Abrí cuatro tiendas en Kinshasa, empecé a importar más bienes y me convertí en el principal suministrador de mercancía para otros. Algunas fábricas en China producían sólo para mí. Pronto, los chinos que había en el país me copiaron y trataron de inundar el mercado. Pero yo reaccionaba cambiando rápidamente de productos y buscando los que tenían más margen de ganancia.»

En poco tiempo abrió una quincena de tiendas en los grandes centros urbanos y logró mantenerlas con un flujo de suministro continuado, todo un desafío en el decimosegundo país más grande del planeta, donde el estado de las carreteras y el resto de infraestructuras es ruinoso. Para controlar su imperio comercial surcaba el país en avioneta, sobreviviendo incluso, milagrosamente, a un accidente en el norte del país. «Yo exijo que haya un chino en cada comercio para que controle mi dinero. Sé que me timan y me roban algo, que suben el precio de los bienes que yo les marco y no me dan lo que me corresponde. También falsean los datos reales sobre las ventas, pero no me molesta. Viven en zonas remotas sin televisión, electricidad o vida social. La vida es muy dura allí y no tengo más elección que aceptarlo. Tengo mucho beneficio, así que, realmente, ¿importa perder 5.000 dólares cuando ganas 100.000?»

Valiente y con una extensiva red de contactos, Zhang se enorgullece de «ser un tipo duro» y de haber permanecido en el país durante los sucesivos brotes de violencia. Incluso en el verano de 1991, cuando los militares provocaron el estado de anarquía. «Envié a todos los operarios chinos a Hong Kong, pero yo no tenía elección, tuve que quedarme. La fábrica era de mi tío y tenía que encargarme de ella. Me encerré dentro con el cocinero chino para protegerla. Los militares llegaron hasta la fábrica pero yo tenía ocho soldados conmigo y tratamos de repelerles. En el último minuto logramos deshacernos de ellos. Tuve suerte y algo de intuición, porque dos meses antes de los saqueos empecé a notar que algo iba a pasar y pedí que me dieran seis soldados, pertenecientes a la guardia presidencial, para que nos protegieran.»

Zhang es hoy un hombre millonario. El negocio *import-export* del *Made in China* sigue funcionando a todo gas. La gama de productos que trae de China asciende a 2.000 referencias y su distribución alcanza las cuatro esquinas del inmenso territorio nacional. «Mi fortuna es suficiente para mí y para que la próxima generación de mi familia tenga una buena vida», admite, entre risas. Ha diversificado además sus inversiones (minería, madera, inmobiliario, energía) y ha puesto «a salvo», como él mismo dice, su fortuna, para que no se repita lo de 1949. «Los chinos no confían en el gobierno. Nadie sabe si en el futuro volverán a hacer lo que hicieron los comunistas en 1949. Por eso tengo mi dinero en Hong Kong.» Ha ganado también en estatus, con una hija que estudia en la prestigiosa Universidad de Columbia y, en sus ratos libres, trabaja para Warren Buffett, el magnate de la bolsa estadounidense. Pero su afán por hacer negocios, heredado de la estirpe que le precede,⁵⁴ le impide pensar en jubilarse a sus 48 años. «La pregunta es cuándo debo retirarme. Porque sé que todavía hay muchas oportunidades de negocio y sigo trabajando duro.»

Reproduciendo el esquema económico de la Europa colonial

Historias como la de Zhang ilustran un fenómeno visible para cualquier viajero que ponga un pie en África: la llegada del producto chino a todos los rincones del continente negro, desde Cabo Verde a Sudáfrica, pasando por Senegal, Chad o Mozambique. En todos esos lugares, buena parte de los 750.000 chinos que oficialmente viven en África⁵⁵ han entrado en el negocio de la venta al detalle, abriendo comercios en los núcleos urbanos y conquistando un sector que, hasta hace dos décadas, estaba dominado, en general, por los locales o los inmigrantes tradicionales.

Un buen ejemplo de ello acontece en Dakar. Allí, los comerciantes chinos han copado la principal arteria de la capital senegalesa con *boutiques* que ofrecen todo tipo de mercancía china, importada por supuesto desde el Imperio del Centro. Los *dakaroises* bromean, no sin cierta acidez, acerca de cuál debería ser el nombre de la *Allée du Centenaire*, a la que algunos se refieren como el *Boulevard Mao* después de que los competidores locales y libaneses se hayan visto barridos del sector por los emprendedores rojos, cuyos precios son simplemente imbatibles.⁵⁶ Los más de dos millones de habitantes de Dakar son un objetivo nada despreciable para los comerciantes chinos que empezaron a

llegar hace dos décadas. Pero su músculo a la hora de iniciar negocios les lleva también a otros países con menor mercado, como Cabo Verde, la plácida ex colonia portuguesa que hoy es uno de los países más estables de África. Allí, en apenas 15 años los chinos han abierto más de 50 comercios en las ocho islas habitables que conforman el archipiélago y donde vive apenas medio millón de personas.⁵⁷

No cabe duda de que la llegada del *Made in China* a África, propulsada por la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001,⁵⁸ ha provocado efectos positivos para los africanos, quienes tienen acceso a mercancías chinas de bajo coste que, de otro modo, no podrían pagar. El salto dado por China a nivel tarifario, consecuencia de su entrada en la OMC, ha sido clave para explicar la invasión posterior del *Made in China*, pero no sólo eso: también ha jugado decisivamente a su favor la protección legal con la que cuenta ahora —que antes no tenía— cuando es objeto de medidas proteccionistas por parte de terceros países. Estados Unidos fue un entusiasta impulsor de las negociaciones, ante la creencia de que inundaría China con sus productos, ya que por entonces el gigante asiático no tenía grandes empresas y su competitividad era limitada. Ocurrió todo exactamente al revés de como lo habían previsto: el *Made in China* invadió los mercados mundiales.

Las cifras macroeconómicas dan cuenta de esta explosión del comercio entre África y China, que se ha convertido en el primer socio comercial del continente con más de 129.000 millones de dólares en 2011, y se espera que la cifra alcance los 150.000 en 2011.⁵⁹ El gigante asiático recurre a África para abastecerse de petróleo, minerales, madera y otras materias primas, mientras aprovecha los mercados africanos para dar salida a los productos de la fábrica del mundo. Así, las materias primas que China adquiere sirven para alimentar las factorías y talleres que, tras el valor añadido aportado por millones de obreros, dan forma a los bienes acabados que China vende por toda la región.

Pekín invoca la «complementariedad» de su economía con las africanas, centroasiáticas y latinoamericanas para justificar esta relación económica, aunque en realidad la fórmula «mis productos acabados por tus recursos naturales» sobre la que se asientan los lazos comerciales rememora inevitablemente el sistema colonial que Occidente abrazó para establecer su hegemonía.⁶⁰ Fue inventado por Reino Unido durante el siglo XIX, cuando la Revolución Industrial la convirtió en la primera potencia mundial. Adaptado hoy por Pekín, el modelo británico se basó en el uso de las colonias como

suministrador de recursos —por ejemplo de algodón— y, a la vez, como mercado para los productos que escupían los telares de Manchester por el año 1850 y cuya producción superaba con creces la demanda nacional.⁶¹ Aunque no hay dominación militar china del territorio exterior, como hiciera entonces la Corona británica o Japón en el siglo xx, el propósito del gigante asiático es el mismo en América Latina o África: garantizar sus fuentes de abastecimiento de materias primas, asegurar los mercados para sus productos y apuntalar la relación comercial sobre esta base. «Nos estamos vinculando con China, el eje del desarrollo económico del Siglo xxi, con una estructura exportadora del Siglo xix, con productos básicos fundamentalmente», dijo, de forma contundente, Osvaldo Rosales, alto funcionario de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), a la agencia mexicana Notimex. De esta forma, el director de la División de Comercio Internacional e Integración de la Cepal criticó que el 90 por ciento de lo que América Latina exporta a China son recursos naturales con bajo o ningún grado de procesamiento, mientras que lo que importa son productos procesados. «La relación es básicamente inter-industrial, es decir, exportamos materias primas e importamos manufacturas, pero no sólo eso, sino que exportamos a China mucho menos de lo que exportamos al resto del mundo», agregó Rosales. La balanza comercial entre China y Latinoamérica en 2010 fue favorable al gigante asiático en 40.000 millones de dólares.

Algunas voces en el Gobierno chino admiten abiertamente lo desventajoso de esta situación. En una entrevista en Pekín con Liu Guijin, representante especial del Ejecutivo chino para asuntos africanos, éste admitió la problemática que suscita esta estructura económica, sobre todo con África, con quien «el 85 por ciento de las importaciones chinas son recursos naturales.» «No podemos dejar que la estructura siga así. Tenemos que hacer algo junto a Estados Unidos y Europa, que también importan sobre todo recursos naturales. Pero la mayor responsabilidad recae en los gobiernos y compañías africanas. Tienen que utilizar los ingresos que generan la expansión del comercio con China de manera correcta para diversificar la economía, para apoyar pequeñas y medianas industrias... Tienen que seguir el modelo de desarrollo chino», nos dijo, en referencia a la década de los 80 y 90, cuando China exportaba recursos y utilizaba los ingresos para crear valor añadido en su economía doméstica.

Aunque a vista de pájaro no cabe duda de que la demanda china de recursos naturales ha provocado beneficios económicos para la región, la llegada a África

del socio comercial asiático arrastra, como en el resto del planeta, inevitables efectos secundarios. Tal es el caso de los países con cierta estructura industrial —por ejemplo Marruecos, Lesoto, Sudáfrica o Nigeria—, para los que el desembarco del producto chino, mucho más competitivo, ha supuesto el derrumbe de algunas industrias. Esto se traduce no sólo en la pérdida de ventas en el mercado doméstico, sino también a nivel internacional.

El ejemplo paradigmático es el del sector textil. El fin del Acuerdo Multifibras (MFA) en 2005, que protegía mediante cuotas que un país como China inundara los mercados mundiales con su textil barato y de imbatible competitividad, acarreó graves consecuencias para los productores de ropa africanos, que tienen en Estados Unidos y Europa tres cuartas partes de sus mercados exteriores. Miles de pequeños, medianos y grandes productores tuvieron que cerrar sus negocios y cientos de miles de empleos se perdieron en todo el continente, desde Suazilandia hasta Kenia o Etiopía, después de que China, a partir de 2005, copara esos mercados por la pegada de una industria de mucho mayor escala y competitividad.⁶² Algo similar ha sucedido en América Latina, donde en el período 2001-2006 las exportaciones de la región a Estados Unidos han caído un 13,1 por ciento a causa de la competencia china.⁶³

Todo indica que esta tendencia se perpetuará en el futuro. Más aún cuando China sube en la escala de valor agregado de sus productos, pero sin abandonar su posición dominante en las industrias de gran intensidad en mano de obra.⁶⁴ Esto significa que China no sólo seguirá exportando electrónica barata, zapatos, textiles y juguetes, sino que también competirá —de hecho, ya lo hace— en el mercado de los electrodomésticos, la maquinaria o las energías renovables. Un ejemplo de ello es el sector del automóvil, que se desarrolla a toda velocidad en China. Las firmas del gigante asiático, que buscan competir con alemanes, estadounidenses y japoneses por el mercado doméstico de más de 12 millones de coches vendidos anualmente (el mayor del mundo), se han volcado a la exportación de vehículos a África, el primer destino, por delante de Asia, de las ventas exteriores de autos chinos.⁶⁵ Asimismo, China está entrando en sectores de tecnología punta reservados hasta la fecha a Estados Unidos o Europa, como el de la aviación⁶⁶, los vehículos eléctricos o el de las telecomunicaciones. Ejemplo inapelable es el de la china Huawei, segundo mayor fabricante mundial de productos de telecomunicaciones, que obtiene de África en torno al 20 por ciento de sus ingresos por ventas.⁶⁷

Supermercados chinos en Argentina

Una década después de la crisis que se llevó por delante la prosperidad de Argentina, Buenos Aires sigue siendo una ciudad fabulosa, con una estética a medio paso entre el París del *V arrondissement* y Madrid. Con sus cafés, librerías y teatros por todas las esquinas, sigue conservando ese glamour que, pese a la decadencia por el empobrecimiento económico, enamora al viajero desde el primer instante.

Es en el país del tango donde los emigrantes chinos llevan a cabo una exitosa estrategia para hacerse con el control de otra variante del *Made in China*: el lucrativo sector de los supermercados. La comunidad de emigrados chinos — estimada en unos 75.000 individuos— comenzó a desembarcar con fuerza en la nación durante la década de 1990, cuando comenzó a fraguarse lo que hoy es todo un fenómeno: el de los supermercados chinos. Llegaban con una mano delante y otra detrás, buscando oportunidades, y procedían sobre todo de Fujian, provincia al sureste de China célebre por ser origen de numerosas comunidades emigrantes instaladas por medio mundo. Como suele suceder con los chinos de ultramar, los nuevos emigrantes aterrizaron en Argentina con la ayuda de los que ya residían en el país, que les ayudaron con la gestión de los papeles, con apoyo financiero y con la obtención de un empleo. El nuevo inmigrante era rápidamente arropado por los suyos.

Todo esto continúa hoy. Así se ha tejido un verdadero imperio de más de 8.900 supermercados repartidos por todo el territorio argentino. Comercios de proximidad que han sustituido a los colmados regentados, hace décadas, por los emigrantes españoles o italianos, y adonde los bonaerenses acuden para abastecerse de verduras, bebidas y la materia prima para el asado. «Cada mes abrimos 22 nuevos comercios», es decir, más de una tienda cada dos días, explica Miguel Ángel Calvete, secretario general de la Cámara de Autoservicios y Supermercados de Propiedad de Residentes Chinos (Casrech), que agrupa a 7.000 de estos supermercados y que se ha convertido en un importante *lobby* en el país.

En la página web de Casrech aparecen fotografías de los principales ejecutivos en la Casa Rosada, inmortalizados efusivamente junto a la presidenta Cristina Kirchner, a quien acompañan en sus viajes a China. No es para menos, Casrech controla hoy el 30 por ciento del sector de los supermercados y compite con los grandes distribuidores, como el francés Carrefour y el estadounidense

Wal-Mart, a quienes ha infligido ya una considerable herida de guerra. Los supermercados que forman parte de la Casrech emplean a más de 19.000 personas y, según Calvete, pueden llegar a facturar hasta 8.300 millones de euros.⁶⁸ Además, la Cámara ha desplegado ya sus tentáculos diversificando sus negocios y, a través de adquisiciones de empresas locales, lanzando sus propias marcas y escalando en el negocio vertical. Un mastodonte que ha logrado barrer a la competencia con su sistema de compra centralizado: así logran proponer al cliente precios de entre un 5 y un 15 por ciento inferiores a su competencia en los 50 productos básicos de consumo doméstico. Un margen que conquista al cliente y mata a la competencia.

«La comunidad china de ultramar es como una gran logia», resume Calvete, para explicar esta progresión exponencial y organizada de los supermercados chinos en Argentina. Con ello se refiere al rol fundamental que juega el *ser chino* para estar en el negocio. El recién llegado obtiene, por motivos de sangre y orden, financiación, asesoramiento y apoyo para montar su comercio, del que jamás es propietario por completo. «Normalmente cada supermercado está participado por varios chinos. El que pone más dinero es el que lo controla, pero la propiedad es compartida», dice Calvete, quien asegura hablar el dialecto fujianés. «En realidad, 12 familias chinas controlan todo el negocio. Son las primeras que llegaron y que tienen participaciones, aunque pequeñas, en todos los supermercados», revela. Asegura que el negocio, que Casrech planea exportar a Perú a través de la red de *chifas* (los restaurantes chinos en el país), ya está operando de la misma forma en Bolivia, Chile y Ecuador.

La prensa y algunos políticos han alertado contra las prácticas de los propietarios chinos de los supermercados, acusándolos de evadir impuestos, tener vínculos con la mafia china, ofrecer productos de baja calidad y no respetar las leyes fitosanitarias del país. «Casrech es un gran *lobby* del gobierno argentino. Por eso evitan pagar algunos impuestos», explica Gustavo A. Cardozo, de la Universidad Tres de Febrero. «La explicación a la baja rentabilidad del negocio es que podrían ser [el instrumento] para el lavado de plata», apunta. Pese a las críticas, los chinos no muestran pudor a la hora de ejercer su control en los establecimientos: se les ve en las entradas, sentados, guardianes de cuanto sucede en su territorio, mientras los inmigrantes bolivianos despachan en la carnicería o reponen las estanterías y los clientes argentinos pasan por caja para alimentar incesantemente el negocio.

Aromas del salvaje oeste en las minas chinas

«Todo lo que está bajo el Cielo pertenece al Emperador; todos los que viven en el territorio están sujetos al Emperador»¹

Del clásico chino Libro de las Odas, perteneciente a la dinastía Zhou occidental (1046 a. C. a 771 a. C.)

Cargado con el doble de pasajeros de lo que permite el aforo o el sentido común, el minibús avanza a tirones por la angosta carretera de gravilla que, curva a curva, surca la cordillera montañosa de Heng Duan hacia la ciudad de Zhangfeng, en la provincia china del Yunnan. El rugido del motor retumba bajo la carrocería, en competición acústica con el *turbo-pop* que escupe la radio china y que envuelve de surrealismo, además de humo del tabaco, el interior del vehículo. Dentro de éste, un tropel de trabajadores, mujeres, niños y bártulos de toda índole se amontonan y condenan al viajero a un trayecto insoportable por los confines de la frontera sino-birmana. Pronto los mareos de los más resistentes dan paso a las arcadas de los más débiles, desembocando en nauseabundos charquitos de vómito dentro del autobús. Pese al dantesco espectáculo, el conductor prosigue impertérito su hoja de ruta hasta el destino final.

La odisea hasta Zhangfeng recuerda al viajero que China es todavía un país en desarrollo y que los espejismos de Pekín o Shanghai no son más que eso: oasis de abundancia dentro de un marco general de pobreza. Phyu Phyu Win,² una activista medioambiental birmana del grupo Kachin Development Networking que se mueve a ambos lados de la frontera, nos cita en un hotel mediocre en las afueras de la pequeña urbe china. Tras una larga conversación en la sala de un hotel donde hay expuestos tarros con armadillos y serpientes sumergidos en alcohol, se presta a guiarnos por uno de los dramas que golpea la región norte de Birmania: la deforestación.³ Recorremos entonces las polvorientas carreteras que enlazan Tengchong, Yingjiang y Ruili, las tres ciudades de la provincia de Yunnan por donde transita buena parte del comercio transfronterizo, para ser testigos del desastre medioambiental que acontece.

Señalando las desnudas montañas de Birmania que asoman en el horizonte, Phyu Phyu Win asegura que los bosques han sido allí literalmente barridos del mapa. «A dos horas de la frontera en el lado birmano no queda prácticamente nada», comenta. Además de un negocio que lleva décadas fuera de control, advierte, las compañías mineras son las verdaderas culpables por arrasar los bosques al objeto de facilitar la extracción de oro y jade. «Las empresas chinas son responsables. Pero quien permite la destrucción es el Gobierno birmano», acusa. La situación no es tan descarada como años atrás, pero el goteo constante y a plena luz del día de camiones cargados con enormes troncos birmanos avala sobradamente que el negocio va viento en popa. En las afueras de Yingjiang, entran y salen de almacenes al aire libre situados a pie de carretera, desde donde se ven los leños apilados —por toneladas— antes de ser procesados.

El responsable de exportación de la empresa estatal Ruili City Yasen Wood Industry lo corrobora: «No importa el tipo de madera ni la cantidad, si es noble o no; podemos suministrar tanta madera birmana como sea necesaria», nos explica, al hacernos pasar por compradores europeos de parqué. Dentro del recinto no cesa el ruido de las máquinas cortadoras y de grúas alzando troncos. De las paredes de su oficina cuelgan otras evidencias que avalan sus palabras: planos de sus concesiones forestales en el país vecino y fotografías de los patronos chinos en compañía de los generales birmanos. Un informe de la ONG británica *Global Witness*⁴ puso una cifra catastrófica detrás del comercio maderero ilegal entre los dos países: cada siete minutos durante las 24 horas del día y 365 días del año, un camión cargado con 15 toneladas de madera talada ilegalmente en Birmania cruzaba en 2005 por un puesto fronterizo hacia China.

O lo que es lo mismo: un millón de metros cúbicos de madera desaparecía por entonces cada año de los bosques birmanos, engullidos por la demanda china. Las evidencias del genocidio forestal debieron desordenar, poco antes de la celebración de los Juegos Olímpicos de 2008, algunas conciencias en Rangún,⁵ Kunming y Pekín, porque las restricciones al comercio maderero que siguieron al demoledor informe provocaron una caída del 70 por ciento del comercio ilegal, según los datos aduaneros chinos recogidos en un nuevo estudio de *Global Witness* en 2009.⁶ Phyu Phyu Win confirma, sin embargo, que el comercio ha vuelto a repuntar de forma dramática en Kachín, el estado más septentrional de Birmania. «Cada noche pasan a China decenas de camiones cargados de madera.» Esta riqueza forestal y biodiversidad, entre las mayores del mundo, unidas a las cuantiosas reservas de oro y jade, han hecho que China haya extendido ferozmente sus tentáculos en Kachín, explotando los yacimientos y los bosques. Semejante tesoro natural emerge para las compañías y emprendedores chinos como una nueva e irrenunciable frontera para los negocios, donde además no hay las restricciones y competencia de su mercado doméstico.

Tras la independencia de los británicos en 1948, Kachín sufrió décadas de conflicto armado por sus aspiraciones soberanistas hasta que, en 1994, Rangún y las guerrillas étnicas acordaron un alto el fuego que abrió el camino a una frágil paz.⁷ El territorio quedó entonces y hasta hoy bajo el control más o menos efectivo de la Junta Militar, con la excepción de ciertas zonas junto a la frontera en las cuales los grupos étnicos mantienen su estructura militar y administrativa. Aunque, realmente, poco importa quién detente la autoridad en cada territorio: China y sus empresas juegan un papel clave en cualquier caso. El de inestimable socio y aliado que, gracias a la profundidad de sus bolsillos, proporciona a ambos la financiación que unos y otros necesitan. La fórmula es la habitual: los birmanos ofrecen al mejor postor las concesiones para la explotación de los recursos, los chinos desembolsan el dinero y no hacen preguntas. Los primeros se lucran hasta la obscenidad, los segundos se llevan el jade, el oro y la madera. Ambos ganan. Quienes pierden son el millón largo de habitantes mayormente pobres que pese al brutal saqueo del patrimonio natural, no han visto aumentado su nivel de vida.

La deforestación en el norte de Birmania y la responsabilidad china en todo ello nos habían traído a la región, pero pronto nos dimos cuenta de que ello era tan sólo la punta del iceberg de un fenómeno que se extiende sobre todo al sector minero (incluida la explotación forestal). Aun sin dominación extranjera, todo

ello presenta algunos de los ingredientes de un expolio salvaje acometido por un neocolonizador: sobre todo el saqueo de los recursos naturales sin creación de valor añadido a nivel local. A esa percepción contribuye la oleada migratoria china en el norte de Birmania, que alcanzaría entre uno y dos millones de ciudadanos chinos.⁸ Así lo describieron Phyu Phyu Win y otros activistas y expertos, en Birmania y China, con los que estuvimos en contacto. Por consiguiente, Kachín y por extensión Hpakant, la capital de este drama y del negocio de extracción de jade imperial, se convertían en nuestros próximos destinos.

Un cóctel explosivo: jade, heroína, prostitución y sida

El lento traqueteo va apagándose poco a poco hasta que el tren queda parado en medio de la vía. Pasan de las cinco de la mañana pero no asoma aún rendija alguna de luz en el cielo, mientras por la ventana entra el aire fresco de las madrugadas invernales del sudeste asiático. Durante un rato reina el silencio en medio de la oscuridad, pero en cuanto amanece el nuevo día, los viajeros desalojan sus habitáculos y pronto corre la voz por el convoy. Una locomotora que marchaba kilómetros por delante en la ruta que une Mandalay con Myitkyina, la capital de Kachín, ha descarrilado. La aventura de subirse a un tren birmano arrancaba según el guión establecido; de hecho, la primera hora a bordo ya bastó para intuir el peligro. Al habitual zarandeo horizontal de cualquier tren de vía estrecha acompañaba un mucho más preocupante trote vertical que, con cada sacudida, despertaba a los pasajeros de su duermevela y les obligaba a buscar alivio en las miradas cómplices. Ante el abandono de una red ferroviaria que se remonta a la época colonial, lo milagroso es que la cosa no acabe más veces en tragedia.

En el interior del compartimento, el tedio por las horas de espera obligada sólo es interrumpido por los decibelios desatados y el humo grueso con aromas de arroz frito que llegan desde el vagón restaurante. La clase noble del tren tampoco destaca, precisamente, por sus comodidades, pero queda al menos a resguardo del tráfico continuado y hay más espacio vital que en la atestada clase ordinaria. Sentados en las dos literas inferiores, los dos chinos con los que compartimos habitáculo han echado ya mano a sus cajetillas de tabaco y fuman sin parar. Sobre la mesilla empotrada bajo el ventanal aguarda el festín de rigor:

fruta diversa, pastelitos, bolsas de frutos secos y otros tentempiés chinos, además de una botella de whisky barato y sendos termos de té. Tras los primeros tragos, nuestros vecinos rompen el hielo.

A diferencia de su compañero, de pose más circunspecta, Xiang tiene ganas de hablar y enseguida presenta credenciales. De 36 años y natural de Harbin, al norte de China, vuela un par de veces al año desde Shanghai a Birmania para aprovisionarse del jade que revende en su país. A eso se dedica desde hace una década. Y es que ser el eslabón entre el mejor jade del mundo y el mercado que más dinero está dispuesto a pagar por él, le brinda estupendas oportunidades. Para explicarlo, abre una pequeña maleta situada bajo su litera y, con exquisito cuidado, extrae del bolsillo de un chaleco perfectamente doblado un anillo de plata coronado con la piedra verdosa. Sonríe orgulloso mientras exhibe la joya entre sus dedos pulgar e índice. «He pagado 600 dólares americanos en Rangún; en China podré venderla por 3.000», dice en voz baja. El brillo en sus ojos delata la satisfacción de quien se sabe beneficiario de un tesoro.

Diez años en el negocio han servido a Xiang para optimizar las ganancias, mientras eliminaba paulatinamente la red de intermediarios que le daban acceso a la codiciada piedra. La receta del éxito no fue otra que tener los contactos adecuados para poder comprar el jade directamente en el yacimiento. «Conozco a los dueños de las minas desde hace muchos años, así que consigo un precio *cien veces* mejor que el que le darían a un desconocido. La cuestión clave es si estás dentro o fuera del negocio», apunta. Para estar dentro, insiste, hay que desplazarse hasta Hpakant, su destino final, un recóndito enclave minero en el corazón de Kadrín. El sombrío Hpakant y sus gemas color verde esmeralda que seducen al pueblo chino desde tiempos inmemoriales, eran la razón que nos llevó a pasar 23 horas, desde Mandalay a Myitkyina, a bordo de ese surrealista tren birmano.

Al reemprender la marcha, el tren se abre paso a través de un espectacular paisaje. Por la ventana se adivina la explosiva naturaleza sudasiática, aunque también la miseria latente en las aldeas donde los niños juegan descalzos y sus madres lavan la colada en riachuelos llenos de escombros. Con una cadencia tan cansina, el convoy no llegará a Myitkyina antes de las dos de la madrugada. Allí, explica Xiang, espera otro desafío logístico para llegar hasta Hpakant. Un centenar de kilómetros y al menos siete horas de ruta en la estación seca. Ante nuestras insinuaciones, zanja rápidamente cualquier posibilidad de que podamos acompañarle hasta la cuna del jade. «Es un lugar peligroso. Hay peleas, robos,

violencia. Es necesario llevar protección», dice enseguida. «Y es territorio prohibido para los extranjeros», remata a continuación. Con nuestros rasgos caucásicos, insiste, no tenemos la más mínima opción de franquear los tres controles militares que han convertido el asentamiento minero en un fortín inexpugnable. Desde hace años no entra nadie sin permisos en regla. Nadie, como veremos más adelante, excepto los chinos.

Envuelta en una jungla remota a los pies del Himalaya, aislada varios meses al año por las lluvias monzónicas y enclavada a un centenar de kilómetros al noroeste de la capital de Kachín, Hpakant pasa por ser el epicentro mundial del jade. Sus montañas y subsuelo cobijan la única gran reserva de jadeíta del planeta,⁹ el llamado «jade imperial» que, por pureza, color intenso y relación con la inmortalidad y la perfección, es una piedra talismán en China desde hace siglos. Una veneración que, en nuestros días, ha derivado en auténtica locura: Christie's subastó en 2010 un collar de jade birmano que fue adjudicado por 7,2 millones de dólares, la tercera pieza de joyería más cara vendida ese año en todo el mundo por la casa de subastas. Aunque, ciertamente, aquel día de *glamour* en Hong Kong, los asistentes a la puja difícilmente podían sospechar que detrás de ese mundo de lujo celestial con características chinas se encuentra, en realidad, el infierno.

Un averno donde el régimen militar birmano y las empresas chinas alternan responsabilidades. Al describir Hpakant, Phyu Phyu Win, la activista medioambiental que encontramos en Yunnan, se refirió a un lugar medieval e inhumano, donde miles de jóvenes son explotados en las minas por míseros sueldos. Un enclave donde la crueldad y la desesperanza se combaten con heroína en vena. Donde se comparten miserias, jeringuillas y prostitutas llegadas de todo el país. De sida galopante, malaria endémica y casinos. De pobreza, violencia, abusos y muerte. «Es una catástrofe social», resumió. Su relato abrió de cuajo las tenebrosas entrañas de un negocio que, en origen, siembra marginalidad y sufrimiento, mientras una de las peores tiranías del planeta y sus inseparables camaradas mandarines se hacen de oro gracias a las ansias de ostentación de los millonarios de nuevo cuño de Pekín y Shanghai.

No es extraño, por tanto, que Hpakant esté totalmente militarizado. Es allí donde los generales birmanos y sus magnates afines tienen sus inversiones, que arrojan cuantiosos dividendos. También es un territorio políticamente sensible, no sólo porque hasta el alto el fuego de 1994 estaba en manos de los grupos étnicos, sino porque una compañía minera rusa estaría —supuestamente—

extrayendo uranio.¹⁰ Pero, sobre todo, es un lugar que conviene mantener en la sombra para ocultar el clima de caos social y las continuas violaciones de toda índole que se viven a diario. Los excesos derivan de un ritmo de producción salvaje y compulsivo, cuenta un maestro que pasó allí varios meses. Explica que la maquinaria pesada de las concesiones mineras, éstas chinas en su gran mayoría,¹¹ retumba las 24 horas del día y los siete días de la semana. Voladura a voladura, el proceso de extracción implica la demolición de montañas enteras, cuya tierra es a continuación removida palmo a palmo para desenterrar las rocas de jade.

Esa labor la hacen —a mano— los trabajadores de las compañías concesionarias chinas, quienes cobran entre 60 y 240 dólares de salario base además de una pequeña bonificación por productividad.¹² La mayoría son jóvenes, más resistentes físicamente y con un ojo clínico para detectar el jade. «Trabajan en condiciones muy arriesgadas para sus vidas sin ninguna clase de protección», señala el informe *Blood Jade*.¹³ Mientras, una marea de camiones saca fuera de la concesión los restos de tierra excavada, que se acumula —tonelada a tonelada— formando montañas artificiales tan altas como las originales. Para los residentes de Hpakant que no están empleados en las minas, la nueva orografía es a la vez un reclamo de vida y un peligro de muerte. Serpenteando con sus pequeñas motocicletas por entre el tráfico denso de camiones pesados y vehículos de lujo de los patronos, llegan hasta los vertederos de piedras y tierra sin más herramientas que un martillo, una linterna y sus propias manos. Buscan durante interminables horas restos de jade que escaparon al ojo de las compañías, mientras los intermediarios acechan.

Kyaw Min Tun es uno de estos *yemase*, como se conoce en la lengua local a los colectores de piedras. Pasa horas escarbando entre los escombros, escalando arriba y abajo por la montaña, de día y de noche, bajo el sol y la lluvia, en pugna por los mejores espacios con otros cientos, miles de agresivos recolectores de jade como él. A menudo arriesgan sus vidas: con cierta frecuencia hay desprendimientos y corrimientos de tierras que sepultan a quienes están debajo, cuando no riadas mortales que arrasan cuanto encuentran a su paso.¹⁴ Sólo muy de vez en cuando, un golpe de suerte les brinda la recompensa de una valiosa piedra verdosa y translúcida como la que Kyaw Min Tun enseña durante nuestro encuentro en Myitkyina. «Puedo venderla por 1.000 dólares», asegura en referencia al valor de mercado de una pieza de jade del tamaño de un teléfono móvil. Kyaw Min Tun, que vive en Hpakant y tiene 42 años, ha dedicado la

mitad de su vida a la profesión. Hace dos décadas, apunta, la extracción de jade era un negocio local y servía de sustento fundamental a la población local. Por lo reducido de su escala y la ausencia de tecnología, el impacto medioambiental era entonces limitado.

Todo cambió con el nuevo sistema de concesiones, que forjó la alianza entre los generales birmanos y los empresarios chinos, acarreando la confiscación arbitraria de las tierras de miles de personas y su traslado forzoso. Sólo les dejaron las migajas. «Los chinos se llevaron todas las subastas sobornando a los funcionarios porque podían pagar mucho más que los empresarios locales», recuerda. Los residentes lamentan que, entre tanta rapacidad, la población autóctona haya quedado fuera del reparto de riqueza. «Las montañas han desaparecido, ahora todo es plano. Del jade imperial de mejor calidad, no queda nada. Lo hemos perdido todo y seguimos siendo pobres.» Con las excavadoras operando sin descanso y a gran escala desde hace más de una década, las reservas del mejor jade del mundo están reduciéndose a un ritmo imparable. El agotamiento de las existencias está a la vuelta de la esquina. «Tengo claro que en menos de 10 años cesará toda actividad. No quedará nada», vaticina. «Para sobrevivir sólo nos quedará la agricultura.» Tantos años de explotación no han servido ni siquiera para que se desarrolle en la región una industria de procesamiento de jade, que cree valor añadido y empleos en la región. Todo el tratamiento se hace actualmente en China.

Mientras continúa esta explotación colosal con tintes de expolio en toda regla, Hpakan se enfrenta además a un drama social. En general, los más de 100.000 *yemase* ganan, en medio de una situación laboral y social tremenda y una competencia feroz entre ellos, lo justo para vivir. «Es un trabajo muy duro. Muchos *yemase* son adictos a la heroína. La mayoría de mineros jóvenes están enganchados», asegura Kyaw Min Tun. El opio, a seis dólares la dosis, potencia la concentración para poder detectar más hábilmente el jade, incrementa la resistencia física y alivia el dolor; la alternativa barata es la heroína en sangre, a dos dólares por *chute*. En los alrededores del Triángulo de Oro, donde tan extendido está el cultivo de opio, el acceso al polvo blanco o marrón es fácil y asequible en medio de un clima de impunidad total. El opio, de hecho, está muy ligado a la cultura del jade.»¹⁵

Myo Hlaing, 36 años y tres hijos, necesitó sólo dos semanas para engancharse de forma fulminante, hace ya ocho años. «Es imposible hacer este trabajo sin heroína», dice.

De tez morena, apenas 48 kilos de peso por culpa del veneno que le mata día a día y falda tradicional birmana —*longui*— alrededor de la cintura, Myung habla despacio, lúcido pese a todo, para explicar que él y sus amigos recolectan jade, beben cerveza y se inyectan en grupo. «Al menos 15 de mis amigos son adictos. Otros cinco murieron por sobredosis», apunta. En el interior de las minas chinas no parece que las cosas sean muy distintas. Ye Myint Oo cayó en las garras de la droga cuando, años atrás, trabajó para la minera china Shwe Gaung Gaung. Hoy sigue enganchado. «A las compañías les da igual quién consume. Lo único que les importa es producir al máximo. La droga está al alcance de cualquiera», insiste. Sacerdotes cristianos que ofician en el Kachín profundo y un voluntario de una ONG, quienes aceptaron hablar a condición de anonimato, también dan fe de que la droga corre como la pólvora por las minas chinas de oro y jade.¹⁶ Un informe de *Kachin News Group*¹⁷ va incluso más lejos al vincular de forma directa a los chinos con el negocio de la droga: «Todo el opio que llega a Hpakant lo distribuyen dos empresas chinas que también operan en el negocio del jade», reza.¹⁸

No hay estadísticas oficiales pero sí indicios indiscutibles de que la catástrofe social que azota Hpakant es de gran magnitud. Un sacerdote local dijo en 2008 que más de 100.000 jóvenes de menos de 40 años murieron en Kachín entre 1997 y 2007 como consecuencia directa de la droga. Sólo en Hpakant se repartieron en 2009 más de dos millones y medio de jeringuillas.¹⁹ Y el anteriormente citado activista que opera en la zona nos aseguró que en la cuna del jade la drogadicción afecta a más de 100.000 personas, de las cuales entre un 50 por ciento y un 75 por ciento estarían infectadas con el virus del sida. La muerte se propaga a través de jeringuillas usadas, pinchazo a pinchazo, o a través de una prostitución desatada ejercida —en improvisados karaokes y en garitos de bambú dispuestos a tal efecto— por jóvenes que, como Myo Mi Mi, se criaron en la pobreza extrema, se *subieron al caballo* en la adolescencia y, apenas superada la veintena, juegan a diario con la ruleta rusa del sida a cambio de poco más de 20 dólares el servicio completo. La combinación es letal. Una máquina de matar.

El mejor jade imperial entra en el circuito ilegal

Días después de coincidir con Xiang en el tren hacia Myitkyina, lo encontramos en el céntrico hotel Pan Tsun de esa ciudad, ultimando preparativos para llegar a Hpakant, donde le esperan grandes oportunidades. Calculadora en mano, tiene desplegados sobre el mostrador de la recepción varios fajos de dólares americanos, los necesarios para comprar voluntades a lo largo del trayecto. De entrada, 1.500 dólares para que él pueda llegar hasta allí. Y varios miles más para engrasar la ruta de su mercancía de gemas a través de la frontera y hasta Shanghai. Con un 30 por ciento de impuestos es imposible hacer negocio, asegura, descarado. Así que muchos como él optan por el contrabando aprovechando que la frontera está a menos de 200 kilómetros y que, por sus precarios sueldos, la policía es fácilmente corrompible.

En sus inicios, recuerda, él mismo iba a bordo del camión que hacía la ruta hasta China. Pagaba entre 20.000 y 30.000 yuanes en cada control, entre dos y tres mil euros, y sabía en cada momento qué soldados hacían guardia y con qué horarios. Sin embargo, su engranaje no siempre consiguió ahorrarle sobresaltos, en especial en una ocasión en la que acabó encañonado por los militares. En el salvaje oeste, con cada operación de contrabando que ponía en marcha, Xiang arriesgaba su dinero, la cárcel o la vida. Ahora, después de haber invertido una cantidad inconfesable a lo largo de los años, tiene lo que él llama un «canal seguro»; esto es, contactos en nómina a lo largo de una misma ruta que, ya sean policías, militares o funcionarios de aduanas, le permiten sacar las piedras de jade del país sin interferencias ni preguntas. Muchas de las gemas de mayor calidad de Hpakant entran directamente en el negocio ilegal, aseguran los comerciantes.

Y es que, pese a que en teoría la jadeíta debe exportarse a través de las subastas de Nay Pye Daw,²⁰ un alto porcentaje²¹ entra en China a través de un circuito de contrabando como el que Xiang ha podido forjarse a lo largo de los años. En las pujas de la capital birmana, así como en Hong Kong, Shanghai o Pekín, las miserias que se viven en las áreas de extracción del jade imperial no interesan a los comerciantes. Una vez que la materia prima deja la mina y entra en China, escala a lo largo de la cadena de valor hasta convertirse en producto de lujo asiático en Nathan Road, la calle comercial por excelencia de Kowloon, en Hong Kong. Allí, en los escaparates de las 15 joyerías que Chow Tai Fook —el jugador minorista de referencia en el sector— tiene desplegadas en tan sólo un puñado de manzanas, se exhiben piezas de jade de lujo y otras joyas que combinan la piedra verde con diamantes. Al ver un collar de 37 cuentas de jade

cuyo precio en el escaparate está fijado en 13,7 millones de dólares de Hong Kong, o más de 1,2 millones de euros, es inevitable pensar en el sufrimiento, la pobreza, las drogas y la muerte en Hpakant. Con ese dineral, ¿cuántas familias podrían tener una vida digna?

Con semejantes precios finales, los esfuerzos de los comerciantes e intermediarios se centran, antes de su procesamiento, en dar con la roca de jadeíta que les haga de oro. O, al menos, que no les arruine. «El negocio del jade es puro riesgo. Es como ir al casino», advierte Catherine Chan Sin Hung, presidenta de la Asociación de Productores de Jade Hong Kong. No es sólo por la escasez de jadeíta y el carácter habitualmente especulativo de las inversiones chinas. Es también consecuencia de las limitadas opciones inversoras que hay en China y la gran cantidad de dinero circulante, lo que empuja los precios al alza. Todo ello agravado por la naturaleza aleatoria del negocio. En las subastas, por ejemplo, los compradores pujan después de hacer un tajo a las rocas para, en base a su experiencia y ojo clínico, intuir la calidad de la materia prima que está en su interior. Sin embargo, no será hasta que abran la roca del todo cuando sepan a ciencia cierta el valor de lo que han comprado. «Si aciertas, puedes ganar mucho dinero. El precio se multiplica fácilmente por 100», asegura Chan. Los fracasos son también sonados. Por algo en China se conoce al jade como la «piedra de riesgo».²²

No es extraño, por tanto, que el mercado esté inundado de jade de inferior calidad que se vende como jade imperial, lo que sólo es detectable mediante tecnología. «Si la jadeíta resulta ser jade tratado químicamente con resinas, el precio cae a menos de la mitad, incluso a un 10 por ciento», explica una gemóloga que analiza una pulsera de jadeíta y diamantes, valorada en un millón de euros, que acaba de venderse en la Feria Internacional de Joyería de Hong Kong. Si el jade imperial es además una pieza de anticuario, entonces los precios son dinamita pura. Una pieza de esta variedad de jade de 80 centímetros de ancho y 80 kilos de peso de la época del emperador Qianlong (1736-1795), que lleva esculpida una imagen de una pintura clásica del siglo XIII que requirió 25 años de trabajo artesano, dio a Christie's bastantes quebraderos de cabeza para determinar su valor. Pero basándose en que se vendió en 1945 por 80.000 piezas de plata, fijaron un precio de pre-venta de entre medio millón y 800.000 euros. En subasta, finalmente, se adjudicó a un coleccionista chino por 5,14 millones de euros.

Seguir la pista al mundo del jade, desde Hpakant hasta las joyerías de

Nathan Road en Hong Kong, Wangfujing en Pekín o Nanjing Road en Shanghai, destaca en Kachín el decisivo papel que juega la ofensiva china en los excesos y la injusticia, en las violaciones de derechos humanos y las miserables condiciones laborales, en la desigual distribución de riqueza y en el impacto medioambiental. Pero no sólo eso. También ilustra la naturaleza del matrimonio de conveniencia²³ entre ambos países. En un contexto de sanciones internacionales, Birmania se ofrece en carne viva a su voraz vecino con el señuelo de sus abundantes recursos naturales y el entorno jurídico propio de las dictaduras. China no lo desaprovecha, como prueban —por extensión— sus importantes intereses energéticos y geopolíticos allí.²⁴ A cambio de acceso prioritario a su industria extractiva, contratos hidroeléctricos y salida al Océano Índico, Pekín procura a Rangún cobertura diplomática, inversiones y armamento. Aunque el régimen de los generales tiene también otras alternativas, como India, Tailandia o Singapur, esa alianza con China le proporciona un importante oxígeno para continuar en el poder y, por consiguiente, con los abusos. Una connivencia que, por mucho que sea interesada antes que amistosa, alimenta y perpetúa el *statu quo* con la coartada de la «no interferencia» y la «coexistencia pacífica», dos de los principios que guían la política exterior de China.

La penetración económica, de hecho, alcanza a toda la región. *Al sur de las nubes*²⁵ el gigante despliega toda su potencia empresarial para hacer del sudeste asiático la punta de lanza de su expansión económica. Por toda la región desarrolla infraestructuras, invierte a destajo y se abastece de materias primas. Una situación que no acontece únicamente en la frontera del Imperio del Centro con el sudeste asiático. A miles de kilómetros de allí, en un desierto rico en mineral de hierro situado en la costa peruana del Pacífico, China extiende sus enormes tentáculos con vigor y, para infortunio local, con consecuencias igualmente nefastas.

Marcona, la concesión minera secuestrada

Atrás quedan 500 kilómetros y más de 10 horas en ruta desde Lima cuando el vehículo sobrepasa la loma que, al fin, deja al descubierto la población minera de San Juan de Marcona. En su descenso hacia la localidad, la solitaria carretera de asfalto negro pone rumbo hacia algo muy parecido al fin del mundo. El viento sopla a rachas y la sequedad del desierto se siente en la boca del viajero, ante

cuyos ojos se abre un paisaje ocre y arenoso, casi lunar, que desemboca a lo lejos en un acantilado que precede al Océano Pacífico. En la distancia, se distingue la polvareda que levantan los vehículos pesados que entran y salen de las instalaciones mineras, además de una pista de tierra para uso ocasional de los aviones fletados por la empresa china Shougang Hierro Perú. Los carteles jalonan los dos lados de la carretera y acreditan, uno tras otro, quién está al mando en este inhóspito lugar: «Concesión privada. Shougang Hierro Perú». La minera estatal china es aquí, textualmente, dueña y señora de todo.

La cicatriz del sufrimiento se hace visible de inmediato. San Juan es uno de esos lugares donde lo milagroso es vivir. Reina el silencio y apenas circulan vehículos por la céntrica avenida que acoge un puñado de restaurantes baratos y comercios con mercancía de primera necesidad. Alrededor de la arteria principal, una colección alineada de casas bajas de hormigón gris, algunas pintadas con colores chillones, proporciona humilde morada a los mineros y sus familias. Abundan las fachadas agrietadas y las escaleras rotas, los cables que saltan de un edificio a otro y la ropa tendida junto a la entrada. También retazos de basura callejera, que por momentos se amontona en las bocacalles de arena. No hay parques, árboles, ni extensiones verdes.

Además de albergar la única mina de hierro en activo de Perú, el municipio de San Juan de Marcona es tristemente célebre por los conflictos que, de forma periódica y muchas veces con violencia, estallan entre sus habitantes y la empresa estatal china Shougang. La empresa es el sexto fabricante de hierro y acero de China y actual concesionaria tras adquirir, en 1992, la compañía estatal peruana que la explotaba.²⁶ Pese a los jugosos dividendos que arroja su inversión,²⁷ casi dos décadas después Shougang sigue sin resolver sus desavenencias con una pequeña población de gente humilde cuyo bienestar y futuro dependen en exclusiva de ella. «En 1992 creímos que los chinos iban a traer mejoras», apunta Agustín Purizaca, asesor técnico de la municipalidad. Sin embargo, las expectativas pronto se desvanecieron, asegura. Y llegaron las trifulcas. «Tres veces levantaron un arco chino en la localidad, tres veces fue derribado», recuerda. «Lo único que entienden es el golpe», dice, resumiendo lo insostenible de la situación.

Los problemas derivan de la propia naturaleza de la concesión minera, que incluye entre sus 670 kilómetros cuadrados la totalidad del núcleo urbano municipal. Así, Shougang es sobre *el papel* dueño únicamente del mineral que contiene el subsuelo, pero actúa en razón de aquella cesión como propietario,

gestor y administrador de la tierra y, por extensión, de los servicios municipales (electricidad, agua y desagüe). Un privilegio de dudosa legalidad que, sirviéndose de una extraterritorialidad *de facto*, no ha dejado de encrespar los ánimos entre la población desde hace dos décadas. Los lugareños protestan por el impacto que tiene sobre sus vidas cotidianas. Por un lado, Shougang decide cuántas horas de agua o luz tiene al día la comunidad;²⁸ por otro, su negativa a liberar suelo para la expansión municipal estrangula el desarrollo urbano y provoca que muchos tengan que irse, contribuyendo al imparable goteo de retroceso demográfico. «Shougang se opone a todos los proyectos que propone la municipalidad. Quieren imponer todo bajo el pretexto de que son los dueños», insiste el asesor municipal.

Invade a los vecinos la amarga sensación de ser invitados de piedra en su propia casa. De ser extranjeros en la tierra que les vio nacer y ser marginados en la mina en la que se dejan el alma, la salud y la sangre. «Tenemos la impresión de vivir secuestrados, de estar en una colonia china», remata Purizaca. La situación de la vivienda es paradigmática. Por tener San Juan el estatus de campamento minero, Shougang facilita alojamiento básico a sus empleados en las residencias construidas por la antigua concesionaria estadounidense allá por los años 60 y 70. Sin embargo, cuando son despedidos, o les llega la jubilación, son desalojados e inmediatamente después la empresa manda tapiar las puertas y ventanas, dejándolos en la calle. No hay recompensa por los servicios prestados. Los residentes tienen incluso que pedir permiso a la empresa para construir nuevos nichos que les permitan enterrar a sus muertos en un pequeño cementerio a las afueras de la localidad, porque toda edificación es boicoteada por la compañía. Así paga Shougang el sacrificio de toda una vida.

Muchos emigran a Nazca, Arequipa o Lima. El efecto secundario de esa emigración inducida es la despoblación: San Juan ha pasado de 25.000 a 14.000 habitantes en menos de dos décadas. Quienes, pese a todo, deciden quedarse, no tienen dónde ir. El amo de la concesión se niega a vender, ceder o habilitar suelo, pese a que no es dueño de la tierra, sino *sólo* del mineral que ésta contiene. Por tanto, la única alternativa para los excluidos es la *Ruta del Sol*, un poblado de chabolas en territorio de la concesión que se hizo fuerte sobre la base de la desesperación colectiva y las batallas campales contra la policía. En medio de un descampado pedregoso junto al cementerio y bajo la vigilancia de policías a sueldo de Shougang, malviven decenas de familias que levantaron —con sus propias manos— algo parecido a un hogar con espacio para poco más que cama,

brasero y pertenencias. Los niños juegan, ajenos a la miseria que les rodea, con correpasillos hechos con maderos y alambres a las puertas de sus casas, poco más que cuchitriles con paredes de cemento revestidas con papel de periódicos deportivos y tejados de uralita y chapa. Ratoneras indignas sin suelos, luz, ni agua corriente.

En contraste, en el único barrio residencial de la localidad se alojan el medio centenar de chinos que dirigen a la tropa local en Shougang Hierro Perú. Se hospedan en las casitas originales que, con su jardín, vistas al mar y ambiente de extrarradio burgués estadounidense, levantó en su día Marcona Mining Company. Pese al barniz de decadencia por efecto del paso del tiempo, se intuye la huella de la época en la que San Juan era, por comparación, un oasis en medio del desierto. Época en la que la empresa minera estadounidense financiaba la educación de los hijos de los mineros y sostenía, con médicos llegados desde Estados Unidos, un hospital que los más viejos del lugar recuerdan como «uno de los mejores de América Latina». Eran días en los que Marcona Mining Company era considerada, por comparación con la china, una minera modélica. De todo aquello no queda ahora más que el recuerdo. El de que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Tanto han empeorado las cosas que los chinos apenas salen de sus residencias. «Se les ve sólo de vez en cuando. La población es pequeña y aquí nos conocemos todos. Pueden tener altercados fácilmente», explica Purizaca. Pulsamos varias veces el timbre antes de que se abra por fin la puerta del domicilio de Fan Fu Li, uno de los jefes de Shougang. Asoma un compatriota somnoliento, con camiseta blanca sin mangas y actitud cautelosa. Como la presa que huele el peligro, se pone primero en guardia y se sirve después de una infalible esgrima para contrarrestar nuestra curiosidad: amable en la distancia corta, buen encajador si es menester y paciencia infinita. Pero una tumba ante todo. «El jefe no está y no sé cuándo volverá. No sé nada de lo que pasa aquí...», repite una y otra vez. Enrocado en la negación continuada, el subalterno de Shougang no suelta prenda. La escena se repetirá en Pekín, cuando Shougang rechazará las repetidas peticiones de entrevistas.²⁹

Una situación habitual para los que ejercen el periodismo en China y también para nosotros a lo largo de la investigación de este libro por todo el *mundo chino*. Cuestión de desconfianza o autodefensa, los chinos hacen evidente con cierta frecuencia que el extranjero no es *uno de los nuestros*. Sin embargo, toda esa suspicacia desaparece como por arte de magia si el forastero viene

avalado por un compatriota de referencia. El *guanxi*, sobre todo lejos de la madre patria, marca la diferencia entre el todo y la nada. En África, por ejemplo, por el mero hecho de ir acompañados de un joven amigo chino con ganas de aventura, las puertas de los grandes proyectos de infraestructura chinos se nos abrieron de par en par. Pero en Marcona no sólo no está con nosotros nuestro intrépido colega; es que, en medio de la conflictiva situación laboral que tan caldeados tiene los ánimos en la localidad, los chinos optan por la ley del silencio. Ni una palabra acerca de, por ejemplo, los disturbios de 2007, cuando la oficina de Shougang acabó en llamas. Javier Muñante, dirigente de uno de los dos sindicatos locales, añade un dato revelador: «Hemos ido a la huelga cada año en los últimos cinco años». Los restos visibles de esta conflictividad impregnan las paredes de los edificios de las calles principales de Marcona, donde las pintadas contra la compañía aparecen una y otra vez.

Es hora de cambio de turno en Shougang y llegan uno tras otro los autobuses con los mineros que regresan a casa. A través de los cristales, sus rostros bronceados con mineral de hierro, con los cascos rojos o verdes aún encajados, evidencian cansancio y hastío. Sus miradas se adivinan nobles, aunque tristes. Son 20 años luchando por sus derechos contra una compañía que, en 1992, estrenó sus operaciones en el país andino con el despido de 1.500 empleados. Hoy, más de la mitad de los casi 3.938 trabajadores, la mayoría de los cuales son ex empleados de plantilla, son contratados mediante intermediación laboral o a través de subcontratas, lo que permite a Shougang ahorrarse con cada uno de los nuevos empleados hasta un 40 por ciento en costes laborales. Los únicos que mantienen unas condiciones salariales dignas son los trabajadores que formaban parte de la plantilla cuando Shougang adquirió la mina.

Esta discriminación salarial, que provoca que dos empleados con la misma experiencia y habilidades cobren un sueldo tan dispar, incluye una remuneración media por jornada trabajada de 14 dólares, cuando el sector minero peruano paga más del doble.³⁰ A ello hay que sumar, denuncian los afectados, los despidos arbitrarios, las malas condiciones laborales y el hostigamiento contra los afiliados sindicales. En la sede sindical, varios trabajadores se prestan voluntarios para exponer sus agravios a condición del anonimato; siguen frescas las represalias de la compañía china contra dos compañeros que se despacharon a gusto en *The New York Times*.³¹ C.L.M. es uno de ellos. Lleva 33 años en la mina, encargándose de calcular la cantidad de explosivo que requiere cada

voladura. Trabaja hasta 10 horas al día, seis por semana, a cambio de 2.200 nuevos soles al mes, unos 792 dólares.³² «Esa cantidad no alcanza para vivir. ¿No es esto explotación laboral?», se pregunta en medio de sus apuros para mantener a mujer y cuatro hijos.

Las precarias condiciones laborales alcanzan también, como era previsible, a la seguridad en la mina. Un equipamiento obsoleto o insuficiente es el causante de 10 accidentes cada mes, pulmones inundados de polvo de mineral —o neumoconiosis—³³ en un 30 por ciento de mineros y distintos grados de sordera en otros muchos. «Después de jubilarnos, en menos de cinco años nos morimos», asegura uno de los presentes. «El número de accidentes es escandaloso. La empresa sólo está interesada en producir», acusa otro. Todo ello ocurre mientras Shougang incrementa, año a año, su producción y beneficios. El modelo de máxima producción y desprecio por los efectos secundarios, que en el país asiático sentó las bases del *milagro chino* y ha desembocado en la creación de una de las sociedades con más desigualdades del mundo, se reproduce fielmente en Marcona y también en otras inversiones mineras chinas en Perú, donde el gigante asiático es un jugador mayúsculo: tan sólo ocho empresas chinas controlan 295 concesiones mineras en el país.³⁴

Para completar la foto del desastre perfecto, en el devenir andino de Shougang no falta tampoco el descontrol medioambiental. Aunque el vertido de residuos sin procesar al mar y demás prácticas nocivas fueron heredadas de lo que hacían los norteamericanos y, por tanto, no son achacables únicamente a Shougang, lo cierto es que la empresa china ha mostrado escasa sensibilidad ecológica. Considerada como una de las 19 empresas más contaminantes en China,³⁵ donde su reputación ecológica es cualquier cosa menos modélica, en Perú sus desmanes medioambientales han sido repetidamente sancionados. Ello no ha impedido que la vida marina en aguas próximas a la instalación minera esté al borde de la extinción. «En los bancos de peces de los alrededores ya no hay vida», asegura Santiago Rubio, presidente de la comunidad de pescadores de San Juan de Marcona.

La pesca artesanal procura sustento a unas 600 familias, que son además las que no dependen de la mina para vivir. En su domicilio, Santiago explica que para capturar pescados blancos como el que, en ceviche, ofrece, tiene que alejarse cada vez más de la bahía y «pasar bajo el agua al menos ocho horas para sacar 14 kilos de pescado» y poder ganar «40 nuevos soles» diarios, unos 14 dólares. En la playa de San Nicolás, Santiago se enfunda un deteriorado traje de

neopreno, se sumerge a pulmón y retorna del fondo del mar con las manos llenas. La arena negra brilla salpicada de partículas doradas. «Metales pesados», precisa. Las olas arrastran al romper relave de color rojizo. El olor a veneno invade una playa cuya arena está teñida de color ocre por los sedimentos del óxido de hierro. A unos centenares de metros, una tubería evacúa los vertidos contaminantes del proceso mineral —o relave— sobre un enorme dique.

Veinte años después del desembarco, Shougang Hierro Perú cumple con su cometido de abastecer a las empresas de su grupo con la materia prima del acero que extrae en ese rincón perdido del desierto de Ica.³⁶ La privilegiada orografía del lugar le permite además disponer de un puerto natural de aguas profundas donde la empresa puede cargar, apenas dos horas después de extraerla, la materia prima en buques para ser exportados a China y, por lo tanto, llevarse los beneficios de una industria de valor añadido a la madre patria. La consigna no admite dudas: el fin justifica los medios. En la cuneta quedan los sacrificados y los cristales rotos con la complicidad implícita del Gobierno de Lima, que cierra filas en torno al nuevo *Mesías* chino que está llamado a invertir a destajo en las industrias extractivas peruanas.

En ese contexto, a la *gran dama del acero*, como se conoce a Shougang en China, le sobran escrúpulos para soportar el costo de una situación de conflicto a largo plazo. Y, pese a lo descrito aquí, para jactarse de su supuesta contribución al desarrollo de Perú.³⁷ Nada de todo ello puede evitar que en las calles del enclave minero se respire un clima de enfrentamiento continuado. «La mayoría de la gente siente mucha cólera contra los chinos», advierte un desheredado de la *Ruta del Sol*. Lo dice con la resignación del que se sabe más débil, pero sin asomo de sinofobia, sentimiento habitual en otros lugares. Lo que experimentan los habitantes de Marcona no es xenofobia, sino una profunda decepción hacia el *amigo* chino que tanto prometió y casi nada ha cumplido.

Tras dos décadas de lucha contra la empresa que pisotea cotidianamente sus derechos, el pulso parece perdido. Y es que Shougang no es una compañía cualquiera, sino una empresa estatal china. Un factor que quizá no signifique mucho para quienes desconocen cómo es el esqueleto del sistema político-económico chino, ya sea en Marcona o en otros lugares del mundo. Pero, realmente, lo que en verdad se proyecta es la alargada sombra del todopoderoso Estado chino. Que los objetivos estratégicos nacionales y las necesidades corporativas se confundan y complementen, confiere a la empresa estatal china de turno —en este caso Shougang— una indudable percepción de inmunidad

frente a los excesos, especialmente si las autoridades del país receptor de la inversión —como es el caso— optan por no atajar los abusos, contribuyendo decisivamente a la indefensión de los afectados. Por si fuera poco, hay que añadir el blindaje que, en ausencia de sociedad civil, medios de comunicación libres y oposición política en China, proporciona este sistema político a las empresas del régimen. Por tanto, ¿quién va a exigir responsabilidades en el cuartel general de la empresa en Pekín? Más importante aún, ¿quién va a fiscalizar el desenfreno de la China oficial fuera de sus fronteras?

Las trampas del «contrato del siglo» entre Congo y China

Si Marcona es un lugar recóndito, el paso fronterizo entre Angola y la República Democrática del Congo (RDC) a través de la provincia angoleña de Cabinda no tiene parangón. Es un lugar hostil, incomunicado y salvaje, *territorio comanche* en su versión clásica donde fácilmente África puede mostrar su peor cara. El avión aterrizó pasadas las siete de la mañana en el aeropuerto de Cabinda —capital de nombre homónimo al de este enclave rico en petróleo— y, tras recorrer una docena de kilómetros en taxi, alcanzamos el cruce controlado por militares. «É domingo. Está fechado», espetan, recostados en sendos *Kalashnikov* reglamentarios, dos soldados que custodian el lado angoleño. Las cosas se complicaban en una de las fronteras más conflictivas de África en los últimos años.³⁸

Tras perseverar y esperar varias horas, logramos el sello de salida de Angola y cruzamos a pie hasta el otro lado, donde una destartalada caseta con la bandera nacional tricolor —azul, roja y amarilla— al viento aguarda al viajero. Tres militares, ataviados con chanclas y pantalones cortos de civil, salen súbitamente del aletargamiento y, esquivando un amasijo de botellas de cerveza que acaban de consumir, prometen ayudar, «pese a que el puesto está cerrado los domingos». En medio de la sensación de impunidad que les brinda la desolación del lugar, inmediatamente hacen de nosotros el blanco de sus inciertas intenciones. Uno consume *khat*, la denominada *droga de África*, y pregunta insistentemente por la belleza y voluptuosidad de nuestras esposas. Otro toma nota de nuestros visados y, con mirada desafiante, nos hace recitar hasta la última palabra escrita en él. Interrogatorio y curiosidad se intercalan.

De repente, los trámites se complican: quieren saber si portamos «material de espionaje», así que hay que inspeccionar el contenido de nuestras bolsas, cargadas de cámaras de fotos, discos duros y ordenadores portátiles, lo que no es fácilmente justificable considerando que llevamos visado turístico y estamos *celebrando*, en un lugar donde nadie osaría celebrar nada, la victoria de España en el Mundial de fútbol de Sudáfrica. La suerte y una inspección menos exhaustiva de lo esperado nos permiten saltar el obstáculo y afrontar el último capricho de su arbitrariedad: el pago de una *tasa* de paso. Tres horas más tarde, después de muchas explicaciones, falsas sonrisas, ruegos, referencias a la selección española y 100 dólares menos, entramos, con los nervios a flor de piel por lo que pudo pasar y no pasó, en la República Democrática del Congo, país cinco veces el tamaño de España y escenario de la mayor barbarie colonial occidental en el continente.

Un Toyota 4 × 4 con 15 años de antigüedad y en estado precario nos lleva, a toda velocidad por una carretera de arena de 27 kilómetros, hasta Muanda. La ruta descubre un paisaje precioso de naturaleza explosiva, sin tráfico ni apenas vida humana. Sólo un carro de combate abandonado y con aspecto decrepito rompe la monotonía, además de un par de conductores reparando los neumáticos pinchados de sus viejos vehículos. Los paisajes —salvajes, intensos, majestuosos— traen a la memoria del viajero las descripciones del periodista polaco Ryszard Kapuscinski en *Ébano*, su insuperable crónica sobre la descolonización africana. Paramos en un improvisado control de seguridad de una aldea perdida para que un militar con mirada severa recaude lo que, a todas luces, parece una tasa de paso ilegal, antes de llegar a Muanda, una pequeña población con calles sin asfaltar, repletas de basura y aspecto de ciudad sin ley. Uno de esos lugares donde la policía es mucho más temible que los *malos*, como pudimos comprobar. Uno de ellos, vestido de civil y con muy malos modos, literalmente nos secuestró sin mostrar identificación alguna antes de que la intervención consular española nos liberara —horas después— de sus garras y ansias recaudatorias.

Confirmamos enseguida que en ese rincón remoto de la RDC no hay leyes ni Estado, seguridad ni certidumbre. Tardamos unas 12 horas en recorrer los 400 kilómetros que nos separan de Kinshasa, la capital. El trayecto transcurre por la carretera N-1, en paralelo a la línea férrea que construyó el explorador británico Henry Morton Stanley para abrir el comercio hasta el mar, ya que el río Congo no es navegable en ese tramo. Desquiciante, cualquier cruce con otro vehículo es un riesgo para la vida, como atestiguan los vehículos accidentados que duermen

el sueño de los justos en las cunetas. Los vetustos camiones lanzan ráfagas de luces largas cuando se acercan, en dirección opuesta, exigiendo a los que vienen de frente toda la destreza al volante, haciendo malabarismos en la estrecha carretera para no caer en los cráteres del asfalto ni acabar bajo el camión. Al paso por los núcleos urbanos, que obliga a reducir la marcha ante el caos circulatorio, hordas de niños, vendedores y bandidos abordan las ventanas del vehículo para mendigar, vender frutas o simplemente asaltar al personal. Así es la RDC, un tránsito constante por el filo de la navaja, una amenaza constante porque todo puede descarrilar y descomponerse. Un lugar donde la tragedia ronda a cada instante.

En este estado de cosas, China ha hecho una aparición triunfal. Pekín ha elegido uno de los países más pobres, desestructurados y corruptos del mundo,³⁹ para suscribir el mayor y más ambicioso contrato de cuantos ha cerrado hasta la fecha con las naciones del continente negro. En virtud del acuerdo firmado en 2008, China se echará a la espalda la construcción de las infraestructuras que son clave para el desarrollo del país africano a cambio de explotar, durante casi tres décadas, los inmensos yacimientos de cobre y cobalto congoleños.⁴⁰ Un trueque en el que el Estado chino aporta financiación millonaria,⁴¹ la experiencia y tecnología de dos de sus principales empresas estatales y, seguramente, buena parte de la mano de obra⁴² para construir o rehabilitar miles de kilómetros de carreteras, calles, puentes, vías férreas, aeropuertos y presas, así como para levantar decenas de hospitales, universidades y viviendas sociales.⁴³ Pekín, además, acometerá y sufragará la modernización de la infraestructura minera requerida para explotar las fabulosas reservas de cobre y cobalto ubicadas en la provincia de Katanga junto a la frontera con Zambia, y en pleno corazón del llamado *cinturón del cobre* de África.

A simple vista, no cabe duda de que el «contrato del siglo» supone una oportunidad única para que la ex colonia belga vertebral, por fin, su territorio con las imprescindibles infraestructuras que los donantes tradicionales le han negado, por una razón u otra, sistemáticamente. En sus actuales circunstancias, la RDC es inviable económicamente, como demuestra el hecho de que hasta los chinos, célebres en el mundo de los negocios por su cintura para salvar todo tipo de obstáculos, acaban abandonando por razones logísticas las oportunidades que les ofrece el país africano.⁴⁴ Lo comprobamos también en carne propia durante los 400 kilómetros más peligrosos de nuestras vidas entre Muanda y Kinshasa, la única vía terrestre hasta el Atlántico. O teniendo que volar desde la capital hasta

Lubumbashi, epicentro minero del país, porque no hay carretera que enlace las dos principales ciudades congoleñas y la única alternativa es una interminable navegación fluvial de varias semanas.

La arteria principal de Kinshasa, el Boulevard du 30 Juin, que conmemora esa fecha de 1960 en la que el antiguo Congo alcanzó la independencia, se erige como una de las primeras muestras de la huella china que el contrato dejará en el país. Con sus cuatro carriles por sentido, esta espaciosa e impoluta vía de asfalto jalonada por ministerios, tiendas, hoteles y embajadas se diría que es una copia de la Avenida de la Paz Celestial de Pekín, por donde, contrariamente a lo que sugiere su nombre, transitaron los tanques que aplastaron a sangre y fuego la revuelta estudiantil de 1989 en los alrededores de la Plaza de Tiananmen. Además de vías de comunicación, el país africano ampliará también su infraestructura sanitaria para combatir su desgarradora mortalidad infantil y mejorará su red energética para paliar los habituales cortes de suministro. Por tanto, a simple vista el trueque «minerales por infraestructuras» no puede ser más tentador para el Gobierno congoleño, ya que China le sirve un plan de desarrollo en bandeja de plata. Un *salto adelante* en toda regla.

En este contexto, Pekín presenta a los cuatro vientos el contrato como un acuerdo de cooperación modélico, como ejemplo de la «política ganador-ganador» que tiende por todo el mundo en desarrollo.⁴⁵ Desde luego, ningún país excepto China daría hoy luz verde, en medio de las turbulencias políticas y económicas en el país africano, a un desembolso semejante ni asumiría tanto riesgo a largo plazo. Ahora bien, del estudio exhaustivo del contrato, sus anexos y enmiendas, que cayeron en nuestras manos pese a no ser de dominio público, se infieren unas intenciones muy distintas de las que Pekín dice tener. La principal duda que suscita el trueque es su equidad. En primer lugar porque el valor de los recursos que China obtendrá de la explotación de las minas supera con creces su inversión. Mientras que las empresas estatales chinas ponen encima de la mesa —a través del Exim Bank chino— 6.000 millones de dólares, los beneficios que el cobalto y el cobre podrían reportar a Sicominex,⁴⁶ la empresa mixta encargada de gestionar la inversión, ejecutar las infraestructuras, operar la mina y repartir los beneficios obtenidos en la explotación, serán de entre 40.000 y 120.000 mil millones de dólares. Es decir, entre 6 y 20 veces el valor de la inversión.⁴⁷

Sólo con estas cifras queda ya meridianamente claro que, a largo plazo, China es la gran beneficiada del contrato, después incluso de descontar el coste

de modernización y mantenimiento de la explotación minera que ascenderá a varios miles de millones de dólares que hay que descontar a las cifras citadas. En segundo lugar, el contrato establece que durante el período de reembolso del crédito —una parte del cual se devuelve a un interés de mercado del 6,1 por ciento— las empresas chinas serán eximidas de cualquier pago de impuestos, incluyendo las regalías,⁴⁸ lo que según algunas fuentes, como el activista y experto en la materia, Jean-Pierre Okenda, quiebra la ley. Y, una vez cancelado el crédito, la «explotación comercial» de la mina generará una fiscalidad que, sin embargo, no revertirá en el Estado congoleño, sino en la propia empresa mixta Sicomin. Según los documentos, dichas cantidades servirán para cubrir los costes de una segunda oleada de infraestructuras, aunque el contrato no entra en detalles. En consecuencia, la República Democrática del Congo, que tiene en la minería su principal fuente de recursos económicos, dejará de ingresar al menos 20.000 millones de dólares.⁴⁹ Al ritmo de explotación previsto, en menos de tres décadas las reservas de la concesión se habrán agotado completamente.

Por último, no se estipula quién va a adquirir los minerales, ni por cuánto se van a vender. Así que será el Estado chino quien, *de facto*, controlará todo el proceso comercial gracias a su participación mayoritaria en Sicomin. Como el crédito chino se rembolsa con mineral, a Pekín le interesará fijar el precio más bajo posible, con el fin de que las infraestructuras que construye den el máximo rendimiento en cobre y cobalto. Se traza así una, cuanto menos, peligrosa relación en la que prestamista, vendedor y cliente son, en realidad, la misma persona jurídica: el Estado chino. Ante las debilidades del Estado congoleño y sus instituciones, ¿cómo lograr que China no haga y deshaga a su antojo para llevarse los máximos recursos por la menor inversión? ¿Cómo puede el Estado congoleño, incapaz siquiera de pacificar la totalidad de su territorio, supervisar que las empresas chinas gastan realmente —en cemento, camiones o carreteras— cuanto declaran?

«China era consciente de que el contrato violaba la legislación vigente en el país y por eso pidió la aprobación de una ley por parte de la Asamblea» para validar lo acordado, para *legalizar* lo *ilegal*, explica Okenda, en referencia al artículo 15.1 del contrato.⁵⁰ Para defender sus intereses y minimizar su riesgo, Pekín forzó contractualmente lo que a todas luces parece una clara violación de su política de «no interferencia en los asuntos internos», otra de las etiquetas predilectas de la diplomacia china. No fue la única. Se concedió además el derecho a ser acreedor preferente y exigió que el Estado congoleño respaldara un

simple contrato comercial con garantías soberanas,⁵¹ lo que posteriormente fue enmendado tras la intervención de los organismos financieros internacionales, que consideraron que esta cláusula llevaba al país africano a una situación de máximo riesgo de endeudamiento.

«No creo que el contrato resulte en un impacto perdurable para el país. Las carreteras no se han ideado para el desarrollo de la nación, sino para volver a ser votados», nos dijo en Kinshasa el diputado congoleño Jerome Kamate, explicando en clave electoral la utilidad y frutos del contrato: la reelección del presidente Joseph Kabila.⁵² El jefe del Estado prometió una revolución en materia de infraestructuras denominada *Las Cinco Obras* y, para su consecución, cuenta con China. Es por ello que la ejecución de las infraestructuras se divide en dos tramos, el primero de ellos a terminar antes de las elecciones de noviembre de 2011. «Se supone que, como en China, las infraestructuras deben ayudar a crear empresas pequeñas que a su vez desarrollen una clase media. El 90 por ciento de mis electores son analfabetos. Así que, ¿de dónde va a salir esa clase media si no hay siquiera una educación mínima en el país?», se pregunta Kamate. Su diagnóstico es inapelable: «China se llevará los recursos y las infraestructuras no serán utilizadas».

Las primeras señales de esto estarían ya sucediendo, sobre todo en hospitales o universidades que, una vez construidos, quedan inutilizados por la incapacidad del Estado de suministrar servicios básicos como electricidad, médicos o profesores.⁵³ Mientras eso ocurre, China cubre cabalmente sus expectativas. Garantiza su suministro de cobre a largo plazo, para alimentar con ello su producción de cables eléctricos, fibra óptica o armamento, y cobalto, una de las materias primas más preciadas por su creciente demanda —sobre todo— para baterías de teléfonos móviles, ordenadores portátiles y automóviles.⁵⁴ Por mucho que Pekín y Kinshasa cataloguen el contrato como un «acuerdo de cooperación», por su discutible equidad y unas condiciones que están muy lejos de ser blandas, parece fuera de toda duda que estamos —en verdad— ante un contrato minero en toda regla, sin rastro de la benevolencia que se desprende de la retórica oficial china. Por tanto, no es sólo que el «contrato del siglo» parezca un traje hecho a medida para los intereses chinos; es que, además, pone en evidencia la brecha existente entre su discurso oficial y lo que China hace realmente sobre el terreno.⁵⁵

La ofensiva china por el *oro negro*

«Si el agua es demasiado clara, no atrapas ningún pez»

Respuesta del presidente del Exim Bank chino, Li Ruogu,
a una pregunta sobre las acusaciones de corrupción
que pesan sobre algunos negocios chinos.¹

Los rodillazos son silenciosos y se ejecutan con sumo disimulo, pero la discreción no evita que, a cada embestida de Mehri, el hule que cubre la mesa se levante. Artem, su esposo, trata de ignorarlos y sigue con su relato, obnubilado, mientras finge que la cosa no va con él. Hasta que los golpes se intensifican. Interrumpe entonces su discurso y se impone un breve silencio, seguido de un cruce de miradas cómplices y sonrisas reveladoras entre los interlocutores: entre ellos dos y nosotros. Su mujer —nerviosa, alterada— ofrece más agua y, de camino a la cocina, se asoma casi instintivamente a la ventana para cerciorarse por enésima vez de que nadie escucha. «Lo siento. A mi mujer no le gusta que hable de política», dice, girando la cabeza, este hombre de complexión generosa y gesto bonachón.

La acción, cómica por momentos, podría estar sacada de la teleserie *Cuéntame*, que se inspira en la España de Franco. Sucede sin embargo en la vida real del extrarradio de Ashgabat, la capital del Turkmenistán. Un país de la talla de España enclavado entre Afganistán, Irán y el Mar Caspio, donde el desierto ocupa el 90 por ciento del territorio y la venta de gas sostiene los delirios de grandeza de los —hasta la fecha— dos únicos presidentes que cuenta el país en su joven Historia. Nuestro periplo por el *mundo chino* y la demanda de

hidrocarburos del gigante nos habían traído a la más surrealista de las ex repúblicas soviéticas y —quizá— la dictadura más extravagante, paranoica y brutal del planeta si no fuera por la amplia lista de competidores, en especial Corea del Norte.

La residencia de los Jepbarov (apellido ficticio de Mehri y Artem) es un modesto apartamento dominado por un espacioso salón donde destaca una fabulosa alfombra, joya de la artesanía turkmena.² Una de las habitaciones esconde un pequeño tesoro de antigüedades y libros de la época soviética que Artem enseña con pasión: petacas con el rostro de Lenin, figuras de cristal con la efigie de Stalin y dibujos que ilustran los usos y costumbres en la extinta Unión Soviética, a la que se refiere con cierta nostalgia. «Nuestra vida ha empeorado tras la independencia. Antes se vivía mejor. Ahora vivimos en una dictadura», lanza, liberado momentáneamente de la censura que le impone —a rodillazos— su bella esposa.

La de los Jepbarov es una vida que, sin ser mísera, es sufrida se mire por donde se mire. Él apenas gana lo suficiente para sacar a su familia adelante con lo que vende en los mercados de la ciudad, donde expone souvenirs inspirados en la época soviética y en el mandato del primer jefe del Estado, el ególatra Saparmurat Niyazov, alias *Turkmenbashi* o «padre de los turkmenos». Ella engrosa la lista de desempleados que, según cifras oficiosas (las oficiales no son creíbles o no existen), golpea al 60 por ciento de la población.³ Si no fuera porque el paternalista Estado subvenciona hasta límites ridículos la electricidad, el agua, el gas, el alquiler de la casa y 120 litros de gasolina al mes, su existencia sería —como la del resto de los cinco millones de personas que habitan en el país— simplemente imposible. «Apenas saco 300 dólares mensuales, ¿cómo vamos a comer con eso cuatro personas?», se lamenta. Así es el *nuevo comunismo* turkmeno: el Estado proporciona lo básico y la población obedece. Si alguien disiente, se le reprime.

Sin embargo, esa sensación de penuria escapa completamente a la primera impresión del viajero. En lo hondo de un valle delimitado en sus extremos por montañas y paisaje arenoso se erige Ashgabat, una urbe con rasgos de oasis en medio del desierto compuesta por imponentes edificios oficiales construidos con mármol blanco importado —por orden presidencial— de Italia. Las avenidas cuentan hasta 12 carriles, como la que lleva a la residencia del jefe de Estado, y los tocados dorados salpican toda la ciudad: cúpulas, puertas, fuentes y sobre todo estatuas, bustos y murales de *Turkmenbashi*. Se respira un ambiente de

abundancia, majestuosidad y culto a la personalidad sin límites. Este esplendor, que miles de focos se encargan de iluminar cuando se pone el sol, es tan sólo una fachada que enmascara la triste realidad de este país. Los turkmenos viven en enjambres de casas estilo soviético y hacen vida en patios interiores donde los niños juegan al fútbol en míseros campos, los hombres reparan sus viejos Lada y las mujeres discuten, en corrillos, sobre las miserias diarias. En esta ciudad-museo, no hay glamour para los 650.000 residentes de Ashgabat.

Al contrario, la alargada sombra del régimen alcanza todos los ámbitos, desde micrófonos ocultos en los hoteles, vieja práctica soviética sobre la que fuimos alertados por ciertos diplomáticos, hasta el control de los medios de comunicación. Apenas un 10 por ciento de la población tiene acceso a Internet, lo que limita su acceso a la información procedente del mundo exterior. La represión es visible y cotidiana: porra en mano y silbato en boca, la omnipresencia de la policía se percibe cada minuto en las calles de la ciudad. Vigilan celosamente cada palmo, activos pese a los 50 grados de temperatura que castigan en verano. Todo está prohibido aquí: desde hacer fotografías hasta los espectáculos de ballet. A los extranjeros, poco más de un centenar de occidentales en la capital, el régimen —abiertamente xenófobo— les veda incluso el derecho a enamorarse de alguien del lugar.

«Tras 1992, me echaron de la universidad. Yo era profesor. Me encantan las Ciencias Humanas. Pero me despidieron, junto a otros muchos compañeros, porque no somos de la tribu *tekke*, la del presidente, la que domina la Administración», explica con amargura Artem para referirse a esta xenofobia que promueve abiertamente el gobierno. «Todo aquí funciona a través de la corrupción. Una plaza de estudiante en la universidad pública, que a priori es gratuita, cuesta en realidad entre 20.000 y 80.000 dólares en sobornos, y por si fuera poco los profesores son muy malos. Para cualquier trabajo hay que pagar. Está todo podrido. ¿Cómo voy a obtener el dinero para enviar a mis hijos a la facultad si gano tan sólo 300 dólares?»⁴

Los grandes beneficiarios de la nación son la élite gubernamental y burocrática, que administra el Estado como si se tratara de su propio feudo. A través de las empresas estatales controlan el 85 por ciento de la economía y, con el presidente a la cabeza, no mueven un dedo si no hay un soborno o una comisión de por medio. «Para obtener una cita con el presidente del país, que es quien aprueba y controla todo, hay que desembolsar un mínimo de 20.000 dólares», explica un experto en la región. Esta cifra habría aumentado entre un

«10 y un 15 por ciento» después de que Gurbanguly Berdymujammedov sucediera a *Turkmenbashi* como jefe de Estado en una farsa electoral celebrada en 2007.⁵ Por todo ello no sorprende en absoluto que Turkmenistán ocupe el puesto 172 de 178 en el ranking de corrupción que elabora cada año Transparency International.

Desembarco chino

Negociábamos el precio de una botella de coñac local cuyo reclamo publicitario es la fotografía de *Turkmenbashi*, cuando un tropel de cámaras de televisión y guardaespaldas irrumpe en el Bazar Ruso de Ashgabat. Los camarógrafos y fotógrafos —locales y chinos— immortalizan entonces a He Guoqiang, uno de los nueve miembros del Comité Permanente del Politburó del Partido Comunista de China,⁶ quien, voluntarioso, se presta a tomar parte en la función: «¡Qué sandías tan enormes! ¡Son fabulosas!», exclama a una vendedora de fruta que, abrumada y nerviosa, ríe sin saber qué contestar. Su traductora y asistente enseguida prepara otra toma en la que He, considerado uno de los nueve hombres más poderosos de China en cuanto a que forma parte del órgano que verdaderamente mueve los hilos del país, se enfunda un gorro tradicional turkmeno y recibe una cesta de fruta de manos de un mercader. Abundan las sonrisas, los abrazos y los buenos gestos, recogidos minuciosamente por las cámaras.

Habíamos coincidido, por casualidad, con la visita de un alto funcionario chino a la nación de las estatuas doradas y el culto a la personalidad hasta límites absurdos. La presencia de He no era, sin embargo, fortuita. No es que este ingeniero químico se hubiera desplazado a Turkmenistán para aprender las técnicas de abono locales, ni siquiera venía con el propósito de dar consejos para combatir la corrupción, una tarea de la que es el máximo responsable en China desde octubre de 2007, cuando se hizo cargo de la Comisión Central de Verificación de la Disciplina del Partido. Su viaje tenía que ver con la riqueza que albergan las entrañas de Turkmenistán: los hidrocarburos.⁷ Un tesoro energético tan estratégico para China que Pekín no ha dudado en meter los dos pies en este lodazal dominado por los sobornos y las supuestas sucesiones hereditarias, en irrumpir en este patio trasero de Rusia donde nunca se sabe con

certeza la diferencia entre realidad y ficción.⁸ La prueba de su compromiso es una tubería de 7.000 kilómetros construida y financiada por China para conectar los depósitos de gas turkmeno con las cocinas de Cantón y Shanghai.

Pero para seguir la pista de este gasoducto teníamos que dar un paso más. Llegar a los confines del desierto del Karakum, a territorio prohibido y fuera del radar. Ello implicaba quebrar las estrictas leyes de Turkmenistán, deshacernos de nuestro perseverante guía y volar al norte del país, a la frontera con Uzbekistán.⁹

«China ha venido para quedarse»

El avión de Turkmenistán Airlines se eleva sobre Ashgabat al atardecer. La luz anaranjada inunda las fachadas blancas de los edificios de la capital y la arena del desierto del Karakum, sobre cuyas dunas transcurre la mayor parte de los 50 minutos de viaje. La cabina, presidida por una fotografía del presidente Berdymujammedov, está repleta de pasajeros que transportan cajas y maletas. El precio de los billetes de avión hasta Turkmenabat, la segunda ciudad del país y huerto de la nación, es inverosímil, acorde con el modelo subvencionado que propone el régimen del país centroasiático: 13 dólares por trayecto.

Lei Li nos espera a la salida del aeropuerto, como estaba previsto. No nos hemos visto jamás con él, pero enseguida nos reconoce, tiende su mano y sonríe.¹⁰ Nuestra visita al campamento de la empresa estatal de hidrocarburos China National Petroleum Corporation (CNPC) es sin duda motivo de alegría para este chino, porque durante algunas horas va a romper la rutina que ha dominado su vida durante los últimos tres años, los que lleva en este rincón olvidado y solitario de Asia Central. Subimos al Toyota Land Cruiser V8 —nuevo, flamante y con matrícula diplomática— y el conductor turkmeno, guiado por un GPS, toma enseguida la ruta por la M37 hacia Farab, la ciudad más cercana al campamento base de CNPC, compuesto por cuatro asentamientos y destinado a explotar las reservas de gas que cobija el subsuelo.

Junto a Lei viaja un colega chino que, pese a trabajar en Turkmenabat, tiene que volver cada día al cuartel general, junto al resto de camaradas: los turkmenos prohíben que los chinos pasen la noche en la ciudad para evitar que tengan relaciones sexuales con las mujeres locales, después de que —según nos explicó un turkmeno— hubiera algunos embarazos de padres chinos. «Les han impuesto un toque de queda a las 9 de la noche y nadie puede abandonar el campo

después», nos dijo este residente local. El racismo y animadversión del régimen hacia el extranjero también hostiga a los chinos, pese a sus privilegios en el sector gasístico.¹¹

Atravesado el río Amu Daria, un control militar que requiere un permiso especial para ser franqueado supervisa el tráfico de vehículos y personas. Con nuestros visados es imposible que logremos atravesar esta frontera interior, de hecho nuestra presencia en la zona es de por sí ilegal, pero Lei resta importancia al asunto. «Son amigos. Vienen con nosotros», espeta, en ruso, al joven militar que estudia con suspicacia nuestros pasaportes. Tras un silencio tenso, nos permite el paso. Medio centenar de kilómetros después, recorridos a través de una carretera por el desierto salpicada por rebaños de corderos y carteles de propaganda, llegamos al mayor asentamiento de CNPC en Asia Central.

El conjunto del complejo está integrado por cuatro campos —dos muy cercanos a la planta de tratamiento de gas, otros dos a 20 kilómetros— en los que viven un millar de personas, sobre todo chinos. «Llegó a haber 4.500 chinos cuando construimos el complejo y el gasoducto», comenta Lei, que amablemente nos instala en una de las habitaciones. Una caminata por la carretera que une los campos da cuenta de los únicos dos peligros aquí contra la vida humana: el calor (casi 60 grados durante el día, más de 40 en plena noche) y las serpientes y escorpiones del desierto. A los dos lados de la vía asfaltada que une los recintos, pintadas sobre la arena, se dibujan dos anchas líneas fluorescentes que avanzan en paralelo a la carretera. «Es veneno para las serpientes. En el último año tuvimos cuatro o cinco casos de mordeduras. Hay dos doctores en el campamento que son expertos en estos casos», explica Lei.

Pese a lo remoto del lugar, las condiciones son aquí excepcionales: seis edificios de una sola planta albergan cuartos con aire acondicionado, conexión internet por satélite, televisiones de plasma, baño individual con agua caliente y camas anchas y confortables. En el resto del recinto, las canchas de baloncesto y las salas de ping-pong permiten a ingenieros, geólogos y administradores mantenerse en forma y matar el tiempo libre, que llega a hacerse eterno, mientras en la cocina chefs sichuaneses preparan platos típicos de la región. «Hemos construido un invernadero para cultivar verduras chinas. ¡Incluso guindillas de Sichuán!», lanza Lei.

Las comodidades son sorprendentes, sin duda las mejores que pudimos ver a lo largo de todo nuestro periplo, lo que se traduce en un cierto ambiente de bienestar y compañerismo. Al atardecer, turkmenos y chinos se reúnen para

competir en torneos de ping-pong o para hacer ejercicio en las carreteras que unen los campos. El grueso de trabajadores locales, que llegan a las 06:30 de la mañana al campamento en autobuses chinos King Long y visten monos naranjas que lucen el logo de CNPC, parecen contentos. Preguntados al respecto, levantan el pulgar y dicen estar complacidos. Esconden sus sonrisas detrás de pañuelos que, a modo de los guerrilleros palestinos, cubren sus caras para protegerles de la sal que la muerte lenta del Mar Aral ha dejado en el ambiente de forma perpetua, causando problemas de asma y bronquitis.

Pero este entendimiento aparente no ha estado exento de incidentes como el que, según un trabajador chino, se produjo en septiembre de 2009, cuando los empleados locales que construían junto a los chinos las instalaciones del campo se levantaron en armas contra la empresa por ciertos descuentos en sus salarios y las condiciones contractuales. Los turkmenos atacaron a los trabajadores chinos —hiriendo a 36 de ellos— y la tomaron con coches, ordenadores, mesas y demás mobiliario hasta que la policía intervino para aplacar los ánimos, llegándose incluso a cerrar el recinto durante dos días antes de su reapertura. Las normas son ahora más duras: está prohibido beber alcohol, llevar mujeres e incluso ir vestido en horas de trabajo con atuendos distintos al uniforme de la empresa. No hay que romper la armonía de un lugar estratégico para los intereses de China en la región.

Anatoly, un joven geólogo local que menciona los incidentes, muestra sin embargo su satisfacción por las condiciones que le ofrece la empresa. «Gano más que mi padre y mi madre juntos», declara, orgulloso, antes de precisar que está postulándose para un puesto similar en una compañía alemana que opera en el Mar Caspio. «No quiero pasar aquí 30 años de mi vida», lanza. Según el contrato entre los países, ése es, precisamente, el número de años durante el cual Turkmenistán suministrará gas a China, aunque muchos —como Anatoly— creen que «China ha venido para quedarse». Motivos estratégicos para ello no faltan: Turkmenistán posee la que se estima es la quinta mayor reserva de gas del mundo y China triplicará su consumo en las próximas dos décadas.¹²

La noche se echa pronto encima, plomiza, engulléndolo todo. Sólo sobreviven a la oscuridad las llamas que, las 24 horas del día, se elevan por encima de la planta de tratamiento de gas. «Estamos midiendo cuánto gas podemos sacar por día para enviar a China», explica Anatoly. El objetivo es que esa cifra alcance los 40.000 millones anuales de metros cúbicos —algo menos de la mitad del consumo actual chino— en los próximos cinco años.¹³ Para ello,

China ha tenido que poner encima de la mesa, a través del China Development Bank (CDB), dos créditos por valor total de 8.100 millones de dólares prestados en condiciones favorables para la empresa estatal local Turkmengaz.¹⁴

Que el CDB sea el prestamista no es una cuestión baladí. La institución es uno de los dos bancos chinos que, junto al Exim Bank, responden —como hemos visto en la introducción— a los intereses geoestratégicos de China más que a motivaciones estrictamente comerciales: los denominados bancos de desarrollo (*policy banks*) ejercen de brazo financiero de la diplomacia oriental, con préstamo de miles de millones de dólares sin otro objetivo que asegurar el suministro de recursos naturales y apuntalar las relaciones políticas con países que son de interés para China.¹⁵ Este tipo de acuerdos, ejecutados bajo la fórmula «tus recursos por mis créditos y/o infraestructuras», son comunes entre China y sus socios ricos en materias primas. En el llamado mundo en desarrollo, pocos países escapan a la seducción del dinero abundante y rápido, a la tentación de lograr financiación millonaria —y en ocasiones preferencial— de China a cambio de la explotación a largo plazo de sus recursos naturales. Pekín ha entendido las necesidades de sus socios y ofrece un menú imbatible.

De esta forma sale a relucir una de las particularidades —y fortalezas— de la ofensiva china por los recursos: el poderío e influencia de *China S.A.* Es decir, el engranaje perfecto de los resortes del Estado para obtener jugosos acuerdos e inversiones estratégicas en países necesitados de financiación. Los estamentos financiero (bancos), económico (empresas estatales) y político, con la jerarquía y mando de este último, se integran en bloque, como un solo hombre, en favor de la consecución de los objetivos nacionales. El *leitmotiv* es siempre el mismo: obtener o garantizar su suministro de recursos a largo plazo, desbancar a su competencia y ganar influencia y autoridad política.

La viabilidad financiera —o medioambiental— de los proyectos que financian los *policy banks* chinos y —casi siempre— ejecutan las estatales chinas quedan, a menudo, en segundo plano. Ello no significa, desde luego, que los bancos chinos o las propias empresas involucradas en los mencionados proyectos no traten de hacer comercialmente viables sus operaciones en el extranjero, sobre todo las que no son prioritarias para el Estado, aunque requieran la bendición de éste. Pese a que las corporaciones chinas pretenden ser cada vez más independientes del poder político en el día a día de sus negocios, en última instancia es el Partido quien marca la pauta de la orquesta (bancos, corporaciones, diplomacia) que ejecuta la sinfonía.¹⁶

El recurso a esta *troika* —en el caso de Turkmenistán compuesta por CNPC, el CDB y la conexión diplomática— para lograr objetivos estratégicos no es por supuesto algo exclusivo del gigante asiático. Otros países también utilizan sus *bancos de desarrollo* para hacer diplomacia o beneficiar a sus empresas, vinculando por ejemplo la concesión de un préstamo a la compra por parte de la nación receptora de una determinada cuota de material o a la contratación de servicios oriundos del país prestamista. Pero ello no es comparable a la propuesta y forma de actuar de China. En cuanto a la magnitud, por ejemplo, el país oriental es hoy el mayor poseedor de reservas de divisas del mundo,¹⁷ dándole un músculo financiero arrollador, como demuestra el hecho de que entre 2009 y 2010 concedió más de 110.000 millones de dólares de créditos al mundo en desarrollo, superando así al Banco Mundial como prestamista del planeta.¹⁸ De igual modo, tampoco puede subestimarse el margen de maniobra que concede el hecho de que *China S.A.* actúe con total libertad de movimientos, gracias a la inexistencia de participación y contrapesos reales (prensa, sociedad civil, oposición política) en el sistema de partido único chino.

El paso obligado por la corrupción

«En los gobiernos de Asia Central como el de Turkmenistán y Kazajistán se ve al chino y a la compañía china como una fuente de dinero que paga sobornos y participa en las corruptelas. Para hacer negocios en estos países hay que pasar por eso. Son pequeñas cantidades, a veces algo más. Para nosotros, los chinos, por nuestra tradición, no es nada ajeno. Creemos que es más fácil solucionar las cosas así, en lugar de causar problemas mayores. Pagas y desbloqueas el asunto.» Las palabras de un alto cargo empresarial chino en Turkmenistán cuyo nombre, cargo y otros detalles son omitidos aquí por razones obvias, resumen perfectamente la *flexibilidad* que presentan las corporaciones chinas, cuando se trata de caminar por el filo de la legalidad. Preguntado sobre cómo CNPC logra encajar estas corruptelas dentro de sus presupuestos y sus balances, nuestro interlocutor responde con sinceridad. «En nuestros presupuestos tenemos previstos estos pagos. Lo sabemos aquí en Ashgabat y lo saben en Pekín. Saben que esto funciona así, a través de los sobornos, y los incluimos en nuestros balances. No tenemos otra opción», remata, con total franqueza.

Súbitamente, un colega suyo entra en el despacho e interrumpe la conversación. Nuestro interlocutor pide educadamente disculpas, sale de la sala y vuelve a los cinco minutos. «Ejemplo de lo que he contado es lo que acaba de suceder. Tenemos un problema en el aeropuerto con el departamento de emigración turkmeno. No quieren dejar pasar a unos empleados. Por fortuna, tengo muchos amigos allí, gracias al *guanxi* y a las relaciones personales que he construido. Es fundamental aquí construir relaciones personales sólidas para hacer negocios.» China no es, por supuesto, el único país que en Turkmenistán sigue los códigos de corrupción y soborno para lograr sus intereses. Empresas rusas, alemanas y turcas de los sectores de hidrocarburos, automoción y construcción actúan de forma similar y, en consecuencia, tienen que engordar los presupuestos de sus proyectos entre un 20 y un 30 por ciento para costear el pago de comisiones. Además, los patronos tienen que postrarse ante el líder de la nación hasta niveles ridículos, por ejemplo traduciendo a lenguas extranjeras el *Ruhnama*, una obra escrita por el presidente Niyazov que, como el *Libro Rojo* de Mao, pretende ser una guía de comportamiento y a la vez manual de la Historia oficial sobre la nación.¹⁹

El ejemplo de ello es la francesa Bouygues, segunda mayor constructora del mundo y jugador clave en el sector inmobiliario del país: habría ganado más de 50 proyectos de construcción por valor de 2.000 millones de euros en el período de 1994 a 2010 gracias a cultivar sus relaciones con el poder a través de, entre otras cosas, la traducción del *Ruhnama* al francés y a los estrechos lazos tejidos durante años entre Niyazov y Martin Bouygues.²⁰ En Ashgabat tratamos de reunirnos con el personal de la Embajada de Francia, que rechazó nuestra propuesta para evitar sin duda cualquier pregunta comprometedor sobre las actividades del grupo que dirige Martin Bouygues, gran amigo del presidente Nicolas Sarkozy.

Como el resto de corporaciones, CNPC no quiere dejar «escapar las muchas oportunidades que presenta Turkmenistán», pese a la endémica corrupción local o la vulneración sistemática de los derechos humanos, como explica nuestro contacto en la compañía china. Por eso se han involucrado al máximo en lo que la empresa denomina la «ruta de la seda energética»: hacerse con tantos activos de gas como sea posible en el país centroasiático. Esta estrategia tan bien calculada, que China también lleva a cabo en otros lugares de Asia Central, ha puesto en jaque la influencia y ascendente rusos en la región, heredada de la época soviética.

Pekín orquestó su entrada en el país de las estatuas doradas coincidiendo con el desplome de un 90 por ciento en las compras de gas de Rusia a Turkmenistán, cuyo impacto para la economía turkmena fue muy significativo. El motivo oficial de que Rusia redujera drásticamente la adquisición de gas turkmeno fue una explosión en un gasoducto en abril de 2009. La realidad, sin embargo, parece apuntar a que todo ello se debió a la caída de los precios del gas como consecuencia de la crisis financiera de 2008, por lo que Rusia, que revende y canaliza a través de sus infraestructuras el gas turkmeno a Occidente, forzó la reducción del suministro creando un incidente. Esta manera de actuar puso de manifiesto que, hasta el desembarco chino, Moscú actuaba como ama de llaves del gas turkmeno, ya que sus gasoductos eran de obligado paso para que el gas turkmeno alcanzase terceros mercados.²¹ La crisis ruso-turkmena se extendió hasta enero de 2010, cuando se reanudaron las exportaciones, provocando a Ashgabat una pérdida de 1.000 millones de dólares mensuales como consecuencia de la caída de los ingresos.²²

Ello no volverá a suceder de nuevo, porque China ofrece ahora una alternativa. Con la tubería construida por CNPC se rompe esta situación de dependencia respecto a Rusia y, en consecuencia, Pekín ha ganado una influencia notable no sólo sobre el régimen turkmeno, sino también en Uzbekistán y Kazajistán, países por donde transita el gasoducto y que también tienen previsto vender gas a China. Es un paso más en la carrera china por erigirse como amo y señor de la región, como vimos en el capítulo sobre la nueva Ruta de la Seda. Turkmenistán, cuyas exportaciones de gas suman el 80 por ciento de sus exportaciones, ha obtenido gracias a sus ventas a China nuevos ingresos para que la empresa turca Polimeks siga construyendo estatuas doradas para mayor gloria del presidente, mientras la corrupción y el despotismo carcomen el bienestar de los turkmenos.

Asistiendo a las repúblicas islámicas

Si la irrupción de China en el sector energético de Asia Central ha supuesto un serio contratiempo para la hegemonía rusa en la región, no es en este escenario donde la geopolítica mundial se ha visto más afectada por el *pragmatismo* chino y las urgencias energéticas de Pekín. El mayor impacto se produce en el epicentro petrolero del planeta, Oriente Medio, y su ramificación en el noreste de

África. Allí China ha encontrado, a riesgo de futuras turbulencias en su relación con Occidente, a dos fieles aliados ricos en crudo cuya enemistad con Washington y Bruselas es pública y notoria: las repúblicas islámicas de Sudán e Irán.

Recorriendo la Avenida del Nilo, la arteria que acumula buena parte del poder económico y político del que, hasta julio de 2011, era un Sudán unido, la presencia china en el entonces país más extenso de África es evidente.²³ Proliferan las construcciones que, con mano de obra china y local, le dan una nueva estética a la capital del norte. En los alrededores abundan las tiendas de bienes y comestibles regentadas por chinos, agencias de viaje para la creciente clientela china y clínicas de acupuntura y medicina tradicional china con médicos de las provincias de Hubei y Henan. Es sobre todo una empresa la que ha cambiado el mapa económico de esta nación: CNPC.²⁴ «Es la compañía más poderosa del país», coinciden funcionarios, expertos, disidentes y periodistas locales con los que compartimos té y conversación, en alusión a las multimillonarias inversiones que, a cambio de oro negro, han servido para catapultar la economía local y en consecuencia llenar las arcas del Estado que controla el dictador Omar al Bashir.

China desembarcó con fuerza en el sector petrolero de Sudán en los años 90, cuando Washington acusó al régimen de Bashir de promocionar y financiar el terrorismo internacional. Se rumoreaba incluso que, antes de convertirse en el enemigo público número uno de Occidente, Osama bin Laden campaba a sus anchas por Sudán, país que tras el golpe de Estado pertrechado por el brigadista Bashir en 1989 se radicalizó en términos religiosos (la *sharía*, la ley islámica, fue introducida en todo el territorio) y políticos. Fue entonces cuando las empresas estadounidenses, en particular Chevron, optaron por la retirada de Sudán, justo antes de que Naciones Unidas y Estados Unidos impusieran paralelamente sanciones. El régimen, arrinconado, buscaba desesperadamente inversión para su sector petrolero, principal soporte hoy de las finanzas del Estado. Como en tantos otros lugares, China salió al rescate. «El problema de Sudán en los años 90 era que necesitaba inversión. China y otros países, como Malasia, llegaron aquí con su capital. Hoy son considerados socios», explica en su oficina junto al Ministerio del Petróleo Salah Elding Ali Mohammed, asesor del Gobierno sudanés en materia energética. «A causa del embargo no pudimos traer inversión occidental», agrega.

De esta forma se refiere a la entrada del gigante asiático en un país que

Occidente buscaba aislar, como hizo con la Sudáfrica del apartheid en la década de 1980, ahogándolo con desinversiones. Mientras Europa y Estados Unidos se retiraban para presionar al régimen que, como su vecino libio, fomentaba el fundamentalismo islámico y la yihad, China aprovechaba las oportunidades que emergieron de tal vacío. Pekín, que en 1993 se convirtió en importador neto de crudo, vio en Sudán una ocasión única para empezar a apuntalar su seguridad energética al entrar de lleno en el sector petrolero sudanés en condiciones excepcionales: las petroleras chinas —sobre todo CNPC y Sinopec— obtenían participaciones en torno al 40 por ciento en los activos petroleros del país, pese a la obsoleta tecnología y la escasa experiencia internacional en el negocio del crudo.²⁵ «China no era la mejor opción. Era la única. Lo mejor habría sido la tecnología occidental, pero las empresas occidentales no quisieron cooperar con nosotros por razones políticas», sostiene Ali Mohammed. Desde entonces, China ha acabado convirtiéndose «en el único jugador o en el jugador dominante» en los pozos petrolíferos sudaneses, según explicó una diplomática occidental en Jartum. A ello hay que sumar su participación de excepción en dos infraestructuras de indudable peso político, además del económico: una refinería cercana a la capital y el único oleoducto que transporta el crudo desde el sur del país hasta aguas del Mar Rojo en Port Sudán.

Por los intereses creados en el desierto sudanés, Pekín ha sido durante años el fiel escudero del régimen de Bashir incluso en asuntos que han sobrepasado la cuestión energética. En primer lugar, con sus inversiones y tecnología, Pekín ha brindado un apoyo económico capital para un régimen que aprovechó el *viento del este* para comenzar a exportar crudo por primera vez en su historia a finales de los años 90.²⁶ Desde finales del siglo pasado, los cuantiosos ingresos derivados de la venta de petróleo han catapultado la economía sudanesa, hasta entonces dependiente de la agricultura.²⁷ Pero el capital chino no sirvió sólo para que Sudán escapara a la bancarrota que pretendía el embargo. También apuntaló al régimen de Bashir en otro frente además del financiero, al poder rearmarse gracias al arsenal suministrado, en buena parte, por la estatal China North Industries Corporation (NORINCO). Las armas sirvieron para que el dictador llevara a cabo con éxito varias incursiones en el sur, en el marco de una guerra civil que hasta 2005 desangró el país, pero sobre todo para que sus secuaces cometieran el primer genocidio del siglo XXI: Darfur.²⁸ Indirectamente, con el dinero chino el petróleo sudanés se tiñó de rojo con la sangre de los muertos de una guerra desigual en el sur del país. De poco sirvió el voto de China en el

Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para imponer un embargo a la venta de armas a la república islámica. El juego a dos bandas de Pekín —actuando como supuesta potencia responsable por un lado y como fiel aliado de Bashir por otro— provocó que los camiones militares, aviones caza y armas semiautomáticas chinas llegaran a manos de sus socios sudaneses y contribuyeran, como varios informes de Naciones Unidas atestiguan, a la muerte de al menos 300.000 personas.²⁹

Por si fuera poco, esas mismas armas sirvieron para que los grupos afines a Bashir combatieran a los cascos azules de la Unión Africana y de la ONU, entre los que —paradójicamente— se encontraban soldados enviados por Pekín.³⁰ «China tiene mucha responsabilidad en el sufrimiento humano en Darfur. Es uno de los mayores países emergentes, miembro de la ONU, y eso significa que tiene responsabilidades», nos dijo en su modesto despacho de Jartum Salih Mahmud Omar, abogado activista de derechos humanos nacido en Darfur y premio Sajarov 2007 por su activismo en el conflicto.

Con este historial, era lógico que la diplomacia china se inquietara ante la prevista independencia de Sudán del Sur, el estado número 193 del planeta. China ha sido un acérrimo aliado de Bashir y el gobierno árabe del norte y, con la perspectiva de sus intereses en el horizonte, en Pekín se quería todo excepto un cambio de *statu quo*. Temía que la secesión echara por tierra las millonarias inversiones chinas, ya que en torno al 80 por ciento de las reservas petroleras están en el Sur, en una frontera aún no delimitada y en un territorio sobre el que planea la sombra de posibles futuros conflictos.

No parece sin embargo que ello vaya a ocurrir a corto plazo, teniendo en cuenta que el Sur, cuyo presupuesto depende en un 90 por ciento de las ventas de crudo, no se puede permitir un frenazo en la producción. Por si fuera poco, depende del Norte para exportar su producción, ya que es por allí por donde debe transitar su petróleo para acceder al mar. «Hay un sentimiento en los dos lados de la frontera de que el petróleo se tiene que explotar y de que hay que colaborar», explica Harry Verhoeven, experto en Sudán de la Universidad de Oxford. China ya ha puesto en marcha su camaleónica diplomacia para construir relaciones con el Gobierno de Juba, la capital del Sur, y sacar tanto rendimiento a sus inversiones como pueda: quedan unos 15 años de petróleo en Sudán y los *mandarines* —cuya responsabilidad como potencia internacional queda más que en entredicho en el caso sudanés— no se van a ir de la fiesta antes de que deje de sonar la música.

Cortejo chino por el crudo de los ayatolás

Aunque el calor es sofocante y la contaminación espesa, los atascos provocados por el desesperante tráfico de Teherán son pese a todo un espectáculo visual. Al atardecer no cabe un alma en la supuesta vía rápida Ashrafi Esfahani que enlaza norte y sur de la capital iraní. De todos lados embisten coches que le hacen la vida imposible a nuestro taxista, impertérrito a bordo de su desvencijado Peykan. A los lados de la autopista aparecen, aquí y allá, carteles de propaganda y murales pintados a mano que perpetúan la gloria de los héroes de la Revolución Islámica de 1979, con el fundador Ruholá Jomeini como gran protagonista. No faltan tampoco ingeniosos y bellos dibujos que, como inspirados en los que salpican el Malecón de La Habana, aluden al imperialismo estadounidense y al de sus *secuaces* israelíes. «*Down with the USA!*», reza uno clásico. Otro, más plástico, muestra la bandera estadounidense boca abajo, sustituyendo las estrellas y las rayas rojas de la original por bombas y chorros de sangre, respectivamente.

Todo ello resume de manera pintoresca el estado de animadversión mutua que la República Islámica y Estados Unidos mantienen desde hace tres largas décadas, cuando los lazos diplomáticos saltaron por los aires luego de la *Crisis de los Rehenes*. Una enemistad oficial que, para beneficio de China, no sólo se ha propagado a otros países de Occidente, sino que se ha intensificado con la llegada al poder en 2005 del presidente Mahmud Ahmadinejad, gran artífice de la aventura nuclear en la que se ha embarcado Teherán y que le ha costado un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con la comunidad internacional. En este estado de cosas, China juega indudablemente un papel fundamental. Los constantes coqueteos de la diplomacia china con los ayatolás, en medio de un embargo que ha provocado su aislamiento, han permitido a Pekín convertirse en un actor económico clave en el país que cuenta con la tercera mayor reserva probada de petróleo del mundo, por detrás de Arabia Saudí y Venezuela, y las segundas de gas, después de Rusia.³¹

«Hace cinco años no había chinos aquí», nos explicó el representante de una de las mayores petroleras occidentales presentes en Irán para ejemplificar la progresión china en el país. Las cifras también dan cuenta de ello: si hace una década los flujos comerciales eran insignificantes, hoy China es el mayor socio

comercial de Irán, con un volumen que ronda los 36.000 millones de dólares anuales, entre el flujo oficial y el que llega vía Dubái. El endurecimiento de las sanciones contra Teherán ha ocasionado un vacío de inversión occidental en el sector de los recursos, que, de igual modo que ocurre en Sudán, ha abierto de par en par las puertas a la penetración china. Con la presión estadounidense, las petroleras ENI, Total, Repsol, Shell o BP han tenido que echar el freno a sus negocios con Irán para no perjudicar su posición en el mercado estadounidense. «Los americanos te dicen: o los iraníes o nosotros. Así que aquí todos estamos en modo *stand by* o nos hemos retirado del país³² por temor a comprometer nuestros intereses comerciales en Estados Unidos», explica la fuente.³³

Un ejemplo del dilema al que se enfrentan las petroleras occidentales es el de la española Repsol, que en reacción a las presiones estadounidenses optó por un abandono paulatino de Irán para salvaguardar con ello sus intereses en el Golfo de México. Su salida le habría costado, según se comentaba en los corrillos de Teherán, nada menos que 300 millones de euros. No es extraño, por tanto, que en este estado de cosas las petroleras estatales chinas hayan hecho una entrada triunfal, pese a que su tecnología está aún lejos de poder rivalizar con la de sus competidores occidentales.³⁴ «Sí, los chinos se han convertido en un gran jugador en Irán, pero sólo porque se encontraron con el campo de fútbol vacío», resume el directivo aludiendo a la ausencia de competencia en el sector. «Las sanciones han supuesto una condición *sine qua non* para la presencia china en Irán. Si no hubiera sanciones, la tecnología occidental habría copado el sector», coincide el experto francés en asuntos iraníes Clément Therme. China, por tanto, compensa sus carencias tecnológicas poniendo sobre la mesa dos valiosos comodines: la conexión política y su pegada financiera.

«La única alternativa sería Rusia, porque tiene la tecnología, pero no dispone del capital», resume John Garver, profesor de relaciones internacionales del Instituto de Tecnología de Georgia y asesor del Gobierno americano. Mehdi Fakheri, vicepresidente de la Cámara de Comercio, Industria y Minas, apuntó en la misma dirección cuando le vimos en Teherán: «no hay muchas alternativas para conseguir tecnología y dinero fresco. Los chinos no pueden ser sustituidos fácilmente». Arropadas por el Estado y los recursos ilimitados de los bancos públicos chinos, las petroleras CNPC, Sinopec y China National Offshore Oil Corporation (CNOOC) han llenado parcialmente el vacío dejado por Occidente con inversiones que, según fuentes oficiales iraníes, sumarían 40.000 millones de dólares.³⁵ Todo ello para alivio del régimen de los ayatolás, que no tiene más

salida que echarse en brazos del gigante si consideramos que la exportación de hidrocarburos supone el 27 por ciento del PIB iraní. El monto ha servido para mantener viva la producción iraní de crudo y hacer posible que la república islámica siga siendo el tercer suministrador de petróleo de China.³⁶ Todo ello pese a que, según reconoce la propia China, los ingresos que Teherán obtiene por la venta de sus recursos naturales pueden estar «potencialmente conectados» al programa nuclear iraní.³⁷

En este orden de cosas, con China conquistando Irán a la misma velocidad que los occidentales salen precipitadamente, se plantea una cuestión que levanta ampollas entre las petroleras europeas: en medio del embargo internacional, ¿cómo han podido las petroleras chinas hacerse con el salvoconducto que les da entrada preferencial en el sector energético del tercer productor mundial de petróleo? En otras palabras, ¿por qué Sinopec, PetroChina y CNOOC tienen vía libre y expedita a los campos petrolíferos iraníes mientras Shell, Total, ENI o Repsol se ven obligados a hacer las maletas? La respuesta está, desde luego, en la influencia que es capaz de ejercer, incluso frente a Washington, el todopoderoso Estado chino. En ese sentido, el régimen chino no ha dudado en usar su poder político para blindar a sus empresas de las iniciativas estadounidenses para aislar a Irán, demostrando su creciente pujanza internacional. Prueba de ello es un revelador cable diplomático de la embajada estadounidense en Pekín, fechado el 26 de marzo de 2008, en el que se referencia la advertencia de un alto funcionario chino a su interlocutor estadounidense en el caso de que Washington llegara a sancionar a Sinopec por sus operaciones en Irán: «es un asunto muy serio y no puedo imaginarme» las consecuencias que tendría para las relaciones bilaterales, dijo.³⁸

Lo que el cable confirma es que Pekín ha marcado a Washington una línea roja muy clara: las sanciones no pueden alcanzar, en ningún caso, a sus grandes petroleras. A la vista de los acontecimientos, a riesgo de represalias *inimaginables*, Washington parece haber cedido a la presión, al permitir a las energéticas chinas lo que para las occidentales supondría sanciones. El puñetazo en la mesa del Gobierno chino está estrechamente vinculado al carácter prioritario que concede a su seguridad energética, pero en la práctica la paradójica consecuencia que se deriva de todo ello es que Sinopec —junto a CNPC— ha acabado incluso sustituyendo a las corporaciones suizas en el

suministro del 30 por ciento de la gasolina que consume Irán. La república islámica dispone de una reducida capacidad de refino por las sanciones estadounidenses y por eso necesita adquirir en el exterior gasolina.³⁹

«El número de empresas chinas sancionadas por Estados Unidos ha caído desde 2002. A principios de siglo se sancionaba a 15 o 16 por año, ahora apenas tres o cuatro, y entre éstas no figuran las grandes petroleras chinas», alude John Garver para explicar la influencia de Pekín. «China tiene mayor capacidad de resistencia a las presiones de Estados Unidos que el resto de países», concluye Clément Therme. Algo tendrá que ver en todo ello que, como la propia Hillary Clinton admitió, es difícil enfrentarse al banquero del mundo.⁴⁰ ¿Cuál será la consecuencia de todo esto? En Teherán un ejecutivo de una petrolera europea se aventuró a vaticinar cuál sería el futuro de la situación actual: «en cinco años el sector energético estará por entero en manos de los chinos».

La China bicéfala se impone en Angola

La brisa sopla dulcemente y mezcla con toque alquimista los aromas de langosta, pollo picante y brócoli salteado en la terraza que, asomada al Atlántico, otorga una vista imbatible de la silueta de Luanda desde el restaurante Shanghai Baia. Un grupo de chinos ruidosos come ansioso, como si el mundo se acabara este verano de 2010, mientras en sus rostros se reflejan las luces de los rascacielos cuyos apartamentos se rifan los expatriados del sector petrolero por no menos de 10.000 dólares mensuales. Entre los empresarios chinos reaparecen una y otra vez expresiones del tipo *duo shao qián?*, que, pronunciadas por alguno de los comensales con boca abierta, provocan un aluvión de partículas de alimentos que se esparce sobre la mesa. A pocos metros, los lujosos yates aguardan amarrados en el Club Náutico de la *Ilha de Luanda* a que los magnates de la ciudad más cara del mundo zarpen mar adentro para huir del caos que envuelve la capital de Angola.⁴¹

Es imposible circular por el centro de Luanda y no preguntarse cómo se ha llegado a este estado de cosas tan rápidamente. Hace menos de una década —en 2002— Angola ponía fin a la guerra civil más duradera de África: 27 años de conflicto que, además de provocar un daño económico y social irreparable para este país de 18 millones de almas, se llevó por delante buena parte de las infraestructuras que los portugueses construyeron antes de la independencia en

1975. Se estima, por ejemplo, que más de 300 puentes fueron destruidos en todo el territorio a causa de las hostilidades. Hoy, los camiones cementeros colapsan las arterias de la ciudad, incapaces de dar abasto ante la demanda de las miles o decenas de miles de obras que proliferan por todo el país. Más de 50 empresas chinas estatales y 400 privadas operan frenéticamente en la ex colonia portuguesa, edificando estadios, habilitando carreteras, levantando viviendas o acicalando ministerios. El dinero para financiar todo esto sale del subsuelo: 52.000 millones de dólares son los ingresos que genera anualmente la venta de crudo en el segundo mayor productor de petróleo de África.⁴² Buena parte de esos ingresos proceden del crudo que el país vende a China, del que es su segundo mayor suministrador, sólo por detrás de Arabia Saudí.

Para resumir esta revolución, cuyo propósito es dotar al país de un nuevo esqueleto compuesto por flamantes carreteras, trenes y universidades, el Banco Mundial ha creado el término «modelo de Angola». Se trata de un intercambio directo de infraestructuras por petróleo que, en marcha desde los años 1980 y aplicado por otros países además de China, ha sido promovido con especial énfasis por la autocracia del presidente José Eduardo dos Santos⁴³ desde 2004, coincidiendo con el desembarco chino en el país. Los acuerdos intergubernamentales entre Luanda y Pekín funcionan sobre la base de un pacto simple: las constructoras chinas ejecutan obras por toda la nación y reciben los pagos directamente del EximBank (lo que representa una transacción entre entidades chinas), mientras Angola envía a través de la estatal energética Sonangol y sus subsidiarias la cantidad estipulada de petróleo necesaria para abonar el préstamo chino.

De esta forma, países que, como la ex colonia portuguesa, requieren reconstruir las infraestructuras básicas con celeridad pero no disponen de la mano de obra cualificada necesaria y mucho menos de fondos, obtienen resultados rápidamente, además de, en el caso de China, financiación en condiciones favorables. Por otra parte, se evita que administraciones corruptas como la angoleña engullan el dinero de los préstamos y que los millones de dólares destinados a las obras públicas terminen en cuentas bancarias de Suiza o de las Islas Caimán. Ello se consigue porque el acreedor del crédito *nunca* recibe el dinero, sino que éste es transferido directamente por el banco a la empresa prestadora de servicios.⁴⁴

Pese a la aparente conveniencia del modelo, la entrada de China en Angola, como en los casos anteriores abordados en el capítulo, tiene que ver sobre todo

con el oportunismo de Pekín. Tras la guerra civil, la administración de Dos Santos —en el poder desde 1979— necesitaba financiación para sacar adelante su plan de gobierno. El problema era que los prestamistas tradicionales —el llamado Club de París— y las instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional exigían a Luanda acometer reformas en los sectores financiero, político y económico. Pretendían que uno de los países más corruptos del mundo comenzara a ser solvente y, antes de que le concedieran una condonación de los impagos acumulados, devolviera primero alguno de sus créditos adquiridos en el pasado.

Este tira y afloja se extendió hasta marzo de 2004, cuando China entró en escena para echar por tierra las iniciativas de los países ricos: el Exim Bank prestaba 2.000 millones de dólares a Luanda y el país africano salía indemne del acoso.⁴⁵ China ponía encima de la mesa unas condiciones fabulosas para un país que por entonces trataba sin éxito de reestructurar su deuda: interés bancario LIBOR más 1,5 por ciento y repago en 12 años (con período de gracia de cuatro).⁴⁶ A golpe de talonario, Pekín llevaba a cabo una nueva jugada maestra para entrar en el corazón petrolero de África: en julio de 2004 Sinopec se hacía, contra todo pronóstico y como supuesta recompensa por el crédito chino, con la participación de Shell en el bloque petrolero de agua profunda número 18 de Angola.^{47, 48} Era sólo el inicio de una relación que ha llevado al Estado chino a prestar, a cambio de pagos con petróleo, 14.500 millones de dólares a Angola a través de sus bancos estatales para permitir a sus empresas el acceso a los recursos del país africano.⁴⁹ Un monto ingente que, pese a todo, no abarca toda la foto del éxito de China en el país: a los créditos de los bancos públicos EximBank, CDB e Industrial and Commercial Bank of China (ICBC) hay que sumar las contribuciones de la *otra* China, la supuestamente privada.

Un edificio se impone, por sus 25 pisos de altura y su estructura acristalada de tono dorado, en el panorama arquitectónico de Luanda. Se levanta junto a la Asamblea Nacional y, durante las peligrosas noches de la capital angoleña, lo iluminan luces de colores que se pueden apreciar desde buena parte de la ciudad. En lo alto del rascacielos, se leen las siglas CIF, que responden a un nombre mítico de la expansión del gigante asiático por el mundo: China Internacional Fund. En su interior, infranqueables, se hallan las oficinas de una de las empresas chinas más opacas y misteriosas de cuantas nos hayamos topado en

nuestro periplo. Pero también una de las más poderosas en Angola, gracias a sus millonarios préstamos concedidos al gobierno —entre 2.900 y 9.000 millones de dólares— y a sus contactos en la élite del Estado.⁵⁰

CIF es *oficialmente* una empresa privada creada en Hong Kong en noviembre 2003. Forma parte de una laberíntica red de compañías chinas (todas con sede en la misma dirección en Hong Kong: 10/F Two Pacific Place, 88 Queensway) que se han erigido como interlocutoras fundamentales del gobierno de Luanda en cuatro sectores: petróleo, diamantes, construcción y financiación.⁵¹ CIF es el brazo financiero del grupo, además de estar involucrado en negocios de diamantes con la estatal angoleña Endiama. China Sonangol Internacional Holdings (CSIH) y Sonangol Sinopec Internacional Limited (SSI), las otras dos empresas más importantes del conglomerado, actúan, por su parte, como las únicas corporaciones mixtas sinoangoleñas en el sector petrolero de la ex colonia portuguesa. Su participación en esta área es importante, aunque la estadounidense ExxonMobil sigue siendo el principal jugador foráneo.⁵²

Con esta hoja de servicios, uno espera que CIF y su grupo estén sostenidos por credenciales sólidas y una reconocida experiencia mundial. Nada más alejado de la realidad: la empresa jamás ha trabajado en el área de la construcción en el pasado, pese a que ha obtenido licitaciones para levantar el nuevo aeropuerto internacional de Luanda o reparar la línea de tren de Benguela, heredada de la época colonial. En su página web aparecen citados vagamente otros proyectos de la compañía, que además de Angola opera —curiosamente— en países donde se impone la opacidad y abundan los recursos naturales. Así, el conglomerado está presente, a través de CIF o de CSIH, en lugares como Guinea Conakry, Congo-Brazzaville, Zimbabue, Madagascar o Nigeria.⁵³

Tampoco los accionistas son célebres personalidades: detrás de la estructura hay una retahíla de directores y presidentes que tienen poco o ningún *savoir faire* en los sectores del crudo o los diamantes, con la salvedad de Manuel Vicente, el presidente de la estatal petrolera Sonangol. Sorprende aún más que, pese a las cuestiones suscitadas por CIF como consecuencia de los millonarios acuerdos firmados, tampoco el todopoderoso Estado chino haya logrado, o haya querido, arrojar luz sobre el origen del conglomerado, o al menos eso han afirmado una y otra vez embajadores chinos de Guinea, Nigeria y Angola, además de los portavoces del Ministerio de Asuntos Exteriores chino.⁵⁴

En este estado de cosas, quisimos saber más por nuestros propios medios sobre el conglomerado. Optamos por la forma más directa: tocar a su puerta.

Fuimos a sus oficinas en Luanda, Hong Kong y Singapur personalmente y la empresa no quiso responder a las preguntas o concedernos una entrevista. ¿Por qué? ¿Será quizá por su falta de transparencia, opacidad habitual o por sus conexiones con personajes tan oscuros como Pierre Falcone?, nos preguntábamos.⁵⁵ «La explicación es simple. Los acuerdos con China [se refiere a CIF] se han convertido en la forma más fácil y efectiva de saquear el país.» La voz de Rafael Márquez de Moraes, periodista y activista contra los desmanes del gobierno angoleño, resuena con indignación en su casa de Luanda.

Ha seguido durante años los pasos de China en Angola y equipara su rol al de Occidente, para quien tampoco ahorra críticas. «No hay diferencia entre Oriente y Occidente en lo que tiene que ver con acuerdos oscuros. El objetivo de China es el mismo que el de Portugal, Estados Unidos o España: acceso a las personas que toman decisiones en el gobierno de Angola y obtener tanto como puedan y de la forma más fácil posible.» La diferencia, matiza, es la «dimensión de China», país a quien atribuye un «nuevo imperialismo». «Ninguno de los proyectos de construcción de CIF ha sido entregado, y eso nos lleva a otra cuestión: ¿Conceden realmente créditos? ¿El dinero entra en Angola y es robado o qué pasa?», lanza De Moraes.

Durante nuestra estancia en la capital angoleña, nos acercamos hasta la entrada que da acceso al proyecto estrella de CIF en el país africano. Nada menos que un aeropuerto internacional que, a un costo de más de 2.000 millones de dólares, debía estar listo y entregado antes de finales de 2010. Pero del que tenía que ser el mayor aeropuerto de África no hay ni rastro. Hacia el kilómetro 30 de la carretera de Viana-Catete en dirección hacia el centro y este del país, la actividad alrededor del recinto aeroportuario es, realmente, mínima. Apenas entran vehículos por el camino de tierra que lleva a la supuesta joya de CIF y, bajo un sol de justicia, los militares de la Guardia Presidencial que —armados convenientemente— escoltan la entrada, tienen cara de estar bastante aburridos. Más de 20 minutos de esgrima dialéctica no consiguen doblegar la resistencia del *jefe*, un alto mando militar de complexión corpulenta, boina calada y arma corta al cinto. «Este aeropuerto es zona de máxima seguridad y el Ejército de Angola tiene encomendada su vigilancia bajo el mando del presidente de la nación. El paso está prohibido», zanja. En los alrededores, a una familia de chinos que dos años antes abrieron un restaurante chino, con la pretensión de

captar como clientes a los trabajadores chinos de la obra, el tiro les salió por la culata. A duras penas sobreviven: «en este tiempo ha estado todo muy parado. No hay clientes».

Un constructor español residente en Luanda con el que hablamos posteriormente explicó que si las dos fábricas de hormigón cercanas estaban paradas, como era el caso, la inactividad puede darse por confirmada: «si están paradas es que no se está trabajando, porque el hormigón es fundamental en todas las fases de construcción de un aeropuerto. Si hubiera un aeropuerto en construcción, habría tráfico constante de camiones». Lo visto en la carretera de Luanda a Viana, por tanto, refuerza con mayor ímpetu la tesis de Rafael Márquez de Moraes. Según éste, por tanto, sucede que los créditos anunciados por CIF jamás llegan o sólo lo hacen parcialmente. De esta forma, servirían de coartada para justificar el *repago* por parte del gobierno angoleño por unos servicios que jamás se acometen en su integridad. Se trata de crear el marco perfecto para que los funcionarios roben a gran escala los recursos naturales del país. Un saqueo en toda regla.

«Se concede un crédito para el aeropuerto. El crédito desaparece y no hay aeropuerto. Se da entonces otro crédito para el mismo proyecto, pero el primero queda registrado. De esta forma el Estado se endeuda y se justifica por ejemplo el envío de 200.000 barriles de petróleo diarios a China», prosigue. De Moraes argumenta que esta estructura permite acometer un expolio del Estado sin que a priori haya irregularidades en las cuentas. «¿Cómo, si no es de esta forma, robas 200.000 barriles de petróleo al día? Si un oficial gubernamental dice directamente “este petróleo para mí”, ello no es posible por el escrutinio de la comunidad internacional o por las auditorías independientes, ya que esto es fácil de controlar. Pero si envías 200.000 barriles al día a China para pagar créditos, todo está correcto: estás simplemente devolviendo lo que debes.»

De Moraes ha bautizado con el nombre de «transparencia del pillaje» este mecanismo que otras organizaciones conocen como «manipulación de precios en el comercio» (*trade mispricing*, en inglés). En Angola es especialmente acuciante, como demuestra un reciente informe que pone cifras espeluznantes detrás de este expolio: 6.000 millones de dólares sólo en 2009.⁵⁶ Esa cantidad, equivalente a una sexta parte del presupuesto nacional, es la que las élites del país, con Dos Santos a la cabeza, habrían desviado de forma ilegal fuera de la nación en el mencionado año a través del engrose de facturas o de pagos por proyectos jamás acometidos.

En este engranaje basado en el aumento artificial de gastos estatales, de este robo sistematizado y muy bien maquillado, CIF y su socia CSHI serían piezas clave: facturan créditos y reclaman cuotas de crudo para el repago, justificando así la salida de miles de barriles de oro negro con destino a China. «De esta forma, a nivel de escrutinio internacional todo parece transparente. A CIF la necesitan porque tienen que lavar el dinero que roban de Angola. CIF proporciona las pruebas de lo que gasta el Estado», dice De Moraes. Del lado angoleño, otra organización *ad hoc* es igual de imprescindible para permitir el saqueo: el (ya extinto) Gabinete de Reconstrucción Nacional (GRN).

Fue creado por el presidente Dos Santos en 2005 y, bajo su mandato directo, se encargaba hasta 2010 de administrar supuestamente los fondos de CIF destinados a la reedificación del país. Sin ningún tipo de control ni rendición de cuentas, el GRN ha sido comandado por el general Manuel Helder Vieira, alias «Kopelipa» y jefe de la Casa Militar. «Su puesto en la Administración ha permitido que Kopelipa, tras hacerse con el control de la relación con China través del GRN, haya superado a todo el mundo en lo que se refiere a imperio empresarial personal: aviación, bancos, telecomunicaciones. De la nada, se ha convertido en uno de los hombres más ricos de África. Todo ello tiene que ver con los créditos chinos que ha gestionado gracias al GRN. Los chinos se han convertido en la forma más efectiva de sacar del país miles de millones de dólares», estima De Moraes.

¿Cuál es el rol del Estado chino en todo esto? Las investigaciones de un grupo de expertos de la Comisión de Revisión Económica y de Seguridad Estados Unidos-China apuntan a que varios de los accionistas chinos del conglomerado han tenido en el pasado o mantienen actualmente vínculos con empresas estatales chinas, aunque quizá lo más incómodo para Pekín sea que uno de los accionistas del grupo y director de CIF —Wu Yang— tiene como dirección residencial la sede de los servicios secretos chinos (28/F número 14 Dong Chang'an, Pekín).⁵⁷ No existen, pese a ello, evidencias que prueben irrefutablemente que Pekín está detrás de CIF y su conglomerado —lo que sí sucede con la élite angoleña—,⁵⁸ pero cuesta creer que el Estado chino *desconozca* quién es quién. Sobre todo porque sus empresas estatales —como la especializada en cuestiones ferroviarias CSR, la constructora estatal CITIC o la petrolera Sinopec— son subcontratadas o socias de CIF y CSHI.⁵⁹ ¿Cómo y por qué estas empresas estatales se embarcan en millonarios contratos con CIF si el Estado reniega oficialmente del conglomerado?

La cuestión plantea una secuencia de interrogantes adicionales: ¿cómo explicar que una compañía técnicamente privada sea capaz de levantar un volumen de financiación que, normalmente, estaría sólo al alcance de un Estado? ¿Cómo se explica que una empresa privada china esté, en la práctica, haciéndole la competencia al propio Estado chino? ¿Cómo se justifica que el Gobierno chino no haya intervenido para neutralizar una compañía que, como consecuencia de sus negocios oscuros en dictaduras africanas ricas en recursos naturales, está comprometiendo muy seriamente la reputación de China?

«Si China no ha actuado contra CIF es porque no quiere poner en juego los negocios del petróleo en Angola», nos explicó en Londres Alex Vines, investigador del prestigioso *think tank* Chatham House. «Hay empresas occidentales que han decidido no jugar el juego de la élite angoleña [se refiere a la corrupción a gran escala], porque tienen la tecnología y eso las ha protegido. Pero China no tenía eso y tuvo que jugar el juego», prosigue. «De alguna forma, China se tuvo que adaptar a la situación que planteaba el gobierno de Angola», concluye. Esto es, que nadie hace negocios en el país sin *pasar por caja*. Quizá por ello CIF no sea más que una estructura para poder ejecutar, sin peligro de salpicar a las entidades estatales, las demandas de lucro de la élite angoleña a cambio de una parte del pastel en el sector petrolero.

Los sueños chinos del «tele-evangelista» Chávez

«Hay que estar muy atento. A veces se colocan en los puentes de la autovía y desde allí deslizan una cuerda fina de la que cuelga una bujía, que al impactar contra la luna del *carro* la hace estallar. Cuando el conductor se detiene, lo atracan. Otras veces los motoristas te abordan en un semáforo, o en plena carrera, y te apuntan con una pistola. Tienes que darles todo al instante. Así son las cosas aquí.» Las palabras de Eduardo, nuestro chófer en Caracas, sonaban ciertamente preocupantes nada más aterrizar en el aeropuerto internacional Simón Bolívar y enfilarse en su 4 × 4 la vía hacia la capital venezolana. Mientras Eduardo prosigue con la retahíla de riesgos que, para la vida humana, acompañan a la violencia en Venezuela, surcamos las colinas donde se amontonan las casas, paupérrimas, en las que habita el grueso de los votantes del

presidente Hugo Chávez. Las llaman «ranchos» y son *favelas* insalubres echadas una sobre la otra, sin espacio vital ni intimidad para los inquilinos. Nichos insufribles donde se sobrevive a duras penas.

No faltan, eso sí, las capas de pintura roja, azul y amarilla que tiñen con los colores de la bandera nacional las construcciones, formando un impresionante mosaico que, nada más llegar al país, da cuenta de la situación en la nación latinoamericana. Y es que así es el paisaje de Venezuela desde que el comandante Chávez se hiciera con el poder en el segundo país con mayores reservas de petróleo probadas del planeta, por detrás de Arabia Saudí.⁶⁰ Un gran escenario donde el ultranacionalismo y el enardecimiento de los ideales patrióticos, con Simón Bolívar a la cabeza, han gangrenado todos los ámbitos de la sociedad, dividiéndola hasta tal punto que, para sus 30 millones de habitantes, sólo hay dos opciones: ser o no ser *chavista*. «Uno no puede ir diciendo abiertamente por ahí que está en contra de Chávez. Eso te crea muchos problemas», dice Eduardo, siempre dispuesto a dar alguna lección sociológica durante las largas esperas causadas por el tráfico infernal de Caracas.

Describir la personalidad del «tele-evangelista», como lo denominó el historiador mexicano Enrique Krauze en su magnífica biografía del líder bolivariano, no es fácil.⁶¹ Chávez es sin duda un ególatra, obsesionado por el poder y por la omnipresencia en los medios de comunicación. «Chávez considera como parte integral de la Historia venezolana absolutamente todo lo que le ocurre», escribe Krauze.⁶² Es a la vez un populista, un prestidigitador que adora el show televisivo (véase si no su programa, *Alo, presidente*, que en riguroso directo se sabe cuándo empieza pero no cuándo acaba) y un ideólogo cuyas bases están, como dice Krauze, a medio camino entre el fascismo y el comunismo. Sólo él es capaz de llamar «idiota» al presidente de Estados Unidos por televisión o, al grito de «¡Exprópiese!», llevar a cabo en vivo y en directo la nacionalización de empresas privadas que llevan décadas operando en el país. Es una «mímesis de Fidel Castro», su mentor en vida, y del líder independentista Bolívar, tótem en el más allá. Así es el hombre que, para bien o para mal, dirige los destinos de Venezuela con el respaldo de las urnas, cuyo objetivo es construir lo que él ha bautizado como el «socialismo del siglo XXI». Todo ello para regocijo de China.

Desde la llegada de Chávez al poder en 1999 y, sobre todo, desde el fallido golpe de Estado que en 2002 trató en vano de derrocarlo del poder —y que algunos atribuyen a Estados Unidos—, el gigante asiático se ha visto aupado,

casi sin quererlo, al rol de principal aliado de Venezuela. El golpe fracasado motivó la radicalización de Chávez, quien pasó de tener una estrategia de diversificación de su comercio y diplomacia a patrocinar abiertamente una alianza estratégica contra Washington y —en menor medida— Europa. Desde entonces, Caracas ve a China como un contrapoder frente a Estados Unidos, como la coartada perfecta para romper con los *imperialistas* norteamericanos. Que Pekín no esté interesado en esa cruzada antioccidental, puesto que jamás comprometería su relación con Washington por semejante causa, no ha impedido al inquilino del Palacio de Miraflores agasajar, en el sentido amplio de la palabra, al *camarada chino*. Astutamente, Pekín guarda silencio y recibe gustoso cuanto se le ofrece.

Porque, mientras mantiene cierta distancia en las formas y evita formar parte del circo de Chávez, se frota las manos ante las oportunidades que el mandamás bolivariano sirve en bandeja de plata. Los datos hablan por sí solos para entender el sustancial peso que el gigante asiático ha ganado en la economía venezolana. China ha vendido cuantiosas armas al régimen, dos satélites y ha utilizado una vez más la profundidad de sus bolsillos para conceder créditos a raudales a cambio de recursos: en 2010 el China Development Bank concedió 20.000 millones, a los que hay que sumar otros 4.000 millones acordados con el Industrial and Commercial Bank of China⁶³ y un fondo de inversión conjunto de 12.000 millones de dólares. Todo ello gracias a la propulsión del más preciado de los recursos venezolanos: las ingentes reservas⁶⁴ de «oro negro» en la Franja del Orinoco.

Con una compra actual de 450.000 barriles diarios, China no es el primer cliente del crudo venezolano, que sigue siendo Estados Unidos,⁶⁵ pero se espera que la cifra alcance el millón de barriles en 2014, según los convenios firmados entre los dos países. En cuanto a inversiones chinas, la más importante en el sector de los hidrocarburos fue consecuencia de la concesión «a dedo» de Chávez, quien adjudicó en enero de 2010 la explotación del llamado Bloque Junín a China y Rusia.⁶⁶ Para el futuro está previsto, según las autoridades venezolanas, que las corporaciones chinas inyecten en el maltrecho sector petrolero venezolano 40.000 millones de dólares hasta 2017.^{67,68} Unas cifras superlativas que están permitiendo a China entrar con fuerza en Venezuela y alimentar su política de diversificación de suministradores de energía para, con ello, reducir su dependencia del inestable Oriente Medio.⁶⁹

José Toro Hardy, reconocido economista venezolano y ex consejero de la

petrolera venezolana Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA), recuerda que «en los años 94, 95 y 96, cuando se abrió el sector petrolero a la inversión extranjera, a China le fue muy mal. Era un período de transparencia total: las licitaciones eran públicas, retransmitidas en televisión y donde las ofertas de las empresas se conocían a la vez. Nada que ver con lo de hoy». Ahora, la deriva bolivariana acontece de forma inversamente proporcional al crecimiento de los intereses chinos en el país. «A Caracas no le interesa la relación comercial con China, sino los vínculos políticos y diplomáticos para enfrentarse a Estados Unidos. No dudo que China se está aprovechando de que Venezuela quiera hacer negocios con el petróleo en términos ideológicos», insiste.

Para llevar a cabo este *salto adelante* en las relaciones, Chávez ha utilizado la joya de la economía venezolana y su verdadero soporte: Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA), el buque insignia del chavismo. Además de una de las petroleras más grandes del mundo, PDVSA es la empresa estatal que se encarga de gestionar los recursos petroleros del país y aportar a la República cuantiosas sumas de dinero.⁷⁰ Es a través de esta corporación, transformada en fondo multiusos bajo la presidencia de Chávez, que el líder bolivariano lleva a cabo sus proyectos de justicia social, como nacionalizar compañías o repartir electrodomésticos chinos por el país. Es también a través de la instrumentalización de PDVSA que el presidente venezolano ha logrado ganarse el supuesto trato de favor que, asegura, Venezuela recibe de China. Aunque, en realidad, quizá las cosas no sean realmente así. «China ve en Venezuela a un *pandero* que tiene mucha plata y muchos recursos. Ve un país donde se pueden sacar las cosas fácilmente. Más que colonialismo chino es “estupidismo” venezolano.»

El diagnóstico del general Guaicaipuro Lameda, mano derecha de Chávez y presidente de PDVSA de 2000 a 2002, no deja lugar a dudas. Entrevistado durante más de dos horas en su casa situada en un barrio noble de Caracas, este hombre riguroso, general de brigada para más señas, que ocupó el considerado como el segundo puesto público más importante del país por detrás sólo del presidente, cree que China está aprovechando los delirios chavistas para acceder a los recursos. Entre otras cosas, recuerda cuando durante su mandato al frente de la que en su tiempo fue la mayor empresa de América Latina tuvo que favorecer, en contra de los intereses de PDVSA, a la china CNPC. «En el año 2000 apareció el interés por negociar con China un contrato para la orimulsión. En PDVSA no lo apoyábamos, porque era inconveniente. Pero Chávez se

empeñó personalmente y me pidió que el acuerdo se firmara antes de modificar la ley de hidrocarburos, porque una vez ésta fuera aprobada no se podría suscribir lo que se le iba a dar a China. Chávez quería darle un favor adicional a Pekín y de ahí la urgencia. Tuve que elegir a alguien con lazos personales con el Gobierno para las negociaciones con los chinos, porque nadie en PDVSA quería el acuerdo. No nos favorecía económicamente», recuerda.⁷¹

«En las conversaciones había dos niveles de negociación: uno entre PDVSA y CNPC y otro entre el embajador chino y Chávez. A medida que avanzábamos entre empresas, el representante de CNPC llamaba al embajador si las cosas se le ponían duras. El embajador llamaba a su vez a Chávez, y éste me llamaba a mí. Todo lo que se había acordado el día anterior iba para atrás, y siempre para beneficio de los chinos.» Entre las cosas que, de esta forma, China obtuvo de Venezuela figura la retirada de una cláusula para limitar el uso final de la orimulsión. Generalmente PDVSA suscribía acuerdos para vincular el uso de esta tecnología únicamente a la generación de energía eléctrica. La razón era que ese crudo se vendía a precios equivalentes al carbón, que tiene un uso similar, y por lo tanto muy por debajo del coste del petróleo convencional. «Esa cláusula se les quitó por insistencia de la parte china. O sea, que técnicamente pueden hacer con el petróleo pesado lo que quieran, porque también se puede utilizar para hacer asfalto. Pero claro, lo pagan a precio de carbón.» Según Lamedá, Chávez justificaba este acuerdo desfavorable para los intereses de PDVSA al enmarcarlo en la relación global con China. Así, arguyó el presidente venezolano, Venezuela perdería algo de dinero con el contrato de la orimulsión, pero ello era asumible porque Pekín iba a acometer muchos otros proyectos en el país.

No será la única vez que los mandarines tengan acceso privilegiado y, en ocasiones, en condiciones irrisorias a las reservas del país latinoamericano: un cable en Wikileaks reveló que, según un oficial de PDVSA, China habría estado comprando petróleo venezolano a precios tan baratos como 5 dólares el barril, cuando el mercado marcaba por entonces 78 dólares por esa cantidad. La mercantilista China, lejos de agradecer la benevolencia del líder venezolano, habría revendido el crudo en Estados Unidos, África y Asia, obteniendo así cuantiosas plusvalías, para disgusto del gobierno venezolano, que creía ver en Pekín un aliado fiel.

Este tipo de «ofrendas» a países ideológicamente afines al régimen — Ecuador, Argentina, Irán, Bolivia, Bielorrusia o Cuba— son habituales en

Chávez.⁷² Así, las garantías en forma de petróleo que Venezuela puso encima de la mesa han permitido que China financie los 6.000 millones de dólares que costará remodelar la refinería de Cienfuegos, en Cuba. Otro proyecto similar bajo el mismo esquema —garantías venezolanas, créditos chinos y receptor cubano— está planeado para la otra refinería cubana de Matanzas.⁷³ De este modo, mientras despliega sus tentáculos a lo largo y ancho del sector petrolífero venezolano, Pekín se ve envuelta indirectamente, casi por accidente, en los tejemanejes de Chávez y su cruzada contra el *Imperio*. En el caso de las refinerías cubanas, con una triangulación con el régimen de Fidel Castro, otro *buen amigo* de Washington, nada menos que a poco más de un centenar de kilómetros de las costas de Florida. Para Pekín, desde luego, no hay nada personal: son sólo negocios.

«Hay una gran diferencia entre lo que China puede decir que hace como país solidario y sus acciones: en realidad, te roba y te coge tanto como puede», comenta por su parte Hector Ciavaldini, también ex presidente de PDVSA y, en su momento, soporte de Chávez en el poder. Ciavaldini, quien visitó a Chávez en la cárcel para convencerlo de que se presentara a las elecciones de 1998, recuerda la ingenuidad del comandante en su visita a China en 2000 —«iba con la lección de Mao muy bien estudiada, pero en Pekín los cuadros de Mao estaban ya detrás de las sillas»— y censura así la ambivalencia del gigante asiático con Venezuela. «A los chinos tú les dices que eres fascista-leninista, y te lo compran a su favor.» No existe ideología cuando de intereses se trata. Pero no exculpa a Chávez: «nadie sabe en Venezuela en qué condiciones estamos vendiendo el crudo a China. Llama la atención porque uno empieza a creer que son condiciones desventajosas y, si esto es así, es traición a la patria. Y tendrá que pagarlo, porque esos delitos no prescriben».

Los cimientos del mundo chino

«Los americanos vienen aquí a tirar bombas. Nosotros estamos en Sudán para construir carreteras y levantar edificios y hospitales. Estamos aquí para llevar la felicidad a los sudaneses»

Fan Hui Fang, empresario chino que tiene una granja agrícola a las afueras de Sudán.

Amanece cuando paramos a pie de carretera, junto a una hilera de casas de adobe, para desayunar té y buñuelos azucarados en las afueras de Omdurman, ciudad de efervescente latido comercial al norte de Jartum. Son las seis de la mañana y muchos vecinos se desperezan tras pasar la noche a la intemperie, recostados sobre precarios camastros, para combatir el implacable calor del desierto sudanés. El nuevo día deja al descubierto un paisaje salvaje, desgarrado por la pobreza, la soledad y la climatología extrema, pero también inmensamente bello. La carretera de asfalto negro resplandece, brillante, a medida que se abre paso a través de un horizonte de arena dorada salpicada por ocasionales camellos, rebaños de ganado y asnos solitarios amarrados a los arbustos.

Poco después de salir de Omdurman, nuestros dos Toyota 4 x 4 reducen la marcha al aproximarse al primer control militar del día, inexpugnable sin el pertinente salvoconducto. La tropa que hace guardia reconoce los vehículos y se echa a un lado, marca el primer tiempo de saludo llevándose la mano derecha a la visera y continuamos —sin detenernos— rumbo al norte, hacia la frontera con Egipto, avanzando en paralelo al río Nilo. Ello no habría sido posible si no

fuéramos de la mano de la Unidad de Implementación de Presas (DIU, en sus siglas en inglés),¹ un todopoderoso organismo de cuya supervisión directa se encarga el presidente de Sudán, Omar al Bashir. Su cometido es coordinar la construcción de presas para que, cuando en 2013 comience a caer la producción petrolera, el país disponga de las bases necesarias para implantar un nuevo modelo económico menos dependiente del crudo. En esa estrategia, China tiene reservado un rol fundamental.

El más importante y controvertido de todos esos muros levantados sobre los cauces de los ríos es el construido en el Nilo, a la altura de Merowe, una localidad situada a 350 kilómetros al norte de la capital. Inaugurada en 2009, la infraestructura predilecta del presidente Bashir es la mejor muestra de la cooperación entre Pekín y Jartum. Por ello, Merowe era nuestro destino final, aunque para lograr nuestro objetivo tuvimos que hacernos pasar por profesores universitarios, someternos a varios interrogatorios y hacer gala de una perseverancia infinita.² Llegar a Merowe sin un permiso oficial es imposible, a causa del acceso completamente restringido y de los controles militares continuos. Así que no tuvimos otra opción que ir escoltados y *guiados* por una comitiva del DIU cuando, en verano de 2010, pusimos rumbo a uno de los proyectos de infraestructura chinos más polémicos y criticados de cuantos ha acometido el gigante asiático fuera de sus fronteras.

Jartum publicita la presa y las construcciones que la acompañan como el inicio de una nueva etapa para la economía del país. Su relevancia radica, arguyen los promotores, en los 1.250 megavatios que sus diez turbinas son capaces de generar, así como en las posibilidades que la canalización acuífera abre para el desarrollo de la agricultura a gran escala, lo que permitirá resucitar en un futuro la vieja aspiración de Sudán de convertirse en el granero de África.³ «Merowe es la obra de ingeniería hidroeléctrica más grande de cuantas se han hecho en Sudán y, probablemente, de toda África», dice orgulloso Awad, el maestro de ceremonias dispuesto por las autoridades sudanesas para guiarnos a lo largo de la ruta. Con la jerarquía que impone una corbata en medio del desierto, nuestro cordial cicerone cuenta las bondades del proyecto, pero evita hacer mención al hecho de que la infraestructura sudanesa de referencia es también una de las más controvertidas, tanto por su elevado coste y nula transparencia como por su impacto social y medioambiental.

A 150 kilómetros de Merowe, transitamos por una carretera nueva, construida por los chinos, que integra el paquete de infraestructuras que

acompaña al proyecto. A través del corazón del desierto del Nubia, apenas hay tráfico ni distinguimos vida más allá de esporádicos asentamientos donde humanos y animales desafían a la muerte en uno de los lugares más tórridos del planeta. El terrible calor es, precisamente, uno de los argumentos esgrimidos por los detractores de la presa, quienes cuestionan su ubicación por la elevada tasa de evaporación, ya que en ese lugar, donde se alcanzan fácilmente los 50 grados, más de un 8 por ciento del agua que entra a Sudán por el Nilo se pierde durante su estancamiento. Los expertos señalan que, si la presa se hubiera construido en otro lugar, como en el lado etíope del Nilo, la pérdida de agua hubiera sido siete veces menor. Por otro lado, también es motivo de crítica que los estudios de impacto medioambiental y social de la instalación hidráulica se hicieran cuando las obras ya habían comenzado. «Estos análisis son además superficiales e incompletos. Estamos repitiendo los mismos errores que cometieron los egipcios con la presa de Asuán, que fue un desastre ecológico», nos había dicho Asim al-Moghrabi, el más reputado experto medioambiental sudanés en cuestiones sobre el río Nilo, fuente de vida que lleva estudiando desde hace 44 años.

En los alrededores de Merowe, nos desviamos hacia *New Amri 3*, uno de los nuevos asentamientos erigidos por las autoridades en el corazón del desierto para realojar por la fuerza a los desplazados por el dique. El poblado acoge a varios cientos de familias, que habitan en sencillas casas de adobe cercadas por muros que las resguardan de las tormentas de arena. Apenas hay actividad: un puñado de escolares vestidos de uniforme charla en la cuneta, una pareja de mujeres con velo blanco cruza una callejuela de tierra y un policía hace guardia sentado en una silla de plástico con un fusil de asalto sobre las rodillas. Mientras los todoterrenos maniobran por entre sus calles de tierra, dejamos atrás dos mezquitas, un centro sanitario, un colegio, dos antenas de telefonía móvil y un descampado de arena que, con sendas porterías de hierro, acoge algo parecido a un campo de fútbol. Un pueblo nuevo, pero muerto. Un lugar imposible y sin futuro.

En *New Amri 3*, el disciplinado Awad no permitió que nos bajáramos de los vehículos, probablemente para evitar que se repitiera lo sucedido en nuestra primera parada, cuando un habitante local se acercó para exigirle responsabilidades por el impacto causado por la presa. Tenso, Awad reaccionó con una sonrisa forzada, antes de que sus asistentes exigieran al agraviado que abandonara el lugar. Y es que el descontento popular es demasiado evidente en medio del clima de hostilidad provocado por el realojo forzoso de decenas de

miles de personas, años de violencia y represión, indemnizaciones improcedentes y la inundación sin previo aviso de decenas de asentamientos — hoy bajo el agua— donde vivían 4.700 familias que lo perdieron todo.⁴ Las tribus Manasir, Amri y Hamdab, autóctonas de la región, alegan que la presa ha barrido de un plumazo su modo de subsistencia tradicional basado en la agricultura. Las tierras fértiles de la ribera del Nilo en las que durante generaciones sembraron dátiles y otros cultivos, en las que celebraron bodas y rezaron por sus ancestros, están hoy sumergidas; ahora viven en un entorno estéril, imposible para el ejercicio de la agricultura, el único sustento de estas comunidades. Tras el desplazamiento, a duras penas sobreviven gracias a la pesca y a las remesas que mandan sus familiares.⁵

En lo alto de un repecho desde el que se divisa el asentamiento, a resguardo del clamor popular, Awad reconoce que el realojamiento ha sido el problema más grave al que han tenido que hacer frente. «Hay 12.000 familias afectadas, esto es, unas 96.000 personas.⁶ No es fácil despojar a la gente del lugar donde sus antepasados han tenido tierra y agua», admite. Sin embargo, rápidamente se apresura a detallar las ventajas que la presa tendrá para la población. «Antes, en algunos poblados, iban a buscar agua por la mañana y no volvían hasta por la tarde. Ahora abren un grifo y tienen agua. Los niños van al colegio, tienen sanidad, teléfono móvil y pueden llegar a Jartum en poco más de tres horas», destaca. Entre tanto *beneficio*, resta importancia al hecho de que los afectados se hayan quedado sin *modus vivendi*. «Podrán hacer otros trabajos. Transporte, vacantes en hospitales, servicios, trabajos vinculados con Jartum... La presa desarrollará toda la región y ello traerá oportunidades para todos», insiste.

En el remoto desierto, China está por todas partes. A medida que recorremos la zona, comprendemos en qué consiste ese desarrollo basado en el modelo y financiación chinos.⁷ A través de una carretera solitaria y perfectamente asfaltada, construida por empresas del país asiático y que llega hasta la frontera en Wadi Halfa, rebasamos una canalización de agua que ha permitido cosechar trigo durante los últimos cuatro años. Cruzamos después el Nilo a través del imponente Puente de la Amistad, cortesía de la energética estatal China National Petroleum Corporation (CNPC), antes de adentrarnos en *Merowe Medical City*, un complejo hospitalario que entra en su última fase de construcción. Quebrando un paisaje ocre y monótono, una columna infinita de torres de alta tensión, de cuya instalación se encargó también un consorcio del gigante asiático, transporta la electricidad generada por la presa hasta Jartum y

Port Sudán, donde desemboca el oleoducto chino de 1.500 kilómetros por el que transita el crudo sudanés que China compra y que, según algunas fuentes, sirve de garantía en el préstamo concedido por el Exim Bank chino para financiar la presa de Merowe.

Más adelante, accedemos al nuevo aeropuerto, una infraestructura fabulosa de 18 kilómetros cuadrados con terminal VIP, mezquita y una pista de cuatro kilómetros de longitud apta para que aterricen aviones tan grandes como el Airbus 380. Más moderno que el de Jartum, la instalación acogió la llegada de 18 aviones el día que se inauguró la presa, pero ahora está completamente vacío, si no fuera por el retén que hace guardia en la garita de acceso al recinto. Que no haya demanda para volar a este recóndito rincón del fin del mundo no es, desde luego, ninguna sorpresa; pero estar dentro de un recinto aeroportuario de tal magnitud sin percibir movimiento alguno de aviones, sin el ajetreo habitual de empleados, pasajeros y vehículos, es una sensación ciertamente fantasmagórica, casi de pánico nuclear. Sin embargo, desde la misma pista de aterrizaje a la que accedemos con los Toyota, Awad nos tranquiliza asegurándonos que el futuro está a la vuelta de la esquina. «Este aeropuerto crecerá mucho en los próximos años. Vendrán aviones de todo el mundo y servirá de base para exportar trigo y otros productos agrícolas. Gracias a la presa se desarrollará la agricultura, vendrá emigración del sur y tendremos hospitales, servicios y turismo», vaticina. Sus palabras suenan a justificación, a la voluntad de aportar sentido a este derroche de infraestructuras en medio de la nada sin que, por el momento, se perciban los beneficios.

La pieza central de todo ese engranaje futuro, el motor que bombea los sueños de prosperidad de las élites islámicas para esta región recóndita que pocos sitúan en el mapa, es sin duda la presa de Merowe. A medida que nos acercamos, recordamos las palabras de al Bashir: «Merowe es el proyecto para la eliminación de la pobreza en Sudán». Su majestuosidad es visible con sólo cruzar el militarizado control de acceso, donde un cartel da la bienvenida en mandarín: «enhorabuena por la presa de Merowe», reza. Tras una breve descripción técnica del proyecto, Mahjub Ali, el ingeniero jefe que nos recibe, explica que «el consorcio chino que se encargó de su construcción necesitó 25 millones de metros cúbicos de rocas y otro millón y medio de hormigón», además de emplear a entre 3.000 y 5.000 obreros chinos en seis años de esfuerzo titánico. Aunque la infraestructura se inauguró formalmente en 2009, un contingente de trabajadores chinos completa durante nuestra visita trabajos

menores y se aloja en un sencillo campamento presidido por una bandera china. A nuestro paso se prestan a intercambiar unas palabras de cortesía, incluso a dejarse fotografiar, antes de volver disciplinadamente a sus labores bajo un sol abrasador.⁸

Desde los 67 metros de altura del dique, la vista da cuenta de la magnitud del segundo gran proyecto hidráulico alzado en aguas del Nilo, tras el de Asuán: río arriba, un inmenso embalse de 176 kilómetros ha inundado para siempre tierras fértiles, pueblos enteros y un legado arqueológico incalculable que se remonta a la era prehistórica; río abajo, un espectacular chorro a presión escupido por la presa agita con violencia las aguas, salpicándolo todo, antes de que —más adelante— el río enfile de nuevo su cauce y recupere su habitual cadencia. Con la retórica de un tecnócrata, Mahjub Ali alude a la conveniencia de la instalación hidráulica recién construida: «en 2008 había en todo Sudán un consumo eléctrico de 750 megavatios, el equivalente a la demanda en Nueva York, y sólo un 15 por ciento de la población tenía acceso a electricidad. Ahora, gracias a Merowe, ese porcentaje ha subido al 30 por ciento. Por eso hay más presas en construcción o elevando sus prestaciones en Sudán», resume este ingeniero.

Efectivamente, la de Merowe es la primera —y más importante— de una serie de diez presas que están ya operativas, en construcción o han sido aprobadas por el gobierno africano. En varias de ellas la participación de China, bien en la financiación o la construcción, si no en ambas, es decisiva.⁹ Mientras nuestros vehículos enfilan a toda velocidad la carretera de regreso a Jartum, reconocemos en la superestructura de Merowe y todo su proyecto de desarrollo el inconfundible sello chino. La imagen de otra infraestructura no menos polémica, la faraónica presa china de Tres Gargantas situada en el curso medio del río Yangtzé, asalta nuestros pensamientos. Separadas por miles de kilómetros, Merowe y las Tres Gargantas son, en su concepción y formato, de un parecido sorprendente.

El amigo chino nunca dice «no»

En 1999, una delegación del Gobierno de Sudán emprendió un viaje por medio mundo con el objetivo de obtener capital para financiar la presa de Merowe, que entonces no era más que un plan. El proyecto, sin embargo, tenía un flanco débil

que ahuyentaba a los inversores potenciales: la presa no cumplía con los estándares medioambientales y sociales internacionales. Así que, después de tocar en la puerta de distintas entidades financieras de varios países, la delegación volvió a Jartum de vacío. Por entonces, China llevaba ya cinco años construyendo a todo pulmón la presa de las Tres Gargantas, la más grande del mundo, que debió financiar exclusivamente con fondos propios por las mismas razones que habían llevado al fracaso a la delegación sudanesa: la negativa del Banco Mundial y otras instituciones a involucrarse en proyectos que comporten un impacto social y medioambiental tan marcado. Por si fuera poco, Sudán era acusado de ser un Estado promotor del terrorismo por la Administración estadounidense, lo que arrinconaba aún más al país en la escena internacional. En ese contexto, mientras el resto del planeta se resistía a financiar el proyecto de Merowe por las legítimas sospechas que levantaba, China acudió al rescate.

Coincidiendo con el *boom* del petróleo sudanés en el arranque del nuevo siglo, el Exim Bank concedió a Jartum un crédito de 608 millones de dólares para su proyecto estrella, que inicialmente se había presupuestado en 1.800 millones de dólares pero cuyo coste final rondaría, en medio de la opacidad que caracterizan los acuerdos con China, los 3.500 millones.¹⁰ Un préstamo que, sin embargo, no se limitó a una mera operación financiera, sino que conllevó la adjudicación de la construcción del dique a Sinohydro, empresa adjudicataria de las Tres Gargantas que está construyendo 107 presas en todo el mundo, según la organización International Rivers.¹¹ También se concedió a otro consorcio chino la instalación de las torres de alta tensión. «Los chinos son rápidos, baratos y encima te dan un crédito. ¿Cómo íbamos a decirles que no?», nos había indicado Asim al-Moghrabi, el decano del Nilo. La oferta integral era, desde luego, irresistible: un proyecto *llave en mano* que incluía no sólo financiación supuestamente garantizada con petróleo, sino también la construcción de la presa al coste más competitivo del mercado y en un plazo de ejecución rápido y fiable gracias, mayormente, a la contrastada experiencia de las empresas chinas y a su ingente mano de obra barata. Y todo ello sin hacer preguntas incómodas sobre el impacto ecológico o sobre la población local.

Como confirma el éxito del gigante asiático por medio mundo, donde erige presas, carreteras, vías de ferrocarril o estadios de fútbol, la fórmula es tan tentadora que los dos *policy banks* chinos, el China Development Bank y el Exim Bank, han logrado ya desbancar al Banco Mundial como primer prestamista del mundo en desarrollo.¹² En este sentido, la contribución de China

al progreso del país receptor, como demuestra la capacidad energética instalada de la presa de Merowe y todo su plan de desarrollo paralelo, parece indiscutible incluso en medio del debate acerca del coste-beneficio del proyecto. Sin embargo, no son las aportaciones chinas lo que levanta recelos, sino la escasa atención prestada a los efectos secundarios. O dicho sin ambages: el menosprecio absoluto al impacto medioambiental, a la destrucción de un legado arqueológico único y a la violación de los derechos de miles de personas que han sido realojadas a la fuerza y arrastradas al abismo de la pobreza extrema. Un panorama calcado, como dos gotas de agua, al vivido en la presa de las Tres Gargantas.¹³

Es por todo lo anterior que China es responsable y cómplice, nos explicó en la capital sudanesa Ali Askouri, un activista que lideró la causa de los afectados y fue decisivo en armar una oposición internacional en contra de la obra hidráulica. «Por la presión de distintas organizaciones internacionales, el Banco Mundial optó por no financiar la presa. No hay dinero occidental detrás del proyecto, por tanto, sin la financiación de China y sin la experiencia técnica de empresas como [la alemana] Lahmeyer, este proyecto jamás habría salido adelante», aseguró. En ese sentido, Askouri alude también a la inmunidad de la que gozan las compañías chinas, sobre todo por comparación con las consecuencias que pueden afrontar sus competidores occidentales, como demuestra el caso de la propia Merowe.¹⁴ «A las empresas occidentales se las puede llevar a juicio, pero el escrutinio de las chinas es imposible. Es muy difícil presionar a las corporaciones chinas.»¹⁵

China se acoge a uno de los baluartes que guían su política exterior, la no interferencia, para dar luz verde a proyectos que, como Merowe, tienen un impacto tan dañino que el Banco Mundial y otros organismos rechazan de plano su participación. Su huella no es, además, nada despreciable, teniendo en cuenta que el país asiático es el primer inversor mundial en proyectos de este tipo.

Según la ONG International Rivers, a mediados de 2011, China estaba involucrada en 251 proyectos de presas en 68 países del mundo. De ellos, muchos de los que han suscitado polémica y oposición recibieron el espaldarazo de los créditos *sin condiciones* de las entidades financieras chinas, con el Exim Bank a la cabeza. ¿Habrían sido las constructoras chinas la adjudicatarias de las obras si no hubieran llevado bajo el brazo los fondos *incondicionales* de sus bancos? ¿Habrían podido desbancar a sus competidores occidentales de haber adoptado los estándares internacionales? ¿Existirían muchas de esas

infraestructuras si no fuera gracias a China? En el actual contexto de crisis, la capacidad financiera del coloso asiático juega un papel clave a la hora de llevar esos costosos proyectos de infraestructura a buen puerto. Por eso Peter Bosshard, uno de los directores de International Rivers, alude a la necesidad de influir en los prestamistas si lo que se pretende es atajar los excesos. «Las compañías constructoras de presas no muestran excesivo respeto por la responsabilidad social y medioambiental. Normalmente, son las entidades financieras las que son más sensibles al riesgo; son quienes financian los que deciden retirarse de determinados proyectos, sobre todo si usan fondos públicos.»

Sin embargo, hasta la fecha el coste social o ecológico de un proyecto es una variable que apenas puntúa a la hora de decidir si las entidades financieras chinas invierten o no en él. Sólo el Exim Bank, de entre los prestamistas chinos, hizo públicas sus directrices de buenas prácticas medioambientales y sociales en 2004, reforzándolas en 2007, pero éstas son de una vaguedad manifiesta y —peor aún— difícilmente sirven para filtrar proyectos en la práctica. Una única vez ha accedido el Exim Bank a suspender por dichos motivos la financiación de un proyecto: fue en 2010, después de que una ONG probara que la construcción de una presa en un parque nacional de Gabón violaba las directrices del banco. Pese al indudable valor de la decisión, por desgracia la norma general sigue siendo la contraria: el Exim Bank y otras financieras chinas seguían financiando en 2011 proyectos por medio mundo sobre los que otras entidades internacionales mantienen una prudente distancia.¹⁶

Por otro lado, dada la naturaleza del sistema político chino, no cabe esperar que quienes tienen la capacidad de cambiar las cosas —mayormente quienes dirigen las políticas nacionales, los bancos o las empresas estatales— lleguen a sentirse presionados por las acciones de la llamada sociedad civil. Académicos, medios de comunicación y organizaciones no gubernamentales no tienen en China, desde luego, la influencia que sí tienen estos actores en los sistemas democráticos. «Hay más de 3.000 organizaciones no gubernamentales en China, pero en determinados asuntos que están prácticamente censurados,¹⁷ como por ejemplo la forma en que China se involucra internacionalmente, no hay casi debate público. Eso, desde luego, marca la diferencia [con respecto a la influencia que la sociedad civil puede ejercer en otros países]», apuntó Peter Bosshard. Los cambios, como siempre en China, han de llegar desde dentro del poder.

En ese sentido, fue una sorpresa y —a la vez— un alivio el artículo de

opinión que Li Fusheng, vicedirector de estudios de evaluación del Exim Bank, publicó en la versión en mandarín del diario oficial *Global Times* en enero de 2011. En referencia a una visita realizada poco antes a Laos y Camboya (promovida por una institución estadounidense) para evaluar el impacto medioambiental y social de las inversiones chinas, Li no se mordió la lengua. «Damos por hecho que vamos [a esos países] a ayudar a la población local con nuestras inversiones, pero la gente en esos mismos países no es eso lo único que aprecia. Probablemente lo que piensan es que los inversores están allí por las recompensas económicas y diplomáticas, o creen que las compañías tendrían que hacerlo mejor de lo que lo están haciendo. La voz dominante en los países receptores (que normalmente proviene del Gobierno local) expresa su gratitud, pero hay voces no dominantes (que provienen de los habitantes, las ONG y una parte de los medios de comunicación) que divulgan su insatisfacción y sus quejas», escribió, reconociendo el perjuicio que las inversiones chinas pueden tener sobre las personas, más allá de la retórica ganador-ganador y de los estrechos vínculos políticos bilaterales.

«Para hacer algo bien, hay que hacerlo cuidadosamente. Todo el mundo reconoce en los países receptores que la ayuda e inversiones de China han contribuido al rápido desarrollo de sus infraestructuras, su generación de energía y su capacidad agrícola. Pero al mismo tiempo, les preocupan sus bosques y vegetación, sus peces migratorios, la protección medioambiental y los realojamientos. [...] Por tanto, allí donde haya un estudio de viabilidad para un determinado proyecto, es muy importante que se lleve a cabo también una evaluación del impacto medioambiental y social», concluyó.¹⁸ Se puede decir más alto pero no más claro. Una opinión que en la China que controla la información de forma obsesiva no puede ser más directa e incisiva. Quizá sea, al fin, una puerta abierta para mejorar la responsabilidad de las corporaciones chinas que están reconstruyendo África y Asia.

Pekín, ¿alumno aventajado del FMI?

«¿Por qué preguntáis si se ha hecho un estudio sobre impacto medioambiental? Ésa no es una información relevante para vosotros», responde, seco, Liu Yang, responsable de Sinohydro en Ecuador, durante una entrevista en sus oficinas de la capital ecuatoriana. La compañía china había iniciado meses atrás los trabajos

preparatorios para construir una presa en el río Coca, el proyecto de infraestructura más importante de cuantos hay en marcha en el país andino y, por ello, el Gobierno de Quito había intercedido para que Liu nos atendiera. Hombre de mediana edad, monosilábico y de gesto grave, tardamos aproximadamente un par de minutos en darnos cuenta de que Liu no está por la labor y que, por tanto, la cita va a ser corta. Nuestro interlocutor habla perfectamente el inglés y, después de dos años en el país latinoamericano, chapurrea el español, pero se aferra a la táctica de utilizar sólo el mandarín para poner un intermediario —el traductor— entre él y nosotros.

Ya que el Exim Bank concedió 1.682 millones de dólares para financiar el 85 por ciento de la obra hidráulica, su mayor inversión en América Latina hasta la fecha, nos interesamos por los detalles técnicos del proyecto para tratar de entender por qué una presa que requiere sólo un dique muy pequeño, como veremos después, tiene un coste tan elevado. «Sobre las cuestiones financieras creo que es mejor no responder», insiste con la misma coletilla, ya con cierta tensión en la sala. Probamos una tercera vía, una pregunta sencillita para tratar de hacernos amigos, y le interpelamos acerca de las motivaciones estratégicas de Sinohydro en Latinoamérica, donde acaba de poner el pie. De nuevo, pinchamos en hueso: «esta información no es relevante para vuestro libro», zanja, cerrado en banda. Punto final a la entrevista.

Así que con el nuevo amanecer, optamos por emprender rumbo hacia El Chaco, en la provincia del Napo, a algo más de 160 kilómetros al noreste de Quito, para ver con nuestros propios ojos cómo Sinohydro está liderando las obras del proyecto. La ruta hacia el corazón de la Amazonía ecuatoriana, por una carretera solitaria que bordea barrancos infinitos con irrepetibles vistas sobre ríos bravos y no menos espectaculares saltos de agua, no decepciona. Después de cuatro horas de curvas entre latigazos de lluvia y niebla, siguiendo la traza de los dos oleoductos transecuatorianos que se surten en la selva amazónica, llegamos al paraíso natural donde la futura presa de la estatal Coca Codo Sinclair proveerá a la red nacional con 1.500 megavatios, o un tercio de las necesidades energéticas del país. Desde un puente colgante sobre el río Coca, justo encima de donde estará ubicada la instalación, un grupo de trabajadores de la compañía explica que más que una presa al uso, se trata de una canalización de 25 kilómetros para llevar el agua —aprovechando el desnivel— a un único punto, río abajo, donde se precipita y provoca un salto.

«La zona de captación de agua requerirá una presa muy bajita. Se trata sólo

de acumular agua para que se canalice por el nuevo cauce, un túnel de 9 metros de diámetro que atravesará 25 kilómetros de roca viva», apunta uno de los técnicos. A varios kilómetros, tres excavadoras abren por el corazón de la selva una vía de 34 kilómetros que permitirá acceder a la instalación. Una máquina arrasa la vegetación y tira abajo árboles, arrancándolos de cuajo y dejando un rastro de tierras revueltas, rocas y cráteres. Las otras dos se esfuerzan en apisonar y nivelar el camino, hacer transitable el barrizal para que puedan acceder otras máquinas que asfaltarán la vía. Luo Chun Hua, ingeniero de Sinohydro, es uno de los tres chinos que trabaja en medio de la selva, junto a un puñado de ecuatorianos. En una mano lleva un machete que usa para abrirse paso entre la vegetación, en la otra un medidor de distancia. Mientras da instrucciones, se queja de los mosquitos y de la lluvia constante, y avisa de que tengamos cuidado al pisar: «está lleno de serpientes».

Luciano Cepeda, gerente técnico de Coca Codo Sinclair, recuerda con zozobra los seis meses que pasó negociando con Sinohydro el anexo de especializaciones técnicas del proyecto. Desde la calidad de los hormigones a la técnica de excavación, pasando por los procesos de fabricación de los materiales, los chinos no querían ser fiscalizados por su cliente, asegura. «Ellos decían: “tú firma el contrato y al cabo de 66 meses [plazo de ejecución de la obra] te doy la llave del proyecto”. En cuanto a calidades y medio ambiente, es una barbaridad. Ningún país aceptaría eso», relata quien tiene la responsabilidad de evaluar y supervisar toda la obra. Cepeda reconoce la hoja de servicios de Sinohydro, el mayor constructor mundial de presas, pero apunta que «indudablemente» el factor decisivo para que la compañía china fuese la elegida en la licitación fue «que pudiera aportar la financiación». Un 85 por ciento de los 1.982 millones de dólares de su coste.

Dicha negociación financiera fue también tortuosa. Un año después de su inicio todo se venía literalmente abajo por lo que el presidente ecuatoriano, Rafael Correa, consideró un «maltrato» chino hacia el negociador ecuatoriano, de manera que dio por concluidas las negociaciones. «De repente negociar con China es peor que hacerlo con el Fondo Monetario Internacional (FMI), nos están pidiendo unas garantías increíbles», estalló. Se refirió sobre todo al requisito exigido por Pekín de que el Banco Central ecuatoriano debía «poner sus activos en garantía», una «barbaridad» según Correa, quien amenazó con reorientar su política hacia China, que en esa negociación se comportó como alumno aventajado del FMI. Palabras gruesas dirigidas a la línea de flotación de

un régimen chino que hace bandera de la discreción y al que la bronca callejera le disgusta especialmente. Sin embargo, la diatriba de Correa surtió efecto: poco después se anunció el acuerdo que daba luz verde al crédito y, por tanto, a la presa de Coca Codo Sinclair.¹⁹ ¿Qué pasó para que la todopoderosa China regulara?

Lo que no salió en la prensa, nos dijeron en Quito, es que el presidente del pequeño país andino sacó el comodín que iba a tocar al gigante asiático en su fibra sensible, que no es otro que Taiwán. «Fue clave que Correa dijera: “si China nos da esas condiciones, nos vamos con Taiwán, que está dispuesto a darnos mejor trato”. Al día siguiente el embajador chino en Ecuador reaccionó y dos después se retomaron las negociaciones», nos dijo en su oficina de la capital ecuatoriana Diego Vega, director de relaciones internacionales de la Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo, quien formó parte de la primera delegación que negoció los créditos chinos. Gracias a ello, China no sólo se prestó a financiar la mayor infraestructura ecuatoriana, sino que desde entonces se ha convertido —prácticamente— en la única opción para hacer viable el ambicioso proyecto de infraestructuras que Quito quiere lanzar para impulsar su desarrollo. Un plan clave para su futuro.²⁰

Para el país andino, el «paquete integral» chino, esto es, su bajo coste y su músculo financiero, es tan atractivo como ineludible en medio del enfrentamiento emprendido por Correa contra *el Imperio* y sus instituciones financieras *afines*,²¹ a lo que hay que añadir el riesgo jurídico que tiene Ecuador para la inversión extranjera. Pero si para Ecuador el gigante asiático es su única alternativa para conseguir fondos, para Pekín sus amplios bolsillos no sólo sirven para que sus empresas estatales hagan caja, sino también para afianzar sus prioridades estratégicas. «La estrategia de China de acometer proyectos de infraestructuras a cambio de acceso preferente a los recursos naturales, una táctica que usa con efectividad en otras regiones, sobre todo en África, está al alza en América Latina, a saber, en Ecuador, Venezuela y Argentina», señala un reciente informe sobre infraestructuras.²²

Además del petróleo, el mayor interés de China en el pequeño país latinoamericano es su sector minero, donde esperan ingentes reservas de cobre, oro y plata relativamente intactas. En paralelo, China concedió otros 2.000 millones de dólares al Estado ecuatoriano en junio de 2011,²³ confirmando así que la relación entre ambos países, después de las turbulencias iniciales, ha tomado por fin velocidad de crucero.

¿Diplomacia de los estadios de fútbol o caballos de Troya?

Hemos visto en Sudán y Ecuador, dos países radicalmente distintos y separados por miles de kilómetros, lo bien que encaja el paquete que China pone encima de la mesa con las necesidades de desarrollo, sobre todo en estos tiempos de arcas vacías y mercados secos de liquidez. Desde la óptica de los países receptores, el nuevo *banquero del mundo* les brinda a corto plazo una alternativa imbatible para acometer sus infraestructuras. Se trata de una seductora oferta en mano: financiación blanda, mínimo coste y máxima rapidez. Si, además, el país en cuestión no quiere someterse a los dictados de los estándares sociales, medioambientales o de buenas prácticas internacionales, no digamos ya si están enfrentados de un modo u otro a Occidente, Pekín se presta también al quite con la coartada de la no interferencia en los asuntos de terceros países. Todo ello contrariamente a la actuación de otros actores internacionales, que consideran inaceptable la inobservancia de dichos estándares.

Gracias a los vínculos de sangre que resultan de estas relaciones, China ha acaparado una influencia económica y diplomática superior a la que, probablemente, jamás pensó que podría disfrutar de forma tan inminente. Pero, aunque la crisis haya acelerado un fenómeno —la emergencia de China— que iba a producirse antes o después, lo cierto es que el formato y los acontecimientos han encajado a la perfección en la estrategia oficial diseñada por los líderes comunistas de, por un lado, garantizar su suministro futuro de materias primas y, por otro, que sus empresas estatales *salgan fuera*,²⁴ se internacionalicen y aborden nuevos mercados. Si décadas atrás las infraestructuras que China abordó fuera de sus fronteras tenían un irrefutable componente ideológico, como veremos con el famoso tren Tazara africano, en la actualidad la motivación es estratégica.

Asfaltar el futuro de la nueva China contribuye también al desarrollo de otros, como comprobamos a lo largo de nuestra ruta. Hay ejemplos en los tres continentes: desde la reconstrucción de un país asolado por la guerra como Angola, donde Pekín levanta miles de viviendas y arma una red de transporte casi desde cero, hasta las carreteras de la República Democrática del Congo o los oleoductos de Sudán, Turkmenistán y Birmania. Lo mismo ocurre con los ambiciosos proyectos ferroviarios previstos en Venezuela o Argentina, pasando

por carreteras imposibles en Irán o Mozambique, y la cimentación de una vía estratégica que une Xinjiang con el Océano Índico a través de la Cachemira pakistaní. Ello sin contar con el salto cualitativo que supone poder instalar y lanzar satélites, como ha sido el caso en Nigeria y Venezuela. Sin duda, en la silenciosa conquista china del mundo, las infraestructuras juegan —por su magnitud y visibilidad— un papel táctico tan importante que Pekín las usa incluso como instrumento para ejercer su poder blando, incluyéndolas cuando procede en el cajón de sastre de la ayuda y cooperación exterior del Estado.

Así, el primer y único informe sobre la ayuda exterior china publicado —en abril de 2011— por el Consejo de Estado chino, contabiliza 2.025 proyectos construidos y financiados por el país asiático en el extranjero hasta finales de 2009.²⁵ Indudablemente, ya que las infraestructuras son —por las razones explicadas anteriormente— un recurso al servicio de los intereses patrios, también sirven para premiar lealtades o para seducir a los más remolones en el baile de los intereses creados. No faltan quienes creen que esa persuasión estratégica tiene también un lado perverso, que no es otro que el de colocar un caballo de Troya como ariete de la expansión económica china en el país de destino.

Para ver *in situ* uno de esos «regalos», volamos a San José de Costa Rica, ciudad a la que llegamos en una lluviosa y tropical tarde del mes de octubre de 2010. Como veremos detalladamente en el capítulo ocho, el país más importante de Centroamérica fue el penúltimo en pasarse a la trinchera de la China comunista, después de toda una vida de lealtad a Taiwán. Pekín abría con ello una brecha en el baluarte diplomático de Taipei y, por tanto, eso merecía un premio.

Desde cerca, el regalo tiene una pinta realmente espléndida. El coqueto Estadio Nacional, cortesía de Pekín al módico precio de 89 millones de dólares, está situado en el corazón de la capital y, durante nuestra visita, faltaba poco para su conclusión. En el exterior del recinto, grupos de peones costarricenses y emigrantes hondureños ultiman las aceras, transportan sacos y pican piedra, pero es en el interior donde está la verdadera acción. Rosi, una de las pocas féminas chinas que trabajan allí, nos abre las puertas en cuanto comprueba que no somos «ticos». «El diseño y la construcción son completamente chinos y tiene capacidad para 35.000 espectadores», apunta, mientras observamos un puñado de máquinas asfaltando la pista de atletismo y a varios obreros de Anhui Wai Jing, la estatal china encargada de su construcción, colocando asientos en la

gradería. «Llegamos a ser 800 chinos trabajando en el estadio, pero ahora sólo quedamos 134», indica Rosi, a la vez que confirma que las donaciones de infraestructuras se levantan con mano de obra china y materiales de construcción que entran en el país de destino libres de impuestos.

El regalo tenía una indudable motivación política, del mismo modo que la «diplomacia de los estadios de fútbol» ha llevado al gigante asiático a levantar decenas de coliseos en África, muchos de ellos obsequios y otros tantos envueltos en algún formato de cooperación.²⁶ Sin embargo, la compañía china aprovechó la construcción del «estadio de la amistad» para crear una empresa subsidiaria²⁷ que, aprovechando su mano de obra *in situ* y la entrada libre de impuestos de materiales y maquinaria, compitiera en condiciones más ventajosas en las licitaciones de los proyectos públicos o, incluso, entrara en el sector privado. Antonio Burgués, antiguo ministro con el ex presidente Óscar Arias, primer embajador del país centroamericano en Pekín y agradable conversador, no tiene duda, cuando se cita con nosotros en una cafetería de moda en San José, de que se trata de un caballo de Troya para llegar, penetrar y conquistar el mercado.²⁸

«¿Un regalo?», pregunta. «China no regala nada. Si China te da un estadio, le está quitando a su gente un hospital, porque es aún un país en desarrollo. ¿Cómo puede entonces hacerte un regalo?», razona acerca de la naturaleza de las donaciones chinas. El caso de la subsidiaria china levantó, en medio de la luna de miel que vivían por entonces ambos países, bastante polvareda, no sólo al denegar San José el visado a un centenar de trabajadores chinos que debían levantar un complejo de viviendas, sino porque trascendió que el agregado comercial de la embajada china en San José y directivos de la empresa estatal presionaron e hicieron regalos, como un solo hombre, a los funcionarios costarricenses en Pekín al objeto de que dieran luz verde a la concesión de los permisos. El revuelo político y mediático, la denuncia de competencia desleal de los constructores locales y la denegación de los visados llevaron a la compañía china a abandonar el proyecto privado.²⁹ El escándalo no impidió que honrara su compromiso y completara, según el guión establecido, las obras del Estadio Nacional.

Burgués conoce bien esas presiones. Recuerda que las autoridades chinas no cejan en su empeño de abordar la cuestión de la «flexibilidad» de las políticas migratorias hacia China: «es una cuestión recurrente, se pasan el 30 por ciento del tiempo que te conceden en una entrevista hablando de ello», explica quien,

siendo embajador en la capital china, frenó una trama de emigración masiva de chinos a Costa Rica. «Los chinos tienen una estrategia y tratan de conseguir lo que quieren como sea. Con la mano izquierda o con la derecha», dice, refiriéndose a la legalidad y la ilegalidad. «El embajador [chino] es quien guarda las formas, jamás se inmiscuye en asuntos turbios. Pero siempre hay alguien en la embajada, el agregado comercial o alguien por el estilo, que prueba», continúa. Por eso cree que «hay que marcarle los límites a China, porque no son un Estado de Derecho, son un Estado de hecho. Necesitamos instituciones fuertes, no podemos permitir que venga el lobito y sople nuestra casa y ésta se venga abajo, como si fuera de paja», explica metafóricamente. «China quiere africanizar América Latina, se creen que somos paupérrimos y corruptos», zanja.

Dar de comer a 1.300 millones de personas

Un ejemplo de inversión en infraestructuras con fines estratégicos es la que, por valor de 1.400 millones de dólares, acomete en Argentina la estatal china Beidahuang State Farms Business Trade Group, originaria de la provincia nortea de Heilongjiang y primer productor de soja de China. La corporación suscribió en 2011 un acuerdo con el gobierno local de la provincia de Río Negro, situada a las puertas de la Patagonia argentina, para habilitar 320.000 hectáreas de tierra actualmente yerma. En el transcurso de los próximos cinco años, Beidahuang invertirá 850 millones de dólares para llevar agua y energía a la zona para irrigar las tierras y hacerlas cultivables. En paralelo, la empresa pondrá encima de la mesa 500 millones de dólares adicionales para mejorar las infraestructuras de la provincia, en particular la adecuación del puerto de San Antonio-Este, cuyo derecho de uso recaerá en el país asiático durante los próximos cincuenta años.

La capacidad de los muelles será mejorada para permitir la entrada de buques chinos de hasta 40.000 toneladas —cuatro veces mayores que los actuales—, que transportarán hasta las costas chinas la soja, el maíz y la fruta producidos en tierras argentinas. «Ustedes son dueños del mercado y del dinero. Nosotros del clima, la tierra y la naturaleza. Somos socios perfectos: pongan lo que tienen donde nosotros lo necesitamos para beneficio de ambos. Eso es lo que dijimos a los chinos», nos explicó en Buenos Aires el representante de la provincia de Río Negro en la capital argentina, Óscar Gerardo Gómez, para

resumir la conveniencia del acuerdo. «Sin esa inversión no podemos siquiera pensar en plantar nada. Pero a cambio de la inversión, le aseguramos a China que la producción de los próximos veinte años será para ellos. Toda [la venta de alimentos] se hará de forma transparente y a precios de mercado», aseguró.

De esta forma, China se garantiza que durante las dos próximas décadas las cosechas que den esas 320.000 hectáreas servirán para su abastecimiento. La particularidad del acuerdo es que la mayoría de tierras, que actualmente no son adecuadas para el cultivo por la falta de agua y, por lo tanto, resultan improductivas, seguirá estando en manos de sus propietarios originales. China se quedará con un 30 por ciento —cerca de 100.000 hectáreas— como garantía de su inversión, pero los terratenientes podrán recuperar las tierras en veinte años, si pagan «al precio que marque el mercado entonces». Desprenderse de un 30 por ciento no parece una cantidad excesiva si se tiene en cuenta que, según el gobierno argentino, una hectárea de tierra improductiva en la región cuesta actualmente 200 dólares y, tras la inversión china, el precio podría alcanzar entre 5.000 y 10.000 dólares por hectárea. «Mucha gente se va a hacer rica», prevé Gómez, en referencia a los pequeños y medianos propietarios que actualmente son dueños de las extensiones.

La única obligación de los propietarios es cultivar sus tierras. «El que producirá las tierras es el argentino, que será asistido por la empresa china y a quien se le dará facilidad de crédito para comprar maquinaria y semillas. Beidahuang dirá qué debe plantarse, puesto que asegura la compra de la producción. La obligación del productor, que se beneficiará enormemente de la llegada de inversión china, es cultivar. Si los propietarios no quieren hacerlo tienen dos opciones: alquilar o vender las tierras. Pero éstas tienen que producir, sea como sea, y si no lo hacen, se les expropiará», nos dijo Gómez, uno de los artífices de este acuerdo.

China dispondrá, además, de 3.000 hectáreas para experimentar con los cultivos que mejor se adaptan a las condiciones climáticas y ambientales de la zona de Río Negro. «Beidahuang ha pedido establecer centros de investigación para desarrollar su tecnología en tierras argentinas. Quieren ver también qué productos se aclimatan mejor a las condiciones locales. Puede ser soja, maíz, frutas, vid u olivo.» Las autoridades de Río Negro, que, como las demás provincias argentinas, goza de considerable autonomía respecto al Ejecutivo nacional, aseguran que el pacto con los chinos es el «mayor proyecto de desarrollo hecho jamás en Argentina», ante lo cual «otras regiones del país

quieren emularlo por sus beneficios económicos». Las previsiones más optimistas apuntan a la creación de 100.000 puestos de trabajo gracias al capital chino, una parte de forma directa como mano de obra para cultivar la tierra y otra para desarrollar los servicios vinculados a la actividad agrícola: transporte, almacenamiento, refrigeración, etcétera.

«Es un acuerdo excelente para la provincia. No hay nadie produciendo en esas tierras y además no dependes del gobierno nacional para el acuerdo. Es el pacto con el que sueña todo el mundo. Se trata de expandir la frontera de producción», nos dijo Mariano Turzi, profesor de relaciones internacionales de la Universidad Torcuato Di Tella. Este experto en cuestiones relacionadas con la soja y en relaciones bilaterales entre China y Argentina estima que la naturaleza de esta inversión es diferente a las llevadas a cabo por las multinacionales alimenticias, como Cargill o Dreyfus, que operan en Argentina. «No es lo mismo. Aquí está el Estado chino detrás», subraya. Turzi se refiere a la capacidad de Beidahuang, una de las empresas chinas de producción de alimentos más importantes del país, para llevar a cabo una multimillonaria inversión en un país donde planea la sombra de la inseguridad jurídica.³⁰

«Los otros inversores no lo hacen porque no se fían del marco inversor de Argentina», había admitido el representante de Río Negro en su oficina bonaerense. De hecho, con su fabuloso desembolso en un país con pocas garantías legales, legendarios cuellos de botella logísticos y un sector agrario politizado y conflictivo, China asume —al menos a priori— un riesgo considerable. Si la inversión fructifica como está planeado, estaremos ante un concluyente ejemplo de lo que en Pekín se llama la *cooperación ganador-ganador*: si la soja es a Argentina lo que el petróleo a Arabia Saudí, para China una inversión millonaria en infraestructuras en un mercado tan inestable sólo se justifica con criterios estratégicos. Que detrás de Beidahuang se vislumbre la alargada sombra del Estado chino, no es por tanto casualidad. Los riesgos son asumibles cuando la prioridad nacional número uno es alimentar al país más poblado del planeta.

Ello explica que la inversión china en Argentina, junto con la de Brasil, la potencia agroalimentaria de América Latina, vaya mucho más allá de la mera transacción comercial.³¹ «China ha invertido mucho en África para extraer y transportar recursos naturales. En la cuestión de la seguridad alimentaria la estrategia es la misma: tenemos que invertir para garantizar el suministro», nos explicó en la capital china Zheng Fengtian, profesor de la Universidad de Pekín

y gran experto en producción agrícola del gigante asiático. «China quiere seguir siendo autosuficiente en alimentos como el arroz, fundamental en la dieta china y, por tanto, estratégico. Pero en otros productos, como la soja o el maíz, que sirven para alimentar a los animales, no será posible. Hay que importar, pero ¿cómo hacerlo? Hay tres estrategias, muy similares a como China se ha abastecido de petróleo: comprar en el mercado mundial, adquirir participaciones en empresas alimenticias mundiales para controlarlas y, por último, comprar tierra en otros países. De todas, la menos deseable es comprar en el mercado mundial, por cuestiones de seguridad. ¿Qué pasaría si los grandes productores de alimentos como Estados Unidos o Brasil deciden prohibir sus exportaciones?», se pregunta.

La inversión en Río Negro permite, por tanto, entrar de lleno en el sector agroalimentario argentino para contribuir a la seguridad nacional sin tener que pasar por los dictados del mercado. Y lo más importante: con ello el suministro se garantizaría incluso en un escenario de escasez como el actual, que ha llevado los precios de los alimentos a un crecimiento continuado —y se cree que duradero—, cuyas consecuencias políticas se han hecho sentir en el mundo árabe.³² «Aunque hemos logrado abastecernos por nosotros mismos en alimentos básicos, Argentina es un país muy importante para China, cuya población sobrepasa los 1.300 millones de personas. Prueba de ello es que Argentina es hoy el tercer mayor exportador de alimentos a China. Por tanto, China mira a Argentina en lo agropecuario como una oportunidad comercial y como una necesidad estratégica. Ambas cosas son importantes para China», nos explicó Yang Shidi, consejero comercial de la Embajada de China en Buenos Aires.³³

Los 1.400 millones invertidos en Río Negro tienen todo el sentido para Pekín, más aún cuando el escenario a futuro es cuanto menos preocupante para países que, como China o la India, cuentan con grandes poblaciones que están enriqueciéndose a toda velocidad, disponen de recursos naturales limitados y están acometiendo una urbanización acelerada.³⁴ «El consumo de carne de cerdo por habitante aumenta medio kilo cada año. A esto hay que sumar el impacto del éxodo de la mano de obra del campo a la ciudad: cada año el 1 por ciento de la población china, unos 13 millones de personas, dejan de trabajar el campo para ir a vivir a las ciudades.»³⁵ La consiguiente sofisticación de la dieta nacional, que ha llevado a que un chino consuma hoy 54 kilos de carne anuales por 25 kilos hace tan sólo dos décadas, exige ingentes recursos adicionales para un país

que ya de por sí dispone de capacidades exiguas: con tan sólo el 7 por ciento de la tierra arable del planeta, China tiene que alimentar a una quinta parte de la Humanidad.³⁶

«La mayoría de chinos no tiene hoy problemas para alimentarse, pero cuando su nivel de vida aumente, modificarán su dieta y en vez de arroz incrementarán el consumo de carne. Y los recursos necesarios para producir un kilo de carne son los mismos que para obtener varios kilos de grano», nos dijo Cai Fang, experto de la Academia China de Ciencias Sociales, para explicar que un cambio en la dieta supone también un aumento drástico en la producción de grano. Todo ello sin contar la escasez de otros recursos, como el agua, cuyo índice per cápita es en China de los más bajos del mundo, o los efectos del cambio climático en la caída de las cosechas.³⁷ A esta situación extremadamente complicada se ha venido a sumar la perversa competencia que recientemente ha creado la industria de los biocombustibles para la alimentación del ser humano.

En consecuencia, las empresas de países como Corea del Sur, Japón, las naciones del Golfo Pérsico o China contemplan ya la posibilidad de adquirir tierras fértiles en Asia, África y América Latina para garantizar el suministro alimentario futuro para sus poblaciones. El fenómeno de la adquisición de tierras ha acaparado también la atención de la prensa mundial y de instituciones como el Banco Mundial o la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO, en sus siglas en inglés). Los activistas y organizaciones no gubernamentales alertan de que el «robo de tierra» (*grab land*, en inglés) es una nueva forma de colonialismo que provoca no sólo desplazamientos masivos de poblaciones indígenas que ven en la tierra el vínculo con sus antepasados, sino también la creación de naciones con monocultivos, en donde, básicamente, se cultiva para satisfacer la demanda de otros, sin importar la propia seguridad alimentaria.

Las informaciones publicadas por los medios apuntan a que China sería uno de los principales motores de esta compra mundial de tierras, con adquisiciones de cientos de miles de hectáreas en lugares como Filipinas, Madagascar o Brasil para controlar verticalmente la producción de, entre otras cosas, soja.³⁸ Ello ha provocado la reacción de varios gobiernos, como el brasileño y el argentino, que se han apresurado a aprobar legislaciones para limitar o restringir la compra de tierra por parte de extranjeros. «El arrendamiento de tierras en el exterior por parte de China está en su fase inicial. En nuestro país, cuando quieres invertir masivamente en algo, primero lo pruebas, para comprender el entorno local. En

África hay mucha tierra, pero también hay muchos conflictos. Por eso son mejores países los de América Latina, como Brasil o Argentina», concluye el profesor Zheng. «Es muy probable que en el futuro veamos más compra de tierra», vaticina. La consigna, por tanto, parece ser la que lanzó el escritor estadounidense Mark Twain el siglo pasado: «¡Comprad tierra, no se fabrica más!»

¡Jackpot en la Zona Económica Especial!

La moderna autovía que brinda una cómoda salida desde Yunnan por el sur, hacia la frontera de Laos, supera Mengla y aborda los últimos kilómetros antes de la frontera. La actividad es allí mínima, lo que explica que la mayoría de comercios que exhiben souvenirs, piezas de jade y té falso de *Pu-er* que se vende como auténtico, estén con la persiana echada al tiempo que no se adviertan clientes en los restaurantes que sirven cocina yunnanesa. Cruzamos hacia Laos por el puesto fronterizo reglamentario, pese a que muchos chinos optan por pasar al otro lado por dos kilómetros de jungla, en motocicleta, para llegar ilegalmente hasta Boten, donde una empresa china de capital privado, Golden Boten City Company, ha levantado una de las infraestructuras que, en medio de la expansión internacional del gigante, más sonrojo provoca en los círculos de poder de Pekín. A pocos metros de la frontera, ya en suelo laosiano, el Gobierno de Vientiane declaró recientemente Boten como Zona Económica Especial china, un área de seis kilómetros cuadrados que debía atraer inversión china para levantar fábricas y talleres, gracias a unas ventajosas condiciones fiscales y a un atractivo precio del suelo. Los bajos sueldos de los laosianos iban a proporcionar —en teoría— la otra pieza del engranaje para convertir el lugar en una zona industrial. Sin embargo, Boten es *de facto* una ciudad china convertida en un santuario para la diversión sin límites: la meca de juego, la prostitución y las drogas.

Antes de que la compañía china y el Gobierno laosiano sellaran su alianza, Boten era un pequeña localidad donde sus habitantes vivían de la agricultura y de los monos, osos y demás animales salvajes que vendían vivos en el mercado. Ahora, como ocurre en muchos otros lugares situados en el lado birmano o laosiano de la frontera, toda la actividad económica en este enclave donde residen 5.000 chinos gira en torno al casino situado dentro del hotel Royal. El sello en el pasaporte confirma que estamos, efectivamente, en Laos, pero nada

ha cambiado: en Boten sólo se habla mandarín, se paga en yuanes y se utiliza teléfono móvil gracias a *China Mobile*. Es viernes por la tarde y la actividad por sus calles se anima por momentos, lo que demuestra que, con toda seguridad, hay más tráfico de personas a través de la jungla que en la frontera administrativa. En el hotel Royal, la edificación que preside, desde lo alto, la localidad, un paradójico cartel da la bienvenida antes de los detectores de metales: «el juego es ilegal para los ciudadanos de Laos y China», reza.

En las entrañas de un edificio amarillo pastel que alberga 380 habitaciones, todas ellas ocupadas durante nuestra visita, se abre paso un inmenso centro de culto al juego donde se alinean máquinas tragaperras y ruletas electrónicas de última generación importadas desde Reino Unido. Son, sin embargo, la antesala del verdadero centro neurálgico de las apuestas: el bacará. Entre miradas escudriñadoras, comprobamos que la puesta en escena no puede ser más surrealista. En medio de la humareda provocada por el tabaco y los gritos agudos de las mujeres que abrazan sus canastas con las fichas de juego, varias decenas de chinos se agolpan sobre los tapices verdes, mientras los crupieres reparten suerte y las bolitas ruedan por las ruletas. No hay atisbo de entretenimiento en la sala, donde se respira una mezcla de ansiedad y júbilo. Se apuesta fuerte, incluso con montones de fichas de 1.000 renminbi por jugada, a un solo número. No faltan tampoco los guiños a la superstición, con altares donde reposan, entre ofrendas florales, las estatuillas del Dios de la Fortuna (Cai Shen, 财神).

Este inmenso centro del libertinaje, imposible por ilegal en territorio chino, se divide en salas con nombres tan sugerentes como «Habitación de la felicidad total (bai fu ting 百福厅)» o «Sala de la riqueza (fui gui ting 富贵厅)». Todo estrechamente vigilado por docenas de cámaras de seguridad que, a la vez que vigilan todos los rincones de todas sus salas, sirven de vehículo para expandir el negocio a la madre patria. A través de sus lentes y gracias a Internet, el casino cruza virtualmente la frontera permitiendo que sus clientes chinos puedan apostar en tiempo real desde sus hogares sin temor a ser cazados por la policía. El vicio al otro lado de la frontera ha creado un nuevo empleo para los buscavidas que deambulan por Boten: el intermediario o agente.

Sentados en las mesas más selectas del casino o apostando en varias mesas a la vez, se les reconoce por los cables que cuelgan de sus orejas que, a través del teléfono móvil, les comunican con el verdadero cliente, quien, a través de su pantalla de ordenador puede seguir en tiempo real las evoluciones de cada mesa.

«¿En qué mesa quieres apostar? ¿Cuánto quieres apostar? ¿Qué número prefieres? ¿Lo quieres dejar?», escuchamos, con discreción pero sin pudor, mientras deambulamos por este parque temático para adictos al juego. Sólo al intercambiar las baterías de los móviles se distraen de su cometido de ejecutar las órdenes de apuesta. Al caer la noche, la actividad alcanza su punto álgido. Las casas de empeño hipnotizan a los clientes con sus neones para que vendan relojes, joyas y ordenadores, y puedan así seguir con el desenfreno. Los restaurantes atraen a los clientes con sus aromas de chile y jengibre. La oscuridad brinda también la ocasión para que la ciudad pierda la discreción que la luz impone durante el día: a las siete de la tarde una marabunta de prostitutas asalta a los clientes que van al casino, ofreciendo dos horas de amor a cambio de 300 yuanes (35 euros).

Son decenas, quizá más de un centenar, las jóvenes venidas de toda China que, con faldas cortas y maquillaje exagerado, reparten tarjetas donde figura un solo número de teléfono —el del chulo o la madame que las llevó hasta allí— y un dígito del 1 al 9 que las identifica. Incluso la prostitución está aquí, en este enclave al norte de Laos donde no existe el Estado laosiano, controlada por Golden Boten City Company, conocida como *la Compañía*. Son los amos y señores de todo. Recaudan impuestos, aprueban regulaciones, establecen el precio de los alquileres. Controlan incluso la justicia, en manos de un grupo de mafiosos que hasta disponen de una cárcel ilegal donde se hostiga, tortura, secuestra e incluso mata a los clientes morosos que tomaron dinero prestado del casino y no pudieron devolverlo. «Si tienes contactos o dinero al otro lado de la frontera, podrás vivir, si no, te espera la tortura y seguramente la muerte. Algunos aseguran que han visto cadáveres flotando en el río», nos dijo una joven empleada en una peluquería.

En este *Chicago Años 20* en territorio laosiano, la seguridad corre a cargo de un grupo de mercenarios que visten uniformes idénticos a los de la policía china y que conducen vehículos donde se lee la palabra *police*, pero no responden a ningún código o moral, ni siquiera a la ley. Las deudas dictan aquí quién vive y quién no. *La Compañía* ha convertido Boten en el salvaje oeste: «si algo sucede, nosotros nos encargamos de todo. Si contactas con la policía de Laos, ellos acudirán a nosotros para que resolvamos la situación», nos explica sin tapujos Huang, director y socio de Golden Boten City Company, durante una breve cita en su oficina. En las paredes cuelgan fotografías de los directivos chinos con políticos laosianos, incluido el primer ministro. Un vídeo de sus

matones torturando y maltratando a morosos de nacionalidad china, que fue grabado con un teléfono móvil y que emitió una televisión de Hong Kong, provocó la reacción de las autoridades chinas, quienes tratan desde entonces de cerrar el casino.

Según Huang, los planes de futuro para Boten incluyen cuatro nuevos hoteles, un campo de golf e infraestructura turística diversa, además de un mercado de joyas para aprovechar la cercanía con Birmania y Tailandia, países productores de piedras preciosas. En nuestro viaje por el sudeste asiático comprobamos que el de Boten no es un caso aislado. Otros casinos hábilmente camuflados dentro de Zonas Económicas Especiales son, como en Boten, una realidad en medio de la selva laosiana o birmana, donde empresas chinas erigen complejos turísticos de primera magnitud, incluidas carreteras y otras infraestructuras, que son alimentados por el flujo de dinero que entra en los casinos. Uno de ellos, donde hicimos noche, es la Zona Económica Especial del Triángulo del Oro, situada a cinco horas y 250 kilómetros de Boten, a orillas del Mekong y en el epicentro de una de las zonas de cultivo y tráfico de opio más famosas del mundo.³⁹ No hay ni rastro de industrialización o de creación de complejos manufactureros que den trabajo a la población local y contribuyan al desarrollo económico del lugar. Construyen las infraestructuras necesarias para hacerlas operativas, desde carreteras de acceso que atraviesan la jungla a embarcaderos en el río Mekong, pero no son más que simples *zonas de excepción* controladas por la inversión china que, un siglo y medio después, traen a la memoria la punzada colonialista occidental sufrida por China. Pero revirtiendo el orden: es el capital chino el que ha encontrado ahora sus *concesiones*, como nos certificó el profesor australiano Chris Lyttleton, al comparar el estatus y trato dado por China a Boten o el Triángulo del Oro con el libertinaje imperante en la China del opio y la prostitución de inicios del siglo XX.

Las nuevas víctimas de la fábrica del mundo

«La amistad entre China y Mozambique se impondrá como
el Cielo y la Tierra»

Lema chino en la entrada del Estadio Nacional de
Maputo.

En las afueras de Maputo, el flamante Estadio Nacional brilla con luz propia en medio de la tenebrosa miseria que azota a uno de los países más pobres de África. Para llegar hasta él, hay que abrirse paso por entre el tráfico denso de minibuses y vehículos *pick up* sobresaturados de pasajeros, que imponen un ritmo imposible sobre el asfalto y colapsan el extrarradio de la capital mozambiqueña. En las polvorientas cunetas, la inercia no cesa, electrizante. La carretera N1, junto a la cual se alza la infraestructura, destapa la esencia africana: desfile de mujeres con bebés a la espalda y sacos de arroz o maíz sobre la cabeza, niños vestidos de uniforme que van o vuelven de la escuela y venta ambulante de toda índole, desde carbón, neumáticos o leña a tarjetas de telefonía móvil, fruta o gasolina. Inunda el ambiente un hedor a basura y plásticos que queman a combustión lenta en los alrededores.

En la explanada adyacente al estadio, decenas de personas que transpiran pobreza por la piel despliegan productos básicos sobre mantas improvisadas en el suelo. Venden ropa barata, carne y pescado de aspecto enfermizo, bebidas a temperatura ambiente; también esmalte de uñas y pastillas de jabón, legumbres y

frutos secos, tomates, naranjas y herramientas varias. Sobreviven al sol plomizo, a las ventas exiguas, al lloro incesante de los bebés. A escasos metros, un recinto amurallado con la entrada cerrada a cal y canto, presidida por un tejado de estética arquitectónica china del que cuelgan varios farolillos rojos, alberga la construcción de un magnífico estadio de fútbol con capacidad para 42.000 espectadores. Erigido por la empresa estatal china Anhui Wai Jing,¹ el coliseo estaba llamado a ser el orgullo de todo un pueblo. Hasta que las huelgas, los altercados y la violencia convirtieron al más simbólico de los proyectos chinos en Mozambique en un polvorín.

Junto al portón metálico que separa ambos mundos, sin embargo, un lema con poético acento oficial plasma en la pared los lazos de sangre que, supuestamente, unen a los dos países: «La amistad entre China y Mozambique se impondrá como el Cielo y la Tierra», reza solemne, en portugués y mandarín. Otro alude a la «perfección» de un proyecto que dará «gloria a China». Intrigados, franqueamos la entrada para sumergirnos, una vez más, en uno de esos enigmáticos y —a la vez— ganadores proyectos de infraestructura chinos que, a precio de saldo, pone Pekín habitualmente sobre la mesa como moneda de cambio para conquistar el mundo, como vimos en el capítulo anterior. ¿Cómo será la vida intramuros?, nos preguntamos mientras nos asaltan distorsionadas notas de música pop china de los años ochenta escupidas por los altavoces del recinto. En esta ocasión no seguíamos la pista a la calidad de las carreteras, al impacto de una presa o a la naturaleza de sus infraestructuras «llave en mano», sino que nos interesaban las condiciones de los miles de trabajadores anónimos que las erigen: ¿Es una experiencia divina ser el eslabón entre el Cielo y la Tierra?

Deng, responsable del proyecto, nos da la bienvenida con una amable sonrisa. Entre su recelo inicial y su calurosa acogida posterior sólo media una corta conversación, la que necesitó nuestro guía chino para llevarlo a nuestro terreno. Una vez más, comprobamos que la *palabra de compatriota* hace milagros lejos de la madre patria. Deng autoriza nuestra presencia y designa a Jiang Ning, el ingeniero jefe, como maestro de ceremonias para que nos guíe por el recinto. Ataviado con un mono de trabajo corporativo de color fucsia, Jiang explica que llegó a Mozambique desde su Anhui natal, provincia oriental de China, cuando empezaron las obras.² Eso fue hace casi dos años y no ha regresado a su país desde entonces. A cambio de multiplicar su sueldo, ofrecerle un futuro profesional y procurarle un atajo hacia el bienestar a su hijo, la

empresa le exige el máximo compromiso. Esto es, dos años seguidos de duro trabajo, sacrificios familiares y disciplina diaria a partir de las siete y media de la mañana, seis o siete días por semana. A la conclusión de su etapa en Mozambique, se vislumbran recompensas adicionales: nuevas oportunidades, otros países. A Jiang le encaja. Con 35 años, no tiene otra prioridad que amarrar el futuro. Aunque sea a costa de no ver crecer a su retoño.

Entre tantas obligaciones, los 260 trabajadores chinos, todos ellos de Anhui, apenas han salido de la obra en los 24 meses que llevan en Mozambique. «Casi nunca dejamos el campamento. No hablamos portugués. No conocemos el lugar. Y si salimos, gastamos dinero, cuando lo que queremos es ahorrarlo todo», justifica Jiang. Además, comparado con la anarquía exterior, dentro reina el orden y disfrutan de unas condiciones que ya querrían para sí los millones de emigrantes rurales que en China alimentan la *fábrica del mundo* a cambio de míseros sueldos. No es sólo que en Mozambique cobren el triple de lo que ganarían en su país por trabajos parecidos; es que, además, viven en decentes barracones flanqueados por pequeñas parcelas ajardinadas, duermen en literas de a cuatro con mosquitera, disponen de televisión con señal china, conexión a Internet y cocina regional de Anhui tres veces al día. Para que estén como en casa.

«La vida está bien aquí. Tengo un dormitorio individual, paso mis ratos libres viendo películas y jugando al *mahjong*.³ Y puedo hablar con mi hijo a través de Internet. No tengo queja», explica Jiang. Mientras paseamos por el recinto, un hormigueo de salpicaduras fucsia resalta sobre el suelo gris: son los pequeños grupos de obreros chinos y mozambiqueños que trabajan en equipo asfaltando la pista de atletismo del estadio, completando las aceras de acceso y remachando instalaciones eléctricas. Se respira un clima aparente de normalidad, pero no es oro todo lo que reluce. La relación entre chinos y locales no es buena, deteriorada por la incomunicación, la discriminación laboral que sufren los africanos y las trifulcas pasadas. Jiang evita los rodeos al juzgar a sus compañeros locales: «nosotros queremos acabar este proyecto cuanto antes e irnos a casa; ellos no quieren hacer horas extras, son muy lentos en sus labores y siempre se quejan». Lamentos que, sin embargo, él mismo legitima —casi sin darse cuenta— en cuanto explica que un obrero chino no cualificado gana, de media, 850 dólares mensuales y tiene espléndidamente cubiertos el alojamiento, la comida y el seguro médico, mientras que los mozambiqueños apenas superan los 150 dólares al mes, sin beneficio adicional alguno.⁴ En portugués, idioma

fuera de alcance para los jefes chinos, algunos obreros locales con los que dialogamos brevemente aprovechan para mostrar su descontento por el desigual rasero. «El trato es muy malo. Algunos jefes son muy duros», explica uno de ellos. «Pagan muy poco», dice otro. «Ellos fingen que nos pagan, nosotros fingimos que trabajamos», resumen, irónicos.

Celso, obrero y soldador de 24 años, es uno de los que más ganas tiene de entablar conversación con los *branquinhos*, pero estamos rodeados de sus jefes chinos. Suda generosamente bajo el casco azul, lleva gafas de sol, mascarilla y un mono blanco cuyo color original ya sólo se distingue a la altura de los hombros, teñido como está de grasa desde los pies hasta el pecho. De su cuello cuelga un crucifijo blanco que resalta sobre su piel negra. Estrechamos amistosamente su mano y sonríe, hasta que una de nuestras preguntas borra su expresión de un plumazo.

— ¿Qué tal el trabajo aquí? ¿Cómo os tratan los chinos?

— Muy mal... hay muchos problemas aquí...

— ¿Quieres contarnos lo que está pasando? ¿Nos vemos cuando acabes tu jornada?

— Sí. Salgo en una hora, a las cinco y media.

— Estaremos delante de la puerta principal, te esperamos en el interior de un coche blanco.

— Allí estaré...

Celso llega puntual a su cita. Sube al coche con el semblante serio y va directamente al grano. A medida que avanza en su relato comprendemos que Jiang Ning, el solícito *número dos* del campamento, se quedó bastante corto al describirnos —y justificar— la situación laboral de sus colegas africanos. Con mirada cristalina y un discurso sin fisuras, Celso detalla unas condiciones laborales fronterizas con la explotación laboral, tan precarias que en cualquier otro lugar serían ilegales. Explica que trabaja en jornadas de nueve horas sin parar, horas extras aparte, y que no descansa ni un solo día al mes para poder ganar más. La empresa no procura contrato laboral, ni seguro médico, ni beneficios de ninguna clase. Mucho menos alojamiento o transporte. Y, con cada nómina, se lleva una sorpresa, apunta. «Cada mes la compañía me quita una parte de mi salario, pero no sé en concepto de qué», se lamenta. Deducciones de distinta índole explicadas insuficientemente, que cambian mes a mes y empleado a empleado, que alimenta en éstos la sensación de que la empresa les «está robando». Celso denuncia también que no prueban bocado durante toda la

jornada, pese a que los chinos almuerzan puntualmente, a diario, en la cantina *sólo para chinos*. Sólo cuando hacen horas extras les entregan unos mendrugos de pan. «¿Has visto las barras de pan que nos llevaban en bolsas de plástico? Pues no ponen nada dentro. Absolutamente nada.»

Como en las cadenas de montaje de China, el capitalismo rojo impone — también en África— sus despiadados códigos: hacerse acreedor a un mísero salario exige antes el correspondiente sufrimiento. Por ser objeto de este abuso, la recompensa para Celso es grotesca: entre 3.500 y 4.000 *meticais* mensuales, de 75 a 87 euros.⁵ Una miseria incluso en la ex colonia portuguesa, donde la cesta mínima de supervivencia requiere 5.000 *meticais* mensuales, unos 110 euros.⁶ «Nos tratan de la peor manera. Ojalá pudiera trabajar en una empresa no china, cuyas condiciones son mucho mejores. Pero no me queda más remedio que trabajar aquí, porque en Mozambique no hay empleo. Es esto o nada», explica Celso con una mezcla de rabia contenida, impotencia y resignación. Entre un sueldo miserable pero estable dentro del estadio y la venta ambulante, la incertidumbre y la pobreza total fuera de él, Celso optó por la supervivencia, igual que el resto de sus compañeros.

En este contexto de precariedad laboral, trato humillante y sobre todo discriminación difícilmente justificable,⁷ donde los chinos cobran casi seis veces más que sus colegas por responsabilidades equivalentes, la tensión y la tragedia acabaron desbordándose en el campamento de Maputo, como ha ocurrido en otros muchos lugares del mundo donde los chinos imponen su lógica laboral. Fue el 30 de abril de 2010, en la víspera del Día del Trabajador. Primero estalló una huelga salvaje, ésta derivó más tarde en violencia y todo acabó con la intervención policial de rigor, en favor del más fuerte. Saldo: un muerto, varios heridos por impacto de bala y una oleada de despidos. Semanas después de nuestra visita al Estadio Nacional, fuentes de Anhui Wai Jing negaron en conversación telefónica cualquier problema en sus proyectos en Mozambique, asegurando que en la ex colonia portuguesa operan «de acuerdo con las leyes y regulaciones del país».⁸ Poco después de concluir las obras y entregar el estadio, la empresa china fue galardonada como una de las diez corporaciones chinas que en 2010 «mayor contribución hicieron al desarrollo económico y social de los países africanos [...] y más ayudaron a mejorar el estándar de vida de la gente de África».⁹

Mientras degustamos un refrigerio en el legendario Café Continental de la Avenida 25 de Setembro de Maputo, el sociólogo portugués João Feijó nos

confirma que lo visto en el Estadio Nacional y en otros proyectos chinos en Mozambique no es la excepción, sino la norma.¹⁰ Feijó es una de las voces más autorizadas en asuntos laborales en la ex colonia portuguesa: no sólo es residente allí desde hace años y entiende como pocos las inercias del mundo laboral chino en Mozambique, sino que se ha sumergido por completo en él para plasmar en un estudio los estándares que ofrecen en el país africano dichas empresas.¹¹ «Con la excepción de Huawei, las condiciones chinas son terribles, claramente las peores», apunta. Con su diagnóstico de la realidad laboral en los proyectos chinos en Mozambique, Feijó traza un paralelismo casi perfecto con el que ha sido —y es— el panorama habitual en las fábricas y obras de Cantón, Shanghai o Chengdu. «El sistema chino se basa exclusivamente en la máxima producción y beneficios. Tratan a los trabajadores locales como simples seres anónimos. Exigen mucho y no entienden la cultura local. No hay transferencia de conocimientos, tampoco les enseñan nada, ni les dan oportunidades de promoción.» Laboran mucho más duro que el dinero que les pagan, continúa, así que casi nunca duran más de seis meses. «Si encuentran una alternativa, abandonan.»

A medida que lográbamos reunir las evidencias sobre la realidad laboral en Mozambique, no podíamos dejar de preguntarnos si China es, como comúnmente se cree, una opción ganadora para el mundo en desarrollo. Recordamos, inevitablemente, esa edulcorada atmósfera a finales de 2009 que encontramos en el centro de convenciones del hotel egipcio Maritim Jolie Ville, en Sharm El Sheikh, en la que los mandatarios chinos y africanos escenificaron, con Wen Jiabao y su discurso anticolonialista a la cabeza, su particular luna de miel en el marco del Foro de Cooperación China-África. En medio del ambiente nupcial, nadie osó estropear la puesta en escena reprochándole a China su falta de diligencia laboral, en Mozambique o en otros lugares. Así que en un receso, abordamos al ministro de Comercio de Zambia, Félix Mutati, con una pregunta de doble filo. «¿Es China una oportunidad para África, señor ministro?» Con toda amabilidad, el representante de Lusaka argumentó que, en términos de entrega, rapidez y costes, no hay una opción mejor que China para afrontar los retos del desarrollo. «Los políticos somos juzgados por lo que generamos, no por los compromisos de nuestras conversaciones. No me reeligen si no pongo una carretera. Si la pongo, soy un héroe», explicó.

No obstante, reconoció que la apuesta china conlleva «sacrificios» que, sin embargo, «es menester minimizar», apuntándose a la tesis, tan concurrida entre

las élites y funcionarios africanos y chinos, de que hay que sufrir ahora para que las próximas generaciones capitalicen los beneficios. Un sacrificio que, por supuesto, recae siempre en los sufridos trabajadores, en el eslabón más débil, que son quienes al final pagan la factura. El ministro no sólo dio la sensación de minimizar la importancia de los daños colaterales en materia laboral, sino que salió incluso al rescate del prestigio laboral de las empresas chinas en su país. «Se acusa a China de pagar los salarios más bajos y de ofrecer las peores condiciones laborales. Sin embargo, hay más de 200 empresas chinas en Zambia y cada una de ellas ofrece condiciones distintas. Hay que hablar sobre ejemplos prácticos y no dar una visión generalizada», retó. Con sus palabras nos convenció, por entonces, de que teníamos que ir a Zambia a comprobar por nosotros mismos qué se cuece sobre el terreno.

La elección de la ex colonia británica como siguiente destino presentaba, por el simbolismo de sus lazos históricos, alicientes adicionales: China y Zambia forjaron una estrecha relación tras la independencia de la antigua Rodesia del Norte, en 1964, que se materializó en el proyecto TAZARA. Una línea de tren todavía activa —aunque decadente— de 1.860 kilómetros que une Dar Es Salaam, la capital de Tanzania, con el corazón de la provincia minera del *Copperbelt*,¹² en Zambia, que exigió un esfuerzo titánico para el entonces paupérrimo Estado chino: 500 millones de dólares de inversión y el despliegue de más de 25.000 chinos, entre obreros, capataces e ingenieros.¹³ Las palabras del ministro sonaron tranquilizadoras. ¿Suponía ello que el trato laboral brindado por las empresas chinas a los trabajadores del *viejo amigo* de China en África eran diferentes, mejores, a las de Mozambique?

En busca de la realidad ministerial

Ocho meses después de aquella conversación con Félix Mutati accedíamos a Zambia por el oeste, desde Lubumbashi, la capital de la provincia congoleña de Katanga, tras unos últimos kilómetros de torpe avance en medio del goteo continuado de camiones atiborrados de cobre y cobalto. En este rincón perdido en pleno *Copperbelt*, la muchedumbre se agolpa con sus fardos sobre la verja que separa ambos países o se lanza sobre los atestados mostradores de inmigración donde la burocracia se ventila a mano y con papel carbón, sin rastro informático. El tráfico ha convertido el puesto fronterizo en un hervidero: por

esa frontera desfilan cada día 5.000 toneladas de minerales, desde los yacimientos de la República Democrática del Congo a las fábricas de procesamiento de Zambia, y de ahí a los puertos de Dar Es Salaam y Durban, en Tanzania y Sudáfrica, donde la carga zarpa con destino a medio mundo, sobre todo a China. Cientos de camiones repletos hasta los topes esperan durante días en fila india para cruzar al otro lado, lo que ha alentado una furibunda atmósfera comercial en la que abundan las prostitutas que ofrecen sexo barato e inseguro, *brokers* del transporte a la ciudad más próxima y buscavidas a la caza de oportunidades en río revuelto.

La entrada a Zambia desde la RDC, un país éste donde el mero hecho de abrir un grifo y que la ducha escupa agua es ya de por sí un lujo, se percibe como una bendición. La vida se intuye enseguida más amable en Zambia, que comparte con el vecino congoleño el llamado *cinturón de cobre* de África, donde se encuentra el 10 por ciento de las reservas mundiales de cobre y un tercio de las de cobalto. Atardece a nuestra llegada a Kitwe, segunda ciudad del país y lugar donde la conflictividad laboral se remonta a la época colonial británica, cuando ya en 1935 y 1940 las dos primeras grandes huelgas mineras que estallaron en el país arrojaron un saldo de 56 muertos.

Pronto las calles del centro se envuelven en la oscuridad de la noche, huérfanas de alumbrado público. Es fin de semana, corre el alcohol y grupos de jóvenes se trasladan de aquí para allá, en coche o a pie, en busca de diversión. Buscamos a los residentes chinos. «Probad en el casino, no hay lugar mejor donde encontrarlos», nos dicen. Al entrar en el hotel Edinburgh, que alberga una sala de apuestas, dos turistas zambianos confirman que hemos acertado. «Esto es *Chinatown*. El ambiente es muy extraño. Nadie sonríe», comentan cariacontecidos. La sala del casino de Kitwe es pequeña, con seis mesas de juego, dos de ruleta y cuatro de *black jack*, todas llenas. Muy pocos beben, pese a que los tragos son gratis. En la barra del bar, cuatro prostitutas con gesto aburrido no consiguen que sus encantos despierten el más mínimo interés entre los potenciales clientes. Contamos 36 chinos, dos rusos, un pakistaní y un africano. Los rusos celebran ruidosamente cada pleno, los chinos fuman en boquilla, discretos, aunque ansiosos. En los sofás, otros chinos dormitan o juegan con sus teléfonos móviles mientras esperan que sus jefes, los patronos de las minas, hagan saltar la banca. Abordamos a varios chinos, pero no quieren

hablar. El ambiente no puede ser más impropio, casi mafioso. Imperan códigos a la medida de tipos duros y sin escrúpulos que manejan mucha plata. Códigos de territorio minero.

Por la mañana, esos códigos son también de acatamiento obligado en los yacimientos de la región donde ejercen su tutela. En Chambishi, por ejemplo, a unos 30 kilómetros de Kitwe. Es domingo y no hay demasiado movimiento por sus calles polvorientas, a excepción de varios jóvenes jugando a billar en dos bares con la música a todo volumen y un reverendo y sus fieles cantando a todo pulmón en la misa dominical. Chambishi no sólo es conocido por alojar la primera Zona Económica Especial financiada y construida por el gigante asiático en el continente negro.¹⁴ También se ha hecho tristemente célebre por la violencia cíclica que se desata contra los chinos como consecuencia de las condiciones laborales que imponen a sus empleados africanos. «La situación no ha mejorado en nada desde los últimos disturbios. El malestar contra los chinos es generalizado», apunta Chiseni, fontanero en Fifteen Metallurgical Construction Company, estatal china que acomete infraestructura minera. Chiseni se refiere a la violenta trifulca que estalló en 2007 y que dejó un muerto de un balazo, un importante revuelo diplomático y mediático y la cancelación de la visita prevista del presidente chino, Hu Jintao, a la zona. Era la primera vez que un mandatario chino tenía que suspender sus planes en África por el descontento social. Pero la situación en la región no era nada nueva: la precariedad laboral ya había provocado en 2005 el accidente que segó la vida a 51 trabajadores en la planta de explosivos de Beijing General Research Institute of Mining and Metallurgy (BGRIMM).¹⁵

Es la hora del almuerzo y Chiseni y sus compañeros Lubinda, Chalebaila y Bright, los cuatro con edades que rondan los 30 años, no dudan un instante en compartir con nosotros una Coca-Cola para explicarnos las miserias que dicen sufrir a diario. Como Celso en el Estadio Nacional de Maputo, la calurosa bienvenida inicial deriva en gesto grave, casi angustioso, en cuanto conocen la razón que nos lleva hasta allí. Pero no disponen de muchas oportunidades para airear sus agravios, así que se lanzan en tromba. Sus sueldos, explican, por trabajar ocho horas al día seis días a la semana como carpinteros, fontaneros o pintores, oscilan entre las 500.000 y 600.000 kwachas, entre 70 y 85 euros;¹⁶ esto es, una quinta parte de los ingresos que necesita una familia zambiana de seis miembros para llegar a fin de mes, según los sindicatos locales. Tampoco disponen de seguro ni alojamiento, y en sus sencillos y gastados atuendos

laborales adivinamos que el equipamiento es precario además de insuficiente. «Los supervisores nos exigen mucho y el trato es muy agresivo, incluso físicamente. Hay mucha tensión», añade uno de ellos. Boyd Chibale, director de investigación del Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros y Afines¹⁷ (NUMAW, en sus siglas en inglés), uno de los dos sindicatos mineros de referencia que cuenta con 11.250 afiliados, explica que la situación laboral en las minas chinas es, comparativamente, la peor.¹⁸ «Los indios, canadienses o australianos pagan mucho más, al menos millón y medio de kwachas al mes (215 euros)», asegura.

Incluso en los años 60, 70 y 80, el gigante británico Anglo-American, que abandonó el país en 2002 en medio de una fuerte polémica y acusaciones varias, ofrecía unas condiciones «mucho mejores» que las que procuran hoy las compañías chinas, insiste Chibale. «Los chinos han aumentado la producción gracias al uso de tecnología. Pero los salarios y las condiciones laborales se han estancado, pese a que trabajan más horas. Antes, las huelgas y los disturbios eran mínimos, ahora son habituales. Y sólo en la era de los inversores chinos hemos visto tiroteos», advierte Chibale. El último episodio de estas características aconteció a finales de 2010, cuando dos capataces chinos dispararon indiscriminadamente sobre una multitud de mineros que, al sur del país, se manifestaban en demanda de mejoras laborales. Los mineros tenían que descender 1.000 escalones tierra adentro para jugarse la vida en medio de unas condiciones de seguridad penosas, a cambio de cuatro dólares al día. En una decisión muy polémica, con once heridos por impacto de bala sobre las camillas hospitalarias, los tribunales sobreseyeron poco después un caso que, en un principio, iba a juzgarse por asesinato en grado de tentativa.¹⁹

Chiseni, Lubinda, Chalebaila y Bright ponen rostro humano a una explotación que nos devuelve, en pleno siglo XXI, a la época de la Revolución Industrial en las fábricas de Reino Unido, al *Tiempos Modernos* de Charlie Chaplin. Rostros de impotencia y desesperación que hemos visto en otros lugares, rasgos que transmiten la insoportable impresión de ser rehenes de sus amos chinos. Nos despedimos de ellos con la misma pregunta con la que, meses atrás, abordamos al ministro Félix Mutati en el Foro de Cooperación China-África en Sharm El Sheikh: ¿Es China una oportunidad para los pobres de África? ¿Qué pensáis cuando os dicen que China está aquí para ayudar a Zambia? La contestación es instintiva, feroz: «¡Mentiras!... ¡Eso no son más que

mentiras!», vociferan ofendidos, casi al unísono. «¡Propaganda china!», escupe uno de ellos mientras, lentamente, se alejan por las polvorientas calles de Chambishi, de vuelta a sus puestos de trabajo.

King Cobra, héroe con su discurso antichino

A propósito del papel que juega el gigante asiático en el corazón minero de Zambia, la diferencia de percepción entre el ministro gubernamental y los trabajadores que se fajan en el día a día con sus empleadores chinos, entre las élites y el pueblo llano, explica a la perfección el estado de cosas. El Gobierno zambiano apuesta por una alianza estratégica con Pekín, al considerarlo el compañero de viaje ideal para desarrollar a largo plazo su fabuloso sector minero, que a su vez es el motor que debe conducir hacia una «revolución industrial africana» vista en Lusaka como esencial para salir de la pobreza. Detrás de todo ello estarían no sólo las entusiastas reformas acometidas en la última década, sino también su atractivo marco inversor actual —criticado con dureza por su corte rotundamente neoliberal—, que habría incidido de forma decisiva en la creciente precariedad laboral actual. China, ávida de materias primas, no lo desaprovecha, siendo el único inversor foráneo que ha seguido invirtiendo en el *Copperbelt* después de la crisis incluso pese al desplome del precio internacional del cobre.²⁰

Que todas las esperanzas de futuro estén puestas en las minas y, por extensión, en la inversión china, ha llevado a una situación en la que los inversores del país asiático disfrutan, en la práctica, de patente de corso para campar por sus respetos por el *cinturón del cobre* del país africano. Ejemplo de ello no son sólo las vacaciones fiscales o la eliminación de tarifas que Lusaka pone sobre la mesa, sino —muy especialmente— la laxitud con la que el Gobierno zambiano aborda la transgresión continuada de las más elementales condiciones de trabajo en las minas chinas, incluido el sobreseimiento de la causa de los dos capataces chinos que dispararon e hirieron a sus empleados. «Los inversores extranjeros están muy cómodos aquí. Los sindicatos son muy activos, pero el Gobierno prefiere proteger a los inversores antes que a sus ciudadanos», dijo el sindicalista Boyd Chibale durante nuestra cita en Kitwe. Mientras se plasman los sueños de prosperidad de Lusaka, el 80 por ciento de la

población del *Copperbelt* vive, con la complicidad de Pekín, con menos de dos dólares al día. ¿Es ése el «sacrificio» del que nos habló el ministro de Comercio a orillas del Mar Rojo?

Sobre el papel las empresas mineras chinas no deberían disfrutar de un trato más favorable, pero las condiciones laborales que ofrecen a sus empleados, una gran parte de ellos eventuales, son por comparación las peores. Es por la precariedad laboral que siembran, cuyas consecuencias pagan los desheredados habituales, que son blanco de la animadversión que se respira en Zambia alrededor de los proyectos del gigante asiático. Michael Sata, el populista líder del opositor Frente Patriótico, asienta sus aspiraciones presidenciales en un discurso marcadamente antichino dirigido a la línea de flotación del actual Gobierno. *King Cobra*, como se le conoce, apunta que el sufrimiento de los mineros de Zambia proviene de ser considerados simples invitados de piedra en su propio país. «Los chinos disfrutaban de unas condiciones (de inversión) basadas en la corrupción. Cuando sea elegido presidente de la nación, los chinos deberán cumplir las leyes laborales o tendrán que volverse a China», nos dijo tajantemente durante nuestra conversación. Con sus arengas, Sata se ha convertido en un auténtico héroe en el *Copperbelt*, donde cuenta con amplio apoyo.

¿Es China una oportunidad para el mundo en desarrollo?, nos preguntamos a lo largo de todo nuestro recorrido por el mundo chino. Para bien o para mal, es indudable que la irrupción del gigante asiático está dejando una profunda huella. Sería injusto, desde luego, minimizar la importancia del impacto positivo que, directa o indirectamente, proyecta sobre millones de personas. Pensemos, si no, en los miles de empleos generados, en los flujos financieros que generan las compras chinas de materias primas a largo plazo, en tantas infraestructuras construidas, en los productos baratos de la *fábrica del mundo* que poblaciones de bajos ingresos pueden permitirse, en las inversiones millonarias, en las ayudas y cooperación. Sin embargo, además de otros factores negativos que también acompañan a su expansión global —como la corrupción, la apatía por el respeto de los derechos humanos o el impacto medioambiental—, todo lo bueno que China pueda estar haciendo queda sin duda eclipsado por la forma en que aborda la cuestión laboral, acaso el factor que más daña su imagen en el exterior. Sobre todo siendo, como es, un asunto tan visible y sensible que impacta a los más

pobres de entre los más pobres, como pudimos comprobar en las minas de Perú o Birmania,²¹ en las obras de Sudán o Angola, en las grandes infraestructuras de Mozambique y en los yacimientos de Zambia.

El precario trato laboral, el desprecio hacia los sindicatos y la nula empatía de las empresas chinas para mitigar la conflictividad, consecuencia de una torpe —incluso despótica— gestión de su posición de fuerza, irremediablemente retumban medio siglo después en África como un eco del colonialismo, esta vez *con características chinas*. «Tendencias que son comunes en los negocios chinos en África incluyen unas tensas relaciones laborales, actitudes hostiles hacia los sindicatos, violaciones varias de los derechos de los trabajadores, unas pobres condiciones de trabajo y casos de discriminación y de prácticas laborales injustas», concluía un reciente estudio sobre la situación laboral de las empresas chinas en 10 países africanos.²²

No sorprende, por tanto, la contundencia de Boyd Chibale, el sindicalista de Kitwe, al concluir que «los chinos están llevándose grandes cantidades de dinero y están devolviendo muy poco».²³ En Maputo, también el sociólogo João Feijó echa por tierra, en clave laboral, los cimientos de la *cooperación mutuamente beneficiosa* sobre los que se anclan las relaciones sino-africanas. «Las empresas chinas no están haciendo nada por Mozambique, están aquí sólo por su propio beneficio. Pero, realmente, no creo que eso les importe», zanja. La descripción de lo que en verdad está pasando sobre el terreno, chirría por tanto como una tiza en la pizarra de la retórica oficial china, esa que clama, a las puertas del Estadio Nacional de uno de los países más pobres de África, que «la amistad entre China y Mozambique se impondrá como el Cielo y la Tierra» mientras paga a sus trabajadores locales salarios que ni siquiera alcanzan para llenar la cesta básica de la compra. Salarios que son además una sexta parte de los de sus empleados chinos.

Esta conflictividad laboral, que en muchos lugares donde ha acabado enquistándose socialmente ha provocado un deterioro muy significativo de la imagen exterior de China, no parece que tenga tan difícil solución. ¿Qué impide a esas empresas extender un contrato laboral, pagar 50 dólares más al mes por empleado u ofrecerles un seguro médico básico? ¿Qué les impide proveer a los trabajadores de guantes o cascos reglamentarios, o poner algo de embutido dentro del mendrugo de pan? ¿Qué impide dispensarles un trato digno aportando diálogo para mejorar la situación? A bote pronto, parece un error de cálculo mayúsculo que el Gobierno chino no tome mayores cartas en el asunto por

mucho que, desde luego, no tenga capacidad real de llegar a todas las empresas chinas que operan en el mundo. Con todo, una vez más, la respuesta a todo ello quizá está, más que en la mala fe, en la situación laboral en la propia China, donde millones de trabajadores que han obrado el *milagro chino* siguen siendo convenientemente explotados.

Liu Guijin, el enviado del Gobierno chino para África, admite los problemas y explica que Pekín —ante la negativa de compartir con la prensa o la sociedad civil chinas la responsabilidad de supervisar las acciones de las compañías— está desbordado. «El Gobierno chino está haciendo esfuerzos para educar a las empresas chinas para que sean socialmente responsables. Para que sigan las leyes, observen las regulaciones... Pero hay tantas empresas y están por todos los lados de África, y no podemos garantizar al 100 por ciento que todas lo hagan bien.»

Un vistazo a China en clave doméstica sirve para comprender que, en general, las empresas chinas no hacen otra cosa que reproducir en el extranjero el mismo formato laboral que está vigente en China desde hace 30 años, cuando Deng Xiaoping perfiló el viaje chino a la riqueza por la senda del *socialismo con características chinas*. Uno de los motores de crecimiento del nuevo modelo implicaba poner al servicio de la *fábrica del mundo* los inacabables recursos humanos del país más poblado del planeta, lo que incluía pagar a su mano de obra unos salarios exiguos. La fórmula funcionó: menores costes laborales resultaron en productos chinos más competitivos, contribuyendo con ello de forma decisiva a que el PIB chino haya experimentado un incremento fabuloso en las tres últimas décadas, lo que a su vez ha sido clave para su desarrollo. Por pura lógica económica, por tanto, a medida que el país se hacía rico los salarios de los trabajadores, que son quienes con su esfuerzo generaron una parte importante de esa opulencia, deberían haber aumentado en la misma proporción que la productividad. Sin embargo, ese derrame de riqueza —vía mayores salarios— jamás se ha producido del todo.²⁴

Por tanto, es aquí, precisamente, donde radica el abuso; es aquí donde reside la evidencia de que una parte importante del éxito del modelo chino reposa en las espaldas y el trabajo sin descanso de su gente. Es ahora, quizá, en plena expansión global del gigante asiático, cuando las miserias del capitalismo rojo se han hecho visibles en África y otros lugares, pero en China las conocen

desde hace tiempo. Tres décadas después, la explotación sin escrúpulos de la clase obrera china continúa desbordándose incluso más allá de las fronteras del imperio.

Neoesclavismo chino en el corazón de África

Ese estado de cosas lo conocen bien Liu Jianxin y Liu Senlin. Por eso estos dos chinos decidieron embarcarse, sin conocer una sola palabra de francés, en una nueva aventura en el extranjero. Gabón era el destino, una carretera por el centro del país el cometido y un sueldo tres veces el que obtendrían en China, la recompensa. Sin embargo, el sueño pronto devino en pesadilla y poco faltó para que la aventura africana acabara en suicidio. El primero de ellos, Liu Jianxin, no era novato en África; había trabajado como conductor de apisonadora en una empresa estatal china que hacía negocios en Nigeria y Zambia. El otro, Liu Senlin, más veterano, no podía temer el periplo que se avecinaba por el continente negro. Se había enfrentado a un Irak descompuesto en 1991, tras la primera guerra del Golfo contra Estados Unidos y sus aliados, cuando viajó al país árabe para pavimentar carreteras. Pero esta vez ambos se vieron desbordados por los acontecimientos. Llegaron a Gabón para trabajar para una constructora china y pocos meses después tuvieron que desertar del campamento para escapar del esclavismo al que ellos y sus compañeros estaban siendo sometidos. Fue tan sólo el inicio de una odisea en la que se vieron obligados a huir de los matones enviados por su jefe y mendigar para sobrevivir en el corazón de África.

Nuestro primer contacto con ellos fue por teléfono en 2010. Estaban en Gabón, nosotros en Pekín. Fue entonces cuando nos contaron su historia. Todo comenzó en 2009. Liu Jianxin llegó a Gabón en julio, su compañero en diciembre. «Enseguida vi que las condiciones iban a ser difíciles, inhumanas. Teníamos que compartir una cama individual de 90 centímetros con otro compañero, las horas extras no se pagaban y sólo teníamos dos días de descanso al año», apuntó el más joven de los Liu. En el campamento residían unos 40 trabajadores, todos chinos. La mitad mantenía vínculos familiares con el jefe de la empresa, Lei Youbin, mientras el resto había llegado, en su mayor parte, procedente de la provincia china de Hubei, donde un anuncio en el periódico local *Chutian Dushibao* ofertaba un salario de 1.000 euros al mes —una fortuna

en la China rural— a cambio de participar en la construcción de una carretera. Trabajaban a destajo, en jornadas eternas bajo un sol de justicia. Algunos obreros locales participaron en las labores, aunque sólo como personal auxiliar temporal. Al otro lado del hilo telefónico, sus formas sonaban educadas. Se mostraban incluso felices por haber podido apreciar la belleza del mar por primera vez en sus vidas. El Océano Atlántico se abrió, inmenso, ante sus ojos rasgados.

Dos meses después, ya en China, los recibíamos en nuestra oficina de Pekín junto a otros dos compañeros —Ru Liyin y Li Gao—,²⁵ quienes también habían sufrido el maltrato de la citada empresa privada, Aolong. La compañía había sido subcontratada por la estatal China Communication Construction Company Ltd (CCCC) para hacer un tramo de la autovía de 112 kilómetros entre las localidades gabonesas de Fougamou y Mouila, en el centro del país. La crudeza de la descripción que hacían de los hechos, además de esas miradas de desesperación por haberlo perdido todo, hicieron un nudo en nuestras gargantas. «Nos daban de comer arroz podrido. Trabajábamos 14 horas o más por día. No nos pagaban el salario estipulado en nuestros contratos. Éramos esclavos. Eso es lo que nos dijo nuestro jefe y así era como nos sentíamos.» Las palabras de Liu Senlin sonaban demoledoras en la boca de un chino, acostumbrado como está este pueblo a padecer lo indecible sin rechistar. Sus compañeros, sentados en torno a una gran mesa de madera, asentían en silencio, con la mirada gacha, indignados y dolidos por la injusticia de la que fueron víctimas.

Tras el primer mes de trabajo, el salario no llegó.²⁶ La empresa pagó una parte, pero el grueso del estipendio no fue abonado con el pretexto de ciertos retrasos en la facturación de la compañía. La situación empeoró en el segundo y tercer mes, cuando los trabajadores tampoco recibieron los ingresos a los que se habían hecho acreedores según el contrato. «Al cuarto mes, decidimos plantarnos. Tres compañeros y yo decidimos dimitir.» Convencidos de que debían poner fin a su aventura africana, entregaron su carta de renuncia. «Nos convocaron uno a uno en el despacho del patrón. El primero de nosotros fue Wang, un compañero. Tras una media hora, salió tambaleándose tras recibir una paliza. Yo fui el segundo. Varios hombres me golpearon, ante la mirada del jefe, durante 10 minutos», explica Liu Senlin, mientras enseña las huellas de la agresión en su cuerpo. Casi instintivamente, los dos Liu huyeron a toda prisa. Era el 18 de abril de 2010.

Salieron a pie del campamento, sin más plan que correr y huir tan lejos como les llevaran sus fuerzas. Por temor a represalias, ningún compañero se unió

a la fuga, pero varios de ellos apoyaron con algo de dinero. «Logramos llegar a una cercana comisaría de policía, pero no podíamos pedir ayuda porque no hablamos nada de francés. El policía comprendió algo por nuestras señas y nos facilitó que un conductor nos llevara a un pueblo cercano», recuerdan. Por entonces en el campamento ya se habían dado cuenta de la ausencia de los dos díscolos, así que la empresa envió un vehículo con cuatro matones chinos para darles caza. Comenzaron a temer por sus vidas, por lo que, con la esperanza de recibir ayuda y sus salarios, se plantaron en las oficinas de CCCC, de la cual Aolong es subcontratada, para reunirse con el representante de la empresa estatal. La reacción no pudo ser más penosa: primero se negaron a recibirles, finalmente pidieron que volvieran al trabajo y que no causaran problemas.

Desesperados, sin apoyo ni dinero, en un país y una lengua completamente ajenos para ellos, se embarcaron en una aventura africana muy distinta de la que habían previsto cuando decidieron ir a ganarse el pan al corazón de África. Durante dos días y 400 kilómetros de safari por las carreteras gabonesas, los dos Liu huyeron —escondidos en bolsas de plástico en autobuses regionales— de los mafiosos enviados por el jefe de Aolong, Lei Youbin, quien al mismo tiempo aplicaba toda la mano dura que fuese necesaria en el campamento para apaciguar al resto de la tropa y evitar nuevas deserciones. «Tardamos más de dos días en llegar a Libreville, la capital. Allí nos ayudaron algunos chinos, dándonos comida, pero sobre todo un taxista local, que nos dio dinero y cobijo durante cinco días.» No así la embajada china en Libreville, la cual optó por lavarse las manos y tirar de manual de instrucciones. «No podemos hacer nada. Volved al trabajo y no habléis con la prensa extranjera», dijo un funcionario de la sede diplomática que rechazó identificarse.

Al verificar los hechos con la sede diplomática, corrimos la misma suerte que los dos fugados: un «diplomático» que tampoco se identificó pese a exigirnos nuestros datos personales completos y los nombres de los medios de comunicación para los que trabajamos, nos aseguró que «se había hecho todo lo posible por conciliar a las partes». Es decir, conminaron a los trabajadores a que siguieran aceptando la explotación y el maltrato sin siquiera tener la garantía de recibir un salario a cambio. La todopoderosa dictadura china, capaz de extender sus inversiones por todo el planeta y de imponer un control draconiano a una población de 1.300 millones de personas, era incapaz de meter en cintura a una modesta empresa china que abusa de forma miserable e ilegal de sus nacionales. Liu Senlin explica que la negativa de la embajada no les dejó otra salida que

acudir a la prensa local y extranjera. «Tras ser entrevistados por la televisión local, los gaboneses nos paraban por la calle y nos daban dinero. Pero los chinos que nos habían ayudado inicialmente nos dieron la espalda, acusándonos de haber hecho perder la cara a la comunidad china al destapar el escándalo», recuerda amargamente.

El impacto del revuelo mediático fue desigual. Bien canalizado, un escándalo como éste podría haber supuesto que el Banco Africano de Desarrollo, que financia la construcción de la mencionada carretera y en teoría observa rigurosos requisitos para involucrarse en el proyecto, hubiera interrumpido sus pagos e investigara lo sucedido. Pero unos indefensos trabajadores chinos, sin conocimientos de Derecho ni de la lengua ni costumbres locales, sin dinero ni el apoyo de su embajada en Gabón, no lograron su objetivo de que la onda expansiva del escándalo pudiera atajar los excesos que seguían produciéndose en el campamento, a cientos de kilómetros de la capital. Por el contrario, la denuncia mediática sí llegó a oídos de Lei Youbin, el maquiavélico patrón, quien descolgó el teléfono e hizo que varios matones hicieran una visita *de cortesía* a las familias de los dos Liu en China, amenazándolas con represalias si éstos seguían causando problemas. ²⁷

Un mes después, recibieron una llamada esperanzadora. «Venid a mi oficina, os van a dar el dinero», les dijo el director de la empresa estatal que, meses atrás, se había desentendido del todo. Les recibieron tres hombres vestidos de policía que los esposaron y confinaron en una habitación, donde pasaron dos días. «Fueron sobornados por Lei Youbin para que nos detuvieran», aseguran los dos trabajadores. Cuarenta y ocho horas después fueron llevados al aeropuerto por la policía y los facinerosos de su jefe, donde —sin pasar control migratorio alguno— embarcaron en un avión con destino a Pekín. El jefe decidió deshacerse de ellos metiéndolos en un vuelo de vuelta al gigante asiático. La pesadilla tocaba a su fin, pero comenzaba la batalla legal en los tribunales chinos.

Abogado de causas perdidas

En nuestra oficina de la capital china, los rostros de Liu Jianxin, Liu Senlin, Ru Liyin y Li Gao denotan los rasgos habituales de esa generación de millones de emigrantes, carne de cañón en medio de las ansias de prosperidad colectiva en la

nueva China, que está dispuesta a sufrir lo indecible por un sueldo y que, por tanto, pocas veces se queja por tener que realizar un duro trabajo, por muy penoso que éste sea. Sus quejas, por el contrario, se disparan hasta sus últimas consecuencias cuando son víctimas de una injusticia, como un salario impagado. Como dos piezas de un mismo puzzle, la proliferación de estos atropellos contra los obreros emigrantes ha creado también una generación de abogados que luchan, pese a las restricciones que les impone el régimen, por proteger sus derechos. Defensor y defendido, ambos en el lado de los desheredados de China, son las dos caras de un mismo fenómeno llamado injusticia y que salpica al gigante asiático con demasiada frecuencia. Ahora, en plena propagación de sus inversiones y sus infraestructuras por todo el planeta, su onda expansiva —como hemos visto en el caso de los Liu en Gabón— sobrepasa las fronteras chinas.

Una de estas figuras combativas, heroicas, es Zhang Zhiqiang. Bajito, rechoncho, con retazos de piel agolpándose sobre sus ojos, este abogado y activista del entorno del encarcelado premio Nobel de la Paz 2010, Liu Xiaobo, es experto en lidiar con los abusos que sufren los campesinos chinos que abandonan el campo y, con un hatillo a la espalda como única pertenencia, emigran a las ciudades del este de China en busca de un futuro mejor. Ha representado a más de 500 clientes desde que, en 2007, dejara él mismo de ser un *mingong*, un emigrante rural de segunda clase, para ser el Robin Hood de la causa en los tribunales chinos. «Empecé a estudiar derecho en 1997, mientras trabajaba como costurero para una multinacional de ropa deportiva. Mi jefe extranjero me animaba a seguir estudiando después de mi turno», recuerda. Hoy, este hombre valiente que recorre China, infatigable, con una camiseta estampada con las cinco mascotas de los Juegos Olímpicos de Pekín entre rejas, es el defensor de la casta de los «sin derechos». De quienes han sido atropellados y arrastrados a la cuneta de la vida en la China comunista que aspira a ser la gran potencia del siglo XXI.

Desde 2009, Zhang ejerce su trabajo de forma casi gratuita, a cambio de apenas el cinco o el 10 por ciento de la reparación que obtiene el trabajador agraviado, que suelen ser unos pocos miles de euros en el mejor de los casos. «Antes lo hacía gratis. Ahora necesito cobrar algo para mantener a mi familia, porque los casos se han multiplicado. Pero doy asistencia gratuita por teléfono. Recibo una media de tres llamadas al día», matiza. Gracias a nuestra mediación, representó a los dos Liu en la causa judicial abierta contra la empresa Aolong en el Tribunal Popular del distrito de Wuhan, en Hubei. Paradójicamente, tras la

vuelta de los dos Liu a China la empresa los denunció, exigiendo una indemnización por incumplimiento del contrato. Era la primera vez que Zhang se hacía cargo de un caso que sucedía fuera de las fronteras chinas, aunque vaticinó que no sería el último. «La política del Gobierno para que las empresas salgan al exterior sólo hará que aumentar el número de casos como éste», apunta este hombre que, orgulloso, dice haber perdido «sólo cinco casos» en toda su carrera.

El 10 de diciembre de 2010 la Justicia china reparó sólo parcialmente el sufrimiento de los dos Liu. El tribunal ordenó el abono de 19.180 yuanes —unos 2.000 euros— a Liu Senlin, el veterano peón que trabajó en el Irak de Saddam Hussein, en concepto de honorarios atrasados. El juez dictaminó también en primera instancia el pago de 25.000 yuanes —unos 2.600 euros— a Liu Jianxin, su compañero de aventuras. Los otros dos trabajadores, Ru Liyin y Li Gao, perdieron la causa en primera instancia, al haber firmado un documento tras su regreso a China eximiendo a la compañía del pago de cualquier indemnización o salario pendiente. Los excesos de la empresa Aolong no fueron castigados y sus ilegalidades le salieron gratis en lo penal y muy baratas en lo mercantil y laboral. A finales de febrero de 2011, durante la escritura de este capítulo, la empresa seguía ofreciendo trabajo en Gabón a los obreros de Hubei a través de tentadores anuncios en el diario *Chutian Dushibao*. Su cuartel general en el país africano seguía siendo un polvorín.²⁸ Nada había cambiado en el país de los cambios vertiginosos.

Agencias de exportación de mano de obra

Los dos Liu y sus compañeros cayeron en las garras del sombrío Lei Youbin después de haber sido seducidos por un atractivo anuncio en la prensa local, pero muchos otros emigrantes como ellos son reclutados de las más diversas maneras. Recorriendo las carreteras comarcales de la provincia china de Chongqing, Liu Ning no lo sabe, pero está llevando a cabo una misión histórica. El suyo es un trabajo centenario: «caza-inmigrantes». Todos los días se embarca en su pequeño coche para ir en busca de las manos que construirán la próxima presa en Ecuador, una carretera en Sri Lanka o un estadio de fútbol en Guinea-Conakry. En los pueblos más recónditos, donde el desempleo alcanza tasas de dos dígitos, Huang despliega su don de gentes para convencer a peones, operarios, agricultores y parados para que se trasladen a la peligrosa República

Democrática del Congo o al misterioso desierto de Karakum, en los confines de Turkmenistán. «Busco operarios, directores técnicos, paletas. Les prometemos entre 5.000 y 9.000 yuanes y un contrato de dos o tres años», explica.

Uno de ellos es Wang Yinqiong. Carpintero. Oriundo de Chongqing. Bajito, fibroso, simpático. Bigote despoblado. Chaqueta y pantalón militares. Lo ha vivido todo, o casi todo, en lo que a miserias se refiere. Con 12 años, en una China en pleno proceso de apertura económica, se marchó en dirección a Hubei para ejercer como pintor de obra. Fue su primer trabajo. Ganaba un yuan (0,10 céntimos de euro) por jornada trabajada acicalando las paredes de la que iba a ser la nueva China. Desde entonces, su patria y él han tomado caminos distintos. El país se ha transformado de pies a cabeza, aunque sin cambiar de esqueleto. Para él, poco han evolucionado las cosas. Ahora está casado y tiene dos hijos, pero la precariedad sigue dominando su vida, como si de una maldición se tratase. Ha sido un viajero incansable, explorando buena parte de las provincias chinas en busca de un trabajo mejor pagado, de unos céntimos más por hora, de una oportunidad que diera un vuelco a su existencia y a la de los suyos. Ha recorrido miles de kilómetros en trenes atestados, de pie, aguantando el frío y el cansancio, con sus herramientas a cuestas. Se ha subido a autocares que, en una China todavía por construir, se adentraban por los valles que surcan las cuencas del río Yangtzé, por la interminable costa china donde se arremolinan millones de fábricas y talleres. El avión lo cogió una vez, cuando un cliente acaudalado le pagó el billete.

Su vida, que se resume en una peregrinación continua para vivir al día, a un pulso sin tregua con el destino, le ha llevado a sus 44 años, en el apogeo de su existencia, a habitar una choza con otros dos compañeros, colegas de obra de un rascacielos de Chongqing. En esta megaurbe imposible, poblada por más de 32 millones de personas, visibilidad escasa, atasco permanente y contaminación y ruido infernales, lo comparten casi todo: tres camas sin colchón y con tablas de madera como base, un fogoncillo eléctrico, una olla, una bombilla enferma que cuelga del techo y la uralita que repele la lluvia. Con las paredes forradas de plásticos para combatir la humedad y restos de comida por todo el habitáculo, sobreviven en el estadio inmediatamente anterior a la indigencia. Por un sueldo de unos 200 euros al mes, paga un alto precio, ya que no se reúne con su familia más que una sola vez por año. «Llevo cinco años viendo a mi mujer y mis dos

hijos únicamente en Año Nuevo chino», dice. Para abandonar semejante vida de penurias, la creciente presencia de China en el extranjero supone para él una fabulosa oportunidad. Así que ha decidido probar fortuna en Angola.

Allí le han prometido que podrá multiplicar su sueldo echándose a la espalda, con los otros 300.000 compatriotas que se estima que puedan estar trabajando en la ex colonia portuguesa, la reconstrucción de un país en ruinas tras 27 años de cruenta guerra civil.²⁹ La decisión la tomó meses atrás, cuando su cuñado, que emigró a Argelia, le habló de los elevados sueldos. El boca a boca es infalible en China. No necesitó más que la certeza de poder cuadruplicar sus ingresos para convencerse: acudió a una agencia e inició los trámites para ser contratado por una empresa china en el país africano. «Quiero ir a Angola porque me pagan un buen sueldo. Cualquier país me vale si me pagan bien», asegura. Pese a que aún no ha puesto los pies allí, ya tiene un plan: dejarse el alma para ahorrar 100.000 yuanes, unos 13.000 euros. Un capital que, confía, sirva para pagar la educación del pequeño de sus dos hijos, que actualmente tiene 10 años, y sentar las bases para que tenga una vida menos sacrificada que la suya. «No quiero que sean trabajadores emigrantes como yo. Deseo que puedan vivir una vida decente», remata. Si le sobra dinero, asegura, abrirá una zapatería en su ciudad natal, Zhong Xiau.

Wang ya ha abonado los 14.000 yuanes que exige la agencia de la señorita Lei Lin, en Chongqing, para iniciar los trámites y poner en marcha su sueño en el «nuevo mundo». La directora de la agencia Meilian tiene entre 30 y 40 años y chapurrea el inglés. Fundó su compañía en 2002 y lleva seis años enviando emigrantes chinos al extranjero. Ha llevado a más de un millar a otros países, casi todos a África, y dispone ya de una decena de oficinas por varios distritos y condados de Chongqing. Sólo acepta varones de entre 30 y 45 años, preferiblemente que estén en activo, pero con aspiraciones a ganar más. La mayoría de candidatos son obreros, mano de obra barata con experiencia, pero también hay estudiantes universitarios que solicitan ir a Japón o Singapur para trabajar en el sector servicios, la industria del empaquetado o la hostelería. Los cocineros, por ejemplo, tienen opción de ir por todo el mundo gracias al empuje actual de la gastronomía china. El apoyo de la familia y, sobre todo, una personalidad robusta son imprescindibles. «A muchos trabajadores les entusiasma la idea de poder ir a trabajar al extranjero. Pero tienen que ser capaces de poder hacer un trabajo tan duro», advierte Lei Lin.

Estas agencias exportadoras de mano de obra, que suman unas 982

registradas oficialmente en todo el territorio chino —varios miles más si contamos las clandestinas—,³⁰ son herederas de la tarea que en el siglo XIX desempeñaban los «reclutadores». Hoy emplean anuncios en periódicos y en cadenas de televisiones locales quienes hace 150 años se encargaban de llenar los puertos de Hong Kong, Shantou (Cantón) o Amoy (Fujian) de emigrantes dispuestos a endeudarse toda una vida para ir a probar suerte al otro lado del Mar Amarillo, o en la remota Cuba. El reclutamiento lo hacen a través del boca a boca, con folletos y anuncios en televisiones o mandando emisarios como Liu Ning por los confines de China, quienes convocan, con el beneplácito del «líder local», a los emigrantes potenciales a través de altavoces para que se den cita en la plaza del pueblo. «Nuestros empleados van casa por casa y tratan de convencer a los vecinos», sostiene Lei. «Hay dos tipos de emigrantes. Los que no tienen experiencia laboral, pero quieren ir al extranjero; a éstos les ofrecemos formación. Y los que tienen las habilidades pero no están convencidos; en ese caso tratamos de convencerles, aunque lleva su tiempo», apunta Lei.

La razón: el sistema de pago. Que sus sueldos se desembolsen de forma escalonada, para garantizar que el obrero permanecerá en la obra hasta la finalización del contrato, levanta las correspondientes sospechas. «Muchos trabajadores no quieren ir a África por miedo a no cobrar», admite Lei, mientras vuelven a nuestra memoria la desolación en los rostros de los cuatro emigrantes de Hubei cuando, a su regreso de su odisea por Gabón, nos citamos con ellos en Pekín. También pensamos en los sueños rotos de hombres como Wang, el carpintero, que no han hecho en esta vida otra cosa que trabajar y sufrir y que aspiran ahora a subirse al último tren del progreso. No cobrar es una más de entre una retahíla de medidas abusivas —y muchas veces ilegales— que sufren los trabajadores a manos de patronos y agencias, quienes alcanzan sus respectivos objetivos de reducir sus costes laborales al máximo (los primeros) y de cobrar sus correspondientes comisiones (los segundos) ofreciendo a su futura mano de obra unos contratos laborales que salvaguardan al empleador antes que al trabajador, que es la parte más débil y la que en teoría debería contar con mayor protección. Contratos laborales «modelo» como el que la agencia Meilian utiliza para obtener el compromiso de los trabajadores son, sin duda, una invitación a los excesos y la injusticia.³¹

«Muchos de esos contratos no están bien», explica desde China Labour Bulletin³² Geoffrey Crothall, en referencia a que esos documentos no suponen, ni mucho menos, un mayor amparo jurídico para los obreros. «Es difícil ver que

las agencias hayan hecho nada para mejorar los derechos de los trabajadores. Sólo están interesados en su comisión», insiste. Las urgencias económicas de emigrantes como Wang Yinqiong o de los dos Liu, unidas a la avidez de comisiones de las agencias de intermediación laboral y a la pasividad de los Gobiernos locales chinos, que incentivan la exportación de mano de obra china en el extranjero sin otro objetivo que reducir las tasas de paro locales,³³ juegan en contra claramente de los emigrantes. Aunque la razón de ser de las agencias no es más que el mero negocio, reciben el apoyo entusiasta, precisamente, de esos ejecutivos provinciales que administran regiones con alto desempleo. Que en Chongqing hayan brotado agencias de intermediación como setas, no es casualidad: hay un millón y medio de trabajadores sólo en el sector de la construcción.³⁴ ¿Qué hacen las autoridades chinas para paliar los eventuales abusos?

Sentado en su silla de piel, Xiong Yaozhi se revuelve con cada pregunta. Dirige la sección de Trabajadores Emigrados al Extranjero en un organismo gubernamental, la Comisión Económica y Comercial Exterior de la municipalidad de Chongqing, cuyo cometido es promocionar, facilitar y supervisar las relaciones entre agencias de reclutamiento, empleadores y empleados. Esto es, tratan de poner orden en un proceso que alimenta los excesos que siempre pagan los más débiles. De unos 45 años, educado, pero parco en palabras, arranca la entrevista atacando: «los periodistas extranjeros siempre tienen malentendidos respecto a China». Sin levantar la vista de los informes que tiene encima de la mesa, apunta también sin anestesia que «muchos africanos no son muy disciplinados, además de vagos». Preguntado sobre por qué China tiene que llevar a sus trabajadores por todo el planeta, alude a la velocidad de los proyectos. «Las grandes infraestructuras requieren que se hagan rápido y los obreros chinos tienen más capacidad para trabajar más rápido», continúa. Este discurso cala hasta las instancias más altas del Gobierno chino: «Es una medida para poder completar los proyectos a tiempo», nos dijo el escurridizo ex portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores chinos, Qin Gang, en un encuentro en la Universidad de Oxford en la primavera de 2011.

Existe, de hecho, un discurso predominante entre funcionarios, diplomáticos, empresarios y académicos chinos que justifica el envío de operarios chinos aduciendo que en el país de origen no existe personal cualificado y, si lo hay, no es tan eficiente como el chino. Esta justificación, que en ocasiones roza la xenofobia, puede ser válida para algunos países como

Angola o República Democrática del Congo, donde la guerra provocó un déficit masivo de capital humano, pero no se sostiene en países como Irán, Mozambique o Costa Rica, donde se aplica igualmente, según pudimos constatar, pese al excedente de mano de obra. En Cuba, los funcionarios chinos esgrimen por ejemplo el argumento de que los «cubanos no están motivados por los bajos sueldos que impone el sistema socialista» para abogar que la llegada de inversiones a la isla vaya acompañada de una fuerza laboral china. Toda una serie de excusas que desembocan en un fenómeno sin duda único —el de la exportación masiva de mano de obra— que, por sí mismo, dice mucho acerca de lo que el chino piensa *del otro*.

Después de media hora de conversación, Xiong parece más relajado. Enciende un cigarrillo y habla con más soltura. Asegura que su departamento trata de supervisar los contratos laborales, para que no se explote la debilidad o ignorancia del candidato infringiéndole un pago desmesurado por sus servicios —que llega a alcanzar hasta los 8.000 euros— o unas condiciones laborales leoninas.³⁵ Aborda entonces la cuestión de los derechos de los trabajadores emigrados. Arranca con un discurso oficial que poco a poco se viene abajo. «China tiene la política de dar prioridad a la gente. Los emigrantes son personas y tenemos que cuidar de ellas», dice, paternalista. Reconoce, sin embargo, que «algunas compañías quieren sacar provecho y no tienen en cuenta determinadas cosas como la seguridad o el pago de los salarios. Los trabajadores que tienen una buena situación están contentos, pero algunas compañías no ofrecen condiciones mínimas. Entonces es cuando los trabajadores se declaran en huelga», admite. No deja de ser curioso que los empleados chinos ejerzan, en el corazón de África, un derecho, el de la huelga, que no pueden ejercer en China. «Algunos emigrantes han estado en varios países, conocen perfectamente la situación laboral y se vuelven muy susceptibles. Por cualquier cosa lanzan una huelga», remata.

Finalmente, le interrogamos acerca del papel de las autoridades para garantizar los derechos laborales. «Cuando hay un conflicto, coordinamos con los Gobiernos locales. Por ejemplo cuando las condiciones del alojamiento no son las adecuadas o respecto a la calidad de la comida. Pero sobre todo cuando les pagan con retraso o cuando no les pagan», dice. Ante la eventualidad de una quiebra en el contrato o en las garantías o derechos laborales, Xiong argumenta que los derechos de los trabajadores dependen de la capacidad que tengan los países de destino para hacer cumplir la ley. «Técnicamente, se debería seguir el

procedimiento legal que contemple el país de destino. Pero ya que algunos países africanos tienen un sistema legal muy débil y básico, no se cumple la ley. Entonces no pueden hacer nada», admite. En ese caso, para los desheredados sólo queda —y no siempre— el recurso de recabar el amparo de los tribunales chinos, cuyo sentido de la justicia cuando se trata de optar entre el poderoso y el débil, ya hemos visto en estas mismas páginas en qué consiste.

El milagro chino desafía al planeta

«Luchar contra la Naturaleza es un placer infinito»

Mao Zedong, 1917.¹

Desde el camino de tierra por el que se accede, el bosque despliega su naturaleza explosiva como una maraña infinita. Un territorio hostil e infranqueable para acérrimos urbanitas y, en general, para los foráneos de la remota localidad de Krasnoarmeiski, situada en pleno corazón forestal del extremo oriental ruso. Una breve incursión en esta madeja natural de la mano de Anatoly Lebedev, referencia del ecologismo en la región, da cuenta de la exuberancia de un universo único enclavado entre el Océano Pacífico y la inhóspita Siberia. Apenas un centenar de metros recorridos en dirección a la espesura de la floresta, el piar de los pájaros y los sonidos emitidos por la fauna más diversa resuenan de forma ensordecedora. La densidad de la humedad se puede casi aprehender, mientras las especies oriundas y los humanos —visitantes esporádicos— compiten por el oxígeno.

En este ecosistema único por su diversidad, el sol se abre paso con dificultad por entre las copas de los frondosos pinos coreanos, robles y abetos. En ocasiones, un claro se abre en el bosque y el halo de luz penetra entonces verticalmente hasta el suelo, dejando al descubierto —en medio de la penumbra imperante— un ejército de hormigas, escarabajos y babosas que reposan sobre la base de un árbol talado. Estos pequeños oasis de luz y calidez, que disparan el

sistema sensorial humano, no son más que el presagio de una de las mayores tragedias medioambientales que persigue a la despoblada región de Primorsky: la deforestación a gran escala.

Con su vetusta camisa arremangada, Anatoly Lebedev hace de vez en cuando un alto en el camino, se recuesta en un tronco que se acerca al metro de diámetro y nos conmina a que verifiquemos que no se ha adherido a nuestra piel o ropajes una de esas garrapatas asesinas que transmiten la mortal encefalitis. El enjambre de mosquitos se le echa entonces encima —sanguinariamente— y la nube de bichos en ebullición revolotea alrededor de su cabellera canosa. Aunque ello no supone la menor de las preocupaciones para este hombre excepcional cuyo cometido es —a sus 73 años— salvar los bosques y a sus inquilinos de la negligencia y codicia de los empresarios y oficiales rusos y sus interlocutores chinos.

El expolio de los bosques rusos fue inducido por la depresión económica que azota Siberia y el Extremo Este rusos desde la caída de la Unión Soviética, explica, con aire melancólico, Lebedev. «Antes del fin de la URSS había industrias estatales para explotar los recursos forestales. Abarcaban la totalidad de la cadena de producción, desde el corte hasta el procesado de la madera. Todo el valor añadido se quedaba aquí; se producía incluso pulpa para hacer papel. Decenas de miles de personas trabajaban en estas empresas, que vendían en el mercado doméstico y al exterior. Pero después, tras la revolución capitalista, como yo llamo al hundimiento de la Unión Soviética, estas empresas entraron en bancarrota y comenzó un período doloroso de privatización», relata, en un inglés brillante, el fundador del Buró para las Campañas de Alcance Regional (BROC, en sus siglas en inglés), una ONG que se dedica a combatir y denunciar los desmanes medioambientales en la región.

Nacido en Vladivostok en 1941, este hombre de intelectualidad y modales exquisitos se interesó por el medio ambiente en cuanto pisó por primera vez la inmensidad del Ártico. «Mi padre era capitán de rompehielos. Como ingeniero, estuve involucrado en dos misiones al Ártico. Tuve contacto con muchos escritores, geólogos y otra gente que formaba parte de la élite intelectual. Entonces entendí la importancia de la relación espiritual entre humanos, industrias y medio ambiente. Por eso creé BROC en 1997», dice quien en 1989 llegó a ser diputado en la asamblea regional tras «las primeras y últimas elecciones democráticas de Rusia». Durante estos años lideró iniciativas legislativas para proteger territorios y poblaciones indígenas. «Era la primera vez

que se hacía algo semejante en el país.» Mucho antes había hecho casi de todo: estudios de ingeniería naval, entrenamiento militar como brigadista, trabajo como periodista y posteriormente activista medioambiental. Sin olvidar su época como agente de la KGB.

«Por mis capacidades como paracaidista y submarinista, así como por mi educación en filosofía y arte, me implicaron en la vigilancia de gente que era “mentalmente no confiable”, para informar al KGB de su comportamiento “erróneo”», recuerda. «Lo que en realidad hacía era advertir a la gente de que fuese más cuidadosa en sus conversaciones y entonces les decía a mis superiores que la persona en cuestión apoyaba el régimen comunista y que todo estaba bien.» Era una época en la que nadie estaba seguro: tras ser «traicionado por un amigo», poco le faltó para acabar internado en un *gulag*. Lebedev forma parte de una generación de rusos que quedó atrapada entre la represión comunista de entonces y el actual sistema dominado por las oligarquías, que se implantó en la nueva Rusia. Con crudeza, contrariado sobre todo por la pérdida cultural y la integridad de las nuevas generaciones, habla del pillaje que siguió a la caída del imperio soviético, en el que unos pocos —muchos de ellos ex oficiales comunistas— libraron una batalla sin cuartel, incluso a tiros, por la riqueza del país.

Así, el derrumbamiento del sistema soviético se llevó por delante el sustento de miles de familias que vivían no sólo de los ingresos generados por la industria maderera, sino también de la explotación del resto de productos que da el bosque: miel, ginseng, frutos silvestres, carne de jabalí, grasa de oso. Contrariamente a lo que muchos esperaban, el desmantelamiento de las industrias estatales no desembocó en un uso más eficiente de los recursos, sino que se tradujo en un saqueo ejecutado por poco más que entes mafiosos. «Había que destruir las empresas estatales y privatizarlas. Los inversores privados, muchos ex funcionarios soviéticos, se mataban literalmente en una guerra fratricida por comprar las empresas privatizadas.» No era nada extraño: el país más grande del planeta alberga asimismo las mayores reservas de bosques de coníferas —las florestas frías—, con un 57 por ciento de la superficie total mundial. Esto es, una inagotable fuente de recursos con un potencial ingente al que, como sucedió en el sector energético y minero, le hincaron el colmillo las élites postsoviéticas.² Así, extinta la URSS, las florestas pasaron de estar salvaguardadas por el control gubernamental a estar sujetas a una rapiña en la que lo único importante era —y sigue siendo— el enriquecimiento rápido.

Los empresarios, por un lado, se lanzaron a una explotación salvaje e insostenible de las especies forestales, talándolas sin orden ni concierto y maximizando los beneficios: un desangre a herida abierta. En paralelo, las víctimas del cierre de empresas estatales —los ex empleados soviéticos que de la noche a la mañana se vieron en la calle— acudieron a los bosques en busca de sustento. Desesperados por la falta de oportunidades, efectuaban incursiones esporádicas con una modesta furgoneta y un puñado de motosierras para hacerse, aquí y allá, con un poco de madera noble que luego pudieran revender. La escala de la hemorragia era menor, pero el goteo era constante y desordenado, con consecuencias nefastas a largo plazo. «Empezaron a competir por los recursos del bosque. Muchos desempleados entraron en el negocio ilegalmente, sin concesiones, vendiendo a los chinos en cuanto se abrió la frontera con China.» Era 1991 y China entró por vez primera en escena. «Los chinos compraban de todo, legal o ilegal. Mucha gente en las zonas rurales de Siberia está muy agradecida a China, porque en aquellos días era la única opción. Algunos pueblos forestales siguen existiendo gracias a esa demanda. Si no hubiera sido así, no habrían tenido para subsistir», explica Lebedev.

Desde entonces, las corporaciones —principales responsables del drama contemporáneo— talan sin miramientos y con prácticas insostenibles en concesiones que obtienen por los más diversos medios. «El problema viene de las empresas que cortan intensivamente, destruyendo todo a su paso, que cuentan con el apoyo de los funcionarios criminales porque pagan muchos impuestos. Hay también empresas estatales a las que adjudican concesiones con el objetivo de que las protejan, pero lo que hacen es talar con fines comerciales, incluso en lugares vetados.» Todo este sistema se alimenta a través del *opshack* (обшар), el engranaje de corrupción que gangrena todos los estamentos de la sociedad rusa, desde lo más alto de la pirámide del poder hasta el funcionario de base. Es algo similar al *impuesto revolucionario* de guerrillas y mafias, pero exigido por los órganos del Estado: policía, agentes forestales, guardias, aduaneros y oficiales. Empresarios, matones y las oligarquías también reclaman su parte. Los maletines llegan hasta el mismo Kremlin. «Si no pagas tus sobornos estás fuera del negocio», asegura Lebedev.

La corrupción y el pago de sobornos es el elemento que *legaliza* este fraude que hoy amenaza con extinguir, en un lapso de 20 o 30 años, un ecosistema único. La madera es obtenida de forma ilegal, pero con pagos bajo cuerda se obtienen los documentos necesarios para que entren en el circuito legal:

certificados de origen, especie y cantidad, licencias de corte y exportación. Todo. Nada es imposible si se barajan las cantidades adecuadas, apunta Lebedev. «En un país completamente corrupto, el control no existe; no es posible. Cualquier agente es potencialmente corrompible. La corrupción es parte del sistema. En cuanto el inspector de turno detiene al que trafica o corta ilegalmente madera, éste le propone 100 dólares y todo queda solucionado. Los guardas forestales ganan apenas 10.000 rublos al mes, unos 300 dólares. Cobran tan poco que sobornándoles para una sola partida ya ganarían más que en todo el mes. ¿Cómo no se van a dejar corromper?», interroga. Al abordar este drama que trasciende la cuestión medioambiental, la voz de Lebedev se agrieta. Abre los ojos y habla con crudeza de la situación actual. Le invade cierta añoranza por los tiempos pasados. En ocasiones, mezcla su relato personal con el de la deforestación, como para mostrar que la degradación ambiental no es más que la consecuencia del empobrecimiento moral de la sociedad rusa.

1998: el factor chino, año cero

Aunque la anárquica privatización de la Unión Soviética juega un papel muy importante en el drama forestal siberiano, el devenir de los acontecimientos tiene una fecha nefasta para los bosques y las especies que allí habitan: 1998. «En aquel año se producen varias cosas simultáneamente. Por una parte, la economía rusa se hunde y entra en crisis el sistema financiero, arrastrado por el *crack* asiático del 97, lo que provoca la devaluación del rublo. Al mismo tiempo, China, que crece a toda velocidad, prohíbe la tala en buena parte de su territorio, después de las inundaciones. Todo esto tuvo un gran impacto», recuerda Lebedev.

Con la prohibición de tala nacional,³ China se enfrenta al reto de tener que suplir con importaciones su ingente suministro doméstico de madera. Es Rusia quien se encarga de ello: el país vecino, que en 1996 apenas exportaba medio millón de metros cúbicos de madera al gigante asiático, multiplica en 2004 su suministro. Desde entonces, China es su principal cliente, importando casi 18 millones de metros cúbicos, sobre todo de especies nobles como el roble o las diversas clases de pinos siberianos.⁴ Los bosques rusos, que en el pasado se habían echado a la espalda la reconstrucción del Japón post imperial y la industrialización de Corea, afrontan desde entonces la magnitud china. La

reconstrucción de las ciudades japonesas arrasadas por las bombas aliadas durante la Segunda Guerra Mundial, llevada a cabo décadas antes del desembarco chino en Siberia, devino un reto menor comparado con el que supone el coloso chino, un país de 1.300 millones de personas convertido en la *fábrica del mundo* y en plena urbanización salvaje.

La huella de todo ese drama se evidencia en Dalnerechensk, la capital de la industria maderera en Siberia oriental. Un pequeño asentamiento de cicatriz rural y casas desperdigadas donde residen 30.000 habitantes de rostros recios y desconfiados; valientes que viven bajo inviernos climatológicamente tremendos en los que el vodka es recurso habitual y los bailes al ritmo de canciones de los años 80, en clubs donde el tiempo se ha parado, una prueba indiscutible de que por las venas de los rusos corre algo similar a la sangre latina. En este clima de dulce decadencia destaca el dinamismo de su estación ferroviaria, puerta de salida para los recursos forestales siberianos hacia China. En las vías, varios trenes de cuarenta vagones cargados hasta los topes esperan luz verde para arrancar y enfilarse en dirección a Suifenhe, la vibrante ciudad china situada al otro lado de la frontera.

Cada día, una docena de locomotoras de hasta sesenta vagones con 3.000 metros cúbicos de madera cruzan al país vecino sólo en este puesto fronterizo, el mayor puerto de exportación de la madera rusa a China. Anualmente, ello supone diez millones de metros cúbicos de madera, una superficie forestal equivalente a la extensión de países enteros como Islandia o Portugal.⁵ En la estación de Dalnerechensk huele a leña recién cortada: los trenes transportan troncos de pino y roble sin procesar, muchos de ellos con restos de resina fresca en la corteza lateral. En la base cilíndrica, inscripciones con tiza indican el origen, la calidad y, sobre todo, el teléfono del intermediario o dueño de la mercancía. Los caracteres en chino predominan porque, como explica Lebedev, «los chinos lo han copado todo. Ellos, a diferencia de los japoneses, que se abastecían en el mercado, han venido a Rusia a comprar. No hay pueblo de la región en la que no estén presentes».

Los chinos entran en el negocio apenas el árbol es abatido, pero no participan de la tala. «Todo el corte de madera lo hacen los rusos. Las empresas rusas obtienen una concesión y la explotan, sobre todo en invierno, cuando la nieve es sólida y las carreteras están practicables. Los chinos entran en la venta al por mayor y el procesado. Son accionistas, patrones y trabajadores. Abarcan toda la escala de actividades. También son intermediarios: compran y revenden.»

El control vertical completo. Ejemplo de lo anterior es la planta de procesado que regenta Shi Wei Hua —Natasha en su versión autóctona—, en las afueras de Dalnerechensk, y que fue la única que nos permitió la entrada al recinto, compuesto por dos chozas de madera y una pequeña nave de procesado. A lo largo del camino que recorrimos en paralelo a la línea del tren, donde se suceden aserraderos y depósitos de madera —algunos verdaderos fortines con seguridad y perros siberianos con pinta de tener muy malas pulgas—, nos impidieron una y otra vez el acceso, conscientes de que el tema de la deforestación de la Siberia rusa es cuestión delicada.

Un puñado de trabajadores chinos y un solo ruso, Sasha, se afanan por imprimir un ritmo trepidante a la zona de sierra y procesado, ante la atenta mirada de Natasha, quien gobierna con mano de hierro cuanto acontece en la empresa. Los grandes troncos de pino coreano son cortados para separar la corteza de la madera y quedan rápidamente transformados en tablones, que se apilan para su venta. Las condiciones en las instalaciones son precarias: predominan las herramientas manuales, maquinaria anticuada y el ruido ensordecedor. La protección para la salud es también mínima: ni casco, ni máscara contra el polvo, ni separaciones que protejan al empleado de la enorme sierra. Un tropiezo, un error o la mala suerte pueden suponer, inevitablemente, un brazo de menos en cuestión de segundos. La pequeña cabaña de madera con tres estancias cobija una modesta cocina, un comedor con una mesa y su bancada, y una oficina donde Natasha ejerce de gestora: compra y venta de madera, organigrama logístico, pago semanal de sueldos. En otra casita duermen los empleados: una sola estancia con espacio para cuatro literas empotradas y una televisión acoge a seis de ellos, mientras en otra duermen tres mujeres que desafían la lógica de un mundo de hombres. Son habitáculos sencillos y sin lujos, donde los empleados pasan buena parte de su tiempo libre durmiendo o viendo la pequeña televisión que descansa sobre un taburete, en especial durante el invierno intratable que azota por esas latitudes.

Sasha, el joven ruso, cubre su cuerpo de estatura media con uniforme militar. Tiene 25 años y el pelo rubio cortado a máquina. Le abordamos en plena hora del almuerzo: sentado a la única mesa, pero separado de sus compañeros chinos. Todos comen platos chinos, pero sólo él lo hace con tenedor. «Me pagan 240 rublos (seis euros) por una jornada de trabajo. Es muy poco», señala. Natasha reconoce que a los rusos se les paga, de media, un 20 por ciento menos que a los chinos. «Esta compañía no sería viable si trabajaran sólo empleados

rusos. Los rusos beben mucho y son muy indisciplinados. Los chinos trabajan mejor y no causan problemas», explica, para justificar la diferencia de salarios. «Aquí no obligamos a nadie a que se quede; si alguien no está a gusto, que se vaya», continúa, en un discurso discriminatorio que escuchamos con cierta frecuencia durante nuestro recorrido por *el mundo chino*. Para los chinos, son *los otros* quienes deben adaptarse a sus estándares —laborales, salariales, medioambientales— y no al revés.

Ese engranaje que permite a Natasha ganarse honestamente la vida a cambio de sacrificios continuados, enfrentándose a un invierno inhumano, la ausencia de sus seres queridos y una vida en el alambre migratorio, pronto irá haciéndose más difícil en medio de la escasez de materia prima. Con su mirada astuta, Natasha no esconde su diagnóstico sobre el estado de los bosques. «Solíamos trabajar con maderas nobles, pero la producción ha caído mucho. Ya no quedan reservas», explica, dando a entender que los bosques de robles de la zona han sido arrasados literalmente por las motosierras. «Ahora trabajamos sólo las maderas blandas», reconoce.

El tigre siberiano se vuelve caníbal

Aunque la corruptibilidad de los burócratas rusos no es únicamente atribuible a los compradores chinos, el rol que éstos juegan en el expolio de los bosques siberianos es capital. Los chinos llegan con dinero fresco y ofrecen precios desorbitados a las familias o las empresas por las maderas más preciadas, sin mostrar ningún interés por su procedencia o legalidad. Además, toda una red de cientos de compradores repartidos por puntos geográficos estratégicos ha permitido que los nuevos emperadores controlen el negocio de la compraventa casi de manera vertical.⁶ «La demanda china está fomentando esta situación. Al menos la mitad del comercio maderero procede de la tala ilegal. Eso está haciendo un daño irreparable», dice Lebedev. «No sólo la tala ilegal, sino el expolio de todo cuanto sale del bosque. A los chinos no les interesa de dónde vienen los productos de la floresta; no están preocupados por el origen de la madera. Está en el mercado y por tanto creen que no es su responsabilidad. Así que se sienten muy cómodos en este sistema de sobornos. Ésas son las reglas del juego y ellos participan encantados. No tienen ningún problema», apunta. Lo único que importa a los nuevos amos del negocio es el lucro que se puede

obtener operando en los primeros eslabones del sector: por un metro cúbico de roble de primera calidad se pagan en suelo ruso 350 dólares y, una vez cruzada la frontera, el precio se duplica y supera los 700.⁷

Vladimir Bojarnichov, experto medioambiental del Instituto de Geografía del Pacífico en la Academia rusa de Ciencias de Vladivostok, reparte alícuotamente las culpas de lo que ocurre en el tesoro natural siberiano. «Chinos y rusos comparten responsabilidad al 50 por ciento de lo que sucede en nuestros bosques. El gobierno chino apoya su economía local y da incentivos para explotar los bosques. Ha dicho a su gente: “el vecino es ahora pobre, si queréis haceros ricos, ahora es el momento”», comenta en su aula situada a las afueras de Vladivostok. Con ello denuncia sobre todo las políticas de Pekín y los gobiernos provinciales chinos para crear, al otro lado de la frontera, zonas industriales de procesamiento de madera con el objetivo de que China absorba todo el valor añadido de la materia prima rusa.

Así, los bancos provinciales han concedido créditos blandos y las autoridades han mejorado las redes de infraestructura junto a la frontera, habilitado tierras y rebajado impuestos para sentar las bases de áreas industriales como la que ha permitido a Suifenhe convertirse en una importante y emprendedora urbe de provincias.⁸ A ello hay que sumar que Pekín rechaza aprobar leyes que impongan un mayor control sobre el origen de la madera. El resultado es que una ciudad como ésta, donde hace apenas tres décadas malvivían 10.000 personas, cuenta hoy con 30.000 residentes, algunos tan ricos como Jiou Peng, quien —como vimos en el primer capítulo— nos recogió en la estación con su flamante Porsche Cayenne. A ello hay que sumar la población flotante que, atraída por las oportunidades laborales que proporciona Suifenhe por ser una de las capitales madereras en China, asciende a unas 100.000 personas.

Por tanto, no es de extrañar que los dueños de la madera reciban la mercancía en esta ciudad fronteriza de flamantes edificios y centros comerciales como maná. Los árboles siberianos han creado aquí una fuente de empleo y riqueza notable: más de 300 empresas operan en las cuatro zonas de procesamiento de madera habilitadas por las autoridades. Se estiman en 12.000 los empleos que, como mínimo, se habrían generado sólo en la localidad gracias a los recursos obtenidos de las entrañas de la floresta rusa. En el resto del país, la cifra de trabajadores que se ganarían la vida con la industria maderera, fundamentada en las importaciones de troncos rusos sin tratar,⁹ supera los 200.000.¹⁰

Con semejantes vínculos económicos, no sorprende a nadie que las autoridades desprecien cualquier iniciativa por controlar y rastrear —como hacen por ley Estados Unidos y Europa— el origen de la madera.¹¹ En el caso de la madera rusa no sería complicado, teniendo en cuenta que apenas 60 empresas situadas en el norte de China acaparan en torno al 80 por ciento del comercio de troncos rusos.¹² Bastaría con echarles el guante y exigirles responsabilidades. Pero millones de empleos y cuantiosas ganancias en mercados de todo el mundo —entre ellos el del gigante sueco IKEA— están en juego, lo que explica el nulo interés de Pekín por mover ficha.¹³ «China no va a parar la entrada de madera ilegal, porque ello tendría un gran impacto en la economía. No es factible que China haga nada que suponga un frenazo a su economía», nos dijo en Pekín Xiangjun Yang, que trabaja para el Consejo de Administración Forestal (FSC, en sus siglas en inglés), una ONG que se encarga de certificar el origen legal de la madera. El desarrollo económico es para los maquiavélicos *príncipes* chinos el fin que justifica los medios.

La huella de todo ello se deja sentir con fuerza en el extremo oriental ruso, y no sólo en el retroceso de las reservas de árboles. La deforestación está trastornando un ecosistema que, ante la destrucción que ocasionan las motosierras, es incapaz de adaptarse para sobrevivir. El ejemplo más evidente es el del emblemático tigre siberiano, como explica Bojarnichov. La tala indiscriminada ha barrido del bosque especies clave como el roble, lo que supone un terremoto en la base de la pirámide de sostenibilidad. O lo que es lo mismo: la cadena alimenticia de la fauna se ha visto afectada de forma irremediable. Para comprenderlo, fuimos a ver a Nikolai Salyuk, geólogo por el Instituto de Moscú y activista en los bosques de Primorskyi desde 1975. Interrumpimos la sesión de sauna de la que disfrutaba en su casa, situada en los lindes del bosque, para que este experimentado cazador y amante de la naturaleza nos explicara por qué el tigre siberiano, el rey de la fauna autóctona, se encuentra arrinconado y al borde de su extinción. «La bellota, que es clave en la alimentación del jabalí, desaparece con la tala. Al disminuir la población de robles, disminuye la cantidad de bellotas y los jabalíes emigran, en busca de un mejor hábitat para su supervivencia. El tigre, que se alimenta de cerdos salvajes y otras presas, abandona también su medio tradicional y, en consecuencia, ha cambiado sus hábitos alimenticios», indica, junto a su mujer, este hombre robusto y simpático.

La explicación es sencilla: la tala indiscriminada ha dejado un bosque muy

fragmentado que ha destrozado la biodiversidad. Es como si de un castillo de naipes se hubiera extraído una de las cartas que lo sostiene (el árbol, las bellotas): el equilibrio se ha roto y la estructura (insectos, jabalíes, tigres) se tambalea casi hasta desmoronarse, con consecuencias nefastas. «En 25 años he visto muchos cambios en el comportamiento del tigre. Es un animal que por naturaleza caza solo, pero ahora a veces lo hace en grupo. También se acerca a los asentamientos humanos, donde al amanecer ataca a los perros, que son presa fácil», apunta, mientras entretiene a un cachorro de can que sostiene en sus brazos. «Están tan hambrientos que en ocasiones se devoran unos a otros. Yo he presenciado episodios de canibalismo», asegura. Conocedor como nadie del entorno, no duda acerca de quién es el culpable: «la industria de la madera es quien ha puesto en peligro de muerte al tigre, quien ha llevado al felino a esta situación límite».

Tres meses y varias decenas de miles de kilómetros después, comprobábamos que, lejos de ser un caso aislado, lo que sucede en la Siberia rusa, en una de las mayores reservas ecológicas del planeta, es tan sólo la punta del iceberg del expolio chino de los bosques de madera noble mundial. África era nuestra próxima parada.

Mozambique: otras especies, mismo patrón chino

Ajeno al peligro que comporta para la salud de todos nosotros y para su todoterreno, nuestro chófer Li ríe a carcajadas cada vez que el Mitsubishi hunde sus ruedas a 100 kilómetros por hora en alguno de los hoyos que plagan la carretera EN-1, entre Maputo y la ciudad portuaria de Beira, en el centro de Mozambique. En los tramos donde el asfalto —rehabilitado parcialmente por empresas chinas cuyos operarios bregan bajo el sol— concede una tregua en medio de la tortuosidad del trayecto, el paisaje hipnotiza al viajero. El cielo impone durante el día un azul magnífico que eclipsa los tonos verdosos y marrones de las especies tropicales. El mar turquesa hace apariciones esporádicas a un lado de la ruta, coqueta como los ojos negros de las sensuales mujeres mozambiqueñas. Al caer la noche, la oscuridad no logra —pese a su espesor— engullirlo todo. Las estrellas arrojan su espléndido halo a la altura del Trópico de Capricornio.

Pasado Vilankulos, a mitad del trayecto de más de 1.000 kilómetros que separa Maputo de la segunda ciudad más importante del país, aparecen yuxtapuestos dos fenómenos que, aunque desconectados, resumen el estado de cosas aquí. El primero surge súbitamente en medio de la calzada, apenas se rebasa un cambio de rasante: son los policías que, *armados* con decimonónicos radares de velocidad manuales en forma de secador de pelo y dudosa fiabilidad, asaltan al viajero. Amonestaciones constantes, sin factura y de coste modesto (20 o 30 dólares para los *brancos*), pero de pago inmediato, reflejan que la corrupción es aquí el *modus operandi* habitual de quienes teóricamente deben hacer cumplir la ley. Menos abruptas, pero igualmente agoreras, son las columnas de humo que se elevan a los dos lados de la calzada y que impregnan el ambiente de olor a vegetación quemada. Son los fuegos que prenden los locales para arrasar hectáreas de bosque con el objetivo de ganarle terreno a la floresta para su agricultura itinerante. Las cenizas de los *tanga tanga* y los ébanos sirven de triste abono para los cultivos de tribus y minorías, dejando en evidencia que el bosque está aquí permanentemente amenazado.

Tantas veces, sin embargo, las especies preciosas que pueblan las espesuras y los parques naturales del centro y norte de Mozambique, cerca de las fértiles cuencas del río Zambeze, no acaban siendo pasto de las llamas. Pero no por la resistencia al fuego de los ejemplares autóctonos —como el *chacate*, incombustible— sino por la ausencia de éstos: antes de que las llamas prendan sus inmensos troncos, algunos de hasta treinta metros de alto, están ya embarcados en un carguero con destino a China. Poco antes de llegar a Inchope, a medio centenar de kilómetros de Beira, nos topamos con un grupo de taladores furtivos locales. Son media docena, ninguno de ellos supera los 25 años y están sentados en una pila de troncos, descansando. Nos examinan con mirada desafiante; aferrados a sus hachas durante los primeros minutos de conversación. Poco a poco, tras el diálogo obligado sobre fútbol y mujeres, la cosa se relaja y João, uno de ellos, habla por todos.

«Trabajamos diez horas al día. Entramos en el bosque y cortamos madera que luego nos compran. A veces son los chinos directamente quienes vienen a buscarla. Trabajamos en grupo porque los árboles son muy gruesos. Nos dan unos diez dólares a cada uno por llevarles lo que hemos talado.» En China, el precio del metro cúbico de madera noble (caoba, palo de hierro, ébano, palisandro y wengue, el más caro) oscila entre los 600 y los 1.700 euros. João es incapaz de cuantificar cuánto cortan al día: «a veces cinco, a veces diez

troncos». Sin motosierras, el trabajo es matador. Algunos van descalzos, otros más afortunados, se manejan con guantes de lana y chancas. Todos llevan gorras o sombreros que sirven de soporte para el trapo que cae por detrás de sus nuca, hasta los hombros. «Es para protegernos de las cobras y otras serpientes venenosas. Muchas veces saltan de los árboles cuando estamos trabajando y caen sobre nuestras espaldas.»

Estas incursiones en el bosque las conoce perfectamente Ana Alonso, una empresaria española que detenta una concesión (Euromoz) de 60.000 hectáreas —el equivalente al área metropolitana de Madrid— de sotobosque, sabana y bosque de árboles de alta densidad en el centro de Mozambique. Nos reunimos con ella en la ciudad portuaria de Beira, capital maderera de donde sale buena parte de los buques que transportan la materia prima que acabará transformada en parqué de lujo o en las mesas de madera maciza que decoran las oficinas y viviendas más selectas de las urbes chinas. A sus 57 años, viste ropa caqui —de camuflaje— y se la detecta desde lejos por su larga cabellera. Se mueve en un viejo jeep Toyota y, tras 17 años residiendo en la ex colonia portuguesa, habla sin pelos en la lengua y dispara con bala: «Este sector es sucio y corrupto. La corrupción de los chinos ha enriquecido a los funcionarios mozambiqueños medios y de base. A los servicios forestales de las provincias les han llenado los bolsillos muy rápidamente».

Un discurso tan directo le obliga a ir acompañada las 24 horas del día de un escolta armado con escopeta: funcionarios corruptos, empresarios, mafiosos e incluso ministros la han amenazado de muerte por su activismo contra la deforestación y las prácticas ilegales. «Cuando recibo una amenaza de muerte de alguien importante en el país publico una página entera de publicidad en los principales periódicos de Mozambique denunciando quién está tratando de intimidarme y por qué. Es una manera de protegerme, exponiéndolo públicamente», dice con coraje, en su casa, mientras muestra algunos ejemplos de ello. A medida que íbamos conociendo por dentro el funcionamiento del negocio maderero mozambiqueño, las similitudes con lo que habíamos visto en Rusia se hacían, a cada momento, más evidentes.

El patrón, de hecho, sería calcado si no fuera porque en el país africano la participación de empresas estatales chinas es mucho más significativa:¹⁴ los chinos no se manchan las manos en la tala, pero financian a los mozambiqueños para que actúen como *hombres de paja* y les brinden acceso a concesiones a las que sólo los nacionales pueden optar. A través de perversos créditos que sirven

para que los mozambiqueños compren el material (motosierras, camiones) y abonen los depósitos necesarios para explotar las concesiones, los chinos endeudan a los locales y les obligan a venderles los recursos obtenidos del bosque en las condiciones que a ellos les convienen.¹⁵ Con el pago de sobornos se logra que las especies de primera y segunda calidad, cuya exportación en forma de troncos en bruto está prohibida, abandone el país. «Todo el sistema está podrido con el objetivo de tener más beneficios. Si se explotan las concesiones legalmente y se exporta siguiendo las leyes y normativas, el beneficio es apenas del 10 por ciento. Pero si se corrompe a los oficiales para sacarlo sin procesar, se evaden impuestos o se incumplen los planes de reforestación, el beneficio supera el 50 por ciento», asegura Alonso, en referencia a los intermediarios asiáticos. En ese contexto de descontrol, los chinos se mueven como pez en el agua. «Los demás extranjeros tienen también sus corruptelas, pero lo que los chinos tienen aquí es un engranaje de corrupción para que les funcione el negocio. Si hay niveles en la ilegalidad, los chinos son los más ilegales.»

En las afueras de Beira, los almacenes regentados por chinos jalonan la carretera. Tras varios intentos en vano, logramos que Zheng (nombre ficticio) nos deje echar un vistazo a su recinto, del tamaño de un campo de fútbol. A un lado, troncos de distintas especies aguardan apilados a que lleguen los camiones con los contenedores para que sean sellados y embarcados directamente, sin mayor escrutinio. «La madera me la venden unos chinos que viven más al norte. Hay muchos compatriotas allí. No sé de dónde procede, si ha sido cortada legal o ilegalmente», reconoce. Al otro lado del recinto, una precaria estructura industrial compuesta por una sierra y un generador de corriente hace las veces de aserradero. «Toda la tecnología es de China, aquí no hay nada local.» Oriundo de Henan, llegó a Beira hace cuatro años, atraído por «las oportunidades que presentaba el país».

Vive solo, dejó a su familia en China, adonde planea volver cuando se haya hecho rico, objetivo que no parece lejano. «He ganado varios cientos de miles de dólares», admite sin complejos. Los bosques mozambiqueños pagan la factura: cada mes exporta a su país entre 30 y 40 contenedores de 18 toneladas cada uno, unas 7.500 toneladas al año.¹⁶ «Por culpa de los chinos ha desaparecido ya el 25 por ciento de los bosques de las provincias de Sofala, Zambezia y Nampula, y me quedo corta. En cuatro o cinco años no quedará nada», sentencia Ana Alonso. Al ritmo actual de tala, las reservas de madera noble se extinguirán en todo Mozambique en menos de una década.¹⁷

Los peligros inherentes del interés nacional chino

La lista de países cuyos bosques sufren, como Rusia y Mozambique, los efectos de la demanda china, la corrupción y la negligencia de las élites locales es mucho más extensa: Papúa Nueva Guinea, Indonesia, Birmania, República Democrática del Congo, Madagascar, Gabón, Guinea Ecuatorial... Todo ello tendría, ciertamente, un impacto mucho más moderado si el demandante no fuera el país más poblado del mundo, además de ser el mayor taller de madera del planeta.¹⁸ La dependencia china del exterior para satisfacer su mercado no deja de aumentar en medio de unas perspectivas de consumo ingentes, que exigirán nuevas fuentes de abastecimiento en un futuro inmediato.¹⁹ Ello explica que el gigante esté explorando todos los rincones del globo en busca de la preciada —y lucrativa— materia prima.

En todas esas mencionadas naciones en desarrollo, donde China acude para abastecerse de madera, se dan los mismos parámetros que los observados en Rusia y Mozambique. Primero, un uso generalizado de la corrupción, que alimenta el negocio y los excesos medioambientales. Éste es quizá el común denominador más decisivo, ya que sirve de abono para que los empresarios chinos obtengan rápidamente —a través de circuitos paralelos— grandes cantidades de especies preciosas sin importar el origen, la legalidad ni los métodos. Por otra parte, la exportación de los recursos se hace en su forma primaria, sin procesamiento alguno que genere riqueza a nivel local en forma de empleos o inversiones. El desinterés de las autoridades chinas por controlar el origen de los troncos, como hacen otras naciones más responsables, completa el *modus operandi* de este crimen perfecto.

¿Qué impacto social y medioambiental tiene este drama para el resto del planeta? De entrada, está provocando un expolio silencioso pero acelerado de las especies nobles en los bosques del mundo en desarrollo, cuyas reservas no dejan de retroceder en lugares como África o América Latina.²⁰ En cuanto a los factores socioeconómicos, por un lado, la participación en el pago de sobornos contribuye a perpetuar el sistema de la corrupción; por otro, la exportación de la materia en su forma primaria impide cualquier perspectiva de derrame económico en términos de empleo, valor añadido y transferencia tecnológica y de conocimientos. Aunque el gobierno y los empresarios chinos no son, por

supuesto, los únicos culpables de todo esto, sus responsabilidades son innegables sobre todo en cuanto a que la pasividad del Estado chino impide poner fin o reducir sustancialmente el consumo de madera ilegal. China podría hacer mucho más, pero la destrucción de los bosques y el impacto socioeconómico son vistos como un mal necesario, como los efectos secundarios de una necesidad más importante: su propio desarrollo y bienestar.

Al contrario, en aras de esa prosperidad económica, el Gobierno contribuye a que China, que controla un tercio del comercio mundial de mobiliario y exportó en 2010 por valor de 16.160 millones de dólares,²¹ sea un país de lavado de madera ilegal a gran escala:²² los *taobabs*, ébanos y caobas ilegales entran en su territorio y, tras su transformación en parques, mesas, armarios y sofás son exportados a los lucrativos mercados de Estados Unidos o Europa, o vendidos en Shanghai o Cantón, donde una cama compuesta por palo de rosa con diseño de la dinastía Ming alcanza los 800.000 dólares.²³

Hegemonía china sobre el río Mekong

Un ejemplo del lucrativo negocio descrito puede verse en la ciudad china de Jinghong, al sur de la provincia de Yunnan, a pocos kilómetros de la frontera china con Tailandia y Birmania. Es una apacible urbe dominada por vegetación tropical y templos budistas donde los habitantes locales, muchos pertenecientes a la minoría étnica Dai, pasan sus ratos libres apostando en las peleas de gallos. Las arterias comerciales están atiborradas de lujosas tiendas de jade y mobiliario de madera birmanos cuyos escaparates atraen las miradas de los compradores, ajenos al drama que se vive en las minas del otro lado de la frontera, en Birmania, que abordamos en el tercer capítulo. Sin embargo, no era el impacto en los bosques birmanos lo que nos traía por segunda vez a la región, sino una mítica serpiente de agua que parte en dos Jinghong —la *ciudad del amanecer*— y recorre 4.880 kilómetros por el corazón de Asia hasta morir en las costas de Vietnam: el río Mekong.

Bai Haiping nos pide que, pese a haber obtenido los pasajes con suficiente antelación, confirmemos un día antes por si cae el caudal y se cancela la travesía. «Sí, hay agua suficiente. El barco sale mañana a las ocho y media», ratifica por teléfono nuestra guía turística. El tráfico ha decaído mucho a causa de los bajos niveles que presenta el río en este tramo y sólo dos pequeños botes rápidos salen

mensualmente hacia Tailandia por el Lancang, el *río Turbulento*, como se conoce a la parte china del Mekong. La sequía, en la memoria de todos por el impacto que tuvo en 2010,²⁴ es junto al cambio climático el principal culpable de esta situación, según las autoridades. Aunque sobre el Puente de Xishuangbanna, que une las dos orillas del Mekong, se vislumbra otro factor: los proyectos hidroeléctricos en el río.

Si no es embarcándose en un breve trayecto a bordo de las pequeñas canoas de los pescadores, en Jinghong no hay manera de acercarse al enorme muro de cemento que corta el paso de las turbias aguas del Mekong. «El extranjero no puede pasar», responde un policía en un *check point* situado en la carretera que lleva a la presa de Jinghong. Los ánimos están aquí caldeados porque, sin ser la mayor, la presa ha sido una de las que más impacto ha tenido para las poblaciones locales. «Ha afectado a las minorías étnicas que viven en las orillas del río y a la reserva natural de Xishuangbanna», explica Yu Xiaogang, director de la ONG china Green Watershed, que cifra en varios miles los desalojados. Comparada con la huella social y medioambiental de la presa de las Tres Gargantas, la de Jinghong es obviamente un proyecto menor. Su particularidad reside sin embargo en que es la última de una serie de cuatro presas ya construidas en el lado chino del Mekong, a las que se sumarán otras cuatro actualmente en construcción o planeadas.²⁵ Una cascada de barreras hidroeléctricas previstas para suministrar energía a las regiones del este, donde se encuentra la fábrica del mundo, y para hacer negocio con Tailandia y Laos, a quienes vende electricidad.²⁶ Todo ello ejecutado por el gigante asiático de forma unilateral: desde la aprobación en 1986 de la primera presa —la de Manwan— y hasta la fecha, Pekín jamás ha consultado sus planes con el resto de países (Tailandia, Laos, Camboya, Vietnam y Birmania) por los que transita el segundo río con mayor biodiversidad del planeta, sólo por detrás del Amazonas.²⁷

Una docena de soldados del Ejército de Liberación Popular hace su aparición con paso militar en el puerto de Jinghong y tensan levemente los ánimos del medio centenar de turistas que esperan el sello de salida en sus pasaportes para comenzar el viaje por el cauce hasta Tailandia. Montados ya en la pequeña embarcación, de aspecto ruinoso, el motor ruge y por fin avanzamos, aguas abajo, por el Mekong. Enseguida desaparecen las escenas urbanas y el espesor natural del sudeste asiático domina el paisaje en las dos orillas, mientras la niebla impide detectar por momentos los salientes de las rocas que asoman en

medio de la corriente arenosa. Cuando el bote se topa con otra nave, como sucede constantemente con las modestas balsas de pescadores birmanos — reconocibles por las antenas parabólicas instaladas en el techo de sus lanchas construidas con maderos—, disminuye la marcha. Lo mismo acontece cuando hace aparición un carguero chino, que remonta el río después de transportar el *Made in China* a los confines del sudeste asiático.

Surcando sigilosamente las aguas hasta territorio birmano, el barco hace a continuación un alto para que dos militares del país reciban de manos del capitán la tasa de paso: un fajo de billetes rojos cuyo pago nadie sabe si está estipulado legalmente. Más adelante, el río comienza a cobrar vida, al tiempo que su cauce se ensancha, con mujeres que lavan la ropa en las orillas y hombres que se desloman cultivando en las fértiles tierras junto a la *madre de las aguas*, nombre con el que se conoce al Mekong en tailandés. Pero es sobre todo el trajín de las puntiagudas lanchas de los pescadores lo que confiere un aire místico a este río que nace en la cordillera del Himalaya y cuyos recursos dan sustento a más de sesenta millones de personas. La de Som Wang tiene casi una veintena de metros y está equipada con asientos de piel azules, recuperados de un autobús desguazado. Pese a la precariedad, es una embarcación fabulosa, con pósteres que adornan y dan color a la proa, y un hilo musical que escupe los *hits* de moda tailandeses. Varios tatuajes adornan la tostada piel de este tailandés y la de sus compañeros, entre ellos uno grabado en su espalda con el dibujo de un pez que acaba de morder un anzuelo. Un signo de la pasión de estos hombres, que llevan desde la infancia saliendo a faenar en Chiang Khong, una pequeña localidad de pescadores en el norte de Tailandia. «Mi padre me enseñó las técnicas de captura. Empecé a pescar a los nueve años, siguiendo sus instrucciones sobre cómo, cuándo y dónde debía pescar», explica, sonriente, recordando que su familia ha vivido durante generaciones del Mekong.

Todo eso está ahora en peligro. «Hace 10 años había cientos de barcas en la localidad que se dedicaban a la pesca. En 2008 apenas quedaban 60. Hoy ya no hay más que 30.» El motivo son los «grandes cambios que sufre el río» y que han provocado que mengüe dramáticamente la diversidad de especies, la cuantía de los peces y su peso. «Antes sabíamos perfectamente cuándo iban a cambiar las estaciones del río. Había dos temporadas, la de lluvias y la seca. Comprendíamos el ciclo natural del Mekong y sabíamos que, en determinados

lugares, siempre habría peces. Todo eso ha cambiado», asegura este hombre de 38 años que se niega a que su hijo siga sus pasos profesionales. «No hay futuro», apostilla.

En un ecosistema tan rico y complejo como el del Mekong es difícil atribuir a un solo agente esta nueva situación, pero en Chiang Khong todo el mundo apunta a China. Por un lado, culpan a Pekín de llevar al río a una situación límite con la construcción de presas: el caudal ya no está solamente sujeto a las lluvias, sino a la apertura o cierre de compuertas para generar electricidad. Por otro lado, denuncian que a China sólo le interesa su uso comercial y, para ello, no ha dejado de explotar los rápidos y rocas del cauce principal para hacerlo navegable, erosionando el lecho del río. Pese a la imborrable sonrisa de los tailandeses, en Chiang Khong hay mucho resentimiento contra el vecino, sobre todo entre los pescadores, que ahora tienen que hacer otros trabajos para subsistir. La mayoría transporta mercancías o pasajeros a Laos, al otro lado del río. «Antes se podía ganar mucho si se trabajaba duro en la época de pesca, pero ahora apenas saco 500 bahts (unos 12 euros) trabajando desde las 4 de la mañana a las 7 de la tarde. Ha caído mucho la población de peces, pero también su tamaño: especies que antes pesaban siete u ocho kilos ahora alcanzan apenas dos kilos», lamenta Wang. Uno de ellos es el mítico bagre gigante. Una fabulosa criatura migratoria, de hasta tres metros y trescientos kilos —uno de los mayores peces de agua dulce que existen en el mundo—, que se encuentra en peligro de extinción como consecuencia de los infranqueables muros con los que se topa al remontar el río.

Niwat Roykaew, fundador de la ONG local Grupo para la Conservación de Chiang Khong, sigue desde 1996 los cambios que ha experimentado el río a su paso por las siete provincias por las que fluye en Tailandia. Su diagnóstico es idéntico al de los pescadores que, en abril de 2011, se manifestaron frente a la Embajada china en Bangkok para protestar por los planes hidroeléctricos chinos en el Mekong. «En 2003, cuando la presa de Daochashan se puso en marcha, comenzaron los problemas. El nivel del agua comenzó a fluctuar mucho y rápidamente fuera del período de estaciones. Los pescadores dejaron de comprender el ciclo natural del río», dice este hombre, arquetipo del *hippy* de los años 70. Las increíbles oscilaciones, que llegan a ser de hasta tres metros en apenas 24 horas sin que se registren lluvias aguas arriba del río, provocan escenas lamentables, inauditas. «Como consecuencia, los pescadores *pescan* pájaros», explica Niwat. «Es práctica común entre la población autóctona dejar

las cañas sumergidas y clavadas en la tierra, durante horas, y marcharse. Al volver, se encuentran los anzuelos al descubierto, porque desciende el nivel de agua del río, y son los pájaros, en lugar de los peces, los que quedan atrapados.»

Las comunidades que no viven de la pesca se ven igualmente afectadas. «Las crecidas del río también han inundado y arrasado los cultivos de muchos campesinos que plantan tabaco o maíz en las orillas, y han dejado sin trabajo a muchas mujeres que se dedicaban a la colecta y al secado de algas. Al quedar al descubierto por el descenso del nivel, los rayos del sol las queman y son inutilizables. Como consecuencia, muchas familias se han ido de Chiang Khong a otros lugares, en busca de trabajo», explica Niwat.

La soberanía nacional y la no interferencia por encima de todo

Siendo como es un recurso fundamental para países vecinos de China como Vietnam o Camboya, no deja de resultar sorprendente que Pekín tome este tipo de decisiones sobre el Mekong de forma unilateral, teniendo en cuenta el daño que se produce en la imagen de la potencia asiática.²⁸ La colaboración con el resto de países ha aumentado mínimamente, sobre todo tras las críticas contra China en 2010 por no compartir información sobre los recursos hídricos en época de sequías históricas. Pekín intercambia ahora, gracias en parte a la presión de la prensa mundial, algunos datos que recoge en sus estaciones meteorológicas en Yunnan, pero la cooperación sigue lejos de lo que sería óptimo. El coloso asiático, tan activo en reclamar un protagonismo acorde a su peso internacional en organismos como Naciones Unidas, la OMC o el Banco Mundial, rechaza de plano entablar un diálogo multilateral que —como ya hacen los países río abajo— sirva de marco para garantizar proyectos sostenibles en el cauce principal del Mekong.

El organismo que se encarga de agrupar a los países que comparten los recursos del río es la Comisión del Río Mekong (MRC), una institución internacional creada en 1995. China, hasta la fecha única nación en haber acometido la construcción de presas en el Mekong, se sumó a la institución en 2002, aunque —como Birmania— no como miembro pleno.²⁹ Para infortunio del resto de naciones, se limita a ser un socio de diálogo, lo que en la práctica significa que participa en las reuniones, pero no comparte información ni somete a revisión de la institución sus actividades en el río. Este recurso para salvar la

cara en la arena diplomática sin estar obligado a asumir compromisos no deseados no es suficiente, según nos dijo Yu Xiaogang, el mencionado director de Green Watershed. «Para la salud del río sería bueno que China entrara en la MRC cuanto antes», agregó. Lamentablemente, pese a que la sostenibilidad del Mekong se encuentra en un momento crucial por culpa de los proyectos hidroeléctricos, la situación no parece que vaya a cambiar a corto plazo. «China está bastante lejos de convertirse en un miembro pleno de la MRC», admite Tiffany Hacker, portavoz de la MRC, en una entrevista en Vientiane, donde se halla la sede de la institución.

El gigante asiático apela al argumento de no haber sido invitado a formar parte de la comisión cuando ésta se fundó, consecuencia sobre todo de sus conflictos con Vietnam, para justificar subliminalmente su ausencia de la comisión fluvial. También tiene indudable peso en su decisión la creencia de que, si firma su adhesión, no podrá desarrollar a su antojo el río en su territorio. Pero en el rechazo chino hacia la MRC, He Deming, probablemente el mayor experto chino en cuestiones relacionadas con ríos transfronterizos, nos dio días antes, durante nuestra cita, un argumento adicional. «La MRC no es una institución independiente, porque recibe fondos de países ajenos a la Comisión. Y además no tiene poder suficiente para resolver problemas», había acusado, bastante tenso durante la entrevista en su despacho de la Universidad de Kunming. «Jamás recibo a periodistas extranjeros», nos había dicho.

La MRC, como explica Hacker, recibe efectivamente fondos de países como Francia, Estados Unidos o Australia, pero el dinero está destinado a investigaciones científicas específicas, por lo que es difícil acusarla de estar politizada. Lo que en realidad sucede es que China se opone a desprenderse de la capacidad que tiene actualmente para tomar decisiones unilaterales sobre el río. «Si China fuera miembro de la MRC, cualquier proyecto sobre el Mekong tendría que ser notificado con seis meses de antelación a la Comisión para ser discutido y estudiado por el resto de países. Las decisiones de la MRC no son vinculantes, pero sirven de contrapeso, porque el resto de naciones revisa los estudios de impacto medioambiental y los planes sobre cada proyecto», señala Hacker. Para China, obsesionada en evitar que la agenda nacional la dicten desde el extranjero, esto es considerado como una intromisión en sus asuntos internos. «Sería muy complicado coordinar entre seis países. En nuestro sistema todo es piramidal: la orden se dicta arriba y se ejecuta en la base. Creemos que el resto

de países debe seguir este modelo, porque si das voz a todos es muy difícil tomar decisiones», invoca por su parte Jiangwen Qu, profesor del Centro de Estudios Asiáticos de Kunming, para justificar la posición china en esta cuestión.

El análisis del comportamiento de China con el resto de países con los que comparte ríos transfronterizos da cuenta de que la situación en el Mekong no es excepcional.³⁰ Excluyendo a Corea del Norte, el resto de países que comparte con China importantes recursos hídricos (India, Rusia, Kazajistán) censura el unilateralismo de Pekín. Con todo, en el caso de Nueva Delhi, con quien algunas fuentes alertan de una eventual guerra por el agua, estas disputas parecen estar más vinculadas al clima de tensión que domina las relaciones bilaterales.³¹ Además de la cuestión del Mekong, sin duda la más importante y conflictiva, es en las fronteras con Asia Central donde Pekín impone con mayor preponderancia su voluntad al resto. El gigante asiático ha desviado agua de los ríos Irtysh e Ili para su uso agrícola en Xinjiang y, sobre todo, para la industria petrolera en la región.³² Pese a que las relaciones entre China y Kazajistán se han intensificado mucho los últimos años, ello no ha derivado en una mayor cooperación en un asunto tan vital como el de los recursos hídricos. Astaná ha alertado a sus socios mandarines de que, desviando parte del caudal de los ríos, está en juego la supervivencia del lago Balhash, muy amenazado actualmente, pese a ser una de sus principales fuentes de agua dulce regionales y uno de los ecosistemas con más diversidad del mundo. Sin embargo, China ha hecho oídos sordos acerca del impacto y se ha limitado a echar balones fuera.

El agua, una cuestión de seguridad nacional para Pekín, no se negocia. La razón principal, además de las necesidades de un país de más de 1.300 millones de personas, se explica por la orografía china, donde la cordillera del Himalaya juega un papel geográfico clave en el nacimiento de fuentes de agua. Así, China es lo que se conoce como un país *upstream*; es decir, una nación en la que nacen los ríos. Esto significa que el gigante asiático es independiente en su suministro de agua dulce y, a la vez, controla los yacimientos de otros países (con todo el poder y eventual origen de conflicto que ello supone).³³ Esta situación lleva a Pekín, que oficialmente aboga —*urbi et orbe*— por una cooperación ganador-ganador en su diplomacia, a mostrar «muy poco interés» por las prioridades de sus vecinos.³⁴ De hecho, en su día fue el único país, junto a Turquía y Burundi, en votar en contra de la Convención de Naciones Unidas sobre el Derecho de los Usos de los Cursos de Agua Internacionales para Fines Distintos de la Navegación, un texto cuya elaboración requirió veintisiete años para alcanzar el

máximo consenso.³⁵ ¿Qué ocurriría si China tuviera que lidiar con un poderoso vecino que estuviera dañando un río que atravesara su país y fuera fuente de vida para millones de chinos? ¿Qué pasaría si, por ejemplo, el río Yangtzé naciera en Siberia y Moscú hiciera oídos sordos al desastre medioambiental y socioeconómico en territorio chino? ¿Cómo actuaría entonces el Gobierno chino?

El medio ambiente, una constante preocupación

Seguir la pista de la madera noble rusa y mozambiqueña que abastece a las industrias chinas o comprender los planes de China sobre el Mekong y los ríos transfronterizos sirve de ejemplo para sacar a relucir que la protección del medio ambiente no es, hoy por hoy, una de las prioridades del gigante asiático. Como resultado, el daño en el medio ambiente derivado de las malas prácticas, la demanda o las inversiones chinas se presenta como una preocupación constante en buena parte —si no en la totalidad— de los más de veinticinco países recorridos para esta investigación. Los desmanes de las empresas chinas —muchas veces estatales—, con la complicidad o negligencia de los países de destino, los hemos presenciado también en lugares tan dispares y distantes como Birmania y Ecuador, Perú y Sudán o en el corazón del cobre en África. En esos escenarios, la urgencia por abastecer a la fábrica del mundo y a un país que cuenta con una quinta parte de la población del planeta se entremezcla con la escasa sensibilidad y respeto por el medio ambiente de los pequeños, medianos y grandes inversores chinos. El axioma es el siguiente: que la herida medioambiental no estropee un buen negocio.

La férrea competencia, la maximización de los beneficios, las exigencias del mandato político y el anhelo de prosperidad económica de China son todos ellos factores que llevan a corporaciones como Shougang o Zijin en Perú, Sinohydro en Birmania o CNPC en Sudán, a prestar muy poca atención al medio ambiente. En realidad, la actuación de estas y otras empresas en el exterior se explica, una vez más, en clave interna: China está llevando fuera de sus fronteras el patrón de comportamiento que ha sido denominador común dentro de ellas durante las tres últimas décadas.³⁶ Ejemplos de todo ello los hemos presenciado en las cuencas del río birmano Irrawady, donde los empresarios se han lanzado a

una explotación salvaje de las minas de oro, o en la región de la Planicie Central en Vietnam, donde las minas de bauxita amenazan la supervivencia de centenarias minorías étnicas que subsisten gracias a las plantaciones de café y té.

Igualmente, ese mismo patrón de comportamiento, ausente de toda ética medioambiental, es el que siguen los cazadores furtivos de tigres en Rusia y Birmania, que venden los huesos, pieles y órganos a la industria de la lucrativa medicina tradicional china, el mismo que exhiben los depredadores etíopes y sus socios chinos al poner en peligro, junto a otros compradores internacionales, la supervivencia del elefante africano para ingresar con ello una millonada a cambio de arrancarles el marfil, materia muy preciada en China para convertirla en sellos. «La piel de un tigre cuesta en Addis Abeba 150 dólares y se vende en China, en el mercado negro de Wenzhou, la cuna de los emprendedores, por unos 15.000 dólares. Algo similar acontece con el marfil. Es un negocio muy lucrativo», nos dijo un chino residente en África que ha traficado en el pasado con estas mercancías sin otro código que sus pingües beneficios.

La falta de escrúpulos cuando hay suculentos dividendos de por medio deja al descubierto otra de las *fortalezas* de las inversiones chinas respecto a sus competidores occidentales o locales: la inexistencia de una sociedad civil china que ponga freno a la supremacía del lucro sobre el medio ambiente. Sin ONGs que puedan actuar de manera independiente y denunciar sin temores, sin una prensa libre que hoy está maniatada hasta extremos orwellianos, sin una sociedad civil en sentido amplio que examine con lupa las actuaciones de los actores económico-políticos (más ligados que nunca en la versión china del *capitalismo de Estado*), el gigante asiático corre el peligro de reproducir allende —una y otra vez— los errores que han puesto en jaque al medio ambiente en su propio país en medio de una sensación de cierta impunidad.³⁷ No cabe duda de que el sistema piramidal del actual régimen comunista, en el que unos comandan y el resto obedece y ejecuta, es mucho más efectivo que la consulta pública y la participación colectiva, como explicaba el profesor Jiangwen Qu para justificar la posición china en la cuestión del Mekong. Aunque, obviamente, sus beneficios a largo plazo están más que en entredicho.

Es justamente esta falta de contrapeso lo que lleva a empresas chinas a subrogarse en proyectos abandonados por otras corporaciones que, sin que ello implique obviamente que tengan un expediente ambiental impoluto, estimaron inviables algunas inversiones por su alto coste ecológico y social. Buena muestra de ello acontece, en varios casos,³⁸ en Perú, donde el ejemplo más paradigmático

es el de la minera china Zijin en el llamado proyecto Río Blanco. La compañía tomó el control en 2007 de una fabulosa concesión de cobre que la minera Monterrico Metals, con sede en Londres, tenía en la región de Piura, al norte del país andino y colindante con Ecuador. Los británicos abandonaron el proyecto después de años de enfrentamientos, violencia y muertes por la oposición frontal y organizada de unas 2.200 familias de la zona. Las familias campesinas residen en un área de 6.500 hectáreas donde, merced a la pureza del agua y a unas características microclimáticas únicas, han podido subsistir gracias a la exportación certificada de su producción ecológica de café, banano, mango y otras frutas a los exigentes mercados estadounidense y europeo. La contaminación del agua por la actividad minera sería su perdición y su muerte. Pero cuando la minera británica claudicó, la china Zijin, cuyo historial medioambiental en China deja mucho que desear,³⁹ tomó el relevo. Las trifulcas no han cesado desde entonces. En su oficina de Lima, el representante de la Fundación Ecuménica Para el Desarrollo y la Paz (Fedepaz) que sigue el caso, Javier Jahncke, dio en una sola frase con la clave del asunto: «No tienen ningún problema en involucrarse en una situación así, tan conflictiva, pese a que fue la razón por la que los británicos acabaron yéndose». Algo muy similar a lo que hizo en 2010 la empresa estatal china Erdos Hongjun Investment Corp en la provincia camboyana de Mondulkiri, donde recuperó un proyecto desestimado poco antes por BHP por su impacto en el ámbito local.⁴⁰

Ejemplos de todo ello no faltan y, como se desprende de la implicación china en la controvertida presa de Merowe, descrita en el capítulo 5, el capital chino lucha contra viento y marea si hay beneficio de por medio. No es por supuesto nada exclusivo de las empresas chinas. Occidente tiene un largo y triste historial de malas prácticas por todo el mundo, pero su irresponsabilidad está mucho más vigilada y el coste de sus desmanes, tanto a nivel económico como de imagen, les lleva —al menos teóricamente— a ser mucho más cuidadosos. En este estado de cosas, el reto que supone la magnitud china y sus más de 1.300 millones de habitantes para el medio ambiente es quizá uno de los mayores desafíos a los que se enfrenta el planeta.

La *pax sínica* del Imperio del Centro

«En una montaña no hay más espacio que para un solo tigre»

Proverbio chino.

El sol se asoma por los picos del Himalaya y las águilas inician su particular danza diaria. Sucede siempre al amanecer, cuando la luz apenas inunda el pueblo indio de McLeod Ganj, en la municipalidad de Dharamsala. Extienden las alas y planean en círculos, como si ejecutaran un ritual, recortándose sobre un firmamento azul límpido, puro, que parece nacido del dibujo de un niño. De vez en cuando, alguna encara el suelo y se desploma antes de retomar el vuelo, juguetona y veloz, para seguir surcando los cielos de esta localidad situada al pie del techo del mundo. Con los primeros albores, las calles empiezan a cobrar vida y color. Las túnicas azafrán de los monjes asaltan las dos arterias principales, tomadas también por ruidosas moto-taxis que se abren paso a golpe de claxon. El objetivo es pitar aunque no haya razón para ello: así es la ley del código vial indio.

Abren los cafés y las tiendas de souvenirs, presididos todos ellos por la imagen de *His Holiness*, Su Santidad, como se conoce aquí al Dalái Lama, mientras los turistas y fieles venidos de todos los rincones del planeta atraídos por la aureola del líder budista inundan rápidamente un enclave que, durante la colonización británica, sería como una estación de asueto vacacional. Un estatus que cambió radicalmente en 1959, cuando Tenzin Gyatso, el actual Dalái Lama, escapó del Tíbet e instaló aquí, con el beneplácito de Nueva Delhi, la sede del

Gobierno tibetano en el exilio.¹ Desde entonces, Dharamsala se ha convertido, por su significación política, en la mayor piedra en el zapato de las siempre difíciles relaciones sinoindias. El trágico destino del pueblo tibetano queda plasmado en este recóndito territorio del Himalaya, donde viven 12.000 tibetanos.²

Migmar Tsering sabe que cualquiera que le ve subir las escaleras que salvan el desnivel con la zona alta del pueblo, sufre. Es por ello que no deja de sonreír, como tratando de tranquilizar a sus acompañantes, reconfortándolos con la certeza de que sus piernas de plástico no se van a partir, de que no hay nada de que preocuparse: lo ha pasado mucho peor en otros momentos de su vida. Una vez en lo alto de la colina que se erige detrás del monasterio principal, donde yace una gran pagoda y una madeja de hilera con banderas de colores al viento, no rehúye los molinos de la fortuna y los gira todos, uno a uno. Al poco, este monje de 49 años que encarna el paradigma de la fe budista y la lucha contra la represión china en el Tíbet, pronuncia una breve oración y nos cuenta su relato.

«En 1993 la policía china vino a buscarme y quiso obligarme a firmar una declaración contra Su Santidad. Me negué. Me detuvieron y me torturaron. Decidí escapar.» Comenzó entonces una odisea por ganar el otro lado del Himalaya, un triste exilio a través de uno de los viajes más peligrosos del planeta. «Me fui de Lhasa con otros dos tibetanos. Apenas llevábamos mantas y algo de comida. Cuando estábamos a medio camino nos alcanzó una gran tormenta de nieve. No se veía nada. Nos perdimos y a mí se me congelaron las piernas», recuerda. Con las extremidades gangrenadas, casi muerto, Tsering fue rescatado por unos nómadas que lo llevaron a Nueva Delhi. «Allí me amputaron las dos piernas y cuatro dedos de una mano.» Apenas recuperado, el peso de la ley india cayó sobre él por estar indocumentado: seis meses de cárcel. «Lo peor no fue eso. Tras la condena me pusieron de nuevo en la frontera con China.» El dramático periplo no había servido para nada.

Pero su fe, como la de muchos otros budistas que también se embarcan en huidas imposibles, pudo más que el sufrimiento y la perspectiva de la muerte. Arrastrándose sobre sus muñones, después de nuevas penalidades y arriesgando su vida, pudo llegar hasta Dharamsala, donde el Gobierno tibetano acoge a todos los refugiados. «Cuando estaba en el hospital, recuperándome de las amputaciones, me preguntaba por qué tuve que huir, por qué lo hice. Pero cuando llegué a Dharamsala y conocí a Su Santidad el Dalái Lama y pude estudiar budismo, fui feliz. Por fin conseguí aquello por lo que tanto había

soñado», apunta, emocionado. Como en tantos otros casos, la determinación de Migmar Tsering refleja fielmente la lealtad inquebrantable que los tibetanos profesan por su líder y su religión.

Se tarda aproximadamente un mes de travesía a pie por el Himalaya para llegar hasta Nepal, tránsito obligado para los tibetanos que quieren acceder a la India. Es un viaje de continuos peligros, desde unas condiciones climatológicas extremas y hambre hasta perros salvajes y mal de altura, pero sobre todo por los militares chinos. Los tibetanos aseguran que disparan a matar si les descubren y no hacen caso del alto. Pese a ello, cada año cientos, miles de personas como Tsering huyen de la represión en el Tíbet para disfrutar de su libertad y poder practicar su credo en la India. Sólo un porcentaje de los que se marchan, vuelven. El resto, ante la perspectiva de una vida sometida a la mano de hierro del Gobierno chino, opta por dejar atrás familia, propiedades y la tierra que les vio nacer.³

Tempa Tsering conoce bien ese sufrimiento. Nos recibe en la sede del Gobierno tibetano en el exilio en Nueva Delhi, del que es su máximo representante desde 2005. En su despacho, bajo una bandera del Tíbet y un retrato del líder espiritual, sirve té y cuenta que él también atravesó la cordillera a pie, en pleno invierno. «Era el final de 1959, meses después de la huida del Dalái Lama. La travesía fue a pie y tardamos meses en llegar a la India. Tenía 12 años. Dejar atrás a tus seres queridos y tu país es un trauma, pero a eso hubo que añadir el agotamiento físico. Era invierno y caminábamos por encima de los 5.000 metros sobre el nivel del mar. A la India llegamos cinco miembros de mi familia, pero a los pocos meses tres de ellos murieron», recuerda este hombre de exquisitas maneras que contrajo matrimonio con la hermana del actual Dalái Lama. Más de medio siglo después, los poco más de cinco millones de tibetanos —mayormente pobres— siguen siendo una obsesión para el país más poblado del planeta, para la poderosa China llamada a ser la potencia en ciernes del siglo XXI.

Invariablemente, cada diez o quince años estalla en el Tíbet un brote de violencia con sangre y muertos que cuestiona la legitimidad china en la región, señal de que sus políticas allí no están dando los resultados que buscan. La sensación de no tener el control total del territorio y de ser incapaces de asimilar del todo a los tibetanos, además de la dimensión internacional que ha tomado el conflicto, hace sentir muy vulnerable a China, según coinciden varios académicos indios con los que nos citamos en Nueva Delhi. Así que, para

consolidar su dominio, Pekín está maniobrando dentro y fuera de sus fronteras —con relativo éxito— para cortar el flujo de exiliados, en la creencia de que esta disidencia constituye una militancia potencialmente peligrosa para la estabilidad en el Tíbet.

Hasta la revuelta de 2008 en Lhasa,⁴ cada año escapaban de la represión entre 2.500 y 3.500 personas a través de la cordillera del Himalaya, asegura Tempa Tsering, pero desde entonces apenas cruzan 700 cada año. «La seguridad es ahora muy estricta en el lado tibetano de la frontera. Y en el nepalí, los chinos ofrecen equipamiento, entrenamiento e incentivos económicos» para *cazar* a los refugiados que logran entrar en Nepal, señala el representante de Su Santidad en la capital india. Ello coincide con el endurecimiento de la política de Katmandú frente a los refugiados tibetanos: repatriaciones, mayor vigilancia en la frontera, cierre de la oficina del Dalái Lama o una inaudita contundencia policial contra la comunidad recién llegada. Ello ocurre justamente cuando China es ya el primer inversor en Nepal. El aliado tradicional de la India está ahora bajo la órbita de Pekín y ello le sitúa en el lado chino del cuadrilátero en su batalla contra el movimiento tibetano en el exilio.

La reciente elección democrática del primer ministro tibetano, Lobsang Sangay,⁵ quien dirigirá el Gobierno en el exilio de forma secular, y los 76 años del Dalái Lama despiertan cierta ansiedad tanto en Pekín como en la región, ante la eventualidad de que, tras la muerte del líder budista, el movimiento tibetano se radicalice. Tempa Tsering confía en que reine el principio de la no violencia, pero reconoce que no se sabe muy bien qué puede pasar si continúa la destrucción de la cultura e identidad tibetanas. «Hay gente ahora que dice que el Tíbet está al borde de la muerte. Y, por tanto, que es mejor hacer algo por el Tíbet y morir que no hacer nada y morir igualmente», apunta. El futuro se ve con preocupación, sobre todo en Nueva Delhi, porque la combinación de una nueva generación de líderes tibetanos menos moderada y la ausencia de un Dalái Lama que, durante décadas, ha aglutinado a las distintas facciones y gobernado con equilibrio, podría incendiar de nuevo las relaciones entre los dos gigantes asiáticos.⁶

«Veo unos años por delante con mucha tensión [entre China y la India]. Si el movimiento tibetano se radicaliza, la previsible reacción de Pekín será muy mal vista en el resto del mundo. Los chinos pueden además acusar a la India de apoyar o cobijar terroristas, lo que añadirá más leña en el fuego de Pakistán.⁷ En este sentido, que Pekín no alcance un acuerdo con el Dalái Lama mientras esté

vivo es, realmente, una oportunidad histórica perdida», sostiene Madhu Bhalla, quien dirige el área de estudios orientales de la universidad de Nueva Delhi. El deterioro a que se refiere esta académica se remonta a la invasión militar del Tíbet en 1950, fecha desde la cual la cuestión tibetana marca a sangre y fuego la relación entre Pekín y Nueva Delhi. Hoy explica el clima de desconfianza mutua entre las dos potencias asiáticas, que décadas atrás provocó la guerra fronteriza que libraron ambos países en 1962 y que supuso una humillación sin parangón para la India del primer ministro Jawaharlal Nehru. Una herida que sigue hoy abierta.

De ideología marcadamente de izquierdas, el primer jefe de Gobierno indio que salió de la independencia de los británicos simpatizó, en un principio, con la «liberación» del Tíbet emprendida por Mao Zedong, ya que creía que el sistema vigente entonces —feudal y anclado en la noche de los tiempos— tenía que ser derribado y sustituido por otro de corte socialista. Como alternativa a los dos bloques de la Guerra Fría, Nehru aspiraba además a formar con Pekín un eje asiático entre dos potencias que acababan de sacudirse su pasado colonial, y como prueba de su amistad no sólo reconoció la autoridad de Pekín en el Tíbet, sino que le ayudó decisivamente a consolidar su poder allí al brindarle un apoyo diplomático clave en la ONU. Nueva Delhi combinó ese respaldo expreso con su pretensión de que, en razón de siglos de «intereses sentimentales y culturales» de la India en el Tíbet, Pekín concediera al territorio conquistado un cierto grado de autonomía. Era la forma de garantizarse una menor presencia política y militar china en la nueva frontera.

Sin embargo, las expectativas de amistad recíproca de Nehru pronto cayeron en saco roto. Mao Zedong no sólo no creyó en las buenas intenciones del primer ministro indio, sino que a lo largo de la década de 1950 y, sobre todo, a partir del levantamiento de Lhasa que en 1959 motivó el exilio del Dalái Lama, las relaciones se deterioraron significativamente.⁸ Ese año, la India había «cumplido» con su parte del trato —el reconocimiento de la soberanía china en el Tíbet—, pero China no había hecho lo propio con la suya, porque con la revuelta del 59 la autonomía tibetana fue definitivamente abolida. Por entonces, de hecho, el dictador chino estaba ya convencido de que detrás de la revuelta había una conspiración dirigida por Nueva Delhi para socavar el dominio chino en el Tíbet y, eventualmente, hacerse con el control del territorio para anexionarlo al *Gran Imperio de la India*. El exilio del Dalái Lama se interpretó

en Pekín también de forma equivocada, al verse como prueba de un supuesto apoyo del Gobierno vecino a los exiliados y, por tanto, como una interferencia inaceptable en sus asuntos internos. La India se convirtió así en enemigo.

A ello hubo que sumar las operaciones encubiertas de la CIA, que llegaron a oídos de los servicios de inteligencia chinos, y la política india de avance y militarización de la frontera llevada a cabo en 1961, cuyo objetivo era afianzar una divisoria no delimitada en el ingenuo convencimiento de que Pekín no reaccionaría.⁹ Sin embargo, en la recién fundada República Popular que acababa de desquitarse de un siglo de «humillación imperialista», la actitud india se descifró en términos hostiles y se vio como una falta de respeto hacia el poder que emanaba de la nueva China comunista. En octubre de 1962 Mao dio un paso al frente. Después de una errónea lectura histórica de la actuación de la India durante todos esos años,¹⁰ se decidió a dar una soberana lección a su vecino. Lanzó una ofensiva relámpago en dos sectores de la frontera separados por un millar de kilómetros y, en cuestión de semanas, infligió una dolorosa derrota militar a unas tropas indias que se vieron literalmente arrolladas.¹¹

Pekín logró sus dos objetivos: estabilizar su frontera tibetana y ganarse el respeto de los líderes indios. En Nueva Delhi, la hostilidad china se vio —y sigue viéndose— como una «gran traición» que dejó una profunda huella en la memoria colectiva nacional y envenenó las relaciones entre los dos países hasta hoy.¹²

«Si nos entregáis al Dalái Lama podremos ser amigos»

La visita oficial del primer ministro chino, Wen Jiabao, a Bangalore en 2005 dejó una frase para la posteridad al comparar, en la meca de la tecnología, la cooperación entre la India y China con «dos pagodas, una hardware y otra software, que combinadas podrán disfrutar de una posición de liderazgo en el mundo. Ese día significará que el siglo de Asia ha llegado a la industria tecnológica». Las palabras del *número dos* del Gobierno chino sonaron como un inevitable eco —en clave económica— de aquella vieja alianza pretendida por Jawaharlal Nehru medio siglo antes. Los datos de comercio bilateral pronto respaldaron lo que, sin duda, parecía un deshielo; si en 1999 los intercambios comerciales apenas superaban los 260 millones de dólares, en 2010 éste se disparó hasta los 60.000 millones. Y a finales de ese año, Wen Jiabao y su

homólogo indio, Manmohan Singh, fijaron un objetivo aún más ambicioso: 100.000 millones de dólares para 2015. ¿Significaba esto que los dos gigantes habían dejado, por fin, a un lado sus diferencias?¹³

«La herida de la guerra del 62 no está cerrada. No ha cicatrizado en el corazón de los indios. Las disputas territoriales fronterizas¹⁴ no están resueltas y eso crea mucha ansiedad en la India. China ya ha resuelto todos sus conflictos fronterizos [terrestres], excepto con la India y Bután, ¿a qué están esperando?» Las palabras de la académica Madhu Bhalla resumen el parecer general a ambos lados del Himalaya, en el sentido de que las disputas territoriales y, por elevación, la cuestión tibetana, siguen siendo los principales escollos para normalizar las relaciones entre los dos países. «Hemos celebrado 14 rondas de negociaciones para resolver la disputa territorial, pero no ha habido ningún tipo de progreso», apunta Gurmeet Kanwal, el general de brigada retirado que dirige el Centre for Land Warfare Studies (CLAWS), el *think tank* de las Fuerzas Armadas de la India.

En la capital del subcontinente saben que para desbloquear el litigio fronterizo, el precio exigido por Pekín es, si bien tácito, de una claridad meridiana: el desmantelamiento en Dharamsala del Gobierno tibetano en el exilio. Por la lealtad a la que se hace acreedor y por lo que representa, el Dalái Lama, y por elevación la sede gubernamental tibetana, levantan ampollas en China al ser vistos como una alternativa a su autoridad en el Tíbet. Durante nuestra cita, Gurmeet Kanwal nos confesó un episodio que describe perfectamente cuál es el sentimiento en los círculos de poder en la capital china. «Estando en una reunión en Singapur, un general chino con el que mantenía una conversación me dijo: “Brigadier, si nos entregáis al Dalái Lama, podremos ser amigos”.» Literal o figurativamente, sin embargo, en la democrática, religiosa y multicultural India, la opción de *entregar* la causa tibetana se antoja, hoy por hoy, imposible.¹⁵ En consecuencia, si la cuestión tibetana no se resuelve, el pleito territorial seguirá enquistado.

Por tanto, lejos de la ilusión óptica que proyectan los cada vez más estrechos vínculos comerciales, la relación entre ambos colosos sigue fuertemente condicionada por lo que entre los académicos de los dos países se conoce como «el hueso en la garganta de las relaciones indo-chinas». Sobre el terreno, significa que un área de 138.000 kilómetros cuadrados, o una región equivalente a más de la cuarta parte de la superficie de España, sigue en disputa y se presta a ser, potencialmente, zona de futuras hostilidades. Aunque en las

últimas décadas ha habido una tranquilidad relativa en la región, las desconfianzas mutuas han derivado en una fuerte militarización de la frontera compartida, que suma 4.056 kilómetros: Nueva Delhi despliega seis divisiones o 90.000 hombres en el lado indio, Pekín hace lo propio con cuatro divisiones o 60.000 efectivos en el lado chino.¹⁶ «China no podría ahora avanzar en la frontera, porque estamos bien posicionados defensivamente. Aprendimos la lección de 1962», asegura Kanwal.

Desangrar a la India con 10.000 cortes

Rondaban las siete de la mañana cuando sonó un mensaje corto en el teléfono móvil. Por la ventana entraban los primeros rayos de sol y, desde esa calle secundaria cerca del viejo Delhi, se oía ya el ruido del gentío y los vehículos mientras amanecía el nuevo día. El sms lo mandaba el relaciones públicas de Huawei en la capital india: «Buenos días. Siento decirles que los ejecutivos que tenían que recibirlos hoy en Delhi están fuera de la ciudad, solucionando un asunto urgente que ha surgido en Bombay. Entrevista cancelada. Por favor, aceptad mi disculpa».¹⁷ Menos de tres horas antes de nuestra cita, con una evasiva similar a la que nos habían dado unos meses antes en Latinoamérica, Huawei anulaba a través de mensaje corto la entrevista concertada con los jefes chinos de su sede india. Para ser una corporación que asegura, por activa y pasiva, que su capital es privado y que no tiene vínculo alguno con el Estado chino, Huawei se había comportado exactamente igual que una empresa estatal china cuando uno de sus ejecutivos tiene que lidiar con la insolente prensa extranjera. Esto es, cancelando a última hora la entrevista con una excusa marca de la casa.

Habíamos volado seis horas y 3.700 kilómetros desde Hong Kong para seguir los pasos de Huawei —una de las empresas punteras del coloso asiático— en uno de los mercados tecnológicos más importantes del mundo. Huawei simboliza como ninguna otra corporación las fortalezas de la nueva China y los temores que despierta su emergencia. Fundada de la nada en 1988, hoy está presente en 140 países, tiene 110.000 empleados y se ha convertido en un implacable competidor de los grandes jugadores de las telecomunicaciones, como Alcatel-Lucent, Nokia, Siemens, Ericsson o Cisco Systems. Entre acusaciones de piratería y trato de favor del Gobierno chino, lo cierto es que su

irrupción en el sector ha provocado un auténtico terremoto: con su fórmula no sólo ha tomado el mercado al asalto, donde disfruta de una jugosa cuota, sino que ha obligado al resto de jugadores a reducir drásticamente sus márgenes para poder competir. Ello acontece mientras Huawei sigue levantando sospechas no sólo por los supuestos vínculos de su fundador Ren Zhengfei —ex ingeniero del Ejército Popular de Liberación— con los servicios secretos chinos, sino también por su renuncia a cotizar en bolsa, lo que no deja de alimentar las críticas por la opacidad que rodea a la compañía. En 2010, su facturación superó los 28.000 millones de dólares.¹⁸

Tras el fracaso en Delhi, aterrizamos en Bangalore con el propósito de comprobar a qué retos se enfrenta la joya tecnológica china en el Silicon Valley indio. Huawei envía un Mercedes último modelo a recogerlos, que se abre paso por entre el tráfico lento que ha convertido la cuna del talento indio en un infierno logístico. En el lujoso hotel Leela Palace, la compañía despliega a lo largo y ancho de siete plantas a 1.200 de los 2.200 ingenieros que tiene en Bangalore, la mayoría muy jóvenes y de nacionalidad india que se arremolinan en grupos en torno a un ordenador, debaten ideas en reuniones exprés de 15 minutos o trabajan en aplicaciones nuevas para el *Android* de Google. El centro de I+D de Bangalore es el más grande de Huawei fuera de China, prueba de las expectativas que tiene puestas en un mercado en el que prevé invertir 2.000 millones de dólares durante los próximos cinco años. En 2013 se trasladarán a un moderno campus en las afueras de la ciudad que acogerá a 3.500 *cerebritos*, un centro neurálgico para abordar la dominación del mundo.

Sin embargo, en 2010 el Gobierno indio estuvo muy cerca de guillotinar de cuajo sus ambiciosos planes. Durante casi nueve meses, una circular gubernamental prohibió a los operadores de telefonía proveerse de equipos *Made in China* bajo una coartada incontestable: la seguridad nacional.¹⁹ En medio de las suspicacias y potenciales conflictos que presiden las relaciones entre ambos países, la sospecha de que los equipos de Huawei o ZTE —la otra gran tecnológica china— pudieran llevar virus o estar manipulados hizo saltar todas las alarmas en Nueva Delhi. Así que el acceso de las compañías chinas a las licitaciones quedó paralizado, lo que castigó seriamente su facturación: de 2.400 millones de dólares en 2009 a 1.600 millones en 2010, según J. Gilbert, director de asuntos corporativos de Huawei India. «Convertirnos en el segundo jugador mundial llevó a nuestra competencia a sacar a relucir el asunto de la seguridad», justifica Gilbert durante nuestra comida en el hotel Leela Palace, dando por

sentado que la polémica se había gestado por el lobby ejercido en su contra por sus competidores. «Esa sospecha nunca ha sido probada. Si se probara, seríamos inmediatamente prohibidos. Pero por muy transparentes que seamos, siempre habrá sospechas porque somos una compañía china.»

Pero más allá de la batalla comercial, lo cierto es que la India tiene legítimas razones para estar preocupada. Desde una impenetrable opacidad — como comprobamos en carne propia en Delhi— a los vasos comunicantes que conectan al fundador de Huawei con los militares chinos, es justo reconocer que la compañía es, cuanto menos, *sui generis*.²⁰ Ello tiene mal encaje no sólo en un escenario donde sobrevuela la sombra de un enfrentamiento bélico, ya que los conflictos fronterizos entre China y la India siguen abiertos, sino también en relación a la alianza que Pekín ha forjado a sangre y fuego con Pakistán, potencia nuclear y acérrimo e histórico enemigo de la India. Así, los vínculos que pudieran existir entre Huawei y los militares chinos, y de éstos con los servicios de inteligencia pakistaníes, levantan todo tipo de sospechas y temores en algunos sectores de la India, sobre todo —como veremos más adelante— por la hostilidad que exhiben los servicios de Inteligencia pakistaní contra la India. Una suspicacia alimentada por el propio Hu Jintao al describir la naturaleza del eje Pekín-Islamabad de forma ciertamente enigmática: «la amistad entre China y Pakistán es más alta que las montañas y más profunda que los océanos», dijo el líder de un régimen comunista que calcula al milímetro sus intervenciones públicas. ¿Qué había querido decir el presidente Hu?

Probablemente, nada más que plasmar con palabras una realidad: que Pakistán es, hoy por hoy, un aliado fundamental para Pekín. China brinda su apoyo incondicional en todos los frentes, y no sólo en la arena económica o diplomática. Es, por supuesto, el primer suministrador del arsenal militar pakistaní, tiene desplegados 11.000 hombres en la Cachemira pakistaní que la India reclama como propia,²¹ planea unir la región china de Xinjiang con la base naval pakistaní de Gwadar y abastece a Islamabad con reactores nucleares, una asistencia técnicamente civil que la República Islámica podría estar usando de forma inapropiada.²² Desde que la India y Estados Unidos firmaran en 2005 su alianza nuclear, que enervó a Pekín por no ser la India firmante del Tratado de Proliferación Nuclear (TNP), la agresividad táctica de China le ha llevado a reconocer abiertamente la soberanía de Pakistán en la Cachemira pakistaní, mientras se considera territorio en disputa la Cachemira que está bajo control

indio. Mantener en llamas el frente de Cachemira y, en definitiva, hacer fuerte a Pakistán sirve al propósito chino de castigar a la India en uno de sus flancos débiles. Sirve para «desangrar a la India con 10.000 cortes».²³

Con semejantes lazos de sangre, el Gobierno chino logra además —en clave interna— neutralizar el impacto que la islamización y *talibanización* de Pakistán podría provocar en la insurgencia uigur, dentro y fuera de la provincia de Xinjiang. «En Pekín preocupa mucho que Pakistán se convierta en un Estado en quiebra, porque ha sido un país *facilitador* para China en la región. Ayudaron en la visita [del presidente americano Richard] Nixon a China, en la relación del país asiático con Arabia Saudí y Oriente Medio, y en la relación con Afganistán y los talibanes. Pakistán es para China el ama de llaves para toda la región», señala Madhu Bhalla, la experta de la universidad de Nueva Delhi anteriormente citada. «Pakistán es trascendente por su mercado, pero sobre todo porque es fundamental para la seguridad de China en su frontera occidental», confirma el experto chino Ma Jiali. La percepción en China —y en la India— es que si Pakistán entra en quiebra, el país será una bomba de relojería —nuclear— en manos de la facción que tome el poder, a cual de ellas más radical. Si Pakistán cae, arderemos todos dentro, resumiendo el sentir general.

Ahora bien, en este estado de cosas, esa «amistad tan alta como las montañas y tan profunda como los océanos», tiene en la India nefastas consecuencias.

¿Y si el elefante decide emplear todo su peso?

El 26 de noviembre de 2008 un brutal ataque de terroristas islámicos en Bombay dejó sobre el asfalto de la capital económica de la India nada menos que 164 muertos y más de 300 heridos. Meses después se confirmó lo que en las dramáticas horas que siguieron al atentado era un secreto a voces: que en el ataque del grupo terrorista Lashkar-e-Taiba, cuyos vínculos con los militares pakistaníes son conocidos, participaron, al menos con financiación, los servicios de inteligencia de Pakistán. Fue uno de los más sangrientos atentados que han sacudido a la India, pero no fue el primero en el que los militares pakistaníes eran acusados de ser parte activa en el baño de sangre. «Pakistán lleva dos

décadas apoyando el terrorismo contra la India», apunta el general de brigada Gurmeet Kanwal, haciéndose eco de un sentimiento que en la India está fuertemente arraigado.

Nos interesamos por la eventual responsabilidad de China en ello, en razón de los estrechos vínculos de Pekín con los militares pakistaníes, que son quienes están al frente del país. Si sus interlocutores son además los ideólogos que supuestamente estarían detrás del terror contra la India, China podría ejercer su influencia sobre ellos para frenar nuevos ataques, razonamos. «¿Si China tiene alguna responsabilidad?», pregunta Uday Bhaskar, director de la Fundación Marítima Nacional y uno de los analistas militares de referencia en el subcontinente. «Absolutamente», responde tajante, sin rodeos. «China sabe perfectamente que los militares pakistaníes apoyan el terrorismo contra la India. Pero usan el principio *don't ask, don't tell*.²⁴ Les dicen: “no quiero saber lo que estás haciendo, haz lo que quieras pero no me lo cuentes”. China podría hacer mucho más, desde luego», continúa. ¿Por qué no lo hace?, insistimos. «Cuando les pregunto a mis colegas chinos, no tienen respuesta», remacha.²⁵

Si desde Pekín se apunta que las suspicacias indias son del todo exageradas, si no abiertamente injustificadas, en el ámbito cercano al poder de la India, ya sea en el académico, diplomático, militar o periodístico, la complicidad y responsabilidad de China por la guerra encubierta que libra Pakistán contra la India se consideran probadas e indiscutibles. «Sin el apoyo activo de China no sería posible. Se trata de mantener a la India en una situación de constante desequilibrio. En eso consiste herir y sangrar a la India con 10.000 cortes», dicen los expertos indios. Desde luego, subyace la cuestión de la rivalidad por la supremacía regional, pero según Uday Bhaskar, estamos también ante dos países que, en cierto modo, son filosóficamente incompatibles. China es un régimen que gobierna el país como una corporación privada, la India es otro tipo de animal. «La mera existencia de la India, la forma en que se interpreta a sí misma, con sus principios y valores recogidos en la Constitución, con la libertad y la forma en que administramos la diversidad, crea mucha ansiedad en China, porque repudia su sistema. Todo eso quema a los chinos por dentro», sostiene.

Por tanto, ¿cómo afrontan el futuro los dos países más poblados de la Tierra? ¿Podrán convivir ambos colosos asiáticos? ¿Hay sitio para dos tigres en la misma montaña? Como otros analistas consultados, Uday Bhaskar prevé un futuro turbulento. Explica que es en la forma en que China interpreta su encaje en el mundo, en el crujir de esos movimientos tectónicos, donde reside el riesgo

potencial. «En la escena global, China tiene como objetivo la multipolaridad, pero en Asia apuesta por la unipolaridad. La tensión será inevitable.» Y, ¿cómo reaccionará la India?, preguntamos. Al responder, apela a la cultura estratégica del subcontinente. «En la India interesan las controversias políticas y el cricket, no la seguridad nacional. No haremos nada precipitadamente. Pero si tenemos que responder, no será de manera insignificante. Cuando reaccionemos lo haremos despacio, pero con contundencia», advierte. En ese sentido, no es incorrecta la comparación de la India con el elefante: «tardamos mucho en darnos la vuelta, pero cuando la damos, si decidimos sentarnos, entonces el peso que hay que soportar es realmente considerable».

China exhibe su primer portaaviones

La táctica china de construir en el sur de Asia relaciones de confianza y amistad, basadas sobre todo en la pleitesía económica, hemos visto ya que tiene en Nepal y Pakistán dos ejemplos indiscutibles. Pero no se limita sólo a esos dos países. Pekín está desplegando sus tentáculos por toda la región, en especial con naciones vecinas de la India, a las que lleva a su terreno con inversiones millonarias, cooperación militar y seducción diplomática. Ese «cerco estratégico», como se etiqueta en la India, ha llevado al gigante asiático a poner el pie en el Océano Índico, donde la India ejerce una influencia histórica. Ha invertido en el puerto de aguas profundas pakistaní de Gwadar²⁶ —a la entrada del estratégico Estrecho de Ormuz y a sólo 70 kilómetros de Irán— y en puertos de contenedores en Bangladesh, Maldivas y Sri Lanka, además de contar con presencia naval en las militarmente relevantes Islas Coco, en aguas de Birmania y a sólo 18 kilómetros de la frontera con la India.

¿Qué es lo que China pretende? ¿Quiere aislar geopolíticamente a su rival regional? ¿O está sólo tratando de incrementar su poder naval al objeto de proteger sus rutas marítimas y, por tanto, sus intereses económicos? Sea cual sea la respuesta, la irrupción de China en sus aguas periféricas ha provocado la inmediata contraofensiva de Nueva Delhi, quien ha optado por jugar el mismo juego. Ha extendido su cooperación militar con un elenco de países desde el Golfo Pérsico hasta el Pacífico, siendo especialmente significativos sus vínculos con Japón y Vietnam, los dos países más preocupados con el llamado «ascenso pacífico» del gigante asiático. Adicionalmente, prevé aumentar en la próxima

década su flota de guerra hasta las 145 embarcaciones, escuadrilla de los tres portaaviones que la India tendrá supuestamente operativos en 2017. Lo que no deja de ser una auténtica declaración de intenciones teniendo en cuenta que en ese país entre un 37 y un 77 por ciento de la población vive, según las fuentes, por debajo del umbral de pobreza.²⁷

La tensión futura que se vislumbra en el Índico es un buen ejemplo de lo que Uday Bhaskar, el analista militar indio, nos había advertido durante nuestra cita: «cuando China sea más poderosa, actuará de forma más agresiva». Un autoritarismo que China ya está practicando en otras aguas que, hoy por hoy, tienen una importancia geopolítica mucho mayor para Pekín: el Mar de la China Meridional. Esto es, las aguas por las que transita en 25 por ciento del comercio mundial y en torno al 80 por ciento de sus importaciones petroleras procedentes de Oriente Medio y África. Es allí donde Pekín tiene vigentes varias disputas territoriales con media docena de países regionales por la soberanía de las Islas Spratly²⁸ y con Vietnam por la de las Islas Paracel.²⁹ «Tenemos ya señales de lo que significa el “ascenso pacífico” de China. Mira cómo se comportan en el Mar de la China Meridional. En la región están realmente paralizados. Están como un conejo que se queda petrificado cuando le alumbras a los ojos con una linterna.»

El analista se refiere, a propósito del contencioso territorial, a la vigilancia bravucona que China ejerce en las mencionadas aguas, a las prohibiciones de pesca unilaterales y a las presiones sobre las petroleras extranjeras para que suspendan cualquier actividad sospechosa de exploración en favor de otros países. Los encontronazos entre los buques de guerra chinos y los barcos pesqueros vietnamitas o filipinos, por tanto, son frecuentes desde hace décadas y han dejado constantes refriegas diplomáticas y una colección de muertos en el camino. A esa actuación en el mar hay que sumar la diplomacia coercitiva propia de una potencia en ciernes, que empieza con la pretensión de tratar el asunto sólo bilateralmente, apelando al recurso habitual de la diplomacia china del *divide y vencerás*, y acaba con la escalada de su capacidad militar naval en la zona, con la isla de Hainan y sus submarinos nucleares como arietes de esa estrategia. En los despachos, Pekín despliega por defecto un mapa de 1947, del que hay una variante de 1935, en cualquier caso anterior a la fundación de la República Popular, en el que queda claro y meridiano cuáles son sus pretensiones y qué área se atribuyen para sí. Mayormente, lo reclaman todo.³⁰

China nunca ha explicado el alcance de ese mapa ni su significado, explica Ian Storey, experto en el sudeste asiático del Institute of Southeast Asian Studies

(ISEAS) de Singapur. «No sabemos en qué se basa. Voy a conferencias constantemente y hablo con los chinos con frecuencia y nunca han sabido darme una respuesta. Creo que es porque en China no han decidido aún qué significa. “China tiene soberanía irrefutable sobre las islas del Mar de la China Meridional y sus aguas adyacentes”, ésta es la consigna oficial.» Aunque, realmente, la respuesta al silencio oficial chino la encontramos en un ático situado en el corazón de Ho Chi Minh, la capital económica de Vietnam.

Para comprender lo que el resto de países tiene que decir al respecto, nos habíamos encontrado allí con varios historiadores y expertos vietnamitas. Entre ellos, Dang Dinh Dau, que ha realizado durante décadas un trabajo de documentación titánico, desde la biblioteca del Congreso estadounidense hasta los archivos donde figuran los mapas que los misioneros portugueses y españoles hicieron de Asia durante el siglo XVI. En el citado ático, despliega copias de estos fabulosos planos que confirman, uno tras otro, sus teorías: el Imperio chino jamás consideró como propios los territorios en el Mar de la China Meridional situados más al sur o al oeste de Hainan. «Las reclamaciones territoriales chinas sobre las Paracel comienzan en 1910, cuando China se da cuenta de la importancia estratégica del territorio. Pero en los mapas anteriores, hechos por los misioneros occidentales, incluso en los mapas confeccionados por el Imperio chino, el territorio de China acaba en el sur de Hainan», zanja.

Así, aunque Pekín no puede poner sobre la mesa de negociaciones ninguna coartada histórica o jurídica de peso, en cambio expone su poderío militar, presente y futuro. Algo que en el sudeste asiático se ve con auténtica preocupación. «Hay un creciente sentimiento de ansiedad en la región respecto al gradual incremento de la capacidad militar de China», sostiene Storey. No ha contribuido a rebajar la preocupación la presentación en sociedad del *Varyag*, el primer portaaviones chino, que estará operativo en 2012.

Disponer de un portaaviones, ciertamente, marca la diferencia. No tenerlo es sinónimo de una Armada de orientación defensiva; disponer de él significa tener lista una unidad de combate. Si a ello unimos el ritmo al que ha crecido en la última década el presupuesto militar chino,³¹ en parte para incrementar su capacidad naval, y la estimación de que podría estar construyendo uno o más portaaviones adicionales de fabricación autóctona, puede visualizarse perfectamente al «conejo petrificado» por el resplandor que proyectan los buques de guerra chinos. Pero no tanto por lo que militarmente significa el *Varyag*, que no deja de ser chatarra ucraniana de los años ochenta, puesta al día

si se quiere, pero que estuvo muy cerca de acabar reconvertido en casino en aguas del puerto de Macau. Su importancia es política. Lo que preocupa es el nítido mensaje que llega desde Pekín.

«Un portaaviones sirve para proyectar poder alrededor del globo. Por tanto, servirá a China para tener presencia en el Mar de la China Meridional, donde ningún otro país sudasiático tiene ni tendrá un portaaviones», explica Ian Storey. Con la confirmación de la próxima botadura de su primer portaaviones, «China muestra su intención de convertirse en una potencia militar. Es ante todo un símbolo». En Washington, explican los expertos militares, el nuevo buque chino no ha despertado excesiva inquietud, sobre todo teniendo en cuenta que Estados Unidos dispone de hasta once portaaviones. Preocupa mucho más el *Dong-Feng 21-D*, un misil chino capaz de hundir un portaaviones que, pese a no haber sido probado, sería un enemigo peligroso tanto por su largo alcance como por ser un proyectil difícil de detectar y contrarrestar. Por tanto, con un arsenal naval que en el futuro incluiría uno o más portaaviones, misiles antiportaaviones de largo alcance y submarinos nucleares, la pregunta que sobrevuela es obvia: ¿Por qué el «ascenso pacífico» de China requiere tal rearme? ¿Es inevitable una guerra entre China y Estados Unidos en el Pacífico?

A China le interesa más que a nadie la estabilidad regional, pero al mismo tiempo defiende en su periferia marítima «intereses esenciales», desde Taiwán a las Islas Spratly, pasando por rutas marítimas y el Estrecho de Malaca, un cuello de botella situado entre Malasia, Indonesia y Singapur clave en la ruta de la energía que transita de Oriente Medio a Asia y América.

China y Estados Unidos comparten muchos intereses en el Mar de la China Meridional y, por extensión, en el Océano Pacífico, donde abogan por la estabilidad, la paz y el tránsito libre de buques comerciales. Sin embargo, sus aspiraciones geopolíticas y sus cálculos estratégicos, con Washington decidido a quedarse en una zona donde es bienvenido y Pekín dispuesto a jugar un papel preponderante en la región, pueden hacer saltar las declaraciones de buena voluntad por los aires. Por tanto, es justamente en esas aguas donde los intereses de las dos potencias pueden entrar en conflicto. En el horizonte, tres escenarios de riesgo: de norte a sur, Corea del Norte, Taiwán y las islas del Mar de la China Meridional. Los expertos no tienen dudas: tensiones a la vista. En juego, la hegemonía en el Pacífico.

Misión: recuperar Taiwán

En medio de esta escalada de tensión en el Mar de la China Meridional, los países del sudeste asiático optan por la doble estrategia de involucrarse con China en lo económico, mientras se ponen a cubierto, en lo militar, con Estados Unidos. En esa partida de ajedrez, Taiwán juega un rol vital en la geopolítica regional. La «provincia rebelde», como considera Pekín a la isla, disfruta de una situación geográfica privilegiada, a tan sólo 100 millas náuticas de China continental y en plena zona de paso de la ruta marítima que lleva el petróleo desde Oriente Medio al noreste de Asia y Estados Unidos. Desde la perspectiva militar estadounidense, Taiwán es por su cercanía a las costas chinas el «portaaviones indestructible». En Pekín, con el actual *statu quo* se percibe como un talón de Aquiles para su seguridad, ya que estorba su desarrollo estratégico en el Pacífico occidental.

Obsesionado por retornar a la integridad territorial previa a 1949, el Gobierno chino no ha cejado en su cruzada por avanzar hacia la integración o absorción definitiva de Taiwán. China estima que, aun con las seis décadas de independencia *de facto* de que ha disfrutado la isla, que se iniciaron cuando los nacionalistas liderados por Chiang Kai-Shek huyeron a Taiwán tras perder la guerra y formaron la República de China, su misión histórica es recuperarla. Rescatar Taiwán para la madre patria es sin duda uno de los objetivos prioritarios de la política *exterior* de Pekín y, de lograrse, supondría un paso decisivo en el reequilibrio de fuerzas con Estados Unidos para la hegemonía en la zona.

Para convencer a la provincia rebelde, China enseña con una mano los beneficios económicos de una integración con el mercado con mayor potencial del mundo y, con la otra, la fuerza militar que está dispuesta a descargar sobre ella si se atreve a dar un paso en falso que cuestione su soberanía futura. Desde la aprobación en 2005 de una ley que autoriza el uso de la fuerza contra Taiwán si éste declara su independencia, China no ha dejado de incrementar el número y la sofisticación de los misiles que, distribuidos en las provincias del sureste del país, apuntan directamente a la isla. Las últimas cifras aportadas por los servicios secretos taiwaneses estiman entre 1.600 y 1.800 los proyectiles que mantienen *encañonada* a la isla y están listos para abrir fuego el día que Taiwán cruce la línea roja.³²

«Taiwán quiere que reine la paz y la estabilidad en la región Asia-Pacífico. Por eso hay que entender que las relaciones entre China y Taiwán van más allá de la cuestión nacional: se trata del desarrollo económico, la paz y la seguridad regionales», nos dijo en Taipei el viceministro de Relaciones Exteriores taiwanés David Lin. De esta forma, el diplomático se refería a que la relación entre Taipei y Pekín trasciende la cuestión doméstica, porque la isla —y por extensión su aliado estadounidense— ha aportado hasta ahora un equilibrio de poder en las aguas de la región que satisface por igual a los aliados estadounidenses, como Australia o Singapur, y a los rivales territoriales de China, como Vietnam o Filipinas. La presencia de Estados Unidos sirve para compensar la superioridad militar china en el sudeste asiático donde, como hemos visto, mantiene varios conflictos territoriales.

«China no tiene un rival militar regional, ni siquiera Japón y Corea del Sur. Sin embargo, China ha continuado su expansión militar durante décadas. En consecuencia, es difícil entender semejante mentalidad. China quiere ser una potencia regional, pero ¿cómo? ¿Más agresiva o más pacífica? Es por eso que China es todavía percibida como una amenaza potencial para la estabilidad regional. Estados Unidos está presente militarmente en la región, pero nadie lo percibe como una amenaza, porque no tiene ambiciones territoriales. En privado, muchos países de Asia expresan la preocupación que suscita la expansión militar de China. Espero que Pekín comprenda estos temores y se comprometa con la seguridad en la región, aunque no sé si va a poder cumplir realmente sus compromisos», lanza Lin.

Por razones obvias, es en Taiwán donde más atentos están ante cualquier gesto de Pekín, que tratan de descifrar hasta la última coma. «Pekín quiere que el mundo piense que va a utilizar la fuerza. La estrategia es estar preparado, la disuasión, pero preferiblemente no utilizar el recurso militar», nos explicó por su parte el ex viceministro de Defensa y ex profesor de la Universidad de Georgetown, Chong-Ping Lin. «Sin embargo, China ha desarrollado una nueva gran estrategia que va más allá de lo militar. La mejor opción con Taiwán es absorberla, pero sin usar la fuerza.» Se refiere así a la otra vía, la económica, para consumar la integración de Formosa dentro del territorio chino. El comercio bilateral, de hecho, alcanzó en 2010 los 114.000 millones de dólares, mientras se estima que más de 200.000 millones de dólares de inversión taiwanesa han llegado a China continental, sobre todo para levantar fábricas de componentes electrónicos, sector en el que la isla es un país aventajado.

A ello se ha sumado la adopción, a finales de 2010, de un Acuerdo Marco de Cooperación Económica (ECFA, en sus siglas en inglés), un tratado para liberalizar el comercio con el objetivo de potenciar los intercambios comerciales y la inversión a través de la reducción o eliminación de aranceles para más de 700 productos. Lo que no deja de ser una herramienta jurídica fundamental para acercar, como nunca antes, a Pekín y Taipei justo en el momento en que, a consecuencia de la crisis, más necesitado está Taiwán del abrazo económico del gigante asiático. En la práctica, hay pocas dudas acerca de la importancia de ECFA: es un camino sin retorno hacia la integración económica entre Taiwán y China. Y, quizá, un paso adelante hacia la asimilación definitiva.

Para comprender cómo afecta todo ello a las relaciones bilaterales viajamos a la capital taiwanesa a finales de 2009, cuando el acuerdo se negociaba con sigilo y la prensa crítica se echaba las manos a la cabeza. Se vivían los momentos más *dulces* en seis décadas de tormentosas relaciones. El presidente taiwanés Ma Ying-jeou, líder del Partido Kuomintang (KMT) que había reemplazado en mayo de 2008 al independentista Chen Shui-bian, del Partido Demócrata Progresista (DPP, en sus siglas en inglés), accedió al poder decidido a dar un giro de 180 grados a la situación de confrontación y máxima tensión que se había vivido en el Estrecho de Taiwán durante las dos anteriores legislaturas. Apenas un año después de su llegada a la presidencia, establecía vuelos directos y diarios entre China y Taiwán, a la vez que reinstauraba los enlaces navales y de correo postal. El Kuomintang y el Partido Comunista de China —enfrentados en la guerra civil que, con algunas interrupciones, se extendió desde 1927 a 1949— reforzaban sus relaciones con visitas, encuentros de altos cargos y sonrisas en las portadas de los periódicos. Se rumoreaba incluso sobre la inminencia de un encuentro entre los dos presidentes: Ma y Hu Jintao. Los enemigos históricos estaban a partir un piñón.

El ECFA era el eje principal de la política económica de la Administración del presidente Ma, quien pretendía enmendar las relaciones con Pekín basándose en tres negativas: no a la confrontación, no a la independencia, no a la reunificación. Además del impacto de la crisis económica, Taiwán se veía excluido —a causa de su aislamiento diplomático internacional— del Tratado de Libre Comercio (TLC) entre China y los países de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), que entró en vigor en enero 2010 y provocó, por la consiguiente pérdida de competitividad, una caída de las exportaciones taiwanesas. En este contexto, el Kuomintang del presidente Ma planteaba el

ECFA a sus 23 millones de habitantes como un paso indispensable para salir de la crisis y la reducción del desempleo. La receta para evitar el estrangulamiento económico.

«Taiwán no puede estar excluido de los TLC por su relación con China», nos explicó en Taipei Chun-Fang Hsu, subdirectora de la Oficina de Comercio Exterior, encargada de negociar el acuerdo con las autoridades chinas, el cual entró en vigor en septiembre de 2010. «No queremos estar marginados económicamente mientras el comercio se internacionaliza. Y para ello tenemos primero que tener un acuerdo con China», dijo, dando a entender que el ECFA sería además, en cierto modo, el salvoconducto que desactivaría su aislamiento internacional. El Gobierno taiwanés aseguraba que, sin un pacto comercial previo con China, las naciones que suscriben la política de una sola China —y que por tanto no reconocen a Taiwán como país soberano— se negaban a firmar un TLC con la isla.³³ Aprobado el ECFA, ello abriría la puerta de par en par a pactos bilaterales entre Taiwán y los otros países, lo que hasta la fecha no ha sucedido.³⁴

El acuerdo ha dividido a una sociedad taiwanesa históricamente ya de por sí muy polarizada en este asunto, que se congratula de estrechar los lazos comerciales con China por las oportunidades que ello brinda, pero recela de los posibles efectos adversos. Por una parte se teme que la apertura de 250 sectores taiwaneses a las inversiones chinas, algunos tan sensibles como la microelectrónica, provoque un robo del *know-how* nacional, quizá el gran activo de una economía que, por su vitalidad y éxitos, fue considerada como uno de los «tigres asiáticos» que deslumbraron al mundo. Por otro, preocupa que la llegada de productos chinos sin aranceles cause el derrumbamiento de algunas industrias nacionales. Con todo, las mayores reservas que suscita el acuerdo están vinculadas con el efecto potencial que puede tener sobre una eventual independencia de Taiwán, ya sea ésta real o *de facto*. ¿Cómo asegurarse de que la integración económica no suponga una mayor influencia de Pekín en la isla que, a medio o largo plazo, desemboque en la asimilación definitiva? O dicho de otro modo: ¿pagará Taiwán un precio político en términos de reunificación?

«Nuestro Gobierno está siendo muy ingenuo», nos aseguró en una entrevista Bi-Khim Hsiao, portavoz de la principal formación opositora, el independentista Partido Demócrata Progresista (DPP). «El riesgo del ECFA es que Taiwán acabe siendo una sucursal de China, porque seremos mucho más vulnerables a las presiones.» En el partido opositor y en algunos sectores de la

sociedad, pero también en opinión de observadores externos como el ex primer ministro de Singapur, Lee Kuan Yew, el pacto se ve como un paso irremediable hacia la reunificación.³⁵ «Para los líderes de Taiwán, el ECFA es utilizado a corto plazo para la recuperación económica, pero para Pekín el propósito a largo plazo es la reunificación», estima el profesor Chong-Pin, gran experto en política china.

«En 2004 acababa de dejar el cargo de viceministro de Defensa de Taiwán. Entonces dije, durante una conferencia sobre la industria militar en Estados Unidos, que China estaba desarrollando una nueva gran estrategia que iba más allá de la cuestión militar. Dije que Pekín utilizaría la economía y la cultura [como recursos para su expansión], y la gente se rió de mí. China ha entendido que comprar Taiwán es más fácil que atacarlo. Y por ello China nos está absorbiendo. El ECFA es el típico ejemplo de este proceso hacia la absorción. Es un paso muy importante en esta dirección», concluye.

La debacle de la *bestia negra* de Pekín

El 20 de mayo de 2008, apenas una hora después de abandonar la sede de la presidencia de la República de China, Chen Shui-bian, que había gobernado la isla desde su histórica victoria como candidato del opositor DPP en el año 2000, recibía la notificación de que tenía prohibido abandonar Taiwán y que se abría una investigación contra él por corrupción durante su mandato. Chen, que acababa de perder la inmunidad presidencial tras la toma de posesión del presidente Ma, iniciaba así un fulminante descenso hacia los infiernos por los cargos de corrupción, lavado de dinero y aceptación de sobornos que salpicaban también a su esposa, Wu Shu-chen, y a su yerno. Meses después era formalmente acusado por la fiscalía y, en apenas un año y medio, el 11 de septiembre de 2009, se convertía en el primer presidente de la historia de Taiwán en ser encarcelado. Inicialmente fue condenado a cadena perpetua pero, tras apelar, la sentencia fue rebajada a los 18 años de prisión que cumple actualmente. La *bestia negra* del Kuomintang taiwanés y del Partido Comunista chino, el político que desbancó del poder al primero y osó desafiar al segundo, era retirado de la circulación para siempre.

La victoria electoral en 2000 de este abogado, defensor de disidentes políticos durante la época en que reinó la ley marcial en la isla, suponía un hito para la joven democracia taiwanesa, que no celebró las primeras elecciones multipartidistas hasta 1996. Nacido en el seno de una familia muy humilde, este hombre hecho a sí mismo, que había sido condenado durante la dictadura a un año de cárcel por calumnias, fue el primer presidente del país no militante del Kuomintang, rompiendo así con cincuenta años de hegemonía de la formación nacionalista en el poder. Fue también uno de los mandatarios más controvertidos, no sólo por su oposición frontal al principio de *una sola China*, sino por las acusaciones de corrupción que salpicaron la segunda mitad de su presidencia (2004-2008).

Desde su ascenso al poder, que renovaría en 2004, se convirtió en un fervoroso defensor de la independencia de Taiwán, al abogar por la celebración de un referéndum para declarar la independencia *de jure* de la antigua Formosa, lo que provocó una escalada de la tensión entre Taipei y Pekín. «Estas acciones provocaron que Pekín acudiera directamente a Washington y pidiera su intervención, amenazando con que si Estados Unidos no actuaba, lo haría China. Como consecuencia, la Casa Blanca envió doce advertencias a Taipei entre 2007 y 2008 en contra de la declaración de independencia», nos explicó el profesor Chong-Pin, que fue viceministro de Defensa durante el mandato de Chen.³⁶

En Taipei fuimos a ver a Tao Liu, mano derecha del presidente Chen y hombre que le escribía los discursos. En sus oficinas de la Fundación Ketagalan nos explicó que, como cree parte de la sociedad taiwanesa, el proceso judicial contra Chen por corrupción, pese a tener «alguna base por las irregularidades cometidas», era en realidad una trama política para acabar con él.³⁷ «Lo de Chen es una revancha política que iba especialmente contra él. Él es quien ganó al Kuomintang y, tras ocho años alejado del poder, el Kuomintang volvió y exigió venganza. Creo personalmente que si se utilizaran los mismos estándares que se han aplicado a Chen, ningún partido político pasaría ese escrutinio», aseguró Tao. Se refería a la ley de financiación de las campañas políticas —que establece límites en el gasto— y, sobre todo, al uso del fondo especial del Estado, una suerte de fondos reservados que permite a los presidentes disponer discrecionalmente de ciertas cantidades sin tener que rendir cuentas.

«La corrupción es una acusación muy conveniente para destruir a alguien. En los últimos veinte o treinta años el Kuomintang ha acusado a los independentistas de radicales o irresponsables. Luego empezaron a utilizar el

término corrupto. En China, la corrupción es utilizada habitualmente para atacar a los enemigos. El presidente Chen no tiene dudas de que China está involucrada en su caso, pero no tiene pruebas.». Lo que Tao Liu estaba sugiriendo era de una claridad meridiana: independientemente de que Chen hubiera podido meter la mano en la caja, no tenía duda de que había sido víctima de una cacería política.

Le pedimos que, pese a estar encarcelado tras probarse su culpabilidad, nos pusiera en contacto con el ex presidente para tener su versión de los hechos: «dadme las preguntas y veré qué puedo hacer. Está muy vigilado». Meses después, nos enviaba por e-mail una copia manuscrita (y sellada) y otra mecanografiada con las respuestas de Chen en mandarín, que reproducimos aquí parcialmente:

El 11 de noviembre de 2008 acudí a la oficina de investigación y pronuncié el siguiente discurso: «Hoy voy a la Bastilla de Taiwán [...] porque soy el mayor obstáculo en el proceso de unión entre Taiwán y la China continental bajo la cooperación del Kuomintang (KMT) y el Partido Comunista de China [...]. Para calmar la rabia de Zhongnanhai [sede del Gobierno chino] me han sacrificado». Durante el desarrollo de la investigación ha quedado patente que el Gobierno chino está detrás de todo, con el objetivo de castigarme por rechazar el «principio de una sola China» y para golpear a los independentistas, usándome como ejemplo. Nada de esto es secreto, sino hechos reales. [...]

En julio de 2008, la Oficina de Asuntos de Taiwán del Partido Comunista de China (PCCh) creó un plan para aprobar una estrategia política para resolver la cuestión de Taiwán. El plan tenía como objetivo principal atacar a Chen y a sus más cercanos colaboradores, porque creen que un ataque contra Chen y sus aliados ensanchará la división ideológica en el Partido Demócrata Progresista y mantendrá al DPP en un caos ideológico durante mucho tiempo, para que no puedan avanzar hacia la independencia, y de esta forma se reduzca la presión sobre el Kuomintang [...], con el objetivo de resolver la cuestión de Taiwán en 2012 [fecha de las próximas elecciones presidenciales taiwanesas]. [...]

No me declaro culpable de los cargos de los que me acusan los investigadores, ni del veredicto del tribunal. Si de algo soy culpable, es de ser «presidente de Taiwán», de estar en contra del «principio de una sola China» y de abogar por «Taiwán y China, dos países en cada lado del Estrecho», lo que viola la Ley Antisecesión aprobada el 14 de marzo de 2005 por el Partido Comunista de China. [...]

Se me ha sacrificado en colaboración entre el PCCh y el KMT para acabar con el partido independentista [DPP]. Sólo hay dos personas en el mundo que pueden sacar del poder al KMT, una es Mao Zedong y la otra es Chen Shui-bian. Sin embargo, ahora el KMT y el PCCh han pasado de la guerra, la lucha y la discusión a la conciliación y la cooperación, pero yo soy el mayor obstáculo en su proceso de unión, soy quien tiene que ser eliminado tan pronto como sea posible. Para el KMT, mi pecado es haber «robado el poder» [se refiere a su victoria electoral en 2000], lo que en la tradición china es un crimen de muerte. Para el PCCh soy el mayor traidor de la nación china [...]

Para defender la soberanía del Estado, Taiwán no puede rebajarse a ser parte de la República Popular de China como una región administrativa especial [...] El enemigo del DPP no está dentro de Taiwán, el KMT es sólo un competidor. El PCCh es el verdadero enemigo.

Chen Shui-bian, 23 de enero de 2011.

En julio de 2011 otro ex presidente taiwanés era acusado de malversación de fondos públicos por valor de 7,8 millones de dólares. La fiscalía investigaba a Lee Teng-hui, de 88 años y figura política emblemática de la historia democrática de Taiwán, por haber desviado supuestamente fondos estatales durante su mandato (1988-2000). Curiosamente, la acusación de corrupción ha coincidido con su enfrentamiento con el presidente Ma, a quien Lee ha reprochado durante los últimos años su acercamiento a Pekín. Todo ello ha servido para alimentar las especulaciones de que existe una trama en Taiwán contra las figuras clave que se oponen a las políticas del presidente Ma para impulsar el eje Taipei-Pekín.

El aislamiento internacional de Taiwán

Si el acercamiento entre Taipei y Pekín, unido al aumento de la capacidad militar de China, abren la puerta a un nuevo escenario geopolítico en la región Asia-Pacífico, la cuestión taiwanesa ha brindado también importantes victorias diplomáticas a Pekín. Hasta principios de los años 1970 Taiwán estaba integrado en instituciones como Naciones Unidas —donde ocupaba el puesto que hoy detenta China— y era reconocido por un nutrido grupo de países, entre ellos Estados Unidos. Pero en la actualidad, sin Guerra Fría y con la progresiva integración de China en la escena internacional, apenas 22 naciones con poco peso internacional, además de El Vaticano, apoyan a Taipei en su causa independentista, la mayoría más por los beneficios económicos que reporta su lealtad que por motivaciones ideológicas. Malawi fue el último país en *cambiar de chaqueta*, en enero de 2008, aunque la victoria reciente más importante para las autoridades comunistas fue sin duda la decisión de Costa Rica de romper lazos con Taipei en 2007.

La importancia del país latinoamericano reside en dos premisas. Por un lado, al garantizarse la fidelidad de Costa Rica, Pekín abría por vez primera una brecha en América Central, hasta entonces bastión taiwanés; por otro, la decisión de establecer lazos con la China comunista venía avalada por Óscar Arias, presidente del país y Premio Nobel de la Paz 1987, lo que le daba un plus de prestigio. Por tanto, Pekín lograba el reconocimiento diplomático de la nación

más democrática de América Central y sentaba las bases para que se produjera un efecto dominó en la región que apuntalaría para siempre el ya de por sí escaso apoyo internacional de Taiwán.

Símbolo de esta nueva amistad entre San José y Pekín era el recién construido Estadio Nacional, que, erigido sobre las ruinas del antiguo aeropuerto, permitía congregarse a 35.000 espectadores. Su construcción había sido acometida, no sin conflictos, como vimos en el capítulo 5, por la empresa estatal china Anhui Waijing, después de que Pekín accediera a financiar, como parte de un paquete de ayuda que ofreció a Costa Rica a cambio de romper lazos con Taiwán, los aproximadamente noventa millones que costó el coliseo.

Viajamos a Costa Rica a finales de 2010 para conocer de primera mano cómo habían evolucionado las cosas entre San José y Pekín tras el establecimiento de las relaciones. En Taipei los embajadores de Honduras y República Dominicana nos habían asegurado, de forma no particularmente convincente, que sus países mantenían relaciones por causas nobles, como la defensa de los derechos humanos. «Compartimos valores democráticos y creemos en ellos. Por eso les apoyamos, no por la diplomacia *del dólar*, no por la ayuda que nos da Taiwán. No estamos al mejor postor», aseguró la embajadora hondureña Marlene Villela desde el edificio en las afueras de Taipei que acoge a todas las legaciones diplomáticas. Si aquello era cierto, ¿por qué un premio Nobel de la Paz había decidido romper con el democrático Taiwán para pasarse a las filas de la dictadura comunista china? ¿Quién había dado el primer paso? ¿Cuál había sido la reacción del resto de países de la región? ¿Cómo se había movido China entre bastidores para obtener el respaldo diplomático de San José?

Para obtener respuestas a todas esas preguntas nos citamos con Óscar Arias. Su asistente nos abrió la puerta de su casa que, curiosamente, está situada justo delante de la recién estrenada embajada de China. Dentro de su opulenta residencia, decorada con muebles de diseño, soldados de terracota y estanterías repletas de libros, numerosas fotografías dan cuenta de los que, a lo largo de su dilatada y respetada carrera política, fueron sus interlocutores: Bill Clinton, Lula da Silva, Nelson Mandela. Sobre la mesa del salón que da a un refrescante jardín, figuran las memorias de Tony Blair. Quince minutos después, Arias aparece con gesto serio y educado, y toma asiento en el sofá.

«Un país tan pequeño como éste está condenado a ser comerciante, a ser fenicio», arranca, cuando le preguntamos por qué decidió establecer lazos con China. Cita entonces a John Maynard Keynes: «Cuando las circunstancias

cambian, uno tiene que cambiar», explica, para justificar el giro diplomático. «En mi primera legislatura [1986-1990] ya quería romper relaciones con Taiwán y establecer vínculos con China, pero estaba peleando en demasiadas batallas y una más era excesiva», nos asegura. Tuvo que esperar por tanto a su segunda legislatura (2006-2010), que requirió una reforma constitucional porque hasta entonces sólo se permitía un único mandato presidencial, para tomar la decisión. «China es el segundo socio comercial de Costa Rica. Eso ya lo dice todo acerca de por qué había que establecer relaciones. No se puede vivir de espaldas a China. A uno le eligen para liderar, no para complacer.»

Mientras justifica su decisión política, no se olvida de Taiwán, a quien critica por su «mezquindad con la ayuda». Asegura que él jamás fue a Taiwán a recibir financiación para sufragar su campaña electoral, lo que supuestamente habrían hecho otros candidatos no sólo del país, sino de la región. ¿Significaba eso que China no había ofrecido nada a cambio? «Bruno Stagno, que fue el negociador, es quien conoce los detalles de ese asunto», nos dijo, evasivo. Arias había ya defendido ante los dos periodistas las razones intelectuales que le llevaron a lanzarse en brazos de China, pero no quería entrar en detalles. Maestro en el arte del quiebro, dimos por concluida la conversación. Y nos fuimos a ver a Bruno Stagno, el ex canciller.

«El momento clave se produjo el 18 de mayo de 2006», desvela en su residencia de San José el ex ministro de Relaciones Exteriores. «Fui invitado por México a una cena organizada en la capital mexicana a la que iban a asistir todos los países centroamericanos, excepto El Salvador. Para mi sorpresa, allí se encontraba el canciller chino Li Zhaoxing. Enseguida me di cuenta de que todos los países presentes estaban en conversaciones con China para establecer relaciones.» Sin embargo, un pequeño detalle le revela que China tiene interés por iniciar relaciones sobre todo con Costa Rica. «Durante un momento de la cena, se dirigió a mí en francés y me dijo: “Ambos somos amantes de París y por ello creo que la capital francesa es el escenario perfecto para negociar el establecimiento de las relaciones bilaterales”. Yo enseguida entendí que sabía todo de nuestro Gobierno, sabía que yo estoy casado con una francesa y que estudié en Francia. Comprendí que comenzaba el verdadero proceso de negociación, porque dudo que ningún otro canciller allí presente hablara francés y entendiera lo que me dijo.»

Poco después se inició un proceso de negociación que, según Stagno, era espiado por Taiwán. «Trataron de influir en la prensa de Costa Rica, a la que

habían regalado rotativas, e invitaron a periodistas a viajar a Taiwán. Taipei sabía que si perdía el apoyo de Costa Rica saldría derrotado de la batalla diplomática.» Una *traición*, como se interpretó en Taipei, que se materializó en Pekín a las dos de la madrugada del 31 de mayo de 2007, después de tres rondas de negociaciones. Al mismo tiempo que China clavaba la bandera roja en Centroamérica, en la misma jugada atestaba a la *isla rebelde* un certero golpe diplomático, una puñalada mortal. Para ello, China tuvo que poner encima de la mesa 430 millones de dólares: 30 de ellos en efectivo, 300 mediante la compra de bonos del Tesoro costarricenses y 100 en forma de donación de bienes chinos (entre ellos el Estadio Nacional).³⁸

Como se temía en Taiwán, la decisión de Costa Rica tuvo un gran impacto en las demás administraciones de Centroamérica. Así, naciones como Panamá, Nicaragua o El Salvador habrían mostrado su disposición a seguir la senda abierta por San José y reconocer a China, pero Pekín habría frenado nuevas incorporaciones al club de países que le juran fidelidad eterna para no comprometer las relaciones con Taipei.³⁹ Recién producido el relevo político en Taiwán y con Chen Shui-bian fuera de circulación, nuevas deserciones habrían provocado una oleada de descontento en Taiwán que, eventualmente, habría podido hacer descarrilar las negociaciones del ECFA o entorpecer la luna de miel que empezaba a fraguarse entre Pekín y Taipei. Así que, paradójicamente, caída la primera ficha, fue la propia China la que paró el efecto dominó. La batalla está ya ganada internacional y diplomáticamente: la tregua está justificada si el objetivo final es la reunificación con Taiwán.

Stagno hace un balance positivo de estos tres años de relaciones entre su país y el gigante asiático, aunque admite que hay retos en los lazos bilaterales. «Japón y Corea del Sur nos toman ahora más en serio», asegura, aludiendo a que la relación con Pekín ha ayudado a darle mayor proyección internacional al país. Admite sin embargo que «Costa Rica ha perdido libertad» en su política exterior, en relación a cuestiones como el Tíbet o los derechos humanos. «La luna de miel no va a durar para siempre», sentencia. «Las empresas chinas van a tener que adaptarse a los estándares locales. Siempre le hemos dicho a China que no cometa los errores de Taiwán», explica, en relación con el escándalo de visados vinculado a la construcción del Estadio Nacional, contencioso que abordamos en el capítulo 5.

Sobres para comprar la voluntad de periodistas

Quizá los «errores» a los que se refiere Stagno tengan que ver con episodios como los vividos por al menos dos periodistas costarricenses del diario *La Nación*. El periódico, uno de los más respetados del país, ha seguido de cerca las relaciones entre San José y Pekín, y en consecuencia había cubierto brevemente las manifestaciones del grupo espiritual Falun Gong —otro de los fantasmas del régimen chino, ilegalizado y perseguido en China— en la capital costarricense, previas a la primera visita del presidente chino, Hu Jintao, en noviembre de 2008.

«Un día me llamó un periodista chino que se identificó como Jia Zechi y dijo que era corresponsal en jefe del periódico *Wenhui* en México y que se encontraba en San José. Desde el principio me manifestó su interés por conocer el ambiente en torno a la visita de Hu Jintao, en especial lo relacionado con posibles protestas de grupos críticos con el régimen de Pekín. Quedamos para cenar y charlar al respecto», nos contó en la capital costarricense uno de los periodistas de *La Nación*. «Nos vimos en el restaurante del hotel Grano de Oro, cerca del Paseo Colón. Al menos seis personas de origen chino entraron en un lapso de unos diez minutos al restaurante. Jia era un tipo joven, con apariencia de unos treinta años, vestía informal.

»De inmediato comenzó a preguntarme sobre el grupo Falun Gong y a contarme la versión china del conflicto. Después hablamos del Tíbet, también en su versión oficial, y al final no hablamos nada sobre la relación diplomática entre China y Costa Rica, que era lo que en principio él decía querer saber. Sólo una vez tomó nota, cuando le dije cómo eran y cuántos sumaban los manifestantes del Falun Gong. Durante toda la conversación estuve pendiente de varias personas de apariencia china que caminaban por el restaurante y cambiaron de mesa en al menos una ocasión», recuerda la fuente, quien por entonces ya sospechaba que Jia no era el periodista que decía ser.

»Cuando me disponía a irme, me dijo que tenía un regalo para mí. Bromeó con la idea de que los chinos siempre regalan té verde y sacó un envase rojo con té verde especial, según él. Cuando ya me levantaba de la mesa, Jia agregó que tenía “algo más” para mí, pues entendía que la reunión y la información suponían un trabajo extra. De inmediato sacó un sobre blanco y abierto, con lo cual pude ver que dentro había dinero en efectivo. Me pareció que eran billetes de cincuenta dólares en una cantidad no inferior a quince [750 dólares].

»De inmediato, rechacé el ofrecimiento y argumenté razones personales y éticas, de la empresa y de sentido común, pues no sentía yo que estuviera haciendo trabajo alguno para nadie. Él insistió con argumentos como “no es usual que a nosotros los chinos se nos rechace un regalo” o “tranquilo, que no hay cheque, es solo efectivo”. Insistió para que tomara el sobre y viera el dinero, y que si no estaba satisfecho, se lo manifestara, que podría haber más pagos. Yo, inmediatamente, bajé las manos de la mesa. Me había dado cuenta de que fuera del restaurante había dos chinos que iban a fotografiarme en cuanto tocara el sobre. Ante mi negativa, se levantó y se fue.»

Epílogo

El próximo amo del mundo

«China no es una superpotencia, ni aspira a serlo nunca. Si un día China cambia de color y se convierte en una superpotencia, si también opta por jugar a la tiranía en el mundo, y en todas partes somete a otros a su acoso, agresión y explotación, la gente del mundo tendrá que identificarla como social-imperialista, exponerlo, oponerlo y trabajar conjuntamente con la gente de China para derrocarla»¹

Deng Xiao Ping,
discurso ante la ONU (10 de abril de 1974).

Llovía a mares en Caracas y el doctor Mei Qixian se empeñó en acompañarnos hasta el restaurante chino de la esquina, situado apenas a un centenar de metros de su clínica de medicina tradicional. «Este lugar es muy peligroso. No quiero dejaros solos», insistía, paraguas en mano, mientras caminábamos por las ruinosas aceras de la capital venezolana. La paranoia provocada por la inseguridad se había extendido entre la comunidad china en Venezuela, que a finales de 2010 vivía momentos difíciles tras convertirse en el blanco predilecto del crimen organizado. Su tradicional éxito en los negocios —fruto, entre otras cosas, de una capacidad de sacrificio sin igual— les hacía una presa jugosa para secuestradores, asesinos y facinerosos, cuya actividad delictiva se había multiplicado exponencialmente desde la llegada de Hugo Chávez al poder.²

Siguiendo los pasos de este hombre menudo y frágil, con un español casi incomprensible pese a haber residido 20 años en el país pero de un garbo excepcional y un trato exquisito, veíamos en él todas las virtudes que son innatas al pueblo chino. Mei llegó a Venezuela dos décadas atrás procedente de su Enping natal, en la provincia de Cantón, sin otro propósito que practicar la acupuntura y labrarse un futuro mejor. Se aventuró en tierra desconocida al otro lado del mundo con sólo unas nociones de medicina que, en el país bolivariano, sonaban por entonces poco menos que a chamanismo. Pero su pericia en las técnicas milenarias de la medicina tradicional y su trabajo duro echaron por tierra los prejuicios y la xenofobia que persiguen a los emigrantes chinos allá donde van. Hoy, disfruta de una vida acomodada y del estatus social que le brinda haber sido el médico personal de tres presidentes venezolanos.

La historia del doctor Mei, caracterizada por la lucha constante y una determinación ciega por progresar, no dejaba de asaltar nuestros pensamientos. Su relato se entremezclaba con el recuerdo de los «shanta sini» empujando sus pesados fardos repletos de ropa barata por las oscuras calles de El Cairo, o con la imagen de los obreros chinos explotados en Gabón que habíamos recibido en nuestra oficina en Pekín. También la de tantos otros emigrantes anónimos que, con su envidiable afán de superación y su esfuerzo duro y honesto, encontramos por el camino a lo largo de 25 países y miles de kilómetros. Con sus admirables historias de carne y hueso, algunas plasmadas en este libro, todos ellos tejen silenciosamente la tela de araña de un fenómeno histórico e imparable. Certifican que, por fin, ha llegado la hora de China. Que el mundo chino ya está aquí.

Son esos valientes peones, ingenieros, costureros, comerciantes, cocineros y emprendedores los que ponen rostro humano a la conquista china del planeta. Con sus manos, acometen la mayor reconstrucción de África desde la época colonial, erigiendo la nueva Angola o asfaltando miles de kilómetros de carreteras por todo el continente, mientras en Asia Central su trabajo para construir oleoductos y gasoductos ha permitido que el gas de esta región remota y estratégica fluya hasta las cocinas de Shanghai o Pekín. Esta labor titánica que ha alumbrado puertos, carreteras, presas o estadios de fútbol por todo el globo es, acaso, la cara más visible de la expansión global del gigante asiático, pero en realidad es sólo la punta del iceberg.

Detrás de todas esas infraestructuras se proyecta irremediabilmente la alargada sombra del Estado chino, decidido a recuperar en el nuevo siglo el

estatus de superpotencia que disfrutó durante cientos de años y hasta inicios del siglo XIX. «El mundo habla de la emergencia de China como si fuera un fenómeno nuevo, mientras que en Pekín se percibe simplemente como una vuelta al estado natural de las cosas. Al estado en el que China es el primero en todo», nos dijo Pankaj Ghemawat, reputado economista y profesor de la universidad de Harvard. En esta estrategia para situar al gigante de nuevo en el centro de los asuntos globales, el mundo en desarrollo —con sus abundantes recursos y mercados vírgenes por explotar— juega un papel clave.

En ese teatro de operaciones —el de los países emergentes— el resurgir de China no sólo se ve con buenos ojos, sino que, en el caso de las élites gobernantes, también con entusiasmo. «El siglo XXI será el siglo en el que China lidere el mundo. Y cuando lo lideréis, queremos estar cerca de vosotros. Cuando vayáis a la Luna, no queremos quedarnos atrás», dijo en 2006 el entonces presidente nigeriano, Olusegun Obasanjo, durante la visita de Hu Jintao al país africano. Su alocución resume el alivio que, en general, produce en los mandatarios de los países en desarrollo la perspectiva de un mundo multipolar futuro, con China como eventual director de orquesta. Las artes de seducción de Pekín combinan un discurso subliminalmente anticolonialista con una diplomacia camaleónica, al tiempo que despliega los tentáculos de su influencia con multimillonarias inversiones por todo el planeta.

Muestra de lo primero es su doble rasero. Por ejemplo, al intervenir en la ONU para forzar la paz en la guerra civil de Sudán, mientras recibe con todos los honores al presidente sudanés Omar al Bashir, que está en busca y captura por la Justicia internacional. Ejemplo de lo segundo son los 266.700 millones de dólares desembolsados entre 2005 y 2011 por las empresas chinas, en su mayoría procedentes de fondos estatales, en lugares como Sri Lanka, Zimbabue, Brasil y otros países. Todo ello en un contexto de crisis en el que Occidente caía en la propia trampa de su sistema financiero, lo que ha servido de vector de propulsión para que China se haya convertido ya en el nuevo *banquero del mundo*. El trampolín perfecto para la conquista del mundo.

La Historia demuestra que la pegada financiera no es cuestión baladí: los expertos sitúan la transición de la hegemonía europea a la estadounidense en torno a 1930, cuando Estados Unidos se convirtió en el mayor prestamista del planeta y —como China hoy— en una superpotencia manufacturera.³ A partir de entonces, y bajo la batuta de Washington, se creó la Organización de Naciones Unidas, se fundaron instituciones financieras internacionales como el Banco

Mundial o el Fondo Monetario Internacional, y se liberalizó el comercio, tres elementos característicos del orden mundial instaurado después de la Segunda Guerra Mundial y que, décadas después, desembocó en la globalización. Por tanto, si China vive hoy en una situación análoga a la de Estados Unidos en aquel período de entreguerras, esto es, en plena expansión industrial y haciendo gala de un músculo crediticio casi ilimitado, ¿no estará el gigante asiático pisando sobre aquella misma traza para deshacer el actual *statu quo* y sentar las bases de un nuevo orden mundial?

Quizá sea pronto para dar una respuesta definitiva, pero de lo que no cabe duda es de que por todo el planeta se escucha ya, de forma estruendosa, el crujir de los movimientos tectónicos que provoca la ascensión de China, cuyo particular modelo, valores y *modus operandi* se ven con una mezcla de admiración y temor. Para muchos en el mundo en desarrollo, el nuevo orden supone excelentes noticias. El pragmatismo chino —*veni, vidi, actio*— dispensa beneficios indiscutibles para, por ejemplo, numerosos países africanos que tienen hoy unas infraestructuras con las que jamás soñaron o productos chinos cuyos precios módicos se adaptan a sus bolsillos. No se trata sólo de quincalla diversa, vaqueros *Made in China* o teléfonos móviles, sino también de vehículos, tecnología y maquinaria que en África, Asia o América Latina son especialmente atractivos por sus competitivos precios. Pero no es únicamente eso. Además de una alternativa barata para abastecer sus mercados, China es también un comprador fiable a largo plazo.

En este sentido, la demanda insaciable de materias primas del gigante asiático supone una oportunidad de oro para los países ricos en recursos naturales, como Chile, Brasil o Angola, por citar sólo a algunos. Las empresas chinas de los sectores extractivos, más proclives que sus competidores occidentales a asumir riesgos, desembarcan en esos mercados con financiación, tecnología y recursos humanos propios bajo el brazo, con el objetivo de mantener, incrementar o poner en marcha la producción de pozos de petróleo, plantaciones de caucho o soja y yacimientos de minerales. Sostenidas por el Estado, las corporaciones estatales toman decisiones rápidamente y no dan la espalda a negocios con márgenes exigüos, sabedoras de que tienen también encomendada la ejecución de los intereses estratégicos nacionales: el suministro futuro de materias primas y, por elevación, la seguridad energética del Imperio del Centro.

La demanda y el consumo chinos han disparado el precio de las materias

primas a niveles de récord, lo que se traduce en flujos comerciales duraderos y cuantiosos ingresos que, en teoría, deberían servir para la modernización de los países receptores y para sacar de la pobreza a millones de personas. Además, el valor de las infraestructuras no es anecdótico ni puede minimizarse, incluso si éstas fueron concebidas con el propósito de hacer viable un proyecto de extracción de recursos. Sin embargo, esta *ofensiva con encanto* de China por los recursos naturales alimenta un acalorado debate en términos de impacto: ¿qué réditos sacan los dueños de los recursos? «El efecto positivo [de China] se traduce en las balanzas comerciales y en un derrame fiscal, eso es innegable. Pero esto no es suficiente; con esto no haces desarrollo», nos dijo Javier Santiso, ex economista de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y profesor de la escuela de negocios Esade en Madrid.

La reflexión de este reputado académico pone el dedo directamente en la llaga. Se refiere al error estratégico que están cometiendo muchos países ricos en materias primas: al no exigir al gigante asiático valor añadido para sus economías, al posicionarse como simples proveedores primarios de recursos, están desaprovechando las oportunidades que brindan las urgencias chinas. Se trataría simplemente de utilizar la estrategia que Pekín puso en marcha hace treinta años,⁴ cuando abrió la puerta a la inversión extranjera a cambio de una transferencia de conocimiento y la creación de riqueza a nivel local. Ejemplo de *lo que podría ser y no es* lo encontramos en el litio, una materia prima escasa que es también estratégica, por su importancia en la fabricación de baterías o teléfonos móviles. «El mercado de exportación del litio representa mil millones de dólares, el de las baterías eléctricas 25.000 millones y el de los coches que utilizarán baterías eléctricas a partir del litio, 200.000», nos explicó Santiso. «Situarse, como Bolivia, en la primera fase de la cadena es una oportunidad estratégica perdida.»

Eso es exactamente lo que, con contadas excepciones, está aconteciendo con la inversión china en África, Asia y América Latina, según pudimos comprobar. En Perú, Birmania, Rusia y Mozambique, por poner sólo unos ejemplos donde el gigante está aprovisionándose, todas esas inversiones millonarias y todos esos contratos de suministro a largo plazo sirven únicamente al propósito de acceder a las materias primas, que se exportan en bruto y sin procesamiento previo: del yacimiento al barco, de los bosques al tren. En África, el fiasco de las Zonas Económicas Especiales chinas, concebidas —en esencia— para cimentar un derrame industrial, demuestra no sólo que los países receptores

están dejando escapar una ocasión de oro, sino también que los chinos no parecen demasiado interesados en aportar valor. Por tanto, ¿qué riqueza genera el dineral invertido por los chinos? ¿Quién capitaliza, en verdad, las oportunidades que China ofrece? ¿Se benefician las poblaciones locales?

Para contestar a estas preguntas, dimos voz a quienes se supone que mayor provecho deberían sacar de la presencia china: los trabajadores de las empresas chinas y las comunidades donde estas corporaciones se han instalado. La conclusión es reveladora: no sólo no se sienten beneficiarios sino que, pese a su enorme despliegue de recursos, el gigante asiático no siempre es bienvenido. La negativa percepción que se tiene del nuevo patrón se alimenta en las nefastas condiciones laborales que son denominador común en los proyectos chinos, la nula sensibilidad medioambiental, la exigua transferencia tecnológica y de conocimientos a la población local y, en general, en el convencimiento de que China está allí únicamente en su propio beneficio.⁵ Un sentir que, además, alcanza incluso a los no afectados directamente: al hablar con académicos, políticos, periodistas, representantes de sindicatos o activistas de organizaciones no gubernamentales, que forman parte del estamento mejor educado en esas sociedades, se hizo mucho más evidente si cabe la decepción que provoca en ocasiones la irrupción del gigante.

En ese sentido, según demuestra nuestra experiencia en el país asiático, las arrolladoras cifras relativas a la magnitud china —dentro o fuera de sus fronteras— distorsionan muchas veces la realidad. Así, inversiones cuantitativamente muy impactantes resultan ser cualitativamente poco relevantes en términos de beneficio para las poblaciones locales. Ejemplo de ello son los 6.000 millones de dólares del contrato entre la República Democrática del Congo y las estatales chinas, cuyo derrame quedará en nada o en muy poco si a lo que acaba reduciéndose el acuerdo es a un mero intercambio de minerales por infraestructuras. Sobre todo, teniendo en cuenta que la actitud de las corporaciones chinas cuestiona también la creación de riqueza a nivel local en forma de nuevos empleos. Muchas de esas corporaciones hieren la sensibilidad —cuando no la dignidad— de sus empleados africanos, asiáticos y latinoamericanos al importar de China su trato deshumanizado. La retórica ganador-ganador a la que alude el Gobierno chino está sin duda en entredicho.

Por tanto, si no son las poblaciones locales, ¿quiénes capitalizan las oportunidades que China ofrece? Probablemente, después de haber leído este libro, ustedes mismos saben ya la respuesta: las élites, ya sean éstas las

económicas de países democráticos como Argentina o Zambia, o las políticas en países con regímenes autocráticos como Birmania o Angola. En unos casos y en otros, dichas élites ven sus negocios con el coloso asiático como una transacción a corto plazo, prácticamente como una tajada. Pero es con esos regímenes que no prestan la más mínima atención a estándares —sociales, medioambientales, laborales— que sí son de obligada observancia en otros lugares del mundo, que Pekín consigue más rápidamente sus objetivos. Ambos ganan —China y las élites—, al tiempo que la opacidad imperante permite guardar los tejemanejes bajo siete llaves. Que el coloso asiático esté logrando —silenciosamente— sus objetivos y, en algunos países, desbancando a sus competidores, no tiene nada de particular. Lo fundamental de la cuestión no es que China esté conquistando el mundo; lo verdaderamente importante es cómo lo está haciendo.

Todo ello acontece con la manida coartada de la no injerencia en los asuntos internos de otros países, una excusa que para millones de desheredados es sinónimo de sufrimiento. ¿Es éste el nuevo mundo bajo patrón chino?, nos preguntábamos mientras éramos testigos directos del desastre en el norte de Birmania, en las minas de Perú o en el río Mekong. En marzo de 2011, con el bagaje de haber recorrido ya la práctica totalidad de países de esta investigación, fuimos invitados a participar en una conferencia sobre China-África en la universidad de Oxford. En ella, Qin Gang, ex portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores chino, dejó clara en su intervención la naturaleza de la expansión de China por el mundo. Fundamentalmente, defendió dos ideas: una, que «el gran problema de África es la falta de desarrollo» y, por tanto, que China con sus inversiones e infraestructuras está siendo decisiva en dicho desarrollo;⁶ y otra, que «el éxito de China [en África] se debe a que nunca, jamás, aceptaremos el dictado de los países extranjeros», lo que confirma que «no habrá ningún cambio en nuestra política exterior de no intervención [en los asuntos de otros países]».

La radiografía de Qin Gang no pudo ser más certera. Entre sus continuas alusiones al «desarrollo económico» no mencionó, ni una sola vez, valores inseparables del progreso como la justicia o la igualdad, como si el desarrollo fuese algo abstracto y ajeno a quienes tiene el propósito de servir: los seres humanos. Ello confirma lo que tantas veces hemos visto en el gigante asiático y en nuestros viajes por tres continentes: que China ha desembarcado en África — y en el resto del mundo en desarrollo— con el viejo patrón de dar prioridad sólo al crecimiento económico y sin importar los efectos secundarios.⁷ Por otro lado,

que Qin insistiera en que Pekín no modificará ni un milímetro su política de no intervención significa, en esencia, que no sólo se reserva el derecho a no observar las prácticas aceptadas internacionalmente, sino que —y eso es más importante— no está dispuesta a ser sometida a ningún tipo de escrutinio.

También en Oxford, la eurodiputada Ana María Gomes, autora de un relevante informe sobre el impacto del gigante en el continente africano,⁸ dio en su alocución con la clave del asunto. «El desarrollo no puede conseguirse sin buen gobierno, respeto por los derechos humanos y el imperio de la ley», dijo acertadamente. En este sentido, apuntó, «China tiene una gran responsabilidad por mantener o perpetuar en el poder a las rapaces élites locales». Se refirió, claro está, a las mismas élites que están capitalizando, en ocasiones de forma obscena, los beneficios que acompañan al resurgir internacional del gigante asiático. «Para impedir que las élites sean cada vez más ricas y el pueblo cada vez más pobre, lo que se requiere es sociedad civil», insistió. La eurodiputada nombró la palabra mágica: sociedad civil.

En Lima, Alejandra Alayza, coordinadora de la Red Peruana por una Globalización con Equidad (RedGe), puso en perspectiva el valor de la sociedad civil con un adecuado ejemplo comparativo. Nos explicó que cuando Perú negociaba su Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos y Europa, su ONG estuvo con contacto con sus homólogas estadounidenses y europeas para hacer lobby no sólo en Lima, sino también en Washington o Bruselas, para obtener condiciones más justas. Esto es, más allá de la «cuestión nacional», las ONG de los distintos países se aliaron para tratar de influir —conjuntamente— en el texto para beneficio de sus respectivas poblaciones. «En la negociación con China del TLC, sin embargo, nos encontramos con que no había sociedad civil en el país asiático que nos ayudara a luchar por cuestiones como los derechos laborales o el medio ambiente.»

De las palabras de Alayza se desprende que, en ausencia de sociedad civil, medios de comunicación libres o Estado de Derecho que, en China, vigilen, acoten, denuncien o castiguen —como sucede en los países democráticos— la actuación impropia de sus corporaciones en el extranjero, corresponde a las sociedades receptoras poner límites. Cuanto menor es la fiscalización, mayor es el potencial para los conflictos y los abusos, de ahí que esos contrapesos que son menospreciados o inexistentes en China, son en África, Asia o América Latina

más necesarios que nunca. Sin ese escrutinio, las empresas —cuyos estrechos vínculos con el Estado son indiscutibles— tendrán vía libre para seguir actuando irresponsablemente.

«Un país que tiene libertad de expresión es maravilloso, porque las cosas pueden quedar expuestas a la sociedad. El Estado de Derecho es fundamental para la democracia. La corrupción aparece donde no hay Estado de Derecho», nos dijo en Namibia Paulus Noa, director de la Comisión Anticorrupción (ACC, en sus siglas en inglés). En su oficina en el centro de Windhoek, Noa nos aseguró que la corrupción —cuyo alcance entre los emigrantes chinos no tiene parangón a nivel local— supone un verdadero quebradero de cabeza para uno de los países más democráticos del continente. «En la ACC no tenemos registrado ningún caso de corrupción entre los extranjeros, a excepción de los [que están implicados] chinos. No digo que no sea práctica entre otras nacionalidades, pero la escala de los casos no es comparable con la de los chinos. Si permitimos a los chinos o a quien sea que sobornen a nuestras élites, el futuro de la democracia de este país quedará debilitado. Por eso, la lucha contra la corrupción es una prioridad: hay que actuar antes de que se convierta en algo peor. Si no lo hacemos, fracasaremos, como el resto de países de África.»

Sus palabras reflejaban el temor que en este país situado entre Sudáfrica y Angola suscita el gigante chino. Sobre todo después de que un empleado de la empresa china Nuchtech, especializada en fabricar componentes para la seguridad en aeropuertos, como escáneres y máquinas de rayos X, se viera implicado en un asunto de corrupción que, aunque indirectamente, salpicaba a Hu Haifeng, hijo del presidente chino Hu Jintao y presidente de Nuchtech cuando estalló el escándalo. En cuanto el representante chino de Nuchtech en el país africano fue detenido, junto a otros dos namibios, la maquinaria censora china se puso inmediatamente en marcha para imponer un silencio total en China, que iba desde la acostumbrada ausencia de cobertura del evento en televisiones, radios y periódicos, a una feroz censura en Internet que, en plena paranoia, llegó a provocar el bloqueo de cualquier página que contuviera el nombre «Namibia».⁹ El apagón informativo en todas sus vertientes, que no ha dejado de obstaculizar esta investigación, de Irán a Sudán y de Kazajistán a Venezuela, del mismo modo que lo ha hecho durante años de trabajo como reporteros en China, irrumpía de nuevo para defender los intereses del Partido-Estado.¹⁰

Con sus luces y sombras, es indudable que gracias a su tentadora y eficaz

fórmula el gigante asiático avanza imparable por el mundo en desarrollo, preludio —quizá— de una futura conquista de los mercados occidentales y, eventualmente, de un nuevo orden mundial dictado desde Pekín. Como es natural, su despliegue de tentáculos actual es consecuencia de la confianza en sus propias fuerzas, a la que ha contribuido de forma decisiva la crisis financiera occidental. En cierto modo, ésta ha puesto en jaque a todo el modelo. En China, de hecho, la crisis se percibe como una muestra de la decadencia de un sistema —el de las democracias liberales— cuyo prestigio está, según muchos, en entredicho. «China es hoy la alternativa. Nuestro modelo demuestra que hay otra opción. Y quién sabe, quizá es mejor que la de Occidente», nos dijo, con una claridad inusitada Li Guofu, diplomático con experiencia en Estados Unidos y África, y experto en Oriente Medio.

«Occidente quiere imponer su sistema en el mundo, desde China a Oriente Medio. Quieren establecer una agenda basada en los derechos humanos, la democracia... Pero nosotros nos preguntamos por qué deberíamos seguir este modelo si, quizá, hoy está caducado», insistió, desafiante, en un céntrico café de Pekín. Este sentimiento, el de que la hora de Occidente ha pasado, es compartido total o parcialmente por otros países en desarrollo que ahora ven en China un nuevo e incuestionable paradigma de eficacia. Por si fuera poco, el nuevo liderazgo corre a cargo de un país emergente —*uno de los suyos*— que está además dispuesto a prestar dinero, hacer inversiones o reforzar los lazos políticos sin imponer condiciones y evitando molestas preguntas. Así, el sistema que —aún siendo imperfecto— más prosperidad, bienestar, justicia, libertad e igualdad ha dado al ser humano de cuantos ha concebido el Hombre —la democracia— debe competir ahora con el «consenso de Pekín», como se ha etiquetado al modelo chino.

La fórmula *mágica* china es conocida: por un lado, intervencionismo de un Estado omnipresente en la economía y la sociedad; por otro, férreo control político, incluido el sometimiento de los poderes del Estado —además del mediático o *cuarto poder*— al partido único que detenta el monopolio del poder y no rinde cuentas a nadie. Este autoritarismo, que la propaganda califica burdamente como armónico, ofrece por su eficacia un seductor atajo al desarrollo, pero a un alto precio que pagan los desheredados. Este pragmatismo chino, como se alude de forma recurrente a este sistema, está triunfando en el mundo en desarrollo. Por un lado, en las naciones emergentes en las que imperan las libertades y la separación de poderes, las élites políticas locales se muestran

dispuestas a claudicar ante el entusiasmo que provoca la llegada china. Por otro, esta fórmula es mucho más atractiva para los regímenes despóticos de África, Asia o América Latina, cuyas opacas alianzas con la mayor dictadura del planeta les dan el oxígeno para seguir con vida. Allí donde China ve oportunidades, opta por actuar como cómplice de los excesos, en lugar de hacerlo como guardián de la legalidad.

No es sólo que China se haya convertido en el gran valedor y en el socio de referencia de los regímenes más represores del mundo (Birmania, Corea del Norte, Irán, Sudán, Cuba), o que sus empresas estatales disfruten muchas veces de patente de corso frente a sus competidoras por el vértigo que provoca la autoridad del todopoderoso Estado chino. Se trata también de la penetración y aceptación de los estándares y valores chinos —mucho más ambiguos respecto a las exigencias laborales, sociales o medioambientales— en el ámbito de influencia de Pekín, desde los países en los que invierte hasta instituciones internacionales como el Banco Mundial o el Banco Asiático de Desarrollo.¹¹ La tesis del historiador y periodista británico Martin Jacques parece estar cumpliéndose: el mundo pensó que, con la apertura de China, ésta se iba a occidentalizar. Lo que está sucediendo es justamente lo contrario: el mundo se está *sinizando*.¹²

¿Será mejor ese nuevo mundo bajo patrón chino? ¿Estará compuesto por sociedades más igualitarias y justas? ¿Habrá un mayor respeto por los derechos humanos de los más débiles o más conciencia por preservar el medio ambiente? ¿Será más seguro y participativo? Ante tales cuestiones, este libro da cuenta del impacto que la China de hoy puede llegar a tener en lugares tan remotos y distantes entre sí como la Siberia rusa o la provincia congoleña de Katanga, en el corazón minero del África subsahariana. Para obtener respuestas definitivas a largo plazo, requerimos de mayor perspectiva temporal para saber si, con su modelo y recetas, China está inoculando el virus o la vacuna.

Occidente ha tratado de explicar las claves de la supuesta dominación futura del coloso chino a través de un argumento maniqueo que se apoya en la evolución y el pasado reciente del gigante asiático.¹³ Políticos, economistas, diplomáticos y expertos de distinto pelaje aseguran que el destino de China es una democratización gradual de estilo occidental, esto es, con separación de poderes, multipartidismo y liberalización de la sociedad civil. Todo ello acontecería de forma inevitable como consecuencia del enriquecimiento paulatino de la población china y de sus crecientes ansias de libertad,

participación y justicia. Esas mismas fuentes aseguran —de hecho lo llevan haciendo desde hace décadas— que, de no acometer estas reformas, no habrá otra salida para el gigante asiático que el drama: revolución o implosión del Estado. Siguiendo esta argumentación, afirman que en Pekín son conscientes de ello y que tienen una hoja de ruta para que, *dentro de 100 años*, reine, quizá, un sistema libre, justo e igual que no se apoye en el crecimiento económico a cualquier precio, la represión y el ejercicio del poder con mano de hierro.

Teorías y cavilaciones que, para quien haya investigado y vivido en China durante años, suenan cuanto menos precipitadas. En octubre de 2010, a mitad de esta investigación, Liu Xiaobo, el primer Premio Nobel de la Paz chino, recibía la noticia de su prestigioso galardón desde lo más profundo de una prisión de la provincia de Liaoning, donde el régimen lo encerró por ser uno de los promotores del manifiesto que proponía la democratización de China: la Carta 08. Su condena, once años por un delito de opinión, no fue un caso aislado, sino el inicio de la mayor oleada de represión contra la sociedad civil china desde que en 1989 los tanques tiñeran de sangre los sueños de libertad de los estudiantes congregados en la Plaza de Tiananmen. Coincidiendo con las revoluciones en el mundo árabe, que hicieron saltar todas las alarmas en los círculos de poder de Pekín, el régimen dio una nueva vuelta de tuerca a su sistema policial. Desde entonces, ha utilizado medidas tanto legales como ilegales, que incluyen el secuestro, la tortura o el arresto domiciliario *de facto*, para imponer silencio a cientos, miles de disidentes, activistas, artistas y abogados.¹⁴

Éstos, haciendo gala de un coraje, humanidad y sentido de la justicia encomiables, muchas veces altruistamente, se habían convertido en el último resquicio de equidad para tantos ciudadanos atropellados por los excesos de la China del siglo XXI. El régimen vio en su determinación un desafío a su autoridad y, en consecuencia, los puso en el punto de mira de su represión. «Los abogados que trabajan en casos de derechos humanos han sido movidos hacia posiciones de disidencia. Ellos no querían, pero el sistema los ha forzado a una especie de “radicalización”. Los activistas que han podido trabajar en China durante los últimos 10 años ahora no lo pueden hacer», nos explicó en Hong Kong Nicholas Bequelin, representante de la organización Human Rights Watch (HRW). «El miedo de la élite china a perder el control [del poder] a causa del activismo ha sido exagerado para practicar más represión», nos aseguró este

experto, uno de los más reputados en cuestiones vinculadas con la sociedad civil china y que, con períodos de interrupción, sigue estos temas desde Asia desde la década de 1980.

Un retroceso de las libertades civiles que se ha visto incluso reflejado en los presupuestos estatales que, en 2010 por primera vez, destinaron más fondos a la seguridad interna del país (85.000 millones de dólares) que a sus fuerzas armadas (82.700 millones de dólares). Una tendencia que, ante la multiplicación de las manifestaciones violentas en el gigante asiático — unas 180.000 en 2010 (el doble que en 2006), y causadas generalmente por la injusticia e impunidad—, no hará sino agravarse los próximos años.

El desesperanzador diagnóstico de Bequelin coincidía con otro evento celebrado el 1 de julio de 2011: el 90 aniversario de la fundación del Partido Comunista chino. En esa fecha, Pekín volvió a dar muestras de que, pese a las expectativas occidentales, no tiene ninguna prisa por relajar la presión que ejerce sobre una sociedad que disfruta de cierta autonomía económica, pero que está privada de derechos políticos y libertades. Mucha menos prisa tiene Pekín en adoptar un sistema inspirado en el liberal que, según los sectores más recalcitrantes, sólo tiene el objetivo de derrocar a China para que vuelva a ser objeto de la dominación extranjera. Discursos todos ellos que emanan desde el poder y que se propagan, de arriba abajo, por los diferentes estamentos de la sociedad china. Cualquiera que ha vivido en el país, que ha tenido contacto cotidiano con académicos, periodistas, funcionarios y activistas chinos, que ha leído diarios y visto la televisión, que ha mantenido cenas con chinos de la calle, que ha vivido lo bueno y lo malo de ese país, conoce cuán extendida está la idea de que la nueva superpotencia será cualquier cosa excepto una copia mejorada del modelo occidental.

Ese 1 de julio el PCCh celebraba con gran pompa su aniversario sumando un año más en el poder —ya van 62—. Pekín enarbolaba nítidamente la propaganda que le atribuye, en exclusiva, los éxitos de la nación, pese a que los que verdaderamente los han hecho posibles son —con su esfuerzo— los 1.350 millones de chinos. Ellos son los que han padecido las miserias y el sufrimiento que el PCCh les ocasionó, y ellos son también los que han levantado, desde el más desdichado *mingong* hasta el más emprendedor de los empresarios de Wenzhou, un país que en 1976, a la muerte de Mao Zedong, estaba al borde de la ruina económica y social. A ellos corresponde, por consiguiente, convertir *el siglo de China* en una nueva fase histórica, más justa y respetuosa, que

contribuya a hacer del mundo un lugar mejor donde vivir. Ése es el reto al que se enfrenta la población china y del que, por su magnitud y onda expansiva, no puede desvincularse el resto de la Humanidad.

5 de julio de 2011

Imágenes



1. **Jartum** – Un agricultor chino y su homólogo sudanés en una granja china situada a las afueras de la capital sudanesa. Uno de los principales problemas a los que se enfrenta China es cómo alimentar a 1.300 millones de personas con recursos limitados. Para ello, el gigante asiático se ha lanzado a buscar alimentos en el exterior. (Fotografía de Luis de las Alas, quien formó parte del proyecto durante toda la investigación en África.)



2. **Xai-Xai, Mozambique** – Mano de obra china y mozambiqueña en una carretera que une Maputo con el centro del país. Cientos de miles de chinos trabajan en los países en desarrollo construyendo infraestructuras que, por lo general, son financiadas por Pekín. (Fotografía de Luis de las Alas.)



3. **Jartum** – Un empresario chino y su cliente posan en la capital sudanesa, junto a la obra que están construyendo. China se ha convertido en el principal socio de la República Islámica de Sudán: invierte miles de millones de dólares en petróleo y apoya al dictador Omar al Bashir, pese a estar acusado de genocidio por sus actividades en la región de Darfur. (Fotografía de Luis de las Alas.)



4. **Luanda** – Un trabajador chino nos muestra su habitación, que comparte con otros compañeros chinos llegados a Angola para reconstruir la ex colonia portuguesa tras 27 años de guerra civil. Con habitáculos sencillos, en ocasiones miserables, las empresas chinas no hacen otra cosa que reproducir por el mundo los estándares laborales que observan cuando operan dentro de su propio país. (Fotografía de Luis de las Alas.)



5. **Maputo** – Trabajadores de la compañía estatal china Anhui Waijing dentro del estadio nacional que la empresa ha construido en la capital mozambiqueña. «La amistad entre China y Mozambique se impondrá como el Cielo y la Tierra», rezaba el lema en la entrada del coliseo. Sin embargo, las disputas por las condiciones laborales de la compañía han provocado que en la obra el ambiente sea de todo menos amistoso. (Fotografía de Luis de las Alas.)



6. **Luanda** – Un capataz chino posa junto a sus obreros en una de las mayores obras que China está acometiendo en Angola. Con andamios de bambú, la empresa estatal china CITIC está levantando una «nueva Luanda» a las afueras de la capital, que contará con miles de viviendas. Angola ha vivido uno de los conflictos más sangrientos de África, con 27 años de guerra civil. (Fotografía de Luis de las Alas.)



7. **Merowe, Sudán** – Obreros chinos trabajan, infatigables, en la construcción de la polémica presa de Merowe. Este proyecto magno de ingeniería levantado para aprovechar la corriente del Río Nilo y generar electricidad ha ocasionado un daño social y medioambiental irreparable en esta región pobre del norte de Sudán. Es la obra hidráulica china más importante en África. (Fotografía de Luis de las Alas.)



8. **El Cairo** – Un grupo de «shanta sini», como llaman los egipcios a los vendedores ambulantes chinos, muestra su cargamento antes de iniciar las labores de venta que, puerta a puerta, llevan a cabo todos los días. Sin hablar palabra de árabe y sin conocer apenas África, los miles de «shanta sini» que recorren diariamente Egipto son una muestra del coraje, la perseverancia, la humildad y las ganas de progresar del pueblo chino. (Fotografía de Luis de las Alas.)



9. **Beira, Mozambique** – Un empresario chino en su depósito de madera en la ciudad portuaria de Beira. La ingente demanda, unida a la falta de escrúpulos por el medioambiente y por la corrupción, han hecho de China una de las mayores amenazas para los bosques del planeta, como vimos en Siberia, Mozambique y Birmania. (Fotografía de Luis de las Alas.)



10. **Delnerechensk, Extremo Este de Rusia** – Anatoly Lebedev es uno de los hombres que más lucha por la supervivencia de los bosques de Siberia. Persona de gran inteligencia y valor, nos mostró cómo la tala indiscriminada de especies nobles ha puesto en peligro la biodiversidad local. «El tigre siberiano no tiene qué comer y se desplaza a los pueblos a devorar a los perros», nos dijo uno de sus colaboradores. Lo nunca visto. (Fotografía de Anatoly Petrov.)



11. **Desierto de Karakum, Turkmenistán** – Un trabajador turkmeno en el campamento base de la empresa petrolera china CNPC de Turkmenistán, cerca de Uzbekistán. China ha construido un gasoducto de 7.000 kilómetros para llevar el gas de Asia Central a las cocinas de Shanghai. (Fotografía de Heriberto Araújo.)



12. **Teherán** – Ingeniero chino, jefe de la construcción de una carretera que enlaza Teherán con el Mar Caspio. China es uno de los mayores aliados económicos y políticos de Irán, pese al aislamiento internacional de la República Islámica por sus planes nucleares. (Fotografía de Zohreh Soleimani.)



13. **Marcona, Perú** – La falta de sensibilidad social y medioambiental de la minera china Shougang Hierro Perú ha levantado en armas a la localidad peruana en la costa del Pacífico. «Cada año hay huelgas», nos dijeron los líderes sindicales de los mineros, que se sienten explotados y maltratados por la compañía. (Fotografía de Marco Garro.)



14. **La Habana** – Un buen puñado de cubanos practica cada mañana el arte del taichi en el barrio chino de la capital, herencia de la época en la que llegaron los primeros chinos a la isla, a mediados del siglo XIX. (Fotografía de Juan Pablo Cardenal.)



15. **Mytkyna, Birmania** – Un birmano posa frente a las minas de oro, de propiedad china. Las empresas del gigante asiático están muy presentes en el sector minero birmano del jade. Las compañías chinas controlan verticalmente este lucrativo negocio, desde la extracción a la venta de las piedras en los mercados de Shanghai o Hong Kong. En el ámbito local, sus actividades han provocado un desastre medioambiental y social. «Casi todos los mineros son adictos a la heroína», nos dijeron. (Fotografía de Juan Pablo Cardenal.)



16. **Vladivostok, Rusia** – Decenas de miles de chinos han emigrado a las cuatro esquinas del planeta para buscar oportunidades, como esta china, que trabaja en una peluquería china en el mercado de Liu Desheng. Esta migración ha ido acompañada en ocasiones de la expansión de los productos *Made in China* por todo el mundo. (Fotografía de Heriberto Araújo.)

Notas

1. Traducción de los autores. Original en chino mandarín: 冷静观察、稳住阵脚、沉着应付、韬光养晦、善于守拙、决不当头、有所作为
(*Lěngjìng guānchá, wěn zhù zhènjǎo, chénzhuó yìngfù, tāoguāngyǎnghuì, shànyú shǒu zhuó, jué bù dāngtóu, yǒu suǒ zuòwéi.*)

1. Las autoridades habían escogido esa fecha y hora con el objetivo de que la cita comenzara coincidiendo con tantos números 8 como fuera posible: 8 del 8 de 2008 a las 8:08 y 8 segundos. El número 8 es sinónimo en China de prosperidad.

2. *China Global Investment Tracker: 2011*, The Heritage Foundation. Las cifras mencionadas corresponden a las inversiones y contratos de distinta índole, cuyo valor supera los 100 millones de dólares, firmados por empresas chinas desde 2005 hasta junio de 2011. Accesible en <http://www.heritage.org/Research/Reports/2011/01/China-Global-Investment-Tracker-2011>

3. Según la Agencia Internacional de la Energía, China importará en 2030 el 79 por ciento de su consumo de petróleo, que en esa fecha se estima que rondará los 15 millones de barriles de petróleo al día.

4. Fuente: Buró Nacional de Estadísticas de la República Popular de China. Accesible en <http://www.uschina.org/statistics/tradetable.html>

1. El término *mingong* (民工, textualmente «empleado procedente del campo») hace referencia en China al trabajador emigrante. Se trata de una clase obrera de entre 200 y 300 millones de personas que ha servido de combustible durante las últimas tres décadas para la llamada «fábrica del mundo». Al abandonar su lugar de procedencia en busca de oportunidades, el sistema de residencia chino (*hukou*) les penaliza desposeyéndoles de derechos como la sanidad o la educación para sus descendientes, o limitando el acceso a estos servicios. Así, durante años los hijos de los emigrantes no podían ir a la escuela si acompañaban a sus progenitores a otras provincias. Esta situación ha sido subsanada parcialmente con la aparición de escuelas para hijos de emigrantes en los polos industriales, que, sin embargo, ofrecen una educación de menor calidad que el resto. En definitiva, el sistema legal chino ha creado dos clases de ciudadanos con privilegios distintos, en una especie de *apartheid* que penaliza a los verdaderos obradores del milagro económico chino. Esta circunstancia comienza a ser denunciada dentro del propio país.

2. [World Bank website](#), consultado el 7 de febrero de 2011.

3. La privatización o desmantelamiento de las empresas estatales chinas heredadas de la época maoísta comenzó a finales de los años 80, según los académicos chinos. Es difícil dar una cifra exacta del número de desempleados que provocó el paso de una economía estatal a otra mixta, pero las estimaciones más fiables hablan de entre siete y nueve millones de personas desempleadas entre 1998 y 2001, aunque la cifra alcanzaría los 40 millones si se amplía el lapso de tiempo. Las tres provincias del noreste de China (Liaoning, Jilin y Heilongjiang) suponen el 25por ciento del total de los empleos perdidos por el cierre de empresas vinculadas a los sectores textiles, militar y minero.

Fuente: *China Economic Weekly*, 27 de octubre de 2008. Zhang JunCai 《中国经济周刊》张俊才, China Labour Statistical Yearbook, 2005.

4. «中国对外劳务合作简况及政策简介» («An introduction of the policy and situation of overseas labour cooperation in China»), 澳大利亚国际商会 (Australian International Trade Association), 24 de abril de 2008, citado en «Hired on Sufferance — China's Migrant Workers in Singapore», Aris Chan, China Labour Bulletin, febrero de 2011.

Durante una entrevista con los autores, un ex embajador latinoamericano en Pekín afirmó: «La cuestión migratoria es una de las prioridades de Pekín. No hay encuentro con el Gobierno chino donde la contraparte china no exprese su desacuerdo por las políticas restrictivas en materia migratoria con sus nacionales».

5. Un ejemplo de esto es Ecuador. En junio de 2008 el presidente Rafael Correa anunciaba la eliminación de visado para los turistas chinos, una medida que, apenas seis meses después, tuvo que frenar, ya que en sólo medio año «ingresaron al país 10.638 ciudadanos chinos y sólo salieron 3.941», según el diario *El Comercio*.

Se cree que buena parte de estos emigrantes ilegales habría reemigrado a Estados Unidos o Canadá, mientras otro tanto habría viajado a Guayaquil, donde una visita al mercado principal de la capital económica de Ecuador da cuenta del número de emigrantes chinos en el país y su capacidad para establecer negocios.

6. Las cifras oficiales indican por ejemplo que en 2009 hubo 778.000 trabajadores chinos en 190 países que aportaron unas divisas a China por valor de 4.000 millones de dólares.

7. Página en inglés de un periódico egipcio: <http://www.almasryalyoum.com/en/news/chinese-prostitution-ring-busted-maadi>

8. http://www.dooland.com/magazine/article_93455.html y <http://news.xkb.com.cn/guoji/2010/0923/92395.html#>

9. «Mainland women opt to stay in Congo vice trap», SCMP del 1 de enero de 2011.

10. «El Gobierno ruso ha endurecido mucho en los dos últimos años el régimen de las importaciones chinas porque el contrabando es enorme. Con ello se ha reducido en 3,2 veces el volumen de comercio», señaló a los autores Mijail Tersky, académico de la Universidad de Vladivostok.

11. Oleg Lipaev, representante del Ministerio de Industria y Comercio ruso en la región de Primorsky, nos aseguró que China, con sus 20.000 empresas en el Extremo Este ruso, en su mayoría corporaciones que importan productos chinos, representa en torno al 20 por ciento del Producto Nacional Bruto (PIB) en la región. «El 50 por ciento de los productos agrícolas del mercado ruso son chinos. Si los chinos dejan de exportar sus verduras, el precio sería probablemente el triple», explica. «En Helionjiang el sueldo medio es de unos 60-100 dólares, en Primorsky de 600. ¿Cómo vamos a competir con ellos? Y cada vez exportan productos de mayor valor añadido, lo que tiene un impacto a nivel local y determina toda nuestra industria», apunta. Sobre el futuro, se mostró poco optimista. «En un futuro cercano, el comercio con China es beneficiario, sobre todo para la gente. Pero en 10 o 15 años China será una amenaza cierta y supondrá un problema para la creación de empleo local.»

Los chinos han planteado una política económica basada —como en África, América Latina y Asia Central— en «tus recursos naturales por mis infraestructuras y productos», pero los rusos se niegan a ello. «Pekín, que controla la financiación y operaciones de sus empresas estatales, quiere un acuerdo intergubernamental para explotar los recursos de Rusia, pero no queremos, como en África, carreteras o presas a cambio de petróleo. No las necesitamos. Las podemos hacer nosotros mismos. No necesitamos que los chinos vengan y lo hagan todo. En cambio, proponemos empresas mixtas que operen sobre la base de la ley rusa. Pero no les convence», remata Oleg Lipaev.

12. «Chinese Migrants: Their Views on the Work, Education, and Living Conditions In Russia», A. G. Larin, 2007.

13. Pese a la oleada migratoria y de productos *Made in China*, en términos de inversión China no es un gran jugador en Rusia porque no está presente en Sajalin, la isla rusa del Pacífico que cobija ingentes cantidades de petróleo y que recibe el mayor porcentaje de la inversión foránea en Rusia. En otras industrias como la maderera, las empresas chinas se dedican más a comprar materia prima que a invertir.

14. No existen cifras oficiales creíbles sobre el número de emigrantes chinos en Rusia. Las estimaciones de los expertos y oficiales van desde los 300.000 hasta los cuatro millones, incluyendo legales e ilegales, repartidos por todo el territorio ruso. En el Extremo oriental del país habría unos 100.000 comerciantes y empleados temporales chinos.

Rusia aplica hoy una política migratoria muy estricta con China, limitando los visados de negocio a 3.000 por año. Todo ello como respuesta al descontrol que imperaba a principios de la década de los 90. Rusia facilitó entonces el flujo migratorio —con exención de visados para los nacionales chinos entre 1992 y 1994— para permitir que la llegada de comerciantes chinos paliara el desabastecimiento de productos en el este de su territorio, consecuencia del desmoronamiento de la Unión Soviética. Así, miles de chinos de las regiones fronterizas con Rusia se instalaron en el país vecino, muchos de forma ilegal, huyendo del desempleo que azotaba por entonces las regiones industriales del norte de China.

Fuente: *The Encyclopedia of the Chinese overseas*, edición de Lynn Pan, pp. 328-331; *China inside out: contemporary Chinese nationalism and transnationalism*, Joana Breidenbach, pp. 144-146; entrevistas con expertos y funcionarios en Vladivostok, Jabarovsk y Moscú.

15. *The Encyclopedia of the Chinese overseas*, op. cit., pp. 328-331.

16. China Statistical Yearbook 2009.

17. El académico húngaro Pal Nyiri, que lleva estudiando el fenómeno migratorio chino desde hace dos décadas, define la expansión por el planeta de estos emigrantes emprendedores como «la emergencia de un empresariado global, vinculado a redes de negocios multifuncionales, de gran movilidad y densos flujos de capital, bienes e información, que mantiene un estatus marginal en las sociedades locales» en las que se instala. Fuente: *Chinese entrepreneurs in poor countries: a transnational «middleman minority» and its futures*, presentado en Hong Kong y cedido por el autor, Pal Nyiri, de la Universidad de Vrije, Ámsterdam.

18. Etnia mayoritaria en China.

19. Esto supone el 18,3 por ciento de la población migrante mundial, según la Organización Internacional para las Migraciones. Fuente: «2007年：全球政治与安全报告» («Informe sobre política internacional y seguridad 2007», de la CASS, varios autores, 2007).

20. Zheng He. *China and the Oceans in the Early Ming Dynasty, 1405-1433*, de Edward L. Dreyer.

21. *The Encyclopedia of the Chinese Overseas*, ed. de Lynn Pan, pp. 48-50.

22. «2007年：全球政治与安全报告» («Informe sobre política internacional y seguridad 2007», de la CASS, varios autores, 2007.

23. *The Encyclopedia of the Chinese overseas*, ed. de Lynn Pan, pp. 64-65.

24. En la actualidad la población de Venezuela supera los 28 millones de personas, según el Banco Mundial. Se calcula que podría haber unos 180.000 chinos en el país sudamericano.

25. «华工出国史料汇编 / 陈翰笙主编» («Historia de los chinos de ultramar y la mano de obra exportada», *History of Overseas Chinese Indentured Labor*), editado por el eminente académico Chen Hansheng, 1985.

26. Con la llegada de los comunistas al frente del poder en 1949, el Estado retoma la tradición imperial de prohibir y perseguir la migración. Sin embargo, Pekín no dudó en exportar servicios y recursos humanos a países del Tercer Mundo en plena Guerra Fría por razones ideológicas. A principios de la década de los sesenta, Mao Zedong envió a decenas de miles de chinos a trabajar como doctores, ingenieros agrícolas o peones de brega, buscando la legitimación del régimen de la República Popular y la exportación de la revolución roja por todo el planeta.

África comenzó entonces a familiarizarse con la presencia de chinos en su territorio, donde construyeron líneas férreas como la que une Tanzania y Zambia (Tanzam), donde habrían participado hasta 25.000 trabajadores chinos, o ayudaron a incrementar la productividad de las plantaciones de arroz o azúcar.

27. Según datos oficiales, habría al menos 750.000 chinos residiendo en África con el objetivo de labrarse una vida mejor. Sin embargo, no existe un censo fiable —como demuestra el caso de los «shanta sini» en Egipto— y se estima que la cifra real es mucho mayor.

28. *New Asian Emperors*, Haley, George; Haley, Valey; Chin Tiong Tan, Wiley, 2009, p. 15.

29. *Charm Offensive. How China's Soft Power is Transforming the World*, Kurlantzick, Joshua, Yale University Press, 2007, p. 75.

30. Expresión utilizada por Miguel Ángel Calvete, secretario general de la Cámara de Autoservicios y Supermercados de Propiedad de Residentes Chinos (Casrech) en Argentina, que agrupa a 7.000 de estos supermercados y se ha convertido en un importante lobby en el país. Sus actividades se describen con más detalle en el capítulo 2 sobre «La nueva Ruta de la Seda».

31. «大中华地区» o «Gran China» es el término utilizado para referirse a esta interacción —comercial, cultural, lingüística— de los chinos de ultramar.

32. *Chinese entrepreneurs in poor countries: a transnational «middleman minority» and its futures*,
Nyiri Pál, Universidad de Vrije, Ámsterdam.

33. La primera oleada migratoria de China a Sudáfrica se produjo a finales del siglo XIX y llegó a sumar una población de entre 20.000 y 30.000 personas, de las cuales siguen en el país entre 6.000 y 10.000 descendientes directos. La segunda oleada fue en los años 80 procedente de Taiwán, consecuencia de las relaciones entre Taipei y el régimen segregacionista de Pretoria, que llevó al país africano a unas 20.000 personas, de las que permanecen unas 6.000. La tercera y última oleada, la más numerosa, aconteció en los años 90 y hasta la actualidad desde China continental. Según distintas estimaciones, el número de ciudadanos de origen chino residentes actualmente en Sudáfrica alcanzaría la cifra de 400.000.

34. Soria se refiere aquí a las nefastas consecuencias provocadas en la economía y la sociedad chinas a causa del comercio de opio que inició en el siglo XVIII la británica Compañía de las Indias Orientales. La poderosa empresa —que operó en régimen de monopolio hasta 1834— exportaba a China el estupefaciente producido en la colonia india con el objetivo de equilibrar la balanza comercial con el Imperio chino, que vendía a Gran Bretaña productos como el té, la porcelana y la seda por un valor muy superior a lo que le compraba.

La introducción del consumo de opio provocó adicción y decadencia entre el pueblo chino, al tiempo que su entrada en el comercio bilateral desembocó en una caída de los ingresos de plata para el imperio Qing, que se alarmó y tomó cartas en el asunto prohibiendo la importación y el comercio de éste. Ello llevó, tras unas infructuosas negociaciones con Gran Bretaña, a la Primera Guerra del Opio (1839-1842), que marca el inicio de lo que los chinos denominan el «Siglo de Humillación» (百年国耻). Hace referencia al período que va de 1839 a 1949 y está caracterizado por un estado de caos generado por varios factores: ocupación occidental y japonesa de partes del territorio chino, imposición por parte de potencias extranjeras de tratados de posguerra desiguales, derrumbe del Imperio y sangrienta guerra civil entre comunistas y nacionalistas.

Todo ello explica en parte que buena parte de los chinos, como Harry Sun, celebren la victoria de los comunistas en 1949 y la posterior dictadura de Mao Zedong (1949-1976), entendiendo que fue él quien devolvió la dignidad al Imperio del Centro tras décadas de humillación.

Fuentes: *China. A New History*, Fairbank, John King y Goldman, Merle, Second Enlarged Edition, Harvard University Press, Londres, 2006, pp. 180-206.

35. *The Three Faces of Chinese Power. Might, Money and Minds*, Lampton, David, University of California Press, 2008, p. 85.

36. *Overseas Chinese in Southeast Asia and China's foreign policy: an interpretative essay*, Suryadinata, Leo, Institute of Southeast Asian Studies, Singapur, 1978, p. 27.

37. La primera empresa extranjera en invertir en China tras el proceso de apertura fue, por ejemplo, Charoen Pokphand, propiedad del chino Xie Yichu. Durante años, esta compañía con negocios en el sector agroalimentario fue considerada el mayor inversor extranjero directo en el gigante asiático. *Charm Offensive. How China's Soft Power is Transforming the World*, Kurlantzick, Joshua, Yale University Press, 2007, p. 76.

38. *Mobility and Cultural Authority in Contemporary China*, Pál Nyíri, Universit of Washington Press, 2010, p. 99.

39. El nacionalismo ha sido utilizado «de forma eficaz por el régimen en su Campaña de Educación Patriótica para promover entre la población el rechazo hacia una democracia liberal y la aceptación de un sistema autoritario, que se presenta como imprescindible para el desarrollo del país», p. 165 de la obra *China después de Tian'anmen. Nacionalismo y cambio político*, Esteban Rodríguez, Mario, Ediciones Bellaterra, 2007.

40. «China's Cosmopolitan Nationalists: "Heroes" and "Traitors" of the 2008 Olympics», Nyíri, Pal, Zhang Juand y Varral, Merridien, *The china Journal*, N.º 63, enero de 2010.

1. *The Pattern of the Chinese Past*, Elvin, Mark, p. 218.

2. Xinjiang cayó repetidamente a lo largo de la historia en manos invasoras de hunos, uzbekos, tibetanos, árabes, mongoles y manchúes. Rusos y británicos se la disputaron antes de que, en la década de 1940, se constituyera en la efímera República del Turkeistán Oriental. En 1949, Mao la incorporó definitivamente a la República Popular.

3. La ciudad de Kashgar, en otro tiempo epicentro de la Ruta de la Seda y hoy segunda ciudad de Xinjiang, fue también catalogada —al igual que Horgos— como ZEE. A finales de la década de 1970, Deng Xiaoping, el arquitecto que llevó a China por la senda de las reformas y apertura económicas, impulsó la creación paulatina de Zonas Económicas Especiales que sirvieran para atraer inversión extranjera y, a la vez, controlar el proceso de apertura. En dichos «laboratorios capitalistas» operaba la excepcionalidad de la ley nacional: se ofrecían suelo a módico precio y condiciones fiscales muy atractivas, además de un mercado laboral disciplinado y barato, y unos complacientes estándares medioambientales. Tras el éxito de las cuatro primeras zonas —en Shenzhen, Shantou, Zhuhai y Xiamen— el modelo se extendió —hasta hoy— a otras ciudades del país.

4. Shenzhen tenía una población de 300.000 habitantes a finales de 1970, una localidad pequeña bajo estándares chinos. Sin contar Hong Kong, es la ciudad china que cuenta con el mayor Producto Interior Bruto (PIB) per cápita, con 14.600 dólares anuales en 2010. El PIB per cápita medio en China es de 2.504 dólares para los residentes urbanos. A la vez, junto a Cantón, Pekín, Hangzhou y Shanghai, es donde más productos de lujo se consumen en China. Pese a su riqueza es también la que mayor tasa de crimen tiene de todo el país. Fuentes: «China by numbers 2011», *China Economic Review*; y «中国十大最奢侈城市：上海第一北京第二(图)», *China Daily*, 29 de enero de 2010.

5. La Ruta de la Seda fue durante siglos la vía de los comerciantes que, desde Xian —en China— hasta Constantinopla, cruzaba Asia Central antes de que en el siglo XV el apogeo de las rutas marítimas la llevase a su inevitable declive.

6. Rusia, Bielorrusia y Kazajistán acordaron la creación de una unión aduanera común que fijó una tarifa aduanera común en 2010. El objetivo es la armonización arancelaria de los principales productos que son objeto de comercio entre los tres países. Aunque su entrada en vigor ha estado rodeada de turbulencias, lo verdaderamente importante es que la alianza se fraguó con la finalidad de hacer frente —sin aparente éxito, por el momento— a la competencia china.

7. Actualmente, China tiene dos grandes tuberías que la conectan con Asia Central: un oleoducto de 3.000 kilómetros con Kazajistán con capacidad para hasta 30 millones de toneladas de crudo anuales y, en segundo lugar, el gasoducto de 7.000 kilómetros que va desde el norte de Turkmenistán hasta Shanghai, transitando por Uzbekistán, Kazajistán y el oeste y centro del territorio chino. «Los oleoductos y gasoductos, sean o no beneficiosos económicamente, sirven a China para legitimar su presencia en Asia Central. Tener derechos de propiedad les legitima para defender sus intereses allí», nos dijo Murat Avezov, primer embajador de Kazajistán en Pekín (de 1992 a 1995), durante una entrevista en Almaty. Fuentes: *El ascenso de China en Asia Central: ¿un nuevo hegemon regional en gestación?*, UNISCI magazine, octubre-noviembre de 2010, por Nicolás de Pedro. *China as a Neighbor: Central Asian Perspectives and Strategies*, Laruelle, Marlène y Peyrouse, Sébastien (ed.), Central Asia-Caucasus Institute & Silk Road Studies Program, Washington, 2009.

8. Desde la aplicación de la política de apertura económica a finales de la década de 1970, China no ha dejado de aumentar su inversión en infraestructuras. En el período que va de 1990 a 2008, China desembolsó un total de 32.70 billones (con b) de yuanes para este fin. Utilizando la conversión 10 yuanes = 1 euro, la cifra asciende a 3,2 billones (con b en español) de euros. Fuente: «基础产业和基础设施建设取得辉煌成就», documento gubernamental accesible en http://www.gov.cn/test/2009-09/15/content_1417907_2.htm

9. Un ejemplo de ello es el Gran Canal, una obra de ingeniería magna que comenzó a construirse en el siglo VII y cuyo objetivo fue vincular la ciudad de Hangzhou con Pekín a través de uno de los mayores ríos artificiales del mundo, con un total de 1.700 kilómetros. El objetivo fue, por un lado, paliar la sequía que tradicionalmente azota al norte y controlar las crecidas del Río Amarillo, y por otro, fomentar el comercio dentro del país y contribuir a la compactación del territorio.

10. El comercio fue visto por algunas administraciones imperiales chinas como una actividad vulgar que había que limitar, lo que en ocasiones provocó la migración de comerciantes chinos a lugares como Malaca, donde existía un marco más libre para el ejercicio de la compraventa. Algunos expertos apuntan por ejemplo que la limitación del comercio (y por extensión del contacto) con el exterior fue la razón principal para que la dinastía Ming pusiera fin a las expediciones al extranjero iniciadas por el almirante Zheng He a finales del siglo xv.

Sobre el uso de las infraestructuras para la cohesión, véase *China's roads to influence*, de Jonathan Holslag, *Asian Survey*, 2010, vol. 50 (4).

11. El académico y periodista Martin Jacques hace una exquisita descripción de lo ocurrido en su obra *When China Rules The World*, Jacques, Martin, Penguin Nueva York, 2010, pp. 70 y posteriores. La cita del emperador Qianlong está tomada de esta obra y la traducción es de los autores.

12. El plan se aprobó con motivo de la primera conferencia celebrada en la historia de la República Popular destinada a desarrollar la provincia de Xinjiang. Fuente: http://www.china.org.cn/china/2010-05/30/content_20147084.htm; acceso: 22 de marzo de 2011.

13. En palabras de Wang Menshu, ingeniero y asesor del Ministerio del Ferrocarril, Pekín ha puesto en marcha una «diplomacia de alta velocidad ferroviaria», en referencia a los planes de China de extender el tren rápido por todo su territorio y más allá de sus fronteras. Según Wang, el gobierno tiene planes para conectar China con Taiwán, Corea del Sur, Rusia, Asia Central y el sudeste asiático con líneas de alta velocidad de tecnología china. Estos proyectos, cuyo coste alcanzaría varias decenas de miles de millones, serían llevados a cabo por dos empresas estatales chinas: la China Railway Group limited (REC) y la China Railway Construction Group (CRCC). Los proyectos estarían financiados en su mayoría por Pekín, a cambio de, según Wang, «acceso a recursos naturales y nuevos mercados para los productos chinos». «Las empresas estatales pueden negociar los contratos por sí mismas, con la ayuda de la embajada china local, y esperar la aprobación posterior del Consejo de Estado chino. Los Gobiernos extranjeros deberán pagar por las infraestructuras, pero lo harán con recursos naturales, no con dinero», según una entrevista mantenida con el experto en Pekín. Ulteriormente, la conexión de China con Asia Central serviría de puente para llevar el *Made in China* a Europa.

14. En Xinjiang conviven un total de 47 minorías de las 55 diferentes nacionalidades o etnias reconocidas oficialmente en China, siendo la uigur, la Han, la kazaja y la hui/dungán las cuatro preponderantes. Las políticas de desarrollo económico y migratorias impulsadas por Pekín han mermado el dominio de los uigures en la composición social y demográfica de la provincia. Si en 1964 los uigures suponían el 54,9 por ciento del total de la población y los Han el 31,9 por ciento, el censo de 2010 muestra que los Han residentes en Xinjiang son hoy el 40,1 por ciento, a lo que habría que sumar una cifra indeterminada de población flotante, es decir, residentes *de facto* en la provincia pero que están registrados en otros lugares. Los Han suelen ser mayoría en los centros urbanos, como la capital, Urumqi, donde se acumula buena parte de la riqueza y el poder.

Fuente: elaboración propia a partir de Libro Anual de Estadísticas de Xinjiang de 2010 (第三篇人口与就业_3_新疆人口普查基本情况) y de los censos chinos de población en 1964, 1990 y 2000.

15. *When China Rules The World*, op. cit., pp. 237-240.

16. El fenómeno de «hanificación» ha sido apuntalado con la llegada del ferrocarril tanto a Tíbet como a Xinjiang. El tren del Tíbet, inaugurado en 2007, atraviesa a lo largo de 1.142 kilómetros las paredes de la cordillera del Kun Lun a una altura media de 4.000 metros. Los 3.300 millones de euros que se estima fueron desembolsados en un proyecto de ingeniería tan complejo suponen más del triple de lo gastado por Pekín en sanidad y educación en el Tíbet en el último medio siglo. Ello alimenta las sospechas de que la principal finalidad del proyecto ferroviario es favorecer el goteo demográfico y transportar los recursos naturales, denuncian las ONG.

17. En palabras del experto en Asia Central Sébastien Peyrouse: «Por una parte, las estadísticas en las aduanas son falsas porque en los países centroasiáticos devalúan los datos sobre el comercio con China para limitar el “impacto psicológico” y frenar de esta forma el discurso sobre la “invasión” china en la región. Por otro lado, una parte importante de los productos cruza de forma ilegal». Distintos entrevistados en Almaty estimaron en alrededor de 5.000 millones de dólares el desajuste entre el volumen oficial de comercio bilateral y el no contabilizado.

18. Entrevistas con Adil Kaukenov en Almaty, Sébastien Peyrouse y Nicolás de Pedro por e-mail.

19. Kazajistán tiene apenas una población de 15,6 millones de habitantes, de ahí la importancia que tiene el comercio con China para la economía nacional.

20. Se estima que en 2010 el volumen de préstamos concedidos por China a su vecino ascendía, al menos, a 13.000 millones de dólares. En ese contexto, algunas voces en el país centroasiático han advertido de que es cuestión de años que Kazajistán se vea obligada a realizar el repago de sus deudas con tierras. «Vamos a tener que entregar nuestro territorio. Tenemos mucho y compartimos frontera (con China), así que el mapa puede ajustarse para entregar unos miles de hectáreas aquí y allá», dijo un líder de la oposición kazaja, en una manifestación en Almaty el 28 de mayo de 2011, en referencia a la imposibilidad de que su país devuelva los préstamos concedidos por China.

Distintas fuentes y *Kazakh opposition calls for halt to China expansion*, Reuters, 28 de mayo de 2011.

21. El comercio entre China y los cinco países de Asia Central, donde en conjunto hay un mercado potencial de 61 millones de habitantes, ascendió a 17.000 millones de dólares en 2009. China ocupa un lugar predominante comercialmente en la región: es el primer socio de Kazajistán (sin contar a la Unión Europea como bloque) y Kirguistán, el segundo de Tayikistán y Uzbekistán, y el tercero de Turkmenistán. Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la Unión Europea (<http://ec.europa.eu/trade>).

22. China controla, según el experto kazajo Adil Kaukenov, el 28 por ciento de los activos en recursos naturales (gas y petróleo) del país gracias a tres adquisiciones recientes: la compra por parte de la estatal petrolera china CNPC de la canadiense PetroKazakhstan, cuyos activos están en el país centroasiático, por unos 4.700 millones de dólares en 2005; la adquisición en 2006 por parte del conglomerado chino estatal CITIC de la también canadiense Nations Energy por 2.000 millones de dólares; y la compra de CNPC, junto con la local KazMunayGas, de MangistauMunaiGas por 3.300 millones de dólares. «Los sobornos fueron el factor clave para que los chinos pudieran comprar PetroKazakhstan y MangistauMunaiGas», aseguró un experto kazajo que pidió el anonimato.

Sobre el total de recursos, véase *BP Statistical Review* 2011 y el informe 2010 de la Agencia Internacional de la Energía (IEA).

23. Entrevista en Pekín de los autores con Hong Jiuyin, subsecretario general de la SCO.

24. Anteriormente, de forma simultánea al inicio de las relaciones diplomáticas entre China y Kazajistán, Pekín exigió —en un documento adicional del protocolo bilateral— al nuevo Estado no sólo su adhesión al principio de una sola China, sino también que no se permitiesen «movimientos separatistas» en la frontera, según explicó a los autores Mara Gubaidullina, profesora de la Universidad Nacional de Kazajistán. «No se especificó que fuera algo contra los uigures, pero estaba claro que iba dirigido a ellos. Eran los años 90 y China y Kazajistán no eran ajenos al riesgo de que los uigures reclamaran un Estado propio», dijo esta académica. Otros expertos consultados coinciden en que actualmente «los uigures han perdido ya su momento» de poder ser independientes.

25. La diáspora uigur está esparcida por ochenta países. Kazajistán, con unos 230.000 uigures, es el país que más miembros de esta comunidad acoge en el exterior. Algunos expertos como Nicolás de Pedro, Alexander Cooley y Sébastien Peyrouse coinciden en que el fortalecimiento de los lazos político-económicos entre Pekín y Astaná ha provocado un retroceso de las libertades de la comunidad uigur en Kazajistán. Algo confirmado por el relato de un representante uigur local en Astaná que pidió que su nombre no fuera citado. Ejemplo de esta política emprendida por Astaná es la deportación del uigur Ershidin Israil, residente en Kazajistán, a China en mayo de 2011.

Para una descripción detallada del impacto de la OCS en la comunidad uigur, véase *Counterterrorism and Human Rights: The Impact of the Shanghai Cooperation organization. A Human Rights in China Whitepaper*, de HRIC, 2011, 372 páginas.

26. Fuente: Eurostat, euros estimados para el año 2010 en base a los datos del año 2007.

27. La ONU había aprobado hasta la publicación de esta obra cuatro rondas de sanciones económicas en 2006, 2007, 2008 y 2010 con el objetivo de disuadir a Irán de que siga adelante con su programa nuclear. A ellas hay que sumar las sanciones unilaterales impuestas por Estados Unidos —que se remontan a la fundación de la República Islámica en 1979—, la Unión Europea, Japón, Australia y otros países. En el punto de mira de las sanciones están las industrias nuclear y armamentística, los bancos, navieras y aseguradoras iraníes, además de empresas e individuos vinculados a los Guardianes de la Revolución. Teherán alega que su programa nuclear tiene fines estrictamente energéticos y, por tanto, pacíficos, pero se niega a explicar las inconsistencias que hallan los inspectores de la ONU.

28. Aunque los principales bancos iraníes están en la «lista negra», lo que verdaderamente contribuyó a apuntalar el embargo financiero contra Irán fue la nota informativa emitida en 2007 por el organismo Grupo de Acción Financiera Internacional (GAFI), el *task force* de la banca internacional, en la que se advertía de que Irán no cumplía la legislación en materia de blanqueo de capitales y antiterrorismo. «La nota fue arrolladora. Todos los bancos occidentales dejaron de hacer operaciones con Irán. Financieramente, eso les ha hecho mucho daño», destacó una economista conocedora del asunto, en conversación con los autores.

29. El comercio bilateral entre China e Irán movió 29.300 millones de dólares en 2010, según datos de Global Trade Asia. De ellos, unos 13.000 millones corresponden a exportaciones iraníes de petróleo, mientras que China vende a Irán por valor de 11.100 millones de dólares. Aunque la Unión Europea sigue siendo el principal socio comercial de Teherán, con 32.300 millones de dólares, unos 6.000 millones de dólares del comercio entre Irán y Emiratos Árabes Unidos tiene su origen real en China, según aseguró a los autores Asadollah Asgaroladi, presidente de la Cámara de Comercio China-Irán, durante una entrevista en Teherán. Ello convierte a China en el primer socio comercial —*de facto*— de Irán.

Irán es el país 129 de 183 en el *ranking Doing Business 2011* del Banco Mundial, estudio que mide la idoneidad del entorno para los negocios en todos los países del mundo.

30. Fuente: entrevista con Mehdi Fakheri, vicepresidente de la Cámara de Comercio, Industria y Minas iraní.

31. Como miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, China tiene derecho de veto sobre las resoluciones adoptadas por éste, derecho que en el caso iraní ha instrumentalizado para retrasar y diluir el alcance y efectividad de las cuatro rondas de sanciones. La Resolución 1929, por ejemplo, sólo pudo aprobarse después de casi seis meses de haberse presentado la propuesta de sanciones y tras intensas negociaciones con China. Expertos estadounidenses estiman que la táctica china (a la que se ha sumado también Rusia) ha concedido a Irán un tiempo precioso —de años— para poder desarrollar su programa nuclear.

32. En una rueda de prensa en Pekín, Asgaroladi dijo a principios de 2011 que el comercio bilateral alcanzará los 50.000 millones de dólares en 2015.

33. «Millionaire Mullahs», publicado en la revista *Forbes* por Paul Klebnikov, julio de 2003. Según este artículo, Asadollah Asgaroladi tenía por esas fechas una fortuna valorada en 400 millones de dólares.

34. En inglés, dijo textualmente: «America is foolish!», frase que repitió varias veces en referencia a Estados Unidos y a Occidente antes de expulsar a los autores de su oficina.

35. En mayo de 2011, un informe del Panel de Expertos de la ONU que supervisa la actividad armamentística de Corea del Norte apuntó que Pyongyang estaría intercambiando tecnología de misiles balísticos con Irán, lo que supone una violación de las sanciones del Consejo de Seguridad. Ese mismo informe señaló que el comercio ilegal se realizaba a través de un «tercer país», que los diplomáticos identificaron como China.

36. Testimonio ante el Congreso de Estados Unidos de John Garver, experto en Irán y profesor de Sam Nunn School of International Affairs, Georgia Institute of Technology, abril de 2011.

37. Entrevista de los autores con John Garver, junio de 2011.

38. La defensa velada que China hace de Irán, unida a la importancia estratégica que Pekín concede a sus importaciones de crudo, del que Irán es su tercer mayor suministrador, han llevado en la práctica a que las petroleras chinas sigan invirtiendo en el sector energético iraní mientras las demás compañías extranjeras han tenido que abandonar sus operaciones allí, para evitar ser sancionadas. Por tanto, en el sector más importante de la economía iraní, China supone una vía de escape fundamental. Este asunto se aborda con mayor profundidad en el capítulo 4.

39. Según el Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), Irán fue el segundo receptor mundial de las exportaciones de armamento chino, después de Pakistán, entre 2005 y 2009.

40. Además del enriquecimiento de uranio para uso militar, un programa nuclear con fines armamentísticos requiere un vector transportador: los misiles balísticos. Irán ha producido un prototipo que podría estar operativo, en el mejor de los casos, no antes de 2014. Sin embargo, Gran Bretaña aseguró que la República Islámica probó misiles capaces de albergar cabezas nucleares en los ejercicios militares de junio de 2010. Desde la década de 1990, China, además de otros países como Rusia y Corea del Norte, habría suministrado para su desarrollo infraestructura industrial, equipos, asesoramiento y *know-how* al régimen iraní. Fuente: entrevistas de los autores con Michael Elleman, experto en seguridad internacional del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos en Bahrein, y otros expertos.

41. Adicionalmente, China saca indudable rédito por no apoyar las sanciones unilaterales de Estados Unidos y Europa. «Otros países van más allá de las sanciones de la ONU. China no. Esto le ha permitido entrar en áreas no cubiertas por sanciones de la ONU, expandiendo sus relaciones comerciales (militares y de otro tipo) y financieras (banca a través de China) con Irán», señaló a los autores Aaron Dunne, experto en control de armamento y no proliferación del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI).

42. El 17 de mayo de 2011 China bloqueó la publicación del citado informe de la ONU. Un día después negó oficialmente la acusación de estar involucrada en dicho comercio. Textualmente, el informe advierte que «materiales relacionados con misiles balísticos prohibidos han sido transferidos entre Corea del Norte e Irán de manera regular a través de vuelos de Air Koryo e Iran Air, que realizan transbordos en un tercer país». El mencionado diplomático confirmó a los autores que «en el comercio entre Irán y Corea del Norte ha habido una participación muy importante de países como China y Rusia», al tiempo que aseguró que el informe presenta diversas evidencias de ello.

43. Hong Kong no pasó la nueva legislación hasta nueve meses después de la aprobación de las sanciones de la ONU. La prensa de Hong Kong alertó ante la posibilidad de que aquella no fuese del todo efectiva para dismantelar la red de la naviera iraní en Hong Kong, cuyos buques están registrados a nombre de empresas hongkonesas. Fuente: *Uncertain future in Hong Kong for Iranian shipping line*, *South China Morning Post*, Irene Jay Liu, 30 de marzo de 2011.

Por otro lado, la prensa de Hong Kong ha relacionado también la apatía de Pekín para realizar exhaustivos controles de exportación con la percepción de que los controles en la isla son menos rigurosos que en el pasado. En 1997, poco antes de la devolución de la soberanía de Hong Kong a China, el Consejo Ejecutivo de la entonces colonia británica cerró hasta cuatro compañías sospechosas de estar suministrando tecnología militar y nuclear a Irán, una de ellas del grupo estatal Norinco, que reabrió poco después su negocio tras cambiar de nombre. En los catorce años siguientes, el Gobierno local de Hong Kong, tras pasar a manos chinas, no ha vuelto a actuar contra ninguna otra compañía por el mismo motivo, exhibiendo lo que parece una sensibilidad política muy distinta.

44. El *South China Morning Post* documentó el comercio de tecnología estadounidense a Irán a través de Hong Kong en «The Hong Kong Connection», Irene Jay Liu, 27 de febrero de 2011.

45. Sin embargo, Aaron Dunne, experto en control de armamento y no proliferación del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), apuntó a los autores que la dificultad para la aplicación de las sanciones no puede subestimarse. «Por el volumen de tráfico comercial y la naturaleza de la información disponible, es extremadamente difícil identificar las mercancías preocupantes en la frontera. La información es limitada y la ventana de oportunidad para actuar, también.» En este sentido señaló que «Hong Kong es con Singapur los más avanzados en control de exportaciones e implementación de sanciones en toda la región». También advirtió que el comercio de tecnología de doble uso a Irán tiene origen o tránsito en otros países además de China.

46. Entre 2002 y 2009, 47 empresas chinas fueron sancionadas un total de 74 veces por Estados Unidos, según John Garver, experto en Irán y profesor del Sam Nunn School of International Affairs, Georgia Institute of Technology.

47. *The Generic City*, Remment Koolhaas.

48. Wenzhou pasa por ser una de las ciudades más prósperas y emprendedoras de China, al contar con un sector privado conocido por su vitalidad. A partir de enero de 2010, decenas de empresarios de la localidad visitaron la ciudad en busca de oportunidades aprovechando el derrumbe de los precios inmobiliarios a finales de 2009. De los 150.000 chinos que se cree que residen en Dubái, unos 20.000 provienen de Wenzhou. Fuente: «Chinese hunt for bargains in Dubai», *Financial Times*, 18 de enero de 2010.

49. Los autores han documentado que al menos Laos (San Jiang Shopping Mall), Vietnam, Arabia Saudí (China Mart y Jeddah Chinese Commodity Center) y la India (Chinese Commodity Center en Delhi) tienen ya mercados exclusivos para productos chinos. Irak, Rusia y Jordania tienen planes para sendos proyectos. México, por su parte, tiene previsto abrir una réplica del Dragon Mart en Cancún de 840.000 metros cuadrados —cinco veces su homólogo de Dubái— para noviembre de 2012. Para ese año también está prevista la inauguración en Tailandia del China City Complex en Bangkok, cuya superficie prevista será de entre 500.000 y 700.000 metros cuadrados.

A diferencia del Dragon Mart, propiedad de la empresa estatal Nakheel, estos mercados suelen estar controlados por empresarios chinos que, como vimos en el caso de Liu Desheng en el capítulo sobre migración, compran terreno, edifican y después alquilan el espacio a sus compatriotas. De esta forma, China conquista mercados extranjeros no sólo por su capacidad de producir barato y rápido, sino también a través de *hubs* o mercados regionales que sirven para la distribución de sus mercancías a lugares todavía más lejanos y donde la logística desde China es compleja o cara. Un ejemplo de ello, aportado por el experto en Asia Central Nicolás de Pedro, es Kirguistán, donde las estimaciones indican que el 75 por ciento de los productos chinos importados por el país estarían destinados a ser re-exportados (Uzbekistán, Turkmenistán, Afganistán), lo que supondría la segunda actividad económica más importante de la nación centroasiática.

Para los mercados chinos por el mundo: fuente propia y «Dragon Mart de Cancún estará operando en el 2012», de Jesús Vázquez, diario *El Economista* (México), 22 de marzo de 2011.

Sobre Kirguistán: *El ascenso de China...* obra citada.

50. *The New Silk Road. How a Rising Arab World Is Turning away from The West and Rediscovering China*, Simpfendorfer Ben y Maxmillan Palgrave, Inghlaterra, 2009, p. 156.

51. Creada en 1961, la estatal china COSCO es la segunda mayor naviera del mundo. Posee más de 800 buques y sus actividades cubren 1.600 puertos por todo el mundo. Considerada una de las mejores y más eficientes empresas estatales chinas, COSCO ha jugado un papel fundamental en el aterrizaje del *Made in China* por todo el mundo. La expansión de la empresa ha permitido, por un lado, «llevar los productos chinos a todos los rincones del planeta y por otro lado asegurar líneas de comunicación estratégicas, como la ruta del petróleo», según el experto en multinacionales chinas y asesor del gobierno pekinés Kang Ronping. La entrevista con el profesor Kang se toma como fuente aquí por la negativa de COSCO a conceder una entrevista a los autores.

52. En 1963, Argelia fue el primer país que, tras la retirada francesa, recibió un equipo de doctores chinos, en el marco de un paquete de ayuda por parte de Pekín. Desde entonces, el envío de doctores se convirtió en una forma de hacer diplomacia por el gigante asiático, que en 46 años ha enviado más de 20.000 doctores, enfermeras y personal sanitario por todo el mundo, sobre todo a África (44 países). Se estima que en 46 años de historia los doctores chinos han tratado a unos 240 millones de pacientes.

Fuente: *Chinese Medical Cooperation in Africa*, Anshan, Li, Nordic Africa Institute (NAI), 2011.

53. Del 23 al 26 de septiembre de 1991, grupos de militares zairenses se rebelan y acometen el pillaje de tiendas, fábricas y domicilios en Kinshasa y en el resto de ciudades importantes del país. Los soldados, que actúan en protesta por meses de salarios impagados, se llevan todo cuanto encuentran a su paso, desmantelando fábricas y arrasando comercios. Poco después, la población civil se suma a los pillajes. Al menos 117 personas mueren en los incidentes, que afectan sobre todo a la comunidad de expatriados que regenta los negocios.

54. Zheng Qi (张琪) es descendiente de Zheng Qian (张謇, 1853-1926), un oficial y empresario chino oriundo de la provincia de Jiangsu célebre por sus negocios en el sector del textil. Además de obtener la máxima nota en los exámenes imperiales (状元 zhuàng yuán), lo que le valió una gran influencia y estatus durante la época del final de la dinastía Qing, creó más de veinte empresas en la ciudad de Nantong, casi todas en el sector textil y de la educación. La más célebre fue Dasheng (大生), posteriormente expropiada por el gobierno comunista de Mao Zedong.

Fuentes: *Encyclopedia of contemporary Chinese culture*, Davis, Edward L., Routledge, 2005, p. 569, y 张謇--中国早期现代化的先驱, 虞和平, 吉林文史出版社, 2004.

55. La agencia oficial Xinhua dio en agosto de 2007 esta cifra oficial que con toda probabilidad no refleja la cifra oficial de chinos residiendo o trabajando «durante períodos largos» en el continente negro. Ésta sería en realidad mucho más elevada.

56. *China in Africa: After The Gun and the Bible... A West African Perspective*, de Gaye, Adama, en *China Returns to Africa*, p. 130.

57. *Mixed Fates of a Popular Minority: Chinese Migrants in Cape Verde*, de Carling, Jorgen y Haugen, Ostbo, en *China Returns to Africa*, p. 320.

58. China superó en 2010 a Alemania y se convirtió en el primer exportador mundial del planeta. La entrada de China en la OMC en 2001 supuso un antes y un después en el proceso de expansión del comercio exterior del gigante asiático. En palabras del profesor chino Kang Ronping, «no hay duda de que hemos ganado más que el resto con la entrada en la OMC. Sobre todo si se tienen en cuenta los datos de las exportaciones y las cuotas en sectores como el de las manufacturas que China ha ganado».

Pese a ello, Pekín es criticado por proteccionista y por no cumplir, como se comprometió en 2001, con la apertura de algunos sectores de su economía, como el de los servicios. Para saber más: *Chinese Trade Policy After (Almost) Ten years in the WTO: A Post-crisis Stocktake*, Razeen Sally, European Centre for International Political Economy, 2011.

59. Datos proporcionados por Liu Guijin, representante especial del Gobierno chino para asuntos africanos, durante una entrevista en junio de 2011.

60. Como muestra de ello es que, a excepción de Canadá, ningún país del Grupo de los Siete (Francia, Alemania, Italia, Japón, Reino Unido y Estados Unidos), considerado hasta principio de siglo como referencia de las mayores economías industrializadas, basa su economía en la producción y exportación de recursos naturales.

61. *When China Rules The World*, de Jacques, Martin, Penguin Nueva York, 2010, E-book, pp. 73-74.

62. Los informes *The Impact of China on Subsaharian Africa*, Kaplinsky, Raphael y McCormick, Dorothy, abril de 2006, y *The Growing Relationship Between China and Sub-Saharan Africa: Macroeconomic, Trade, Investment, and Aid Links*, Zafar, Ali, The World Bank Research, *Observer*, vol. 22, n.º 1 (primavera de 2007) dan cuenta de todo ello.

63. *China and Latin America: Economic Relations in the Twenty-First Century*, Jenkins, Rhys y Dussel, Enrique, Deutschen Institut für Entwicklungspolitik (DIE), 2009, p. 48 y *China's Global Expansion and Latin America*, Jenkins, Rhys, en *Latin American Studies* 42, Cambridge University Press, 2010, p. 820.

64. Muchos expertos coinciden en que los rápidos aumentos de los salarios en el este del país, donde se concentra la masa industrial de China, harán perder competitividad a largo plazo al gigante asiático frente a otros países como Vietnam o Camboya en las industrias de mayor intensidad de mano de obra. El economista y analista español Eduardo Morcillo, de Interchina Consulting, asegura que en una década el coste de producción en China aumentará entre un 300 y un 400 por ciento, a lo que habría que sumar una eventual reevaluación de la moneda china, el yuan, que él cifra en un 40 por ciento. Sin embargo, a corto y medio plazo, el subdesarrollo del centro y el oeste de China, donde el milagro económico todavía no se ha producido con la magnitud que ha experimentado el otro extremo del país, permitirá a China utilizar mano de obra excedente y barata para mantener con vida algunas de estas industrias.

65. En los primeros once meses de 2009 las empresas chinas vendieron un total de 102.000 vehículos a África, por valor de 1.740 millones de dólares, lo que convirtió al continente negro en el primer mercado para los coches chinos. Fuente: *Africa Magazine*, 25 de marzo de 2011. Accesible en <http://www.focac.org/eng/zfgx/jmhz/t813155.htm>

66. Los gobiernos chinos de Congo-Brazzaville y China firmaron en abril de 2011 un memorando de entendimiento para que la compañía africana Nouvelle Air Congo adquiriera aviones chinos MA 60 (fuente: <http://fr.allafrica.com/stories/201104060804.html>).

China pretende romper el duopolio mundial que mantienen en el sector aeronáutico de pasajeros la europea Airbus y la estadounidense Boeing con la creación del Comac C919, un avión con capacidad para unos 190 pasajeros cuya salida al mercado está prevista para 2014.

67. Huawei obtuvo en 2009 unos ingresos de 21.900 millones de dólares, de los cuales 3.900 fueron en África, donde la empresa opera en 50 países. Fuente: Cálculos de los autores en base a los datos del Informe Anual 2009 de Huawei y a lo publicado por la prensa china (<http://gb.cri.cn/27824/2010/10/11/1545s3016588.htm>).

68. Durante la entrevista en Buenos Aires Calvete rechazó dar datos sobre los ingresos. Sin embargo, aseguró que cada uno de los comercios —que abre 24 horas los 365 días del año— factura una media de 15.000 pesos (el equivalente de 2.550 euros) diarios.

1. 普天之下, 莫非王土; 率土之滨, 莫非王臣.

2. La sensación de vigilancia permanente, de estar rodeados de chivatos, es constante en Birmania y a lo largo de la frontera con China. «No se puede confiar en nadie. Cualquiera puede ser un espía del Gobierno», dijo a los autores un activista birmano en la cafetería del hotel Summit ParkWiew de Rangún. La psicosis está justificada. Cruzar una línea roja, como demostraron las represalias que siguieron a la *Revolución del Azafrán* de 2007, se paga caro en Birmania. Para los extranjeros acarrea la expulsión fulminante, para los birmanos la cárcel. El terror funciona con la efectividad acostumbrada. En protección de todos los testimonios de Birmania y Yunnan de este capítulo, sus nombres verdaderos han sido omitidos y sustituidos por otros ficticios.

3. Desde octubre de 2010 el nombre oficial de la antigua Birmania es el de República de la Unión de Myanmar, fecha en la que el régimen militar birmano cambió también la bandera y el himno. En 1989 ya había sustituido el nombre histórico del país —Birmania— por el de Myanmar. La mayoría de grupos de oposición y varios países siguen refiriéndose al país surasiático como Birmania, al negar al régimen cualquier legitimidad.

4. *A Choice for China*, octubre de 2005. Global Witness.

5. En una decisión inaudita y por sorpresa, la Junta Militar birmana trasladó en 2006 la capital oficial del país a Naypyidaw, una fantasmagórica ciudad administrativa de unos 100.000 habitantes situada 320 kilómetros al norte de la hasta entonces capital Rangún (Yangon). Se especula con que la decisión del régimen tuviera por objeto reforzar su poder. La mayoría de embajadas extranjeras mantienen sus representaciones en Rangún.

6. *A Disharmonious Trade*, octubre de 2009, Global Witness.

7. Poco después de la independencia, un buen número de minorías étnicas desplegadas por todo el país empuñaron las armas en demanda de mayor autonomía. El conflicto escaló con la llegada al poder de la actual Junta Militar en 1962, resultando en una guerra civil encubierta y de distinta intensidad que, al cabo de las décadas, ha dejado decenas o centenares de miles de muertos y dos millones de desplazados. Algunas guerrillas de resistencia siguen aún activas, pero al menos 17 han ratificado desde 1994 un alto el fuego y el cese de las hostilidades.

8. Chinese Takeaway kitchen, *The Economist*, 9 de junio de 2011.

9. De las grandes reservas birmanas, en todo el mundo sólo quedan unas pequeñas reservas de jadeíta en Rusia y Centroamérica. En Xinjiang (China) hay un valioso jade blanco aunque sin la calidad de la jadeíta.

10. Véase más en <http://www.kachinnews.com/news/769-russian-firm-after-uranium-notgold-in-kachin-state.html>. Según distintas informaciones no confirmadas oficialmente, el régimen birmano estaría tratando de desarrollar un programa nuclear propio, aunque no está claro con qué finalidad.

11. En medio de la ausencia total de cifras oficiales, el número de compañías mineras operando en Hpakant fluctúa entre un mínimo de 70 y varios centenares, según distintas fuentes entrevistadas por los autores. A través del comandante militar regional, el Gobierno birmano participa en las concesiones mineras en alianza con las empresas concesionarias que realizan la inversión y se encargan de la explotación, la mayoría de las cuales son, directa o indirectamente, chinas.

12. El PIB per cápita de Birmania en 2010 fue de 1.400 dólares, según el *The World Factbook 2010* de la CIA.

13. *Blood Jade*, 2008, de la ONG 8-8-08 for Burma, denunció la responsabilidad de China en las minas de Hpakant en vísperas de los Juegos Olímpicos de Pekín de 2008.

14. Los escombros se vierten en los ríos, bloqueando su curso natural y obstaculizando la evacuación de agua, lo que provoca frecuentes riadas en época de lluvias que arrasan las frágiles viviendas de madera y bambú. En noviembre de 2010, un desprendimiento en una de esas montañas artificiales provocó la muerte a más de 50 *yemase*, que quedaron sepultados bajo tierra. En Hpakant hay un único hospital público, que cobra por sus servicios, además de un puñado de pequeños consultorios privados, explicó una fuente local a los autores.

15. El uso de opiáceos está muy extendido en el negocio del jade. Un conocedor del tema aseguró a los autores que ofrecer *Kha Pong*, opio hervido con hoja triturada de banano, es una cortesía habitual cuando los comerciantes de jade se juntan para hacer negocios.

16. «Nuestros sacerdotes nos dicen que el trabajo es tan duro que los mineros tienen que ser estimulados con heroína y metanfetaminas. Conocemos mineros que entraron limpios y salieron enganchados», explicó a los autores uno de los sacerdotes entrevistados. El voluntario apuntó que el consumo de dichas drogas en las minas chinas es «práctica común».

17. *Authorities feed heroin epidemic in Hpakant*, 2009. Kachin News Group es la agencia de noticias no oficial de Kachín. Fundada en 2003, tiene su base de operaciones en Chiang Mai (Tailandia) y es considerada como una de las fuentes mejor informadas acerca de lo que sucede en Kachín.

18. El monopolio en la distribución de la droga en Hpakant estaría garantizado al tener a la policía en nómina, según el informe. Aunque sin evidencias, la percepción en Kachín es que la alianza entre los militares birmanos, que actúan en la zona como auténticos señores feudales, y los empresarios chinos, abarcaría también al mundo de los estupefacientes. Según fuentes del Kachin Independent Organization (KIO) consultadas por los autores, el clima de impunidad con las drogas forma parte de la «guerra silenciosa contra la nueva generación kachín» que el régimen birmano habría lanzado para «desactivar a la disidencia», que aspira a la independencia de esta región respecto a Birmania.

19. Según el informe *National Strategic Plan on HIV (2009)*, del Programa Nacional de Sida de Birmania, se distribuyeron 2.572.641 agujas y jeringuillas ese año en Hpakant.

20. En la subasta celebrada en marzo de 2011, Birmania logró recaudar 2.800 millones de dólares con la venta de 16.939 lotes de jade, 206 de gemas y 255 de perlas. Las piedras preciosas son una de las principales vías de financiación del régimen birmano. El país surasiático invierte únicamente un 1,31 por ciento y un 4,57 por ciento de su presupuesto en sanidad y educación, respectivamente.

21. En 2006 el comercio transfronterizo con China suponía el 7 por ciento del comercio total birmano; el académico Winston Set Aung calculó que dicho porcentaje subiría al 25 por ciento si se incluyera el valor del comercio ilegal. *The Role of Informal Cross-border Trade in Myanmar*, Institute for Security & Development Policy, 2009.

22. En mandarín, el jade sin procesar se traduce como 赌石 o *du shi* en pinyin, lo que significa literalmente «piedra de riesgo o apuesta». Cuando es necesaria una inversión elevada varios compradores hacen fondo común para minimizar el riesgo.

23. Las estrechas relaciones entre ambos países no esconden las desconfianzas mutuas. Cables de *Wikileaks* sacaron a relucir la ansiedad que la inestable situación interna en Birmania despierta en Pekín y el recelo de Rangún hacia el excesivo peso económico que China está acaparando en su país. Ello ha coincidido con un acercamiento económico y militar de la India al régimen birmano.

24. En 2008, un total de 69 empresas estatales chinas habían invertido en Birmania en al menos 90 proyectos mineros, hidroeléctricos y de petróleo y gas, según EarthRights International (ERI). En el año fiscal 2010-2011, la inversión china directa en el país surasiático alcanzó los 13.500 millones de dólares, siendo ya el primer inversor extranjero en Birmania por delante de Tailandia.

Por otra parte, China National Petroleum Corporation (CNPC) adquirió en 2009 los derechos de compra — en exclusiva y por 30 años— de la explotación por un consorcio indio-surcoreano de los mayores depósitos de gas natural del sudeste asiático, situados en aguas de la bahía de Bengala. En el marco del proyecto, llamado Shwe Gas, la petrolera china concluirá en 2013 la construcción de un gasoducto de 2.800 kilómetros que cruzará Birmania desde los depósitos *off-shore* hasta Nanning, al suroeste de China; en paralelo, construirá un oleoducto de 1.100 kilómetros para llevar crudo procedente de Oriente Medio desde la costa oeste birmana hasta Kunming, evitando con ello el Estrecho de Malaca y las rutas marítimas controladas por Estados Unidos. La inversión para ambas infraestructuras se estima entre 2.500 y 3.450 millones de dólares. Para hacer viable el proyecto, está en construcción un puerto de aguas profundas que será parte esencial de una zona económica especial en la isla de Kyauk Phyu. Allí se incluirán terminales petrolíferas, un aeropuerto y una red ferroviaria hasta China. Sólo por la venta de gas a China, el régimen birmano ingresará casi 1.000 millones de dólares anuales durante los próximos 30 años.

25. Nombre dado al actual Yunnan por el emperador de Xian en tiempos de la dinastía Tang para reconocerlo como el territorio situado «al sur del lluvioso Sichuán».

26. En noviembre de 1992, Shougang Corporation compró por 120 millones de dólares el 100 por ciento de las acciones de la estatal Empresa Minera de Hierro del Perú, constituyendo a continuación la empresa Shougang Hierro Perú. En sus inicios, la mina fue propiedad de la estadounidense Marcona Mining Company, pasando a titularidad estatal tras su expropiación en 1975 y hasta su privatización en 1992. Sus reservas ascienden a 1.662 millones de toneladas de mineral. La inversión incluye, a 18 kilómetros de la mina, un puerto propio de aguas profundas.

27. Según el Sindicato de Obreros Mineros de Shougang Hierro Perú, la producción de hierro de la empresa china en 2009 fue —en medio de la caída de la demanda por la crisis— de 6,8 millones de toneladas, reportándole ingresos por valor de 891,8 millones de nuevos soles (al cambio, 321 millones de dólares). Con la recuperación de los precios de los minerales, el citado sindicato estimaba en noviembre de 2010 que ese año los ingresos de Shougang Perú superarían los 442 millones de dólares.

28. En noviembre de 2010, Shougang suministraba dos horas y media de agua potable al día y los cortes de luz eran frecuentes, según explicaron fuentes de la municipalidad a los autores.

29. «Shougang nunca acepta entrevistas sobre sus negocios en el extranjero», respondió por teléfono Wu Chu-Zhang, del departamento de relaciones públicas de Shougang en Pekín, a nuestra petición, que había sido formulada semanas antes por escrito (fax).

30. *La economía china y las industrias extractivas: desafíos para el Perú*, Torres, Víctor y Sanborn, Cynthia A., 2009.

31. Shougang envió sendas cartas notariales a ambos empleados después de la publicación del artículo «Tensions Over Chinese Mining Venture in Peru», publicado el 14 de agosto de 2010 en el citado periódico. La actuación de la empresa china es vista por los sindicatos como una intimidación y quizá como la antesala del despido. Véase más en [http://www.nytimes.com /2010/08/15/world/americas/15chinaperu.html](http://www.nytimes.com/2010/08/15/world/americas/15chinaperu.html), de Simón Romero.

32. En plantilla, el salario básico en la más alta categoría y 40 años de antigüedad se paga a 71,6 nuevos soles por jornada trabajada, unos 25,8 dólares. A ello hay que sumar un bono (por trabajar en festivos, jornada nocturna o en tajo abierto y por leche, transporte y refrigerio, entre otros) que representa un 30 por ciento más, según los sindicatos.

33. Según la Real Academia Española de la Lengua, la neumoconiosis es un tipo de enfermedad crónica producida por la infiltración en el aparato respiratorio del polvo de diversas sustancias minerales, como carbón, sílice, hierro y calcio.

34. <http://www.agubernamental.org/web/informativo.php?id=12425>

35. *La economía china y las industrias extractivas: desafíos para el Perú*, Torres Víctor, y Sanborn, Cynthia, 2009.

36. En la obra *La economía china y las industrias extractivas: desafíos para el Perú*, Víctor Torres apunta que el grupo Shougang, sexto fabricante de acero en China, requería en 2007 la importación de 20 millones de toneladas de mineral de hierro para abastecer sus fábricas de acero en ese país.

37. Además de anunciar una inversión de 1.000 millones de dólares para incrementar su producción hasta 10 millones de toneladas, el presidente de Shougang afirmó en 2009 que la empresa china había contribuido al desarrollo económico peruano con el pago de 333 millones de dólares en impuestos y 340 millones en compras locales, además de generar un importante número de puestos de trabajo. Los ingresos previstos por la compañía superan los 442 millones de dólares sólo en 2010. Véase más en: <http://www.andina.com.pe/Espanol/Noticia.aspx?Id=yS/WcpdTulE=>

38. Las relaciones entre la RDC y Angola han empeorado mucho los últimos años como consecuencia de disputas territoriales, desacuerdos sobre la propiedad de los recursos petroleros y las diferencias en la geopolítica regional. Como consecuencia, Kinshasa y Luanda llevan a cabo de forma recurrente la expulsión masiva de cientos de miles de nacionales del país vecino, lo que en ocasiones desemboca en muertes, tortura y otros desmanes. El último incidente se produjo en verano de 2010, cuando más de 650 mujeres y niñas fueron violadas al ser expulsadas de Angola a RDC, según UNICEF.

Fuente: <http://www.un.org/apps/news/story.asp?NewsID=37785&Cr=sexual+violence&Cr1=>

39. El país africano sufrió la colonización más brutal —a manos de Bélgica— de cuantas asolaron África, hasta que proclamó su independencia en 1960. Siguió décadas de severa dictadura antes de que, entre 1996 y 2003, sendas guerras dejaran casi cuatro millones de muertos y un país en ruinas. Según el Fondo Monetario Internacional, su PIB por cápita en 2009 apenas superó los 367 dólares. La RDC figura en el puesto 164 de 178 en el índice de percepción de corrupción que elaboró Transparencia Internacional en 2010.

40. La concesión minera que contempla el contrato contiene unas reservas probadas de 6.813.370 toneladas de cobre y 426.619 toneladas de cobalto. En el Anexo A indica, sin embargo, que las reservas probables podrían ascender hasta los 10.616.070 de toneladas de cobre y 626.619 de cobalto.

41. El contrato suscrito entre el Estado congoleño y las empresas estatales China Railway Group y Sinohydro contempló la creación de una empresa mixta —Sicomines— entre la estatal minera congoleña, Gecamines, y el consorcio de empresas chinas. Inicialmente, el contrato preveía una inversión total de 9.000 millones de dólares, de los cuales 6.000 se destinarían a la construcción de infraestructuras y los 3.000 restantes a erigir la estructura necesaria para la explotación de las minas, donde el acceso al mineral es complejo y costoso por el déficit de servicios básicos (electricidad, carreteras). Sin embargo, dicha cantidad fue rebajada meses después a poco más de 6.200 millones de dólares —a repartir en partes casi iguales entre inversión minera e infraestructuras— tras la intervención del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

La razón de la intervención varía según las fuentes. Los organismos multilaterales la justificaron aduciendo que el contrato amenazaba seriamente con arruinar las ya paupérrimas finanzas de la República Democrática del Congo (RDC), ya que ésta ofrecía garantías soberanas si la extracción de minerales no era suficiente para rembolsar el crédito otorgado por el Exim Bank chino. Otras fuentes apuntan que, en realidad, fue una maniobra para preservar los intereses occidentales, ya que las empresas occidentales temían que Kinshasa pudiera traspasar a la empresa sino-congoleña parte de sus concesiones.

Por otra parte, los acreedores tradicionales —como el Club de París— temieron que la RDC diera prioridad al reembolso de los créditos chinos y sus préstamos se vieran, una vez más, impagados. Al respecto, es importante apuntar que, simultáneamente a la firma del contrato entre China y la RDC, el país africano negociaba la condonación de su deuda, lo que finalmente se produjo en julio de 2010, cuando Kinshasa fue eximida de abonar los 12.300 millones de dólares que debía a los acreedores tradicionales.

42. El artículo 14.2.3.1 estipula que «la RDC se compromete a facilitar la obtención de visas y permisos de trabajo a los empleados expatriados». En sus proyectos de infraestructuras por todo el mundo, con frecuencia China trata de llevar a su propio contingente de mano de obra china, a la que consideran más trabajadora y disciplinada, además de que les permite comunicarse en el mismo idioma. Sin embargo, no faltan las voces que cuestionan esta práctica, al reducir el beneficio real para la población local en términos de empleo.

43. El contrato original mencionaba en uno de sus anexos la construcción de 1.015 kilómetros de vías férreas, 3.656 kilómetros de carreteras, dos presas, dos universidades, 5.000 viviendas, 31 hospitales de 150 camas y 145 centros de salud. Además, cita la rehabilitación de 2.198 kilómetros de vías férreas, 3.652 kilómetros de carreteras y dos aeropuertos. Para acometer todas estas infraestructuras, el contrato preveía una inversión de 6.000 millones de dólares, cifra que quedó finalmente reducida a la mitad tras la intervención del FMI y del Banco Mundial. Las infraestructuras previstas, por tanto, se han visto considerablemente reducidas.

44. Buen ejemplo es el caso de la compañía ZTE Agribusiness, filial del gigante chino de las telecomunicaciones, que ha suspendido una inversión de 600 millones de dólares cerca de Mbandaka, al noroeste del país, destinada a una plantación de 100.000 hectáreas de palma para producir aceite comestible y biocombustibles. En conversación con los autores en su oficina de Kinshasa, el responsable de la compañía china en la RDC, Wang Kewen, aludió a la precaria infraestructura de transporte para justificar la suspensión del proyecto. «Entre otros, el principal problema es logístico. Si todo va bien, el transporte de la mercancía por el río Congo hasta Kinshasa requiere no menos de dos semanas. Pero si algo ocurre, es imposible saber cuánto tiempo puede tardar», aseguró. Mbandaka y Kinshasa están separadas por unos 600 kilómetros. En gran parte del país los ríos son la principal o única vía de transporte.

45. Más allá del uso concreto para este contrato, la expresión «política ganador-ganador» es utilizada de forma recurrente por Pekín para etiquetar sus iniciativas en países que, como la propia China, fueron colonizados por las potencias occidentales y son hoy países en desarrollo. De esta forma, Pekín pretende marcar distancias con las estrategias occidentales y, por extensión, usar el discurso anticolonialista para crear vínculos en África y América Latina y, con ello, ganar terreno a los países occidentales.

46. Sicominés, la empresa mixta creada a partir del contrato, es la encargada de gestionar los 6.000 millones de inversión y operar la explotación minera. Está formada por un consorcio de cinco empresas chinas lideradas por las estatales Sinohydro y China Railway Group, propietarias del 68 por ciento de las acciones, y la estatal congoleña Gecamines, que ostenta una participación minoritaria del 32 por ciento.

47. Estimación de la ONG Global Witness en su informe de 2011 «*ChinaandCongo:Friends in Need*», que usa como base la media del precio del cobre y el cobalto de los últimos 10 años.

48. Artículos del 14.2.1 al 14.3 del contrato.

49. Estimación a la baja de Stefaan Marysse y Sara Geenen en su informe «*Win-win or unequal exchange? The case of the Sino-Congolese cooperation agreements*», p. 387, Institute of Development Policy and Management, University of Antwerp, Bélgica.

50. «En los siguientes 12 meses que siguen a la aprobación del Proyecto de Cooperación [contrato] por el Gobierno chino, la RDC se compromete a obtener de su Parlamento la adopción de una ley para garantizar el régimen fiscal, aduanero y de cambio que se aplica en el Proyecto de Cooperación, a causa de su especificidad. Si el Parlamento Nacional de la RDC no adopta la ley mencionada en el plazo, el Grupo de Empresas chinas tendrá derecho a decidir si realiza o rescinde la presente convención.» Traducido al español por los autores, en francés y chino en el original.

51. «Si la JV Minera [Sicomines] no ha devuelto las inversiones y los intereses de los Proyectos Minero y de Infraestructuras en los 25 años que siguen a su creación, la RDC se compromete a devolver el saldo restante a pagar por otras vías», artículo 13.3.4. Traducido al español por los autores, en francés y chino en el original.

52. Una delegación congoleña se pasó dos meses negociando el contrato en Pekín. Según rumores que los autores no pudieron confirmar, precedió a la firma del contrato una «juerga compradora» (*buying spree*, en inglés) de la delegación africana en la capital china que, supuestamente, habría sido financiada por China para facilitar el acuerdo.

53. Entrevista con Okenda, entrevista del periodista Victoire Eyobi al embajador chino Wu Zexian el 10 de noviembre de 2010, publicada por la revista *Entreprendre*.

54. Los autores visitaron en Likasi, en la provincia de Katanga, las instalaciones de la compañía china Feza Mining, propiedad de Wan Bao Mining, a su vez parte del grupo de empresas de China North Industries Corporation (NORINCO), una de las principales compañías de Defensa chinas que en su día fue sancionada en Estados Unidos por suministrar tecnología de misiles a Irán. El llamado *cinturón de cobre* del centro de África cobija el 10 por ciento de las reservas mundiales de cobre y el 34 por ciento de las de cobalto.

55. *Win-win or unequal exchange? The case of the Sino-Congolese cooperation agreements*, p. 390, Institute of Development Policy and Management, University of Antwerp, Bélgica.

1. La frase fue pronunciada, según la autora Deborah Brautigam, en una conversación con Li tras participar en un coloquio en el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales en abril de 2007 en Washington. De esta forma hacía referencia a la expresión utilizada por el estudioso Ban Gu en sus *Crónicas de la Dinastía Han* (Han Shu, escrito en el primer siglo de nuestra era), que forma parte de uno de los grandes clásicos de la historiografía china. La expresión completa es: «Si el agua es demasiado clara, no atrapas ningún pez; el hombre demasiado riguroso no puede tener amigos».

2. Los nombres de las personas, lugares, profesiones y cualquier referencia física que permitan identificar a las fuentes mencionadas en este capítulo han sido alterados para garantizar su anonimato. En el ranking de 2011 de la organización Freedom House, que mide el estado de las libertades civiles y políticas en todo el mundo, Turkmenistán competía con Birmania, Sudán y Corea del Norte por los puestos más bajos. La represión es moneda corriente en el país.

3. Datos aportados a los autores por un diplomático y una expatriada occidentales residentes varios años en Turkmenistán.

4. Un diplomático residente en Ashgabat nos confirmó que un puesto en la universidad turkmena cuesta entre 20.000 y 80.000 dólares, en función de los estudios que se deseen cursar. Las carreras de letras son más económicas, ya que las profesiones vinculadas a las Ciencias Humanas están peor retribuidas; las ingenierías relacionadas con el petróleo o el gas, sin embargo, ocupan el escalón más alto, ya que los empleos relacionados están mejor pagados y se prestan a un enriquecimiento rápido. La obtención de un trabajo está siempre vinculada al pago previo: ejercer la prostitución está sujeto a una «mordida» que se embolsa el policía local, y para la consecución del puesto de barrendera en la calle, bajo un sol de justicia que hace subir el termómetro a los 50 grados, hay que abonar 200 dólares.

5. Le Rapports Secrets du Département d'État Américain. Le Meilleur de Wikileaks, *Le Monde Hors-Série*, marzo 2011, pp. 71-74.

6. Los viajes oficiales de las autoridades chinas al extranjero incluyen, muchas veces, los de altos cargos del Partido Comunista de China pese a que la representación formal corresponde a las instituciones del Estado, y no a un partido político. Este hecho resalta, en el engranaje político chino, la supeditación de los órganos e instituciones del Estado a los dictámenes del partido único.

7. El régimen turkmeno alega que el país posee unas reservas de 21 billones (con b) de metros cúbicos de gas, aunque según el informe anual de BP sobre la energía en el mundo las reservas probadas serían en realidad de 8 billones. Según un estudio reciente de la consultoría independiente Gaffney Cline & Associates, el país posee reservas por valor de entre cuatro y 14 billones de metros cúbicos.

Fuentes: «Turkmenistan Gas Field Is One of World's Largest», *The Wall Street Journal*, 16 de octubre de 2008; *BP Statistical Review of World Energy*, junio de 2011; y «Turkmenistan Foreign Policy, China and Eurasia Forum Quarterly», Richard Pomfret, volumen 6, n.º 4 (2008), pp. 19-34.

8. Saparmurat Niyazov, primer presidente del país que ejerció el poder desde la independencia en 1991 hasta su súbita muerte en 2006 (se especula que por diabetes), fue reemplazado por Gurbanguly Berdymujammedov, quien hasta entonces era ministro de Sanidad, cargo al que habría accedido tras ser dentista de Niyazov. El gran parecido físico entre ambos ha desatado una retahíla de elucubraciones, rumoreándose incluso que Berdymujammedov es en realidad hijo ilegítimo de Niyazov.

Los expatriados residentes en Ashgabat cuentan todo tipo de historias que superan lo imaginable sobre la vida diaria en el país. Una fuente describió, por ejemplo, el surrealismo que domina las visitas presidenciales a las provincias de la nación. Textualmente: «Me invitaron a la inauguración de una ciudad al este de Ashgabat en la que iba a estar el presidente Berdymujammedov. Al llegar, descubrí, perpleja, una preciosa urbe de mármol blanco en la que los hospitales disponían de material de última generación y los niños en las guarderías hablaban inglés. El presidente fue recibido con bailes y cánticos por miles de personas que se habían echado a la calle, y visitó las instalaciones de toda la ciudad, que nada tenían que envidiar a las de los países más desarrollados. Por cuestiones logísticas, tuve que hacer noche en la zona y, al día siguiente, volví a la ciudad. Descubrí entonces que las calles estaban desiertas y los comercios y edificios públicos permanecían cerrados. No comprendía nada, hasta que un local me explicó que todo lo vivido el día anterior era un gran montaje. Habían traído a los niños de Ashgabat y los habían entrenado durante meses para el acto. El material hospitalario también había sido transportado desde la capital. Todo había sido producto de una ficción orquestada por el Estado».

Esta misma fuente nos explicó que la mentira también está presente en las visitas del presidente al extranjero. La televisión estatal turkmena habría editado las imágenes de un discurso del presidente en Naciones Unidas (por la naturaleza rotatoria de las intervenciones en la ONU) con el fin de mostrar que el mandatario turkmeno era constantemente interrumpido por los aplausos de sus homólogos. «¿De verdad que los presidentes del mundo han pedido a nuestro jefe de Estado que haga un discurso y no han parado de aplaudirle? Es lo que muestra la televisión», preguntó una amiga turkmena a nuestra fuente, cuyo anonimato respetamos aquí por razones obvias.

9. Conseguir un visado de periodista en Turkmenistán es prácticamente imposible. Obtener un visado de turista es un proceso igualmente arduo y costoso que, entre otras cosas, obliga al viajero a detallar con semanas de antelación su ruta y le exige contar con un guía durante toda la estancia. Al no haber anunciado nuestra visita a Turkmenabat a nuestro guía (para no levantar sospechas), el viaje a la ciudad era técnicamente «ilegal», como él mismo nos aseguró, bajo amenazas, por teléfono.

10. A Lei Li, nombre ficticio de nuestro amigo chino en Turkmenistán, le conocimos a través de una plataforma de chat chino (QQ). Entablamos contacto con él desde Pekín y, tras meses de conversaciones cibernéticas, accedió a recibirnos en este lugar recóndito del país.

11. La china CNPC es la única empresa extranjera en explotar los yacimientos de gas turkmenos en tierra firme (*onshore*). El resto de corporaciones foráneas exploran hidrocarburos únicamente en el Mar Caspio (*offshore*).

12. *World Energy Outlook 2010*, International Energy Agency. OECD/IEA 2010.

13. De diciembre de 2009, cuando entró en funcionamiento el gasoducto, a mayo de 2011 China importó 10.000 millones de metros cúbicos (mmc) de gas turkmeno, según las aduanas chinas. En base a lo anunciado por CNPC, esta cifra debe alcanzar los 40.000 mmc anuales en 2015. Un reciente acuerdo entre los gobiernos deja sin embargo la puerta abierta a elevarla hasta los 60.000 mmc. Turkmenistán es visto, sin embargo, por los expertos como un socio poco fiable en el suministro de las cantidades de gas a las que se compromete, por lo que algunas fuentes expresan reservas sobre la posibilidad de que realmente se alcance ese volumen.

La Agencia Internacional de la Energía (AIE) estima que la demanda china de gas en 2015 será de 169.000 mmc anuales. BP, por su parte, cifra en 109.000 mmc el consumo chino de gas en 2010 y en 96.800 mmc la producción anual china.

Fuentes: *China-Central Asia Gas Pipeline delivers 10 billion cubic meters of gas to China*, Xinhua, 11-05-29, *China Turns to Turkmenistan for Gas Amid Gazprom Pipe Talks*, 4 de marzo de 2011; *World Energy Outlook 2010*, International Energy Agency. OECD/IEA 2010; *BP Statistical Review of World Energy*, op. cit.

14. Aunque la información pública sobre estos acuerdos es limitada, según lo publicado el CDB prestó en 2009 4.000 millones de dólares a Turkmengaz para iniciar el desarrollo de varios depósitos de gas, entre ellos los de South Yolotan y Osman. A ello hay que añadir 4.100 millones suplementarios prestados en 2011 por el CDB que serán devueltos en el plazo de 10 años, pasado un período de carencia de tres. Los créditos están garantizados con los hidrocarburos del país y, según algunas fuentes, serán rembolsados con el suministro de gas.

Fuentes: «China boosts gas imports from Turkmenistan», Vladimir Socor, *Asia Times* 02/07/2009; *China Lends \$4.1 Billion to Gas-Rich Turkmenistan*, Reuters 27/04/2011.

15. China cuenta con tres *policy banks*: CDB, Export-Import Bank (llamado Exim Bank) y China Agricultural Bank. De todos ellos, el que tiene un acento político más marcado es el Exim Bank. Es la única institución china capacitada para conceder «créditos blandos» (*concessional loans*, en inglés) o «créditos preferenciales para la importación/exportación» (*preferential export buyer's credit*, en inglés). Se trata de préstamos que, con intereses muy por debajo de los del mercado y condiciones de repago muy favorables, están considerados como ayuda y cooperación a países en desarrollo. Tienen el doble objetivo de favorecer las exportaciones chinas y sobre todo hacer diplomacia, al proponer muy buenas condiciones. El Exim Bank, institución muy opaca que actúa bajo mandato directo del Consejo de Estado, no publica en su memoria anual los datos sobre la cuantía ni los receptores de estos créditos. En una surrealista entrevista obtenida en 2010 con la institución, tras un período de más de un año en el que los autores enviaron decenas de faxes y realizaron decenas de llamadas, Yan Qifa, vicedirector del departamento de investigaciones económicas, aseguró que «no sabía cuántos créditos blandos concede China al año».

16. La experta Erica Downs estima sin embargo que las petroleras estatales chinas, junto al CDB, han adquirido en los últimos años un cierto nivel de independencia respecto al Gobierno. Ello no significa que, llegado el momento, no se sometan a los mandatos del Estado-Partido (quien es el encargado de, entre otras cosas, nombrar a los presidentes de dichas corporaciones), pero según Downs *China S.A.* no es un «ente monolítico» donde las decisiones se toman «de arriba abajo». Los analistas Julie Jiang y Jonathan Sinton apuntan una tesis similar en un reciente informe de la Agencia Internacional de la Energía. Al respecto, hay que señalar que, pese a la búsqueda de un equilibrio entre los intereses nacionalistas y los comerciales por parte de corporaciones estatales y bancos chinos, no se puede deslindar al Estado ni a las particularidades de su sistema financiero de la expansión internacional de China. En especial, si se tiene en cuenta el retraso tecnológico de «varias décadas» del que adolecen dichas empresas respecto a las occidentales, según apuntan varios expertos contactados por los autores. En palabras del académico Ricardo Soares de Oliveira: «Aunque siguen por detrás de las empresas occidentales en la mayoría de áreas, las empresas energéticas estatales chinas ponen encima de la mesa el peso del Estado chino, una voluntad de pagar por acuerdos a largo plazo que no serían viables si se llevaran a cabo a corto plazo, y una financiación barata que permite garantizar los acuerdos».

El mejor ejemplo de todo ello es el acuerdo trilateral concluido en febrero de 2009 entre, por un lado, las empresas rusas Rosneft y Transneft y, por otro, el CDB y CNPC. En base al pacto, el CDB se comprometió a conceder a las dos empresas rusas un crédito por valor de 25.000 millones de dólares a un interés anual del 5,69 por ciento (una tasa muy favorable teniendo en cuenta la coyuntura económica de entonces) a cambio de que éstas se comprometieran a suministrar 300.000 barriles diarios de petróleo a CNPC a precios de mercado. Ello provocó que Rusia, tras 15 años de negociaciones, cambiara sus planes iniciales y accediera finalmente a construir un ramal hacia China del oleoducto Siberia Oriental-Océano Pacífico (ESPO), que originalmente sólo iba a enlazar las reservas petroleras siberianas con Japón.

Fuentes: *Inside China, Inc: China Development Bank's Cross-Border Energy Deals*, Downs, Erica, Brookings Institution, 2011. *Overseas Investments by Chinese National Oil Companies, Assessing the Drivers and Impacts*, Jiang, Julie y Sinton, Jonathan, IEA, febrero de 2011. Cita de Soares de Oliveira tomada de *Making Sense of Chinese Oil Investment in Africa*, en *China Returns to Africa. A Rising Power and a Continent Embrace*, Alden, Chris, Large, Daniel y Soares de Oliveira, Ricardo (eds.), Hurst, 2008, p. 98.

17. Las reservas de divisas chinas, que sumaban 2,85 billones de dólares al cierre de 2010, provienen de cuatro flujos: la inversión extranjera directa en China, el superávit comercial, el turismo y el llamado proceso de «esterilización» de su moneda (compra de dólares para mantener un determinado tipo de cambio). El SAFE (State Administration of Foreign Exchange) gestiona esos fondos invirtiéndolos de distinta forma, en base a criterios de riesgo, necesidad estratégica y rentabilidad. Hasta la crisis de 2008, gran parte de las divisas se invertían en bonos del Tesoro estadounidense, pero la percepción de riesgo y de que sus activos pudieran estar perdiendo poder adquisitivo ha llevado a Pekín a diversificar sus inversiones. El uso de parte de esas reservas para la financiación de proyectos de empresas chinas en el extranjero se enmarcaría dentro de esta estrategia. Con ello, las reservas de divisas chinas estarían también al servicio de la internacionalización de sus empresas y, en definitiva, de la conquista china de mercados exteriores.

18. «China's Lending Hits New Heights», *Financial Times*, 18 de enero de 2011.

19. El «Libro del Alma» fue supuestamente escrito, pese a su comentado analfabetismo, por Niyazov «con ayuda de la inspiración que Dios envió a su corazón». Compuesta por dos volúmenes, la obra traza un árbol genealógico que vincula al presidente con el inicio de la Humanidad. También se dan consignas sobre cómo comportarse en público o en familia. Es de obligado estudio en las escuelas y universidades turkmenas, y el conocimiento de sus pasajes es necesario para obtener un puesto de funcionario o para aprobar el carné de conducir.

Existen 41 traducciones del *Ruhnama* a lenguas extranjeras, todas ellas promovidas por empresarios que —siguiendo la idea original del turco Ahmet Çalik— han transcrito la obra a idiomas como el francés, inglés o chino. El filme *Sombras del Libro Sagrado* (*Shadow of the Holy Book*) del documentalista Arto Halonen, da cuenta de todo ello.

20. Prueba de todo ello es el programa que la cadena privada TF1 —propiedad de Bouygues— dedicó al dictador durante su visita a Francia en septiembre de 1996. La emisión, *Édition Spéciale*, fue dirigida por el periodista Jean-Claude Nancy y participaron Niyazov y el propio Martin Bouygues, además de los presidentes de TF1, Gas de France y Électricité de France (EDF). Durante los 40 minutos que dura el programa, jamás emitido en Francia pero sí en Turkmenistán, se ve al grupo de patronos franceses rindiendo pleitesía a *Turkmenbashi*, a quien no osan contradecir, ni siquiera cuestionar, sobre asuntos como la corrupción, los derechos humanos o las libertades civiles. Todo ello se puede ver en: http://www.dailymotion.com/video/xi0uw_tf1-bouygues-et-le-turkmenistan. Fecha de acceso: 25 de mayo de 2011.

Sobre el encarecimiento de los negocios en Turkmenistán a causa de la corrupción, véase «Le Rapports Secrets du Département d'État Américain. Le Meilleur de Wikileaks», *Le Monde Hors-Série*, marzo de 2011, pp. 71-74.

21. La única excepción a ello es una tubería que une Turkmenistán con el vecino Irán y por donde, según el Banco Mundial, Ashgabat venderá en los próximos años 20.000 mmc de gas anuales a la república islámica.

[22.](#) *Inside China, Inc: China Development Bank's Cross-Border Energy Deals*, Downs, Erica, Brooking Institution, 2011.

23. En el marco de los acuerdos de paz firmados en 2005, el sur de Sudán celebró entre enero y febrero de 2011 un referéndum en el que un 99 por ciento de la población aprobó la independencia del sur y la creación de un nuevo Estado, efectivo el 9 de julio de 2011. En junio de 2011, durante la escritura de este capítulo y a un mes de la independencia jurídica prevista para el 9 de julio de 2011, la escalada de tensión en la frontera entre los dos Estados hacía temer un nuevo enfrentamiento bélico entre Jartum y Juba.

24. Durante nuestra visita a Jartum, en julio de 2010, CNPC tenía su sede local en el hotel Sudán, un edificio de 260 habitaciones y cinco pisos donde duermen y trabajan los principales operarios chinos. El asistente chino de los autores logró, por ser chino, pernoctar en una de las estancias y disfrutar de los más de 30 platos de comida sichuanesa y de otras regiones chinas que diariamente cocinan los 15 chefs traídos del Imperio del Centro. Además del hotel Sudán, situado a medio paso entre el Palacio Presidencial y el Ministerio del Petróleo en la principal avenida de Jartum, CNPC había adquirido, fruto de su expansión en el país, otros dos edificios y estaba finalizando los trabajos de construcción de un rascacielos para satisfacer las necesidades de su personal en el país.

25. Gracias a multimillonarias inversiones que, según las fuentes, superarían los 15.000 millones de dólares, China es el jugador principal, aunque no único, en el sector petrolero sudanés. CNPC tiene un 40 por ciento de las acciones del consorcio Greater Nile Petroleum Operating Company (GNOPC), encargado de explotar varios pozos del país y de construir el oleoducto de más de 1.500 kilómetros que lleva el crudo del sur del país a las costas del Mar Rojo, en Port Sudán. Por otra parte, CNPC también tiene un 41 por ciento de las acciones en el segundo mayor consorcio del país, Petrodar Operating Company, donde la china Sinopec (participada mayoritariamente por el Estado chino) tiene un 6 por ciento adicional. Las estatales malasia Petronas e india Oil and Natural Gas Corporation Limited (ONGC) están también presentes en el sector petrolero sudanés a través de participaciones en los consorcios, aunque éstas son inferiores a las de China. Fuente: «From Non-Interference to Constructive Engagement?», en *China Returns to Africa. A Risign Power and a Continent Embrace*, Alden, Chris, Large, Daniel y Soares de Oliveira, Ricardo (eds.), Hurst, 2008, pp. 280-284.

26. Desde entonces, Sudán ha estado en la lista de principales suministradores de petróleo de China. Más de una década después, pese a la producción limitada del país árabe, la mediocre calidad de su crudo y la creciente demanda de China, Sudán sigue siendo el sexto mayor suministrador de petróleo del gigante asiático, con el 5,3 por ciento de sus importaciones en 2010. El Imperio del Centro es por su parte el principal comprador del petróleo sudanés, con 12.599.000 millones de toneladas de crudo en 2010 (en torno al 50 por ciento de la producción total). La producción actual oscila entre los 500.000 y los 750.000 barriles de petróleo al día, según confirmó un experto sudanés a los autores.

Fuente: Aduanas chinas. <http://www.customs.gov.cn/publish/portal0/tab7841/module24699/info292637.htm>

27. Sudán creció a tasas por encima del 10 por ciento en 2006 y 2007, y en torno al 5 por ciento en los años siguientes a la crisis financiera de 2008.

28. El conflicto de Darfur, región al oeste de Sudán, estalló en 2003 entre las tribus árabes (apoyadas con financiación y armas por el régimen árabe de Jartum) y los pueblos negros, que acusan a la élite política árabe de oprimirles por cuestión de raza. Se trata de un conflicto racial (entre árabes y negros) que ha causado más de 300.000 muertos y más de 2,5 millones de desplazados. Estados Unidos lo ha calificado como «genocidio». El Tribunal Penal Internacional (TPI), que depende de Naciones Unidas, emitió entre 2009 y 2010 órdenes de arresto internacional contra el presidente Bashir por haber cometido, presuntamente, crímenes de guerra y otros cinco delitos de lesa humanidad en Darfur. China, que con sus abstenciones en el Consejo de Seguridad de la ONU contribuyó a rebajar la presión internacional sobre el régimen de Bashir en repetidas ocasiones, también se ha opuesto públicamente a la detención del jefe del Estado sudanés. En junio de 2011, Bashir viajó a China y fue recibido con gran pompa por el presidente Hu Jintao, para indignación de los grupos pro derechos humanos y funcionarios de Naciones Unidas.

29. «China's growing role in African peace and security», *SAFERWORLD*, enero de 2011, pp. 49-53.

30. China intentó, sin éxito, evitar la filtración de esta información a la prensa en octubre de 2010. «China tries to block Darfur weapons report», MacAskill, Ewen, *The Guardian*, 21 de octubre de 2010.

31. *BP Statistical Review of World Energy*, junio de 2011.

32. La táctica de las petroleras occidentales es quedarse «rematando los viejos contratos», pero nadie se atreve a embarcarse en proyectos nuevos. «Es una forma estratégica de quedarse por si la situación mejora», comentó a los autores una fuente del sector en Irán.

33. El Departamento de Estado norteamericano cifra entre 50.000 y 60.000 millones de dólares el monto total de inversiones canceladas en el sector petrolero iraní a causa de las sanciones estadounidenses.

Iran's Chinese Energy Partners, Dubovitz, Mark y Grossman, Laura, Foundation for Defense of Democracies, septiembre de 2010, p. 3.

34. La tecnología petrolífera china es, según los expertos consultados, rudimentaria. Entre las que no dominan figura el licuado del gas natural (LGN). Se trata de un proceso de conversión del gas en gas líquido, para permitir —a falta de gasoductos— su transporte en buques a largas distancias. Teherán tiene urgencia por explotar los yacimientos *offshore* de South Pars porque el vecino Qatar, país con el que «comparte» el gas, lo explota ya a mayor escala.

Pese a que los expertos estiman que China tardará «varios años o incluso décadas» en alcanzar a sus rivales occidentales en esta materia, CNPC reemplazó en 2009 a Total en el yacimiento de gas de South Pars 11, después de que la petrolera francesa, que había obtenido el contrato para la explotación, se retirara, según algunas fuentes, por la presión americana.

35. Aislada internacionalmente, las cifras oficiales de la república islámica sobre inversión extranjera suelen exagerar los flujos de capital reales. Así, la prensa iraní estimó en 120.000 millones el valor de los contratos energéticos firmados por empresas chinas desde 2005, aunque los expertos desestiman esta cifra. El monto real de las inversiones chinas en el sector energético iraní estaría más próximo a los 40.000 millones de dólares anunciados por el viceministro de Petróleo iraní, Hossein Noqrehkar Shirazi. Del lado chino, se impone la habitual opacidad. Contactadas por los autores, ninguna de las tres petroleras chinas (CNPC, Sinopec y CNOOC) quiso conceder a los autores entrevistas ni dar información sobre sus operaciones en Irán.

Fuente: «China invests \$40 billion in Iran's energy sector», *Teheran Times*, 1 de agosto de 2010.

36. Irán produce actualmente unos 3,7 millones de barriles diarios de petróleo, pero se estima que si la república islámica no invierte 120.000 millones de dólares hasta 2015 esta cifra podría caer hasta los 2,7 millones de barriles.

«Iran's Chinese Energy Partners», Dubovitz, Mark y Grossman, Laura, Foundation for Defense of Democracies, septiembre de 2010, p. 6.

37. El preámbulo de la resolución 1929 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que contó con el voto a favor de China, admite «la conexión potencial entre los ingresos que Irán obtiene de su sector energético y la financiación de las actividades sensibles de proliferación nuclear».

38. «US embassy cables: China and US compare notes on how to handle Iran», *The Guardian*, 29 de noviembre de 2010.

39. «Iran's Chinese Energy Partners», p. 3, op. cit.

40. «¿Cómo puedes ser duro con tu banquero?», habría preguntado la secretaria de Estado al entonces primer ministro australiano Kevin Rudd, experto en China, según revela Wikileaks. De esta forma, Clinton se refiere a la influencia que China tiene en la Casa Blanca por ser el primer tenedor mundial de deuda estadounidense, con un monto estimado a 1,1 billones de dólares en bonos del Tesoro americano.

Fuentes: *WikiLeaks: Hillary Clinton's question: how can we stand up to Beijing?*, Ewen MacAskil, sábado, 4 de diciembre de 2010, *China seen as risk as holdings surpass \$1 trillion*, Reuters, Mar 1, 2011.

41. Luanda superó en 2010 a Tokio como la capital más cara del mundo, según la consultora Mercer. Un expatriado de una organización internacional dijo a los autores que, pese a disponer de un presupuesto corporativo de 10.000 dólares americanos mensuales para sufragar el alquiler de su vivienda, «es necesario desembolsar al menos 15.000 dólares para acceder a un apartamento de estándares internacionales con agua caliente y luz las 24 horas del día». Los autores no lograron encontrar alojamiento en la capital por menos de 300 dólares la habitación doble por noche. Todo ello se debe a la explosión económica del país por el desarrollo —incluidos sus efectos nocivos— de la industria del petróleo, la limitada oferta de servicios y la ausencia de industria manufacturera local —legado de 27 años de guerra—, que obliga a importarlo todo.

42. Angola produjo en 2010 1,8 millones de barriles diarios de crudo, sólo por detrás de Nigeria. *BP Statistical Review of World Energy*, junio de 2011. Los datos sobre los ingresos petroleros provienen del artículo «The New Imperialism: China in Angola», de Marques de Moraes, Rafael.

43. Dos Santos ha estado en el poder durante más de 32 años. Las últimas elecciones, en 2010, las ganó con el 82 por ciento de los votos.

44. China ha replicado en Angola y, por extensión al resto de África, este modelo de Japón, quien en los años 70 y 80 llevó a cabo numerosos proyectos en el gigante asiático a cambio de petróleo chino.

45. Deborah Brautigam, en su obra sobre China en África *The Dragon's Gift*, asegura sin embargo que Alemania fue el primer país en poner fin a la presión contra Angola, al condonar la deuda al país unilateralmente en 2003. *The Dragon's Gift. The Real History of China in Africa*, Deborah Brautigam, Oxford University Press, 2009, p. 275.

46. *Sede de Petróleo Africano, Petrolíferas Nacionais Asiáticas na Nigéria e em Angola*, Vines, Alex, Wong, Lillian, Weimer, Markus e Campos, Indira, Chatham House, enero de 2011.

47. La estatal angoleña Sonangol ejerció su derecho a veto y cedió el bloque a Sinopec, pese a que Shell había elegido como su sucesora a la estatal india Oil and Natural Gas Corporation Limited (ONGC) para retomar el 50 por ciento de la participación.

China in Angola: An Emerging Energy Partnership, Paul Hare, en *China Brief Volume*, mayo de 2007.

48. «El principal factor de éxito de las estrategias petroleras chinas en Angola es la interconexión entre negocios y diplomacia», resume uno de los mejores informes que repasa la relación bilateral. *Sede de Petróleo Africano, Petrolíferas Nacionais Asiáticas na Nigéria e em Angola*, op. cit.

49. Cifra proporcionada por el embajador chino en Luanda, Zhang Bolun. Fuente: *China lends Angola \$15 bn but creates few jobs*, AFP, 9 de marzo de 2011.

50. Las estimaciones de los expertos indican que, según lo anunciado, CIF habría prestado una cifra que oscilaría entre 2.900 y 9.000 millones de dólares a Luanda en créditos repagados con petróleo. *Sede de Petróleo Africano, Petrolíferas Nacionais Asiáticas na Nigéria e em Angola*, op. cit.

51. Para obtener un esquema detallado de la composición del conglomerado y sus socios, véase *Sede de Petróleo Africano, Petrolíferas Nacionais Asiáticas na Nigéria e em Angola*, op. cit., p. 86.

52. CSIH y SSI, esta última participada por una subsidiaria de la estatal china Sinopec, tienen participaciones en 8 de los 29 bloques petroleros que Luanda ha abierto a las licitaciones internacionales hasta junio de 2011.

Fuente: www.sonangol.co.ao

53. En Guinea Conakry, considerado por muchos expertos africanos como un «narcoestado» que sirve de puente en la ruta de la droga procedente de América Latina y cuyo destino es Europa, CIF y CSIH suscribieron un acuerdo con la junta militar del capitán Moussa Dadis Camara para construir infraestructuras por valor de 7.000 millones de dólares a cambio de explotar las reservas mineras del país. El pacto se produjo el 28 de septiembre, pocos días después de que las tropas de Camara mataran a más de 150 civiles y violaran a docenas de mujeres en la represión de una manifestación celebrada en el principal estadio de Conakry. En Zimbabue, las dos empresas, que actúan en binomio, firmaron un acuerdo en noviembre de 2009 con el régimen del dictador Robert Mugabe para explotar las minas de platino, oro y los recursos petroleros a cambio de 8.000 millones de inversión en infraestructuras. En los dos casos, la estatal China South Locomotive and Rolling Stock Corporation (CSR) participó en los acuerdos con suministro de material. Fuente: *CIF, Beijing's stalking horse*, op. cit.

54. «El gobierno chino no tiene nada que ver con los negocios (de CIF), ni conoce los detalles de la empresa», dijo el 19 de octubre el portavoz de la cancillería china Ma Zhaoxu. En una entrevista en Pekín, el embajador Liu Guijin, enviado del Gobierno chino para asuntos africanos, nos aseguró que «CIF es una empresa privada basada en Hong Kong. De esto estamos seguros al 100 %. El Gobierno chino no tiene relación con CIF para pedirle que actúe en favor del interés del Gobierno chino. No existe esa relación. CIF es un dolor de cabeza para mí y mis colegas [del Gobierno] por los comentarios negativos. Yo también trato de entender por qué es tan influyente en Guinea o Angola. Quizá porque es una empresa privada y puede utilizar todos los medios para conseguir contratos del gobierno local. Pero las empresas chinas [del continente, se refiere] no pueden actuar tan libremente, porque están sujetas a las regulaciones del Estado chino y tienen que considerar el impacto de sus acciones en las relaciones bilaterales.»

Fuente: «CIF, Beijing's stalking horse», *Africa-Asia Confidential*, vol. 3, n.º 7, mayo de 2010.

55. Nacido en Argelia, Pierre Falcone es un intermediario o un traficante de influencias que en el pasado ha prestado sus servicios, a través de sus empresas, como negociador de contratos petroleros o de armamento. Actualmente se encuentra encarcelado en Francia, tras ser condenado a seis años de prisión por su implicación, junto al hijo del ex presidente francés François Mitterrand, en la venta ilegal de armas a Angola en los años 1990, en el caso conocido como Angolagate. Está vinculado con el binomio CIF-CSIH a través de su empresa consultora Pierson Asia.

56. *Data reveal huge sums spirited out of Angola*, Reuters, 4 de abril de 2011.

57. Es en esa dirección donde se encuentra la sede del Ministerio de Seguridad Pública (MSP) y la sede de la inteligencia china en el extranjero. Fuente: «The 88 Queensway Group. A Case Study in Chinese Investor's Operations in Angola and Beyond». *U.S.-China Economic & Security Review Commission*, Lee Levkovitz et al., 10 de julio de 2009.

58. Además de la presencia de Manuel Vicente, presidente de Sonangol, en el consejo directivo de varias empresas vinculadas a CIF, el hijo del presidente angoleño José Filomeno «Zenu» Dos Santos es el representante de CSIH en Angola.

59. «CIF, Beijing's stalking horse», *Africa-Asia Confidential*, vol. 3, n.º 7, mayo de 2010.

60. Venezuela clama que posee las mayores reservas mundiales de crudo, sobre todo en la Franja del Orinoco, en el sureste del país, pero aquí se toma como referencia el respetado informe anual de BP. Venezuela tiene, según esta fuente, 30.000 millones de toneladas de crudo, frente a las 36.300 de Arabia Saudí. *BP Statistical Review of World Energy*, op. cit.

61. *El poder y el delirio*, Enrique Krauze, Tusquets, 2008.

62. [Ibíd.](#), p. 278.

63. Las condiciones de estos créditos son, como suele suceder con todo lo que acontece en Venezuela, opacas. Los autores pudieron tener acceso a parte del contrato y comprobaron que la mitad del crédito del CDB de 20.000 millones se entrega en dólares y el resto en yuanes. El repago se efectúa con petróleo en un plazo de 10 años y, según los expertos consultados, supone «la primera vez que Venezuela estaría comprometiendo su petróleo a futuro».

La experta en relaciones entre los dos países, Beatriz de Majo, nos explicó que China ha atado el crédito a la compra de sus productos: por una parte con la entrega de la mitad del monto en yuanes, que debe ser gastado íntegramente en productos o servicios chinos. Respecto a los 10.000 millones restantes concedidos en dólares, De Majo aseguró que «el 40 por ciento se destinará a proyectos sinovenezolanos y el uso del restante 60 por ciento lo controlará China». Es decir, que Pekín elegirá en qué se gastan.

Respecto a la venta de armas, China accedió a vender 18 cazas K-8 a Venezuela, país que en los últimos años se ha embarcado, con la inestimable colaboración de Rusia, en una carrera armamentística valorada en miles de millones de dólares.

64. Las reservas venezolanas son las segundas mayores del planeta. Se estima que son «infinitas», en el sentido de que para cuando el mundo deje de usar el petróleo como principal fuente de energía, consecuencia del desarrollo y preeminencia futura de otras energías alternativas, Venezuela seguirá contando con crudo en la Franja del Orinoco. Llenar el depósito de un vehículo en Venezuela durante todo un año cuesta el equivalente a un único tanque en Europa.

65. Las ventas de crudo venezolano a Estados Unidos no han dejado de retroceder en los últimos años. Aunque se estima que Washington compra actualmente en torno al 45 por ciento de la producción venezolana, es decir, alrededor de un millón de barriles diarios de crudo, esta cifra llegó a ser superior a un millón y medio de barriles diarios.

Caracas arguye que quiere diversificar sus mercados para dejar de depender de Estados Unidos, aunque las entrevistas de los autores con ex colaboradores muy cercanos a Chávez dijeron que «es criminal perder Estados Unidos, tu mercado Premium, para entregárselo a otro (China) con descuento». La razón es el coste del flete, que por lo general corre a cuenta del suministrador, y que es menor a Estados Unidos (donde se llega en cinco días) que a China (45 días). Otros elegidos por el gobierno de Chávez para reducir la dependencia de Occidente son Bielorrusia, Irán y Rusia.

66. Además de la inversión de enero de 2010, China tiene en Venezuela contratos de suministro de crudo, de certificación de reservas en la Franja del Orinoco, de compra de residuo y otras inversiones marginales o anteriores a Chávez.

67. La producción de crudo ha caído drásticamente en los últimos años. Antes de la llegada de Chávez al poder, Venezuela producía 3,6 millones de barriles diarios; ahora, según las cifras oficiales, está en 3,1 millones de barriles. La Agencia Internacional de Energía y otras fuentes secundarias, sin embargo, creen que la producción real ronda los 2,3 millones de barriles. Dicho desplome es dramático para la economía del país sudamericano, por su gran dependencia del sector petrolífero en tanto que el sector productivo ha sido duramente golpeado por las políticas chavistas, incluida la expropiación de tres millones de hectáreas y más de 400 empresas.

68. «Venezuela, a good deal from China?», *Financial Times*, 16 de marzo de 2011.

69. En torno a la mitad del petróleo que China importa procede de Oriente Medio. Pekín no ha dejado de diversificar sus fuentes de energía, acudiendo a todos los rincones del planeta, con el objetivo de evitar que la inestabilidad en Oriente Medio pueda dañar su seguridad energética.

En Venezuela, China ha entrado con fuerza en la Franja del Orinoco, pese a su tecnología de segunda fila. Así, CNCP es socia de PDVSA en el bloque Junín 4, donde la petrolera invertirá 16.000 millones de dólares para extraer 400.000 barriles diarios. Sinopec, por su parte, es socia de PDVSA para la explotación de Junín 1 y Junín 8, de donde espera extraer 200.000 barriles diarios.

Esta progresión de las petroleras chinas, junto a las rusas, se debe a que las energéticas occidentales son reacias a invertir en Venezuela por la inseguridad jurídica que emana del régimen de Chávez, sobre todo desde la oleada de nacionalizaciones de 2007, cuando las estadounidenses ExxonMobil y ConocoPhillips, entre otras, abandonaron el país. Esta situación ha provocado que Caracas haya solicitado a rusos y chinos nuevas inversiones en el sector petrolero, como consecuencia del poco interés mostrado por otros actores en las licitaciones, según los dos ex presidentes de PDVSA entrevistados por los autores.

70. PDVSA ingresó 96.110 millones de dólares y sus inversiones superaron los 11.000 millones en 2010.

71. La orimulsión es una técnica para mezclar crudo extrapesado de mala calidad —el que domina las reservas venezolanas— con agua, lo que permite su transporte en buques cargueros. Este tipo de petróleo sirve para generar energía eléctrica y se vende a precio de carbón, porque su calidad es muy mala y su refinamiento a un producto de calidad superior es muy costoso.

72. Enrique Krauze estima que «los regalos de Chávez al mundo sumaron 33.000 millones de dólares entre los años 1999 y 2007», *El poder y el delirio*. op. cit; p. 294.

73. Fuente: «Cuba y China consolidan su alianza estratégica», Mauricio Vicent, *El País*, 8 de junio de 2011.

1. *Dam Implementation Unit*, en inglés. Dirigida por Usama Abdullah, mano derecha del presidente nacional, es un poder fáctico en Sudán que maneja grandes presupuestos, gestiona proyectos de infraestructuras y tiene su propia seguridad, la cual ha sido acusada de masacres vinculadas a las protestas de los afectados por las presas. Recientemente elevada a la categoría de Ministerio de Electricidad y Presas, sigue bajo la supervisión directa de Bashir.

Fuentes: *Black Gold for Blue Gold? Sudan's Oil, Ethiopia's Water and Regional Integration*, Chatham House (junio de 2011), y Harry Verhoeven, *Climate Change, Conflict and Development in Sudan. Neo-Malthusian global narratives and local power struggles*. *Development and Change*, vol. 42, N.º 3, 2011.

2. Los autores abordaron primero a Sinohydro, principal contratista de la presa de Merowe, con la intención de conseguir el permiso que posibilitara su visita a la instalación. Las palabras de Peng, responsable de la compañía china en Sudán, al guía chino de los autores no dejaron resquicio para la duda acerca de sus ganas de ayudar: «no me gustan los extranjeros. Los estadounidenses y los ingleses dicen muchas cosas contra China. Es un problema que vayas acompañado por extranjeros, porque si hubieras venido solo te habríamos llevado sin dudarlo a Merowe», dijo, frente a nosotros, en su oficina de Jartum. Su negativa llevó a los autores a solicitar un permiso de la DIU.

3. El experto Harry Verhoeven argumenta que Jartum apuesta por el desarrollo de presas y el renacer agrícola con un doble objetivo: por un lado, llevar electricidad a la capital y al norte de Sudán para alimentar proyectos industriales; y, por otro, posibilitar la irrigación agrícola que permita a Sudán insertarse «en el debate global de la crisis alimentaria», lo que abre al régimen oportunidades y agro-dólares de países islámicos interesados en inversiones de ese tipo. Los beneficiarios de este modelo serían las élites islámicas de Jartum.

4. Entre 2004 y 2007, la violencia entre los afectados por la presa y las fuerzas de seguridad dejó un número indeterminado de muertos y heridos, enfrentamientos constantes, encarcelamientos y represión, según los activistas. En 2006 se inundó sin previo aviso un poblado Amri «para que la gente saliera como si fueran ratas», habría dicho una autoridad local. Hay rumores de que en 2009 hubo nuevos brotes de violencia.

5. En su presentación *Lethal Partnership. China Investment Destroying African Communities: The Case of the Merowe Dam, Sudan*, el activista Ali Askouri aseveró en 2007, cuatro años después del inicio de las obras y dos antes de su conclusión, que la pobreza en las comunidades afectadas pasó del 10 por ciento al 60 por ciento. Entrevistado por los autores en Jartum, Askouri aseguró que muchos de los jóvenes afectados por los desplazamientos han emigrado a las ciudades, sobre todo a la capital, donde deben mendigar para subsistir.

6. Otras fuentes entrevistadas por los autores en Sudán estimaron la cifra de afectados entre 70.000 y 74.000 personas. En el verano de 2010, unas 600 familias seguían resistiéndose a su realojamiento.

7. Aunque la opacidad que rodea a Merowe impide conocer con exactitud los detalles del proyecto, sí se sabe que China ha jugado un papel determinante en la financiación y construcción del mismo. Durante la visita de los autores a la zona, Awad afirmó textualmente: «los chinos están involucrados en las infraestructuras, en los nuevos asentamientos para los realojados y en el proyecto de nuevo hospital».

8. Que las empresas chinas acometan los proyectos de infraestructura en el extranjero con su propio contingente de empleados, cuyos obreros trabajan durante interminables horas sin apenas salir del recinto de la obra, ha alimentado la leyenda de que China estaría utilizando prisioneros como mano de obra gratuita. Algunos autores lo han denunciado incluso públicamente, aunque sin presentar evidencia alguna. A lo largo de la investigación sobre el terreno, los autores no tropezaron con ninguna prueba que dé verosimilitud a dicha acusación.

9. Entre las nuevas presas en las que China estará involucrada, destaca la de Kajbar, en la tercera catarata del Nilo, que el Exim Bank financiará al 75 por ciento y Sinohydro construirá. El coste previsto es de 800 millones de dólares. Por su parte, en otra polémica presa, la de Roseries en el Nilo Azul, una empresa china será el principal contratista.

10. Oficialmente, en su inicio el coste de la presa de Merowe se presupuestó en 1.800 millones de dólares, 519 de los cuales habrían sido financiados por el Exim Bank. La página web oficial del proyecto, sin embargo, estipula que China ha financiado en realidad 608 millones de dólares de los 2.381 que habría costado la presa, también según dicha web. Esta fuente asegura asimismo que el Gobierno de Sudán habría financiado otros 550 millones, mientras distintos fondos árabes del Golfo Pérsico aportaron el monto restante. Con todo, en diciembre de 2010 el ministro de Finanzas sudanés declaró públicamente que el gasto en Merowe ascendía a 3.500 millones de dólares, cifra que dos fuentes consultadas por los autores en Jartum estimaron que, en verdad, podría superar los 5.000 millones de dólares. Entre semejante maraña de datos y escasa transparencia, es difícil saber si China habría financiado una cantidad superior a lo admitido oficialmente.

11. China's Leading Hydropower Dam Company, International Rivers.

12. Un informe propio del *Financial Times* señaló que los dos bancos de desarrollo chinos concedieron créditos por valor de —al menos— 110.000 millones de dólares en 2009 y 2010, mientras que el Banco Mundial concedió 100.000 millones de dólares desde mediados de 2008 hasta mediados de 2010.

Fuente: «China's lending hits new heights», Dyer, Geoff y Anderlini, Jamil, *Financial Times*, 17 de enero de 2011.

13. La presa de las Tres Gargantas tiene un indudable impacto positivo en cuanto al volumen de electricidad generada, el control de las inundaciones y la navegabilidad del río, pero ha sido muy criticada por el impacto medioambiental, la destrucción del legado cultural y el traslado forzoso y traumático de 1,7 millones de personas.

Un informe publicado en 2010 por científicos chinos demostró que el número de terremotos en las regiones próximas a la presa se ha multiplicado por treinta desde 2003, cuando se comenzó a llenar el embalse de 600 kilómetros cuadrados. Algunas fuentes vinculan a la presa con el gran impacto que tuvo el devastador seísmo que asoló la región china de Sichuán en mayo de 2008, que provocó la muerte de casi 90.000 personas.

Fuente: *China's admission spotlights. Three Gorges woes*, Dan Martin, AFP, 29 junio de 2011.

14. El propio Ali Askouri y la ONG *European Center for Constitutional and Human Rights (ECCHR)* presentaron, en mayo de 2010, una demanda criminal en un juzgado de Frankfurt contra varios directivos de la empresa alemana Lahmeyer International, involucrada —al igual que la francesa Alstom y la suiza ABB— en el proyecto. La demanda, aún pendiente de resolución, fue interpuesta como consecuencia de la responsabilidad que pudo tener la compañía germana (a su vez excluida en 2006 de recibir contratos del Banco Mundial durante siete años por corrupción) en la inundación de los poblados próximos a Merowe que afectaron a miles de familias, que perdieron sus viviendas, y provocaron la muerte de cientos de miles de cabezas de ganado.

15. Según varias fuentes consultadas por los autores en Sudán, la opacidad e inmunidad de las empresas chinas las convierten en socios ideales en la trama de corrupción que, según dichas fuentes, habría detrás del proyecto de Merowe. El mismo Ali Askouri apuntó que «la propia idea de la presa es hacer sitio a la corrupción», mientras que el experto medioambiental Asim al-Moghrabi dijo textualmente a los autores: «¿Por qué se ha hecho esta presa? Simple y llanamente: por corrupción. Los chinos son corruptos, nosotros somos corruptos. No podemos responsabilizar a los chinos de haber sido contratados para hacer un trabajo, pero sí podemos responsabilizarles por aceptar ser corruptos». La escasa transparencia respecto al coste total de proyecto, que se presupuestó en 1.800 millones de dólares pero cuyo monto final rondaría los 5.000 millones, refuerza sin duda la tesis de que detrás de Merowe habría una trama de lavado de dinero. Un cable diplomático estadounidense publicado por Wikileaks aludió a las evidencias de corrupción que decía tener el fiscal jefe del Tribunal Penal Internacional, Luis Moreno Ocampo, contra Omar al Bashir, quien guardaría 9.000 millones de dólares en cuentas secretas en el extranjero.

Fuente: WikiLeaks, «Sudanese president “stashed \$9bn in UK banks”», Afua Hirsch, *The Guardian*, 17 de diciembre de 2010.

16. Entre los proyectos chinos de presas que en 2011 estaban en el ojo del huracán cabría destacar, por encima de cualquier otro, la presa Gibe III en Etiopía, donde el Industrial and Commercial Bank of China (ICBC) ha accedido a financiar 500 millones de dólares para proveer equipos para esta infraestructura, que afectará a medio millón de personas e impactará zonas catalogadas como patrimonio mundial por la Unesco. El Banco Mundial, el Banco Africano de Desarrollo y el Banco de Inversión Europeo desestimaron su participación en una obra considerada como «la más destructiva» de cuantas están en construcción en todo el mundo, según International Rivers.

17. En inglés, Peter Bosshard usó textualmente la palabra *off limits* (en vez de «censurados») para referirse al hecho de que hay cuestiones que se sitúan fuera del debate público y, por tanto, son tácitamente censuradas.

18. Fuente: «李福胜：海外投资要关切当地抱怨» («Li Fusheng: Overseas investment should care about the local complain»), Li Fusheng, *GlobalTimes* (en mandarín), 11 de enero de 2011.

19. Según distintas entrevistas de los autores en Ecuador, el crédito se concedió por 1.682 millones de dólares, pagaderos en quince años con una carencia de cinco años y medio y un interés del 6,9 por ciento. Dicha cantidad supone el 85 por ciento del coste presupuestado de la presa, al ser una exigencia de la parte china que el Estado ecuatoriano financiara el otro 15 por ciento. Sin embargo, esos 300 millones de dólares fueron aportados por Quito gracias a otro crédito firmado previamente entre los dos países por 1.000 millones de dólares, lo que en la práctica significa que China financia el 100 por ciento de la presa.

20. El ministro ecuatoriano de Sectores Estratégicos, Jorge Glas, anunció que hay quince proyectos en los que China puede participar de forma inminente con sus empresas y financiación. En septiembre de 2010 un consorcio liderado por China Gezhouba Group cerró un contrato por 672 millones de dólares para construir una presa en el país andino, cuya financiación parcial correrá a cargo del Exim Bank chino. Por su parte, Rafael Quintero, subsecretario ecuatoriano de Exteriores para Asia, África y Oceanía señaló a los autores que «Ecuador necesita infraestructuras para diversificar nuestra industria, así que estamos interesados en que China invierta en centrales hidroeléctricas, complejos petroquímicos y la modernización de nuestros puertos». Quito y Pekín estarían en conversaciones para la financiación parcial del mayor proyecto de infraestructuras previsto, la llamada Refinería del Pacífico, una instalación que requiere una inversión de 12.500 millones de dólares.

21. «China tiene una capacidad de inversión gigantesca, que nuestro país requiere. Y requiere inversión que no nos haga dependientes, que no esté condicionada. Trabajamos para que las inversiones que vienen al país no lleguen condicionadas a los apoyos del FMI o del Banco Mundial, los cuales han coartado el desarrollo de nuestro país en las últimas décadas», dijo a los autores Ricardo Patiño, canciller del Gobierno Correa, en una entrevista en Quito.

La combinación de dos factores: por un lado, el rechazo a acudir a las instituciones financieras tradicionales y, por otro, su dependencia de China, lleva a Ecuador a una peligrosa situación de aislamiento internacional. «Aunque la financiación china de la infraestructura ha sido importante considerando la ausencia de fondos públicos [propios], también resalta la ausencia de una alternativa financiera disponible», señala el informe *Ecuador Infrastructure Report Q4 2010* de Business Monitor International.

22. *Ecuador Infrastructure Report Q4 2010*, Business Monitor International.

23. El sector minero ecuatoriano tiene enorme potencial pero está «congelado» en espera de que se apruebe un marco jurídico adecuado. Pese a ello, la minera con sede en Canadá Ecuacorrientes, controlada por China Railway Construction Corporation y la también china Tongling Nonferrous Metals Group, anunciaron en 2011 sus planes para invertir 2.800 millones de dólares en un proyecto de cobre en Ecuador. Esa inversión incluiría la construcción de una planta hidroeléctrica, varios puentes y carreteras y un puerto. Fuente: «DJ Ecuacorriente Plans To Invest \$2.8 B In Ecuador Up to 2016», Dow Jones, 29 de marzo de 2011.

Por otro lado, los 2.000 millones de dólares fueron concedidos por el China Development Bank. La cantidad total de créditos chinos concedidos a Ecuador ronda los 7.000 millones de dólares.

Fuente: «China, Ecuador sign \$2 billion loan deal», *The Wall Street Journal*, 28 de junio de 2011.

24. Se refiere a la directriz oficial dada en 2001 por el Gobierno chino a sus empresas para que salgan al extranjero. En inglés: *Go out strategy*, 'salir fuera'.

25. *China's Foreign Aid*, Oficina de Información del Consejo de Estado de la República Popular de China, abril de 2011.

Los 2.025 proyectos entran en dicho informe en una de las ocho categorías de ayuda exterior, los Proyectos Integrales, que se refiere a «los proyectos productivos o civiles construidos en los países receptores con la ayuda de recursos financieros provistos por China [...] La parte china es responsable de todo o de parte del proceso, desde el estudio, la inspección, el diseño y la construcción, la provisión de todo o parte de los equipos y materiales, y del envío de ingenieros y personal técnico para organizar y guiar la construcción e instalación de dichos proyectos. Cuando el proyecto está concluido, China lo entrega al país receptor». Según el informe, este tipo de proyectos acumulan el 40 por ciento del gasto de China en ayuda exterior. Entre otros, el documento destaca la construcción de 85 complejos deportivos, 201 infraestructuras de transporte y 236 complejos científicos, educativos o sanitarios.

Los recursos financieros previstos por Pekín son de tres tipos: subvenciones, que se destinan principalmente a ayuda humanitaria y para la construcción de hospitales, escuelas, viviendas de bajo coste y proyectos de agua; préstamos sin interés, previstos para países en desarrollo y que suelen contemplar cinco años de uso, cinco de carencia y diez de repago; y préstamos concesionales, otorgados por el Exim Bank a bajo interés y plazo de repago de entre quince y veinte años. Hasta 2009, Pekín dio préstamos concesionales para 325 proyectos en 76 países, según el informe.

26. El número de estadios que China habría levantado en África varía según las fuentes. Una nota de la agencia AFP de 2010 contabilizó, aludiendo a fuentes mediáticas del país asiático, en 52 el número de estadios construidos en África con financiación china. En sus viajes, los autores fueron testigos de la construcción de estadios chinos en Ndola (Zambia), Luanda (Angola), Maputo (Mozambique) y San José (Costa Rica).

Fuente: <http://www.elmercurio.com.ec/240591-china-levanta-las-infraestructuras-deportivas-de-africa.html>, 27 de mayo de 2010.

27. El nombre de la subsidiaria de Anhui Wai Fujing en Costa Rica es Chinafecc Central America.

28. Otro ejemplo de esta actitud la presenciamos en el Estadio Nacional de Maputo, también construido por Anhui Waijing. Los académicos Jorgen Carling y Heidi Ostbo Haugen relatan otro asunto similar que involucra a las empresas constructoras chinas en Cabo Verde en *Mixed Fates of a Popular Minority*, op. cit., p. 327.

29. Fuente: <http://www.diariolasamericas.com/noticia/102566/0/0/empresa-china-abandona-proyecto-inmobiliario-privado-tras>. La noticia se hace eco de una nota de la agencia EFE.

30. Argentina ocupaba en 2010 el puesto 115 de una lista de 183 en el índice mundial sobre facilidad para hacer negocios, elaborado por el Banco Mundial.

Fuente: Banco Mundial, proyecto Doing Business (<http://www.doingbusiness.org/>).

31. Argentina, un país con una extensión equivalente a la de India y apenas una población de cuarenta millones de personas, es el tercer productor mundial de soja, por detrás de Estados Unidos y Brasil. Es también el primer exportador mundial de aceite y harina de soja, esta última un componente muy importante en los piensos animales para alimentar, entre otras especies, a cerdos y pollos.

Darío Genua y Guillermo Villagra, directores de la consultora argentina Open Agro, especializada en inversiones agrícolas en el país latinoamericano, estimaron en una entrevista con los autores que Argentina tiene un gran potencial para convertirse en el granero de China, porque actualmente el país «sólo desarrolla el 73 por ciento de su tierra productiva y con ello produce alimentos para entre 350 y 400 millones de personas, pero ello se podría intensificar». Según Open Agro, cada año Argentina produce cincuenta millones de toneladas de soja, treinta millones de toneladas de maíz y diez millones de toneladas de trigo, además de girasol, colza y otros. El 90 por ciento de su producción se destina a la exportación.

32. El índice de precios de los alimentos elaborado por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación alcanzó en febrero de 2011 los 238 puntos, el máximo desde que la FAO contabiliza el crecimiento de los costes en los alimentos. En junio de 2011, durante la escritura de este capítulo, los precios mundiales se mantenían muy cercanos a los máximos históricos. Los observadores y analistas internacionales apuntan que las revueltas vividas en 2011 en el mundo árabe se deben, en parte, a la insatisfacción de las clases medias como consecuencia del aumento del precio de los alimentos.

Fuente: «How much is enough?», *The Economist*, 24 de febrero de 2011.

33. Según la fuente, el 70 por ciento de las exportaciones argentinas a China son alimentos, siendo la soja y sus derivados los más importantes. Esta situación se ha visto afectada por un contencioso entre los dos países después de que Pekín decidiera, en 2010, prohibir las importaciones de aceite de soja argentino alegando la mala calidad de éste. Sin embargo, ello se debió en realidad a la represalia china por las numerosas demandas por competencia desleal (*dumping*) que Argentina ha presentado en la Organización Mundial del Comercio (OMC) contra el gigante asiático. En consecuencia, las exportaciones argentinas de soja y derivados a China cayeron en picado: en 2009, Argentina exportó 1,9 millones de toneladas de aceite de soja a la nación asiática (el 77 por ciento del total de sus importaciones), una cifra que retrocedió abruptamente a 224.000 toneladas en el 2010. El país latinoamericano ha compensado esta caída con mayores ventas a la India, aunque el precio que ésta paga es menor. El impacto para Argentina es mayúsculo si nos atenemos al hecho de que la soja llena el 30 por ciento de la caja argentina, «el milagro fiscal de Argentina» como lo llaman en el país sudamericano.

34. China es hoy autosuficiente al 95 por ciento en su suministro de alimentos. Los expertos sitúan en por lo menos 120 millones de hectáreas la *línea roja* para la seguridad alimentaria; es decir, la cantidad mínima necesaria de tierra cultivable disponible en el gigante asiático para abastecer al pueblo chino. Sin embargo, fuentes como el profesor Zheng estiman que esa línea ya ha sido rebasada, a causa de que los gobiernos provinciales no reportan a Pekín las cifras reales sobre la tierra cultivable que anualmente pasa a ser urbanizada. La corrupción y la prioridad dada por los gobiernos al crecimiento económico juegan un rol muy importante en todo ello.

35. Naciones Unidas estima que en 2010 el 47 por ciento de la población china vivía en ciudades y el 53 por ciento restante en el campo. El proceso de urbanización está lejos de su fin, por el éxodo masivo de campesinos a la ciudad como consecuencia de la gran diferencia de ingresos entre campo y urbes. El profesor Zheng estima que un trabajador urbano gana, de media, 3,3 veces más que uno rural. Ello se debe, en parte, al control de precios de los alimentos que impone el Gobierno chino a través de sus empresas estatales: disponen de un dominio casi monopolístico de las fases primarias del sector y, de esta forma, garantizan las reservas estatales de arroz, trigo, soja y carne de cerdo, entre muchos otros alimentos. «Las estatales chinas compran producción a los campesinos cuando los precios son muy bajos, la almacenan, y, cuando los precios suben, inyectan en el mercado las cantidades necesarias para hacer que los precios bajen», nos explicó en Pekín el profesor Zhou Deyi, de la Universidad de Agricultura de Huazhong. De esta forma se combate la inflación que azota al sector alimentario chino y que, como demostraron tanto pasadas tensiones sociales en China como las revueltas en el mundo árabe de 2010 y 2011, amenaza con provocar protestas que ponen en peligro la supervivencia de gobiernos autoritarios. Al controlar los precios, Pekín elige golpear al campesinado chino, cuyos ingresos se ven mermados, según Zheng. «El Gobierno ha priorizado satisfacer las demandas de la población urbana china, que quiere precios bajos, y los que pagan son los campesinos.»

36. *Il nuovo colonialismo. Caccia alle terre coltivabili*, Franca Roiatti, Egea, 2010, p. 11.

37. El reconocido ecologista Lester Brown, fundador y presidente del Instituto de Política de la Tierra, estima que 130 millones de chinos se alimentan hoy gracias a la sobreexplotación de los recursos de agua dulce, como las aguas subterráneas. Además, estima que por cada grado centígrado que aumenta la temperatura de la Tierra como consecuencia del calentamiento global del planeta, disminuyen un 10 por ciento las cosechas de grano.

Fuente: «The New Geopolitics of Food», Lester Brown, *Foreign Policy*, mayo-junio de 2011.

38. Además de la compra de tierras en el noreste de Brasil, China está llevando a cabo otras iniciativas para asegurarse cierto control de la cadena de alimentos en el país latinoamericano. Así, las empresas chinas habrían reaccionado a las limitaciones impuestas por el Gobierno en lo referente a la adquisición de hectáreas cultivables con inversiones que, como la de Río Negro en Argentina, permiten mejorar las infraestructuras con el objetivo de dinamizar las cadenas de suministro de alimentos, en especial la soja.

Las empresas estatales chinas estarían en discusiones con al menos seis estados brasileños (Bahía, Goiás, Santa Catarina, Rio Grande do Sul, Tocantins y Mato Grosso) para garantizar la compra directa de soja a los productores, con el objetivo de evitar la volatilidad e inseguridad del mercado. Al respecto, la inversión más cuantiosa es la de la estatal china Sanhe Hopefull, que estaría dispuesta a desembolsar 7.600 millones de dólares a lo largo de la próxima década para potenciar la agricultura y la logística del estado de Goiás a cambio de tener garantizado el suministro anual de seis millones de toneladas de soja.

Fuente: «Chineses investem na soja brasileira», *Folha de Sao Paulo*, 3 de abril de 2011.

39. La Zona Económica Especial del Triángulo del Oro requirió una inversión de 3.000 millones de yuanes, unos 300 millones de euros, con la que han levantado en sus 3.000 hectáreas hoteles, casinos y un embarcadero en el Mekong para recibir a los clientes. Una segunda fase prevé la construcción de un campo de golf, piscinas, centros comerciales, karaokes, centros de masajes y otros lugares de ocio. La concesión es por 99 años y la inversión total prevista en sus distintas fases alcanzará los 2.250 millones de dólares hasta 2020, el doble del presupuesto anual del Gobierno de Laos. La ONU ha manifestado su temor a que la ZEE se convierta en un epicentro del lavado de dinero de la droga, como consecuencia de su proximidad al Triángulo del Oro.

Fuente: «High stakes as laos turns to casinos», *South China Morning Post*, 23 de enero de 2011.

1. El nombre de la compañía en *pinyin* es Anhui Wai Jing Jian She Ji Tuan; su traducción al inglés es Anhui Foreign Economic Construction (Group) Co. Creada en 1992, realiza proyectos de infraestructura por medio mundo y tiene oficinas en 14 países de Asia, África, Europa, el Caribe y el Pacífico sur. Más información en <http://www.afecc.com/>

2. Anhui Wai Jing fue la empresa estatal a la cual se adjudicó, en licitación con otras empresas chinas, la construcción del Estadio Nacional de Maputo, cuyo coste inicial se fijó en 400 millones de yuanes (42 millones de euros). Las obras empezaron en noviembre de 2008 y concluyeron dos años más tarde. Los autores visitaron la instalación en agosto de 2010, época en la que Anhui Wai Jing estaba también involucrada en otros proyectos, como el aeropuerto de la capital. Fuentes consultadas por los autores destacaron que el estadio fue un obsequio chino ante el enorme potencial agroindustrial, maderero, minero y petrolífero que tiene Mozambique.

3. Juego nacional de mesa en China.

4. Además de los 260 trabajadores chinos, el número de obreros mozambiqueños contratados por Anhui Wai Jing ha fluctuado, según las necesidades, entre los 150 y los 250 a lo largo de los dos años de construcción del estadio, según Jiang Ning. Para las empresas con más de 100 empleados, el artículo 31 de la ley laboral mozambiqueña fija una cuota máxima de trabajadores extranjeros del 5 por ciento, porcentaje que los chinos burlan sistemáticamente gracias a la excepción que contempla la ley cuando las obras son catalogadas como de «interés público». João Feijó, sociólogo que en agosto de 2010 ultimaba un estudio comparativo sobre las condiciones laborales en Mozambique, asegura que no ha dado con ninguna empresa china en la que «al menos el 30 por ciento de su fuerza laboral no sea china».

5. Según João Feijó, sociólogo y experto laboral en Maputo, «una empresa portuguesa, italiana o sudafricana pagaría por lo menos 6.000 *meticals*, unos 130 euros» por lo mismo.

6. Cálculo de un sindicato mozambiqueño en base a los costes de una familia de cinco miembros durante un mes. Entre otros, incluyen los de transporte, carbón, agua, arroz, aceite, tomates y otras verduras. El listado no contempla costes prescindibles para poder sobrevivir como la carne, el pescado, la ropa y los gastos médicos o escolares.

7. Según conclusiones de los autores basadas en numerosas entrevistas con patronos y oficiales chinos, la discriminación salarial en favor de los trabajadores chinos y en perjuicio de los locales se justificaría, a los ojos de las empresas chinas, como compensación por el coste personal de tener que dejar su país, entorno y familia durante varios años. También por la consideración, prácticamente unánime, de que los chinos trabajan más, mejor, más rápido y más disciplinadamente que los locales, siendo por tanto más productivos. Este razonamiento, más allá de que suele coincidir con la realidad, en muchos casos se defendió con argumentos que incorporaban connotaciones racistas, según comprobaron los autores en sus entrevistas.

8. Conversación telefónica con un responsable de Anhui Wai Jing en su sede en China, el 26 de octubre de 2010.

9. El premio *China-Africa Friendship Award — Top 10 Chinese Enterprises in Africa* fue concedido a Anhui Wai Jing en enero de 2011. El galardón lo conceden el Ministerio de Asuntos Exteriores chino y la Asociación de la Amistad popular Sino-Africana, entre otros organismos.

10. Los autores fueron testigos de las quejas de los trabajadores mozambiqueños en otras obras chinas en el país. Por ejemplo, en los 95 kilómetros que la estatal China Henan International Cooperation Group está construyendo entre Xai-Xai y Chisbuka, al sur del país, varios obreros se quejaron de los bajos sueldos (0,25 dólares por hora trabajada), la ausencia de contratos y seguros, la negativa de la empresa a pagarles el transporte hasta el lugar de trabajo, el duro trato de los jefes y la inexistencia de equipamiento adecuado. La compañía negó a los autores cualquier problema.

11. Feijo, João (2010), «Relações sino-moçambicanas em contexto organizacional — uma análise de empresas em Maputo», en Carlos Serra (coord.), *A construção Social do Outro — perspectivas cruzadas sobre estrangeiros e moçambicanos*, Imprensa Universitária, Maputo, pp. 245-316. El estudio contó con 34 entrevistas a trabajadores chinos y mozambiqueños de ocho empresas chinas en la capital mozambiqueña.

12. En inglés, *cinturón de cobre*. Es el nombre oficial de la provincia minera de Zambia que cobija una de las mayores reservas de cobre y cobalto del mundo.

13. El proyecto TAZARA (Tanzania-Zambia Railway Authority) se inició en 1970 y concluyó cinco años más tarde, requiriendo el inconmensurable esfuerzo de 25.000 obreros chinos y de otros 50.000 tanzanos y zambianos. A lo largo de la ruta se construyeron 300 puentes, 23 túneles y 147 estaciones. Si en su día fue el mayor proyecto de cooperación chino realizado hasta entonces en el extranjero, hoy Pekín y muchos países africanos siguen considerándolo como un símbolo de las buenas relaciones y de la cooperación ganador-ganador entre China y el continente negro.

14. La Zona Económica Especial (ZEE) de Chambishi es una de las siete que, de acuerdo con los respectivos Gobiernos africanos, China pretende implantar en el continente. A imagen y semejanza de las ZEE que el gigante asiático creó en su territorio a partir de 1979, se trata de zonas destinadas a atraer la inversión extranjera con el anzuelo de unas jugosas ventajas fiscales y un atractivo precio del suelo. Hasta el momento, su eficacia ha sido menor, casi un fracaso. Los autores Deborah Brautigam y Tang Xiaoyang señalan en *African Shenzhen: China's special economic zones in Africa* (Cambridge University Press, 2011) que sólo las de Zambia y Egipto están operativas, mientras que las de Mauricio, Etiopía, Argelia y las dos de Nigeria están en construcción desde hace años o han sido suspendidas. Los autores de este libro visitaron la de Suez, en Egipto, donde la presencia china es modesta, y la de Chambishi, que tendrá una subsele en Lusaka. Según la revista *Zambia Review 2010*, se trata de una inversión de 900 millones de dólares y acogerá entre 50 y 60 empresas que emplearán a 6.000 zambianos en 2014. Según las entrevistas realizadas por los autores, actualmente sólo hay operativas siete empresas. Policías y agentes de seguridad impidieron la entrada a los autores a un recinto repleto de cámaras de vigilancia. El promotor China Nonferrous Mining Group declinó ser entrevistado.

15. La explosión mortal del 20 de abril de 2005 se achacó a la inexperiencia de los obreros, que en su mayoría eran eventuales y no tenían preparación ni experiencia, a la falta de equipamiento adecuado y a la negligencia de las prácticas de seguridad más elementales. Los trabajadores fallecidos, que tenían entre 18 y 23 años, cobraban entre 15 y 25 dólares al mes, según reza el informe *Zambian mining labour: modernity, casualization and other forms of precariousness*, de Grace-Edward Galabuzi, 2005, Ryerson University. Cada familia recibió 10.000 dólares de indemnización.

16. Los cuatro testimonios aseguraron que las condiciones en las otras empresas extranjeras son «mucho mejores», pero las opciones de trabajar en ellas son remotas porque la mayoría de empresas de Chambishi son chinas. El estudio *Chinese Investments in Africa: a Labour perspective* asegura que las compañías mineras chinas pagan en Zambia un 30 por ciento menos que su competencia. Contactados por los autores, fuentes de la compañía Fifteen Metallurgical Construction Company en Pekín negaron cualquier polémica laboral en Zambia.

17. National Union of Miners and Allied Workers (NUMAW).

18. Con la excepción de la mina que China Nonferrous Metal Mining Group opera en Luanshya, situada entre Kitwe y Ndola, cuyas condiciones laborales son «estándar», según NUMAW. Ello se debe a que cuando esta compañía invirtió en la mina no tuvo más remedio que partir de las mismas condiciones laborales preexistentes que ya ofrecía el antiguo propietario. En términos laborales, la mina de Luanshya es la única de capital chino con un escenario laboral óptimo en todo el *Copperbelt*, según la misma fuente.

19. Cientos de mineros de los 800 que están empleados en Collum Coal Mine, de propiedad china, protestaron el 15 de octubre de 2010 por las condiciones de seguridad de la instalación minera. Los dos jefes abrieron fuego, hiriendo a 11 de ellos. Oficialmente, el caso fue sobreseído por falta de testigos, lo que no deja de ser sorprendente dada la naturaleza de los acontecimientos. La prensa local y la extranjera especularon con la posibilidad de que las presiones políticas y la excarcelación en China de dos ciudadanas zambianas acusadas de tráfico de drogas, fueran las verdaderas causas del sobreseimiento.

20. En 2009, en plena crisis, China invirtió 400 millones de dólares en el sector minero de Zambia. En 2010, invirtió más de 1.000 millones de dólares en la economía zambiana, según la Agencia de Desarrollo de Zambia. El Ministerio de Comercio del país africano proyectaba para 2011 un volumen de comercio bilateral superior a los 2.400 millones de dólares, después de alcanzar los 2.000 millones un año antes.

21. Véase el capítulo 3, donde se describen, igualmente, las precarias condiciones en las que operan los trabajadores locales en las minas chinas de Perú y Birmania.

22. *Chinese Investments in Africa: a Labour Perspective*, 2009.

23. La frase textual en inglés fue: «The Chinese are ripping off lots of money and are giving back very little». *Ripping off* se refiere al engaño para robar.

24. China, la segunda economía del mundo con aspiraciones de superar a Estados Unidos en 2020, sigue fijando —a través de sus Gobiernos locales— salarios mínimos del Tercer Mundo: en torno a 1.300 yuanes (140 euros) y 800 yuanes (86 euros), respectivamente, en las ciudades y en las zonas rurales. Desde el proceso de «apertura y reforma», Pekín ha sido reacio a mejorar las condiciones laborales de la clase trabajadora, conscientes de que en los bajos costes radica el éxito y la continuidad de la «fábrica del mundo». Por ejemplo, no fijó por ley la obligatoriedad de un salario mínimo hasta el año 2004. Con todo, desde 2009-2010 parece que el Gobierno chino está decidido a cambiar un modelo que, por las enormes desigualdades que genera, es insostenible a largo plazo. Ello ha provocado un endurecimiento de la legislación laboral, una mayor observancia en su cumplimiento y un incremento significativo del salario mínimo con el propósito, al menos en las ciudades del este del país, de atajar los desequilibrios y —a la vez— apoyar la creación de una clase media que permita transitar a un modelo económico basado en el consumo.

25. Para poder conocer sus historias de principio a fin, los cuatro trabajadores llegaron en tren a Pekín a finales de mayo de 2010 —a petición y a cargo de los autores— con documentación diversa (contratos laborales, hojas de pago, tablas donde figuraban pagos futuros, billetes de avión, visados, etc.) que permitió corroborar sus testimonios. Los autores intermediaron para que fueran asesorados legalmente en un juicio posterior.

26. La documentación que llevaron a Pekín reflejó la complejidad del sistema de pago de los salarios de los trabajadores emigrantes. El salario es abonado en varios tramos y a varios receptores (empleados por una parte, familia por otra), en un sistema casi laberíntico que tiene por objeto, de un lado, evitar que los trabajadores gasten todo el dinero y priven de apoyo a sus familias, y por otro, que el trabajador abandone de forma prematura su compromiso para con la empresa. Se trata de un engranaje que, pese a ser técnicamente legal, desposee en la práctica al trabajador del derecho a la renuncia. Aunque esta característica no es exclusiva de China —Francia y Gran Bretaña aplicaban estos contratos leoninos a los inmigrantes chinos en los albores del siglo xx—, la severidad con la que se aplica en el gigante asiático no tiene parangón en nuestra época. Algunas empresas van más allá, y para evitar que los trabajadores renuncien a su salario y se vayan, les retienen el pasaporte, haciéndolos virtualmente rehenes de la compañía. Fuentes: *Hired on Sufferance China's Migrant Workers in Singapore*, de China Labour Bulletin (Aris Chan, febrero de 2011) y entrevistas de los autores con Zhang Zhiqiang, abogado chino experto en temas laborales de emigrantes.

27. Contactado telefónicamente por los autores, Lei Youbin negó todas las acusaciones y rechazó dar ninguna explicación convincente antes de colgar el teléfono de forma abrupta.

28. Al menos una decena de trabajadores chinos han renunciado al trabajo por las precarias condiciones laborales y por el trato de los jefes de Aolong, que siguen haciendo uso de la violencia y amenazas. El último incidente se produjo en vísperas del Año Nuevo chino del conejo, en febrero de 2011, cuando los patronos apalearon a un trabajador después de que éste se quejara por las condiciones laborales. Ante la incapacidad del sistema legal gabonés y la tibieza del chino —que, como demuestra la sentencia en el caso, apenas exige pagar los salarios, sin ninguna otra reparación—, Aolong sigue imponiendo su ley en África.

29. A falta de cifras oficiales, distintas estimaciones sitúan el número de trabajadores chinos en Angola entre 70.000 y 300.000.

30. Fuentes: «Hired on Sufferance China's Migrant Workers in Singapore», Aris Chan, febrero de 2011 y entrevista con China Labour Bulletin en Hong Kong.

31. El contrato modelo de la agencia Meilian al que los autores tuvieron acceso menciona cosas como que la comida de la cantina la pagarán empleado y empleador al 50 por ciento, o que el empleador tiene derecho a deducir salario al trabajador por errores de ejecución en el trabajo o por roturas del material. También se prevén multas de entre 5.000 y 10.000 yuanes por determinadas conductas o incumplimientos vinculados a la ejecución del trabajo, al tiempo que autoriza al empleador a dar por concluida la relación contractual si el empleado «causa problemas o interviene en huelgas», «desobedece a los jefes [...] o trabaja inadecuadamente provocando una pérdida a la compañía», entre otras causas. Contrato original en chino.

32. ONG de referencia en asuntos laborales que, desde Hong Kong, lleva años siguiendo y denunciando los excesos laborales que se cometen en China. Más información: <http://www.china-labour.org.hk/en/>

33. Desde el desmantelamiento del maoísmo, el «mantra» del régimen chino es «desarrollo económico y estabilidad política». En ese sentido, el desempleo es una de las obsesiones del Gobierno, que no escatima esfuerzos para atajarlo y evitar así revueltas que pongan en peligro la hegemonía del Partido Comunista al frente del poder. Además de las iniciativas adoptadas por Pekín para fomentar el empleo a toda costa, como por ejemplo el paquete de estímulo fiscal de 586.000 millones de dólares para combatir la crisis financiera aprobado en 2008, los altos funcionarios locales tienen vía libre para adoptar políticas locales. Por ejemplo, el gobierno del condado de Qingzhou, en la provincia de Shandong, uno de los focos exportadores de mano de obra, ha promovido la emigración para «ganar dinero extranjero» y a la vez combatir el paro. Un estudio llevado a cabo por expertos chinos reflejaba la apremiante situación local, donde más de 700.000 campesinos tenían que repartirse una extensión de apenas 62.800 hectáreas de tierra arable. Para combatir esta situación, el gobierno local creó una empresa para exportar mano de obra que habría enviado ya a más de 50.000 trabajadores a otras provincias y a lugares como Rusia, Japón o Corea del Sur.

34. Lei Lin, de la agencia Meilian, atribuye, en parte, este exceso de mano de obra al impacto de la presa de las Tres Gargantas, que ha provocado el realojamiento de millón y medio de personas hasta la fecha. La presa ha provocado un gran número de desplazados que, además de perder sus casas, han tenido que abandonar sus métodos de subsistencia tradicionales. El Gobierno local ha llevado adelante varias iniciativas para prevenir, antes de su erupción, eventuales focos de tensión por la pobreza que ha generado la presa entre los desplazados. Una de ellas fue la promoción, desde 1999 hasta 2009, de la exportación de mano de obra a otros países, a través de la concesión de descuentos fiscales y mayor acceso al crédito para las empresas que enviaran al menos 100 trabajadores al extranjero.

Fuente: 重庆市鼓励扩大对外劳务合作规模若干优惠政策 (试行) («The preferential policy on encouraging the labor cooperation in Chong Ping»), proporcionado por el Gobierno de Chongqing en 1999. Accesible en [http://www.pccqpc.com.cn/office/law.nsf/7dec3d01d2b5eb6448256aef00066148/2b3a1f0376ad7e3b48256862002bba1f? OpenDocument&Click=](http://www.pccqpc.com.cn/office/law.nsf/7dec3d01d2b5eb6448256aef00066148/2b3a1f0376ad7e3b48256862002bba1f?OpenDocument&Click=)

35. La ley estipula que la comisión que la agencia cobra al trabajador por sus servicios no puede superar el 12,5 por ciento de la cantidad total fijada en el contrato. Es común que en la práctica les cobren más, según China Labour Bulletin.

1. 与天斗,其乐无穷 (*Yu Tian Dou, Qile Wu Qiong*), extracto del poema 奋斗自勉 (*Fen Dou Zi Mian*) escrito por Mao Zedong en 1917, cuando era un joven estudiante.

2. *Logging in the Wild East: China and the Forest Crisis in the Russia Far East*, Pye-Smith, Charlie, Forest Trends, 2006.

3. El gobierno chino decretó en septiembre de 1998 un draconiano plan prohibiendo la tala de árboles en buena parte del territorio chino como consecuencia de las constantes inundaciones que, ese mismo año, segaron la vida a 3.600 personas en el centro de China y causaron pérdidas económicas por valor de 30.000 millones de dólares. Los expertos atribuyeron las inundaciones, acaecidas sobre todo en el Río Yangtzé, a la tala excesiva y a la mala calidad de los diques de contención construidos a lo largo de las orillas del río, consecuencia de la corrupción. *Forests, floods, and the environmental state in China*, Lang, Graeme, junio de 2002.

4. *The Russian-Chinese Timber Trade: Export, Supply Chains, Consumption, and Illegal Logging*, WWF Forest Programme, 2006.

5. Si se hace una tala selectiva, como es el caso de las especies nobles en Siberia, la producción de los bosques de la región de Primorskyi es de entre 1 y 1,5 metros cúbicos por hectárea. Por consiguiente, diez millones de metros cúbicos equivalen a entre ocho y diez millones de hectáreas, según Anatoly Lebedev.

6. «Los importadores chinos controlan de manera colectiva el comercio de la madera y fijan los precios, y es muy difícil para los exportadores rusos de madera [...] hacer negocios directamente con los usuarios finales. No hay manera de que los exportadores rusos entren directamente en el mercado maderero del noreste de China. Actualmente, los exportadores rusos no pueden suministrar madera a China sin que esté involucrada una empresa china de comercio», *The RussianChinese Timber Trade: Export, Supply Chains, Consumption and Illegal Logging*, WWF informe de 2006, p. 13.

7. Precios de abril de 2010, fecha en la que los autores visitaron la zona.

8. *Russian Logs in China: the Softwood Commodity Chain and Economic Development in China*, Song Weiming et al., Forest Trends, 2007.

9. Se estima que el 95 por ciento de la madera que Rusia exporta a China son troncos sin ningún tipo de procesamiento industrial. *Logging in the Wild East: China and the Forest Crisis in the Russia Far East*, Pye-Smith, Charlie, Forest Trends, 2006, p. 2.

10. *Logging in the Wild East: China and the Forest Crisis in the Russia Far East*, Pye-Smith, Charlie, Forest Trends, 2006 y *The Russian-Chinese Timber Trade: Export, Supply Chains, Consumption, and Illegal Logging*, WWF Forest Programme, 2006.

11. «China no dispone de legislación que prohíba el comercio de productos fabricados con madera de origen ilegal, ni tiene un sistema de diligencia como el de Estados Unidos o Europa. Pero está dando pasos para hacer lo que hace la Unión Europea o Estados Unidos. Hay muchas y complejas razones por las cuales China no tiene [este tipo de políticas], que tienen que ver con sus estructuras legales e históricas, así como con un compromiso muy fuerte con la soberanía de otros países, etc.», según explicó en una entrevista por e-mail Kerstin Canby, de la organización Forest Trends.

12. *Russian Logs in China: the Softwood Commodity Chain and Economic Development in China*, Song Weiming *et al.* Forest Trends, 2007.

13. El director de la Asociación Nacional de China de Mobiliario, Zhu Changling, estima que en todo el territorio chino hay más de 50.000 empresas que operan en el sector y dan empleo a cinco millones de personas. Fuente: entrevista con los autores.

14. Entre un 40 y un 60 por ciento de las empresas implicadas en la exportación de madera mozambiqueña a China la llevan a cargo compañías estatales chinas. *Tristezas Tropicales. More Sad Stories from the Forests of Zambezia*, Maputo, agosto de 2009, p. 34. En Rusia, la gran mayoría son empresas privadas.

15. Como explica Ana Alonso, existen dos maneras de talar en Mozambique: una es a través de la licencia simple, renovable anualmente y que sólo los mozambiqueños pueden detentar; la otra es a través de una concesión forestal, abierta a todos pero que, obtenida por la vía legal, exige una inversión de más de un millón de dólares y varios años de laberinto burocrático.

Según Alonso, los chinos no tienen concesiones forestales en las provincias madereras de Sofala, Zambezia y Nampula. Sin embargo, sí participan indirectamente en la tala: muchas veces utilizan a locales como simples tapaderas para obtener licencias simples. En palabras de Alonso, se trata de un «sistema perverso porque con ello lo que el chino hace es endeudar al mozambiqueño y asegurarse de que la madera que corta se la vende a él en las condiciones que el chino quiere». Entre las artimañas frecuentes figuran el modo de contabilizar la calidad y la cantidad de la madera. Todo ello lleva a los titulares de las licencias a superar los límites de tala anual que marca la ley (500 toneladas de madera de primera calidad cuyo coste suele rondar los 8.000 dólares) para poder reembolsar el préstamo.

Al respecto, la experta Catherine Mackenzie estima que «la mayoría de pequeños operadores pueden entrar en el sector sólo con la obtención de créditos por parte de compradores de madera asiáticos», *Mozambique: Chinese takeaway!*, Catherine Mackenzie, FONGZA, 2006, p. 13.

16. Las 7.500 toneladas anuales que Zheng exporta a China hay que multiplicarlas por 50, que es el número estimado de empresas chinas que operan en la zona. A falta de estadística oficial, la exportación de madera sin procesar de empresas chinas sólo en la provincia de Sofala superaría, usando dicha referencia, las 375.000 toneladas anuales.

17. *Mozambique: Resistance forms to illegal logging*, UN Integrated Regional Information Networks, 20 de abril de 2007.

18. «Entre 1997 y 2007 el volumen de exportaciones [chinas] de bienes madereros manufacturados se multiplicó por ocho, pasando de 5,1 a 48,5 millones de metros cúbicos», en *Recent Developments In Forest Products Trade Between Russia and China: Potential Production, Processing, Consumption and Trade Scenarios*, Steve Northway *et al.*, Forest Trends, marzo de 2009, p. 2.

19. China importó en 2010 34,3 millones de metros cúbicos de troncos, un 22 por ciento más en volumen que en 2009. El mayor crecimiento se produjo en las especies nobles (+49 por ciento). La Comisión Nacional de Reforma y Desarrollo (CNRD), el principal órgano de planificación económica en China, estima que para 2015 el país tendrá un déficit de entre 140 y 150 millones de metros cúbicos de madera para uso industrial.

Fuentes: *China's Imports Soar in 2010 - led by Logs (+22%) and Lumber (+49%)*, informe de prensa por Wood Markets, 8 de febrero de 2011; y *Recent Developments In Forest Products Trade Between Russia and China: Potential Production, Processing, Consumption and Trade Scenarios*, Steve Northway et al., Forest Trends, marzo de 2009, p. 2.

20. *State of the World's Forests 2011*, Food and Agriculture Organization of the United Nations (FAO), Roma, 2011.

21. Ello supuso un 34,3 por ciento más que en 2009. Fuente: 2010年全国林产品进出口额 962.7亿美元 增 37,1 por ciento, accesible en <http://www.wood168.net/woodnews/20625.html>.

22. *Sharing the Blame. Global Consumption and China's Role in Ancient Forest Destruction*, Greenpeace, 2006, p. 42.

23. *Investigation Into the Global Trade in Malagasy Precious Woods: Rosewood, Ebony and Pallsander*, Global Witness and the Environmental Investigation Agency (US), octubre de 2010, p. 11.

24. El sur de China sufrió en primavera de 2010 la peor sequía en seis décadas, que afectó a más de cincuenta millones de personas. Fuente: *China says drought now affecting 50 million people*, Ben Blanchard, Reuters, 19 de marzo de 2010.

25. Cuatro son las presas que China ha construido ya en el Mekong: Manwan, Daochaoshan, Jinghong y Xiaowan, esta última la más alta del mundo, con 292 metros y con capacidad para almacenar 15.000 metros cúbicos de agua (suficiente para regular el caudal del río). En total, 70.000 personas han tenido que ser realojadas en China por estos proyectos hidroeléctricos, cifra que aumentará hasta los 130.000 cuando el resto de presas planeadas en el lado chino se terminen en el transcurso de esta década, según Yu Xiaogang, director de Green Watershed.

Fuentes que prefieren no ser citadas explicaron que ha habido grandes desmanes en lo que se refiere a las compensaciones de los afectados por las presas (indemnizaciones por debajo de lo establecido y relocalización a zonas con riesgo de sismo o sin acceso a agua potable, entre otros). Sin embargo, los afectados «tienen miedo de hablar con la prensa porque, entre ellos, habría confidentes de las autoridades chinas». China ocupa el puesto 171 (de un total de 178) en la lista elaborada en 2010 por Reporteros Sin Fronteras (RSF) sobre la libertad de prensa en el mundo.

Fuente: *Mekong Tipping Point: Hydropower Dams, Human Security and Regional Stability*, Cronin, Richard y Hamlin, Timothy, The Henry L. Stimson Center, 2010, p. 29.

26. La mayoría de electricidad generada por las presas en la parte china del Mekong se vende a Cantón y a Tailandia y Laos, según Yu Xiaogang.

[27.](#) *Dams in China Turn the Mekong Into a River of Discord*, Michael Richardson, Yale Center for the Study of Globalization, 2009.

28. Se estima que es en Camboya, en el lago Tonle Sap, y en el Delta del Mekong, en territorio de Vietnam, donde las consecuencias del fin de los ciclos del Mekong se dejan sentir más. En el caso del Tonle Sap, los activistas y expertos temen la extinción de nuevas especies en un ecosistema de por sí amenazado por la contaminación y la pesca excesiva, y que proporciona el 70 por ciento de las proteínas que consumen los quince millones de camboyanos. En Vietnam se culpa a las presas de los bajos niveles de agua, lo que hace que el mar gane terreno al agua dulce en el Delta del Mekong, región fundamental para la seguridad alimentaria de Vietnam por su alta productividad en arroz.

Fuentes: *Freshwater Under Threat, South East Asia*, United Nations Environment Programme (UNEP), 2009 y «China Hydropower Dams in Mekong River Give Shocks to 60 Million», Lee Yoolim, *Bloomberg Markets Magazine*, 26 de octubre de 2010.

29. China es hasta la fecha el único país en construir presas en el Mekong. El resto de países ha estudiado, desde la década de 1970, la construcción de proyectos hidroeléctricos en el río, lo que ha tomado fuerza los últimos años. El proyecto más avanzado es el de Xayabouri, una presa con capacidad para 1.260 megavatios que sería construida en el norte de Laos. También hay estudios para construir otras once presas en el río (Laos, Vietnam y Camboya). Los informes de viabilidad estiman que el impacto de estos proyectos sería desastroso, ante lo cual los expertos han pedido una moratoria de diez años en la construcción de cualquier infraestructura sobre el Mekong.

China juega también un papel importante en las presas planeadas río abajo. Por una parte, la construcción de sus presas ha roto el tabú que suponía llevar a cabo cualquier proyecto en un río tan importante como éste. Por otro lado, Pekín es un actor importante como inversor, ya que se estima que un 40 por ciento de los proyectos hidroeléctricos aguas abajo en el Mekong y sus tributarios estarían, si se aprueban los planes, ejecutados por empresas chinas.

Fuentes: *Strategic Environmental Assessment of Hydropower on the Mekong Mainstream. Final Report*, International Centre for Environmental Management, octubre de 2010, y *Cascade effect*, de Philip Hirsch, director del Australian Mekong Resource Centre. <http://www.chinadialogue.net/article/show/single/en/4093-Cascade-effect>

30. China ha construido al menos veinte presas y planea levantar otras cuarenta en los ocho principales ríos que salen de las cordilleras del Himalaya. Fuente: *Water Wars? Thirsty, energy-short China stirs fear*, Gray, Denis, AP, 16 de abril de 2011.

31. *A Sino-Indian River War: How Serious is the Threat?*, Holslag, Jonathan, BICCS, 2008.

32. China ha construido quince embalses en los afluentes del Ili y ha creado un canal de 22 metros de ancho y 300 kilómetros de largo en el Irtysh para suministrar agua para la industria petrolera china situada en Karamay, en la provincia de Xinjiang.

Fuente: «The Upstream Superpower: China's International Rivers», Nickum, E. James, en *Management of Transboundary Rivers and Lakes*, Springer, 2008, p. 239.

33. Menos del 1 por ciento de los recursos hídricos totales de China tiene origen fuera de las fronteras chinas. «The Upstream Superpower: China's International Rivers», Nickum, E. James, en *Management of Transboundary Rivers and Lakes*, Springer, 2008, p. 230.

34. «The Upstream Superpower: China's International Rivers», Nickum, E. James, en *Management of Transboundary Rivers and Lakes*, Springer, 2008, p. 230.

35. Aprobada en 1997 por 103 votos a favor, 27 abstenciones y 3 votos en contra, la Convención trata de sentar las bases para la resolución de eventuales conflictos por el agua. He Deming explicó a los autores las razones que motivan que China se siga oponiendo a este acuerdo, que todavía se niega a suscribir: «Se trata de un texto injusto porque tiene en cuenta las prioridades de las regiones que están río abajo. Se establecen restricciones para los proyectos hidroeléctricos río arriba, para proteger el medio ambiente, pero de esta forma se limita el desarrollo de los países *upstream*».

Fuentes: «The Upstream Superpower: China's International Rivers», Nickum, E. James, en *Management of Transboundary Rivers and Lakes*, Springer, 2008, p. 231.

36. Una sensibilidad medioambiental que, justo es decirlo, está mejorando en China como consecuencia sobre todo de la imperiosa necesidad de invertir una situación medioambiental catastrófica e insostenible, producto de treinta años de desarrollismo salvaje.

37. La industrialización de China, iniciada en 1949 con la llegada del Partido Comunista al poder y acelerada tras las reformas económicas de 1978, ha dejado una profunda herida en el medio ambiente. Aunque la transformación de China en fábrica del mundo —producto de la deslocalización occidental— ha jugado un papel muy importante en todo ello, no se puede obviar la poca atención que las autoridades han puesto en la conservación del medio ambiente durante las últimas seis décadas.

Como consecuencia de todo ello, China alberga hoy veinte de las treinta ciudades más contaminadas del mundo y miles o decenas de miles de los llamados «pueblos del cáncer», donde los vertidos industriales sin control en lagos y ríos disparan los índices de la enfermedad entre las poblaciones locales. Además, se estima que el 26 por ciento del agua de ríos y estanques es inservible para uso humano, mientras el 62 por ciento restante apenas es potable. Sólo el 1 por ciento de los 560 millones de chinos que viven en las ciudades respiran aire seguro, según los estándares de la Unión Europea.

En un informe publicado en 2007, que, según algunos rumores, fue censurado por el Gobierno chino, quien obligó a rebajar —por escandalosas— las cifras reales por escandalosas, el Banco Mundial estimó que 760.000 chinos mueren anualmente como consecuencia de la contaminación.

Fuentes: *Cost of Pollution in China. Economic Estimates of Physical Damages*, World Bank, 2007; «Transboundary water pollution management Lessons learned from river basin management in China, Europe and the Netherlands», Yu, Xia, *Utrecht Law Review*, vol. 7, n.º 1, enero de 2011.

38. Veíamos en el capítulo 3 que la minera Shougang Hierro Perú, que opera en las minas peruanas de Marcona en medio de graves acusaciones medioambientales, fue considerada como una de las 19 compañías más contaminantes de China.

39. En mayo de 2011 un tribunal de Fujian multó a Zijing Mining Group, uno de los mayores productores de oro del país asiático, con 4.620 millones de dólares por un vertido tóxico que envenenó a miles de peces en un río de Fujian y dejó sin suministro de agua a 60.000 personas.

40. Erdos se hizo con el derecho de explotar bauxita en las concesiones de la región de Mondulkiri, al este del país, tras anunciar una inversión de 3.000 millones de dólares que también incluye dos plantas generadoras de energía (carbón) y la explotación del controvertido proyecto en el lago Boeng Kak, en Phnom Penh. Unas 3.000 familias fueron expulsadas de sus hogares junto al lago y escasamente compensadas para que la empresa pudiera construir, con la inestimable colaboración de la élite política local, lucrativas viviendas de lujo.

Fuentes: entrevistas de los autores con fuentes que no quisieron ser citadas, y «Thousands displaced as Chinese investment moves into Cambodia», Prak Chan Thul, *South China Morning Post*, 7 de abril de 2011.

1. En otoño de 1950, un año después de la fundación de la República Popular de China, Mao Zedong mandó miles de tropas al Tíbet para someterlo. La resistencia al invasor alcanzó su cénit en marzo de 1959, cuando una revuelta en Lhasa cruelmente reprimida acabó con la huida y el exilio del Dalái Lama a la India, hasta hoy. Desde entonces, Dharamsala es la sede del Gobierno tibetano en el exilio.

2. Según el Gobierno tibetano en el exilio, en la India habría unos 100.000 tibetanos, 12.000 de ellos en Dharamsala. A su vez, Nepal cuenta con la segunda comunidad de tibetanos más numerosa fuera del Tíbet, con al menos 20.000.

3. Un cable de Wikileaks de la embajada de Estados Unidos en Nueva Delhi señaló que entre 1980 y 2009, un total de 87.096 refugiados tibetanos fueron registrados en el Centro de Recepción de Dharamsala. Durante años, el goteo anual de exiliados rondó los 3.000. De ellos, 600 serían niños que fueron obligados por sus padres a escapar para evitar que fueran educados bajo dominación china. Sacarlos del Tíbet implica invertir los ahorros de toda una vida, unos mil dólares, para pagar a los guías nepalíes del Himalaya. Muchos de esos niños no vuelven a ver a sus padres.

4. El 14 de marzo de 2008, meses antes de la celebración de los Juegos Olímpicos de Pekín, una protesta liderada por monjes en Lhasa contra la dominación china y la falta de libertad religiosa se propagó, en las horas y días que siguieron, por otras localidades y monasterios del Tíbet. A la violencia se sumaron muchos otros tibetanos, que atacaron a los chinos de etnia Han y a sus negocios. La respuesta de la policía y del ejército chinos fue implacable, tanto para sofocar la revuelta como en la caza de brujas que le siguió. La prensa occidental no fue autorizada a cubrir los hechos, así que la versión oficial difiere significativamente de lo que dicen las fuentes tibetanas. Según éstas, murieron al menos 220 tibetanos y otros 7.000 fueron detenidos; Pekín aseguró que apenas hubo 19 muertos, todos ellos chinos, como consecuencia de la violencia tibetana. Human Rights Watch (HRW) relata los abusos de las fuerzas de seguridad chinas en Tíbet entre 2008 y 2010 en el informe *I saw it with my own eyes*, publicado en 2010.

5. Lobsang Sangay, nacido en la India y educado en Derecho en Harvard, fue elegido primer ministro tibetano en abril de 2011 al conseguir el 55 por ciento de los votos ejercidos por los tibetanos en el exterior. Asumirá el rol político que, hasta la citada elección, recaía en la figura del Dalái Lama, quien mantendrá el liderazgo espiritual.

6. En una entrevista con los autores, el académico chino Ma Jiali, uno de los más reconocidos expertos en las relaciones China-India además de subdirector del *think tank* China Reform Forum, señaló que en el «probable» escenario de una radicalización del movimiento tibetano a la muerte del Dalái Lama, «China pedirá a la India que no permita a los tibetanos en el exilio llevar a cabo actividades políticas contra China, porque el Tíbet es el asunto más sensible para el Gobierno chino». Preguntado sobre si Pekín espera de la India una cooperación como la que actualmente ofrece Nepal, contestó: «sí, exactamente, como en Nepal». Esa lógica, sin embargo, es potencialmente conflictiva en la democrática India, donde los tibetanos gozan del favor de la opinión pública, los medios de comunicación y parte de la clase política. Que el Gobierno indio del momento trate de acomodar ese sentimiento con las demandas de China puede conllevar tensiones entre China y la India.

7. La académica se refiere a que hay una relación directa entre la cuestión tibetana y el contencioso entre la India y Pakistán, siendo como es éste un aliado tradicional de Pekín. La pacificación —o escalada de tensión— en el Tíbet, en su caso, tendría efectos paralelos recíprocas para la India en Pakistán.

8. Zhou Enlai, primer ministro de China durante el maoísmo, advirtió a Nehru en 1956 durante una visita a Nueva Delhi acerca de las consecuencias de dar asilo al Dalái Lama. En 1959, en medio de las desavenencias entre los dos países por la demarcación fronteriza, incluida la construcción china de una carretera estratégica que unía Xinjiang con Tíbet a través de la disputada región de Aksai Chin, Nehru dio asilo al líder espiritual tibetano y permitió que Dharamsala fuese la sede del Gobierno tibetano en el exilio. Para Pekín eso fue cruzar la línea roja.

9. Tras el exilio de los tibetanos, la CIA apoyó y financió las operaciones guerrilleras de cientos de tibetanos que fueron entrenados en campos en Nepal y la India para socavar el poder de Pekín en el Tíbet. El apoyo a este ejército secreto de guerrilleros se extendió hasta la década de 1970, cuando China y Estados Unidos establecieron relaciones diplomáticas. Fuente: *La Actualidad de China*, *op.cit.*, p. 538 y siguientes.

10. «El hecho de que los líderes de China vieran los esfuerzos indios como una tentativa para “quedarse con el Tíbet”, para convertir el Tíbet en un tapón, para volver al estatus anterior a 1949, para “derrocar la soberanía de China” o para lograr que el Tíbet “se sacudiera la jurisdicción del Gobierno central de China”, no necesariamente significa que dichas percepciones se ajusten a la realidad. De hecho, la esencia de la creencia china estaba equivocada. El criterio chino, que los analistas dicen que apuntaló la decisión de China de ir a la guerra en 1962, era, realmente, erróneo. Fue esa perniciosa forma china de malinterpretar las cosas lo que contribuyó poderosamente a la decisión de ir a la guerra en 1962.» *China's Decision for War with India in 1962*, John W. Garver, cap. 4, «New Directions in the study of Chinese Foreign Policy», 2006, Stanford University Press. Original en inglés traducido por los autores.

11. Ingenuamente, Nehru estaba convencido de que China no reaccionaría a las incursiones fronterizas de sus tropas y, por tanto, que no habría una ofensiva china a gran escala. Cuando ésta se produjo, las tropas indias no esperaban el ataque ni estaban convenientemente preparadas, así que el avance chino fue imparable.

12. Después de la guerra, las relaciones siguieron deteriorándose con el apoyo chino a Pakistán durante el conflicto indo-pakistaní de 1965, la firma de un tratado de cooperación con la Unión Soviética en 1971 que ponía a Nueva Delhi en la órbita soviética, y varias escaramuzas en la frontera hasta bien entrada la década de 1980.

13. La cooperación entre la India y China ha ido más allá del comercio. En cuestiones multilaterales, por ejemplo, ambos países suelen ir de la mano, ya sea en el G-20, el cambio climático o en la llamada cooperación Sur-Sur. Pero permanecen las diferencias en otros asuntos: la cuestión de los recursos acuíferos compartidos, las continuas demandas por competencia desleal (*anti-dumping*) presentadas por la India contra China ante la Organización Mundial del Comercio (OMC), el déficit comercial indio, la pasividad de Pekín al apoyar la pretensión de Nueva Delhi de tener asiento en el Consejo de Seguridad de la ONU y una provocadora política china de concesión de visados en las zonas territoriales bajo disputa, percibida como una afrenta en la India, entre otros temas.

14. En su frontera norte, la India reclama a China un área tan grande como Suiza para su región de Ladakh. Al este, China reclama a la India un área tres veces más grande, que incluye gran parte de Arunachal Pradesh, de gran significación en el budismo tibetano. Pekín no reconoce la llamada *Línea McMahon*, la demarcación fronteriza entre la India y el Tíbet fijada en 1914 por el entonces poder colonial británico y las autoridades de un Tíbet independiente *de facto*. Estas disputas se solapan con la que libran la India y Pakistán por la región de Jammu y Cachemira, en la que Pekín apoya abiertamente a Islamabad.

15. Aunque la causa tibetana cuenta con un amplio respaldo en la India, no faltan quienes cuestionan la política de Nueva Delhi. Uno de ellos es Madhav Das Nalapat, profesor de la universidad de Manipal y experto de gran influencia en el país, quien dijo a los autores que «la India ha pagado un precio muy alto en términos geopolíticos por su apoyo al Dalái Lama y a los tibetanos».

16. Además de las seis divisiones, la India despliega también su policía de fronteras y estaría formando otras dos divisiones de alta montaña para reforzar Arunachal Pradesh.

Por su parte, se estima que China tiene desplegados 500.000 hombres en el Tíbet, donde tiene la capacidad de movilizar 12 divisiones en menos de un mes, gracias a haber construido allí múltiples infraestructuras que facilitan el traslado de tropas. Entre las más destacadas figuran el tren a Lhasa por el techo del mundo, cinco aeropuertos y una red de carreteras de 41.000 kilómetros. *Consolidating Control: Chinese infrastructure development in Tibet*, primavera de 2011, Monika Chansoria, CLAWS.

17. La agenda programada incluía una entrevista con los directivos chinos de Huawei en Nueva Delhi, donde está su sede india, y una visita al centro de I+D de la compañía en Bangalore. Pese a la cancelación de la cita en Delhi, la de Bangalore se mantuvo en pie. Los directivos entrevistados en Bangalore eran todos de nacionalidad india. Los autores no pudieron entrevistar a ningún directivo chino.

18. Ese año Huawei se convirtió en el segundo jugador mundial del sector, detrás de Ericsson. Su facturación de 2010 supuso un incremento del 24 por ciento respecto al ejercicio anterior.

Fuente: http://www.chinadaily.com.cn/bizchina/2011-02/01/content_11953774.htm

Según fuentes de la compañía, un 10 por ciento de la facturación se reinvierte en I+D, donde trabajan 51.000 empleados (el 46 por ciento de su plantilla). Un *teleco* con diez años de experiencia cobra en Huawei India en torno a 40.000 dólares anuales, entre tres y cuatro veces menos de lo que cobra un profesional del mismo perfil en Estados Unidos o Europa. Hasta 2009, Huawei registró 42.543 patentes.

19. En teoría, la prohibición era extensible a todas las compañías extranjeras proveedoras de equipos, pero la actuación gubernamental iba dirigida indiscutiblemente contra las compañías chinas. Según explicaron fuentes de Huawei a los autores, la circular «se relajó» en agosto de 2010 cuando la compañía accedió, para probar su transparencia, a revelar su código-fuente, el llamado ADN de sus equipos. Los competidores de Huawei se negaron a hacer lo propio, lo que llevó al Gobierno indio a limitar el alcance de la medida.

20. Respecto a la composición del accionariado, Huawei se limita a decir que la compañía «es propiedad al 100 por 100 de sus empleados y nadie atesora más del 2 por 100». Hasta la memoria anual de 2010, no se sabía prácticamente nada acerca de quién era quién en el equipo directivo. Ren Zhengfei no concede entrevistas a la prensa y la compañía no tiene planes de cotizar en bolsa, lo que le obligaría a una mayor transparencia.

21. En agosto de 2010 *The New York Times* publicó que Pekín habría desplegado entre 7.000 y 11.000 hombres en la estratégica región de Gilgit-Baltistan, en la Cachemira pakistaní, al objeto de asegurar la ruta terrestre que debe unir Xinjiang con el Índico. La India reclama dicho territorio como propio.

22. Según un acuerdo bilateral firmado en julio de 2010, China construirá en Pakistán otros dos reactores nucleares para uso civil, por 2.400 millones de dólares. Previamente, ya construyó otros dos en la misma planta. El acuerdo supone una violación de las directrices del Grupo de Suministradores Nucleares, las cuales prohíben el comercio nuclear con países que no hayan firmado el Tratado de No Proliferación Nuclear, como es el caso de Pakistán. Para justificar su participación, China ha sugerido que la venta nuclear contribuirá a la estabilidad en el sur de Asia, haciéndose eco de la postura pakistaní que denuncia que el pacto nuclear entre la India y Estados Unidos ha provocado un desequilibrio nuclear en la región. Distintos expertos entrevistados en la India por los autores mostraron su preocupación por el «uso inapropiado» que Pakistán pudiera hacer de la tecnología nuclear de doble uso suministrada por China. Dichas sospechas se fundamentan no sólo en la voluntad de Islamabad de lograr un equilibrio regional manteniendo viva la amenaza nuclear, sino también por el papel histórico jugado por China en el programa nuclear pakistaní. La decisiva asistencia que Pekín brindó a Islamabad en los años ochenta y posteriores quedó suficientemente contrastada al destaparse la trama de comercio atómico del famoso científico pakistaní Abdul Qadeer Khan, quien detalla la conexión china del programa nuclear pakistaní con fines militares. La asistencia china fue decisiva para acelerar la obtención de la bomba atómica. Pekín nunca ha reconocido su participación en dicha proliferación. «En el asunto de la proliferación nuclear de China, Estados Unidos mira para otro lado», denunció el ex diplomático indio en Pakistán y otros países Parthasaraty.

23. «千刀万剐» es una expresión aparecida por vez primera en una obra de la dinastía Yuan. Literalmente significa «usar 10.000 puñales, dar 10.000 cortes». En Nueva Delhi se refieren a ella para describir la táctica que Pekín estaría utilizando para debilitar a su vecino.

24. Con esta expresión alude a la política oficial de Estados Unidos con respecto a los homosexuales en las Fuerzas Armadas.

25. Otros dos expertos dijeron a los autores que los académicos chinos no son capaces de dar una respuesta a por qué China no ejerce su influencia con Pakistán para tratar de atajar el terrorismo. «China colabora en la guerra contra el terrorismo, pero sólo si supone una amenaza para su integridad territorial o para su gente. El terrorismo tiene varias caras en Pakistán, si no les afecta a ellos, no les importa», dijo uno de ellos.

26. China está interesada en convertir Gwadar en un «hub» energético, para lo cual pretendería construir un oleoducto a través de Pakistán hasta Xinjiang para transportar el petróleo de África y Oriente Medio. En la primavera de 2011 se anunció que China sería la encargada de gestionar el puerto, pero el Gobierno desmintió que hubiera solicitado a Islamabad que acogiera también una base naval china.

27. En 2013 estará operativo el portaaviones *Admiral Gorshkov*, comprado a Rusia, y está prevista la finalización de un portaaviones autóctono en 2015. Fuente: *China And India: A Rivalry Takes Shape – Analysis*, 2011, Harsh V. Pant, experto en seguridad y defensa en Asia-Pacífico en King's College, Londres.

28. China, Malasia, Vietnam, Brunei, Filipinas y Taiwán reclaman para sí la soberanía de las Islas Spratly. En 2002 firmaron una declaración que no avanza en la resolución del problema, pero que se aprobó con la intención de evitar una escalada bélica con el compromiso de todos de seguir ciertas pautas, por ejemplo, no ocupar ningún islote que no estuviera previamente bajo control. Desde entonces, China, Vietnam y Malasia han reforzado su presencia en los islotes ya ocupados con la construcción de pistas de aterrizaje, barracones, faros de vigilancia y la infraestructura necesaria para acoger a comunidades pesqueras de entre 200 y 300 personas. Ello tiene la finalidad jurídica de probar la «administración efectiva» del territorio, factor clave en el improbable caso de que el contencioso se resolviera en un tribunal internacional.

29. China ocupó las Islas Paracel en 1974 aprovechando la debilidad del Gobierno de Saigón poco antes del final de la Guerra de Vietnam. El objetivo, dados los estrechos vínculos entre Moscú y Hanoi, entonces virtual vencedor de la guerra, era hacerse con unas islas que Pekín sospechaba que podrían acoger, muy cerca de la isla china de Hainan, una base naval soviética. La postura actual de la diplomacia china respecto a la reclamación vietnamita es inflexible: «este tema está zanjado, no hablamos de ello», dicen, según explicó a los autores Ian Storey, experto del Institute of Southeast Asian Studies (ISEAS) durante una entrevista en Singapur.

30. Véase el área reclamada por China en el mapa de página 31 de este libro.

31. Oficialmente, el presupuesto militar chino para 2011 aumentó un 13 por ciento respecto al de 2010 y alcanza los 91.400 millones de dólares. Aunque esta cifra está muy lejos del gasto militar estadounidense, que se sitúa en torno a los 540.000 millones de dólares, los expertos critican la opacidad china en sus planes militares y apuntan que el gasto real sería muy superior a lo revelado oficialmente. Pekín no incluiría en este monto el gasto para el desarrollo y modernización de un portaaviones y aviones de combate, entre otras partidas. En 1994 el presupuesto militar chino apenas superó los 6.000 millones de dólares.

32. China ha utilizado en el pasado las pruebas balísticas junto —o incluso dentro— a las aguas territoriales de Taiwán para advertir a los líderes de la isla que no sobrepasen lo que Pekín considera una línea roja, por ejemplo, una declaración de independencia. Prueba de ello fue el lanzamiento de varios misiles chinos a lo largo de 1995 y 1996 en aguas territoriales taiwanesas por donde circula buena parte de su tráfico comercial naval. Todo ello provocó la respuesta de Estados Unidos, cuyo entonces presidente, Bill Clinton, ordenó el mayor despliegue militar americano en Asia desde el fin de la guerra de Vietnam (1975). A través de la *Taiwan Reaction Act*, el Gobierno de Estados Unidos garantiza la seguridad defensiva de la isla ante cualquier ataque, lo que explica que sea su principal suministrador de armas.

Fuente: *New China Missile Unit Near Taiwan: Spy Chief*, AFP, 26 de mayo de 2011.

33. En la actualidad, apenas 23 países reconocen a la República de China (nombre oficial de Taiwán) como un país soberano e independiente de la República Popular de China. La mayoría de ellos (12) se encuentra en América Central, América del Sur y el Caribe.

La mayor parte del resto de naciones, entre ellas los grandes actores internacionales, suscriben el principio de «una sola China» y apuestan por el mantenimiento del actual *statu quo*. Es decir, que Taiwán, así como Tíbet, forman parte de la República Popular de China.

34. Pese a la firma del ECFA, China ha continuado boicoteando y presionando para evitar la participación de Taiwán como «país» en la comunidad internacional. Ello ha imposibilitado que Taiwán iniciara negociaciones o suscribiera acuerdos comerciales con países o regiones de su interés, como la Unión Europea o Japón, provocando, contrariamente a lo que defendía el Gobierno taiwanés, un mayor aislamiento de la economía de la isla. Los críticos del ECFA apuntan que China margina a Taiwán en el proceso de integración económica regional para forzarla a canalizar a través de Pekín sus relaciones con el resto del mundo. Fuente: «Taiwan Risks Trade Isolation, Group Warns», *The Wall Street Journal*, 25 de mayo de 2011.

35. Durante una conversación en mayo de 2009 con el subsecretario de Estado norteamericano, James Steinberg, Lee aseguró que Pekín no tiene prisa por integrar a la isla y aseguró que China está siguiendo con Taiwán la misma estrategia económica que adoptó con Hong Kong: inversiones, compra de activos y aumento de la influencia económica para sus objetivos políticos a largo plazo. «Senior Singapore Leader Says China's Leader Has Patience for Taiwan: WikiLeaks», *Want China Times*, 8 de diciembre de 2010.

36. El colaborador del presidente Chen Tao Liu nos dijo por su parte que «cuando Chen fue elegido comenzó a recibir una presión enorme por parte de Japón, Estados Unidos y la Unión Europea. Le decían que pese a haber ganado las elecciones, no podía declarar la independencia, no podía cambiar el *statu quo*».

37. Según un sondeo realizado por la televisión taiwanesa TVBS publicado el 12 de noviembre de 2008, el 15 por ciento de los encuestados pensaba que Chen había sido detenido por cuestiones políticas.

38. De todo este paquete, la cuestión más polémica fue la compra de deuda costarricense por parte de China. Aunque la compra de bonos fue anunciada durante el establecimiento de las relaciones, no se hicieron públicos los detalles del asunto. El diario *La Nación*, calificado de «mierdecilla» por Arias durante nuestra entrevista, obligó con un recurso judicial a publicar las condiciones: interés al 2 por ciento, repago en doce años. China no quería que se hiciera público el tipo de interés, «porque no le prestaba dinero a esa tasa de interés a todos los países», nos dijo Arias, para justificar la opacidad.

Varias fuentes autorizadas en San José que pidieron el anonimato aseguraron que el secretismo está vinculado a otro asunto. La compra de bonos, aunque técnicamente se trataría de una adquisición por parte del Estado chino con reservas de divisas y, en consecuencia, se debería haber efectuado a través de la Administración Estatal de Divisas (SAFE, en sus siglas en inglés), se llevó a cabo a través de la empresa registrada en Hong Kong Bo An Investment Company. Según estas fuentes, esta empresa serviría para que alguien del ex Gobierno de Arias se embolse el 2 por ciento del interés, que no iría a las arcas del Estado chino.

39. *China refused Panama offer to drop Taiwan: Wikileaks, AFP, 14 de mayo de 2011.*

1. En mandarín: 中国现在不是，将来也不做超级大国。如果中国有朝一日变了颜色， 变成一个超级大国，也在世界上称霸，到处欺负人家，侵略人家，剥削人家，那 么，世界人 民就应当揭露它，反对它，并且同中国人民一道，打倒它。

2. Según el Observatorio Venezolano de la Violencia (OVV), desde que Chávez accedió a la presidencia en 1998 y hasta 2010 se produjeron 123.091 homicidios en el país. Ello significa que, desde el primer año de Chávez en el Gobierno, los asesinatos se han multiplicado por cuatro anualmente. La llamada «brecha de impunidad» también es reveladora de lo dramático de la situación: del total de homicidios mencionados, 100.045 quedaron impunes. Fuente: entrevista de los autores con el sociólogo Roberto Briceño-León, director del OVV.

3. *The Rise and Fall of the Great Powers*, Paul Kennedy, Vintage books, 1989.

4. Ejemplo paradigmático es el sector del automóvil, declarado estratégico por el Gobierno con la pretensión de convertir a China en uno de los pesos pesados mundiales del sector, como Estados Unidos, Alemania o Japón. Para ello, obliga a las marcas extranjeras a operar en su mercado en alianza con un fabricante chino, con el objetivo de forzar una transferencia tecnológica que, eventualmente, les permita alcanzar sus objetivos. Tres décadas después, recogen los frutos: Shanghai es ya el nuevo Detroit y las marcas chinas aspiran a convertirse, a medio plazo, en jugadores globales.

5. En algunos países africanos, se acusa a las empresas chinas de pagar mínimos impuestos, ya que existen dudas acerca del volumen real exportado (que es sobre el que se paga impuestos) o gracias a las vacaciones fiscales que ofrecen los gobiernos.

6. Qin defendió la presencia y *modus operandi* de China en África con una retahíla de datos sacados mayormente del informe *China's Foreign Aid*, publicado por el Consejo de Estado en 2011. En concreto se refirió al caso de Zambia, presentado como modelo de la cooperación sino-africana, para advertir que en dicho país China ha invertido 6.000 millones de dólares y creado 6.000 empleos. Unos datos ciertamente impresionantes excepto para quienes, como es el caso de los autores, conozcan de primera mano las precarias condiciones laborales que ofrecen a sus 6.000 empleados (descritas en el capítulo 6 de este libro) y la conflictividad que rodean a las inversiones chinas en Zambia.

7. El riesgo de centrarse únicamente en el desarrollo sin preocuparse de la justicia o la corrupción, ha llevado a Nigeria a un clima de gran violencia. El informe *Illicit Financial Flows from Developing Countries: 2000-2009* publicado por Global Financial Flows, advierte que Nigeria 130.000 millones de dólares se perdieron por entre los entresijos de la corrupción entre 2000 y 2008. Ello supone una media de 15.000 millones de dólares al año, o entre un cuatro y un nueve por ciento del PIB del país africano.

8. *China's policy and its effects in Africa*, presentado en el Parlamento Europeo el 28 de marzo de 2008.

9. *China blocks Nam on Internet*, Jo-Maré Duddy, *The Namibian*, 30 de julio de 2009.

10. Varios departamentos estatales se encargan en China del control de la prensa (diarios, radio y televisión) y de los contenidos en Internet (blogs, páginas de información, chats). El Departamento Central de Propaganda es el órgano de mayor estamento en el control de contenidos culturales y periodísticos, para que estén en línea con lo estipulado por el Partido Comunista de China (PCCh) y sus intereses. Pero también la Oficina de Información del Consejo de Estado y los gobiernos provinciales y locales se encargan de la supervisión de los contenidos.

Los medios de comunicación y páginas webs reciben de forma regular lo que, según la respetada web China Digital Times (CDT), se conoce entre los periodistas chinos como las «Directivas del Ministerio de la Verdad», en referencia al libro *1984* de George Orwell. A través de esas órdenes, redactadas en lenguaje imperativo y enviadas a los responsables de las redacciones, el Gobierno chino marca las pautas de lo publicable y de lo que debe quedar fuera del radar. Tras analizar durante meses estas directivas, los autores pudieron comprender que el control paranoico abarca todos los temas y formatos, y —pese a lo que se cree comúnmente en Occidente— se extiende a otros temas que van más allá de las cuestiones vinculadas con los derechos humanos o la democracia. Se silencian, por ejemplo, casos de corrupción por parte de oficiales, el aumento de los salarios de los militares, incidentes violentos contra estamentos del poder o proyectos de investigación genética.

El control de la información va más allá de una simple prohibición o eliminación de contenidos. Algunos expertos como David Bandurski, analista del China Media Project en la Universidad de Hong Kong, señalan que Pekín dispone de unos 30.000 ciberpolicías que rastrean y bloquean día y noche páginas webs, comentarios y otros contenidos en Internet. Por si fuera poco, el gobierno dispondría de unos 280.000 comentaristas que habrían sido reclutados para modular —con apariencia de espontaneidad— las intervenciones en chats, foros y demás lugares de debate en internet. Muchos de estos «camisas rojas» o «comunistas de cinco centavos», como han sido llamados por Bandurski, serían estudiantes que cobrarían medio yuan (cinco céntimos de euros) por cada comentario que contribuya a modular la corriente dominante en los foros de debate para reconducirla a posiciones favorables al poder. Esta práctica, similar al polémico astrosurfing en el mundo del marketing, tiene el objetivo de neutralizar la opinión pública indeseable con visiones pro Partido Comunista de China, según el especialista.

Fuentes: «China's Guerrilla War for the Web», Bandurski, David, *Far Eastern Economic Review*, julio de 2008.

11. La expansión de China está provocando que estas instituciones poco a poco se adapten o cedan a la nueva lógica y criterios chinos. El Export-Import Bank de Estados Unidos tomó en 2010 la decisión sin precedentes de igualar los términos financieros ofrecidos por el Exim Bank de China para que General Electric se llevara un contrato de suministro de 150 locomotoras en Pakistán. También Japón habría flexibilizado sus exigencias financieras para competir con China en el mundo. Fuente: «Western nations match China's game», *The Washington Post*, 12 de enero de 2011, de John Pomfret.

12. *When China Rules...* op. cit.

13. *The China Fantasy. How Our Leaders Explain Away Chinese Repression*, James Mann, Viking Penguin, 2007.

14. En el verano de 2011 China debatía la aprobación de una ley que *legalizara* las desapariciones, esto es, las detenciones que en aquellos días practicaba la policía contra disidentes y abogados al margen de la legalidad. Dicha ley supondría la eliminación de muchas de las garantías que —sobre el papel— contempla la ley actual, dando nuevos y extraordinarios poderes a la policía. Por ejemplo, permitiría la detención de sospechosos por un periodo de hasta seis meses en lugares no revelados. Si la nueva ley acaba consensuándose en el seno del Partido Comunista, será refrendada en la Asamblea Popular Nacional en marzo de 2012.

La silenciosa conquista china

Juan Pablo Cardenal y Heriberto Araújo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© del diseño de la portada, Jaime Fernández, 2011

© de la imagen de la portada, Luis de las Alas

© Heriberto Araújo y Juan Pablo Cardenal, 2011

© Editorial Crítica, S. L., 2011

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2011

ISBN: 978-84-9892-287-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com